

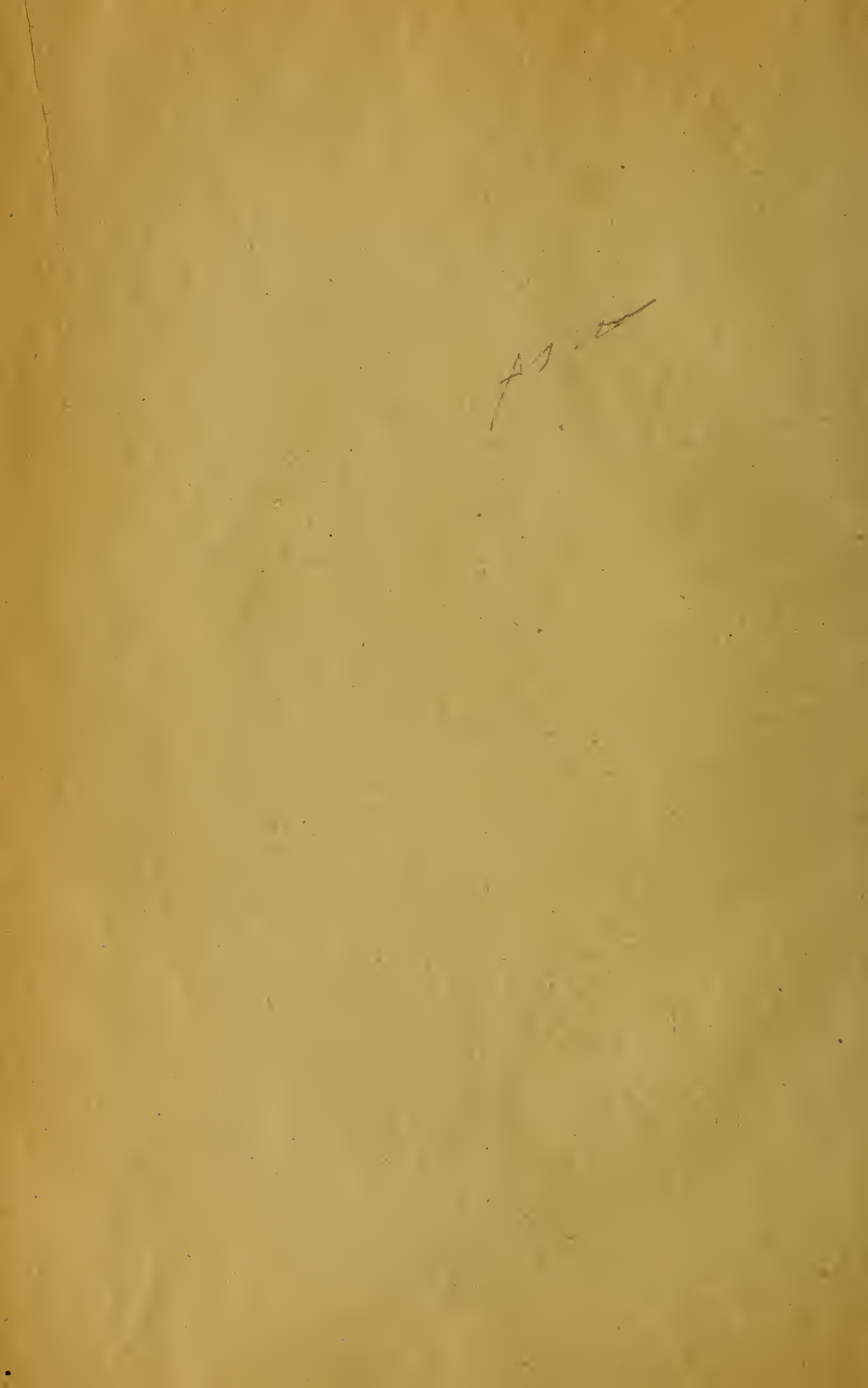
ABRAHAM LINCOLN

INTIMO

MONTANER Y SIMÓN
EDITORES
BARCELONA

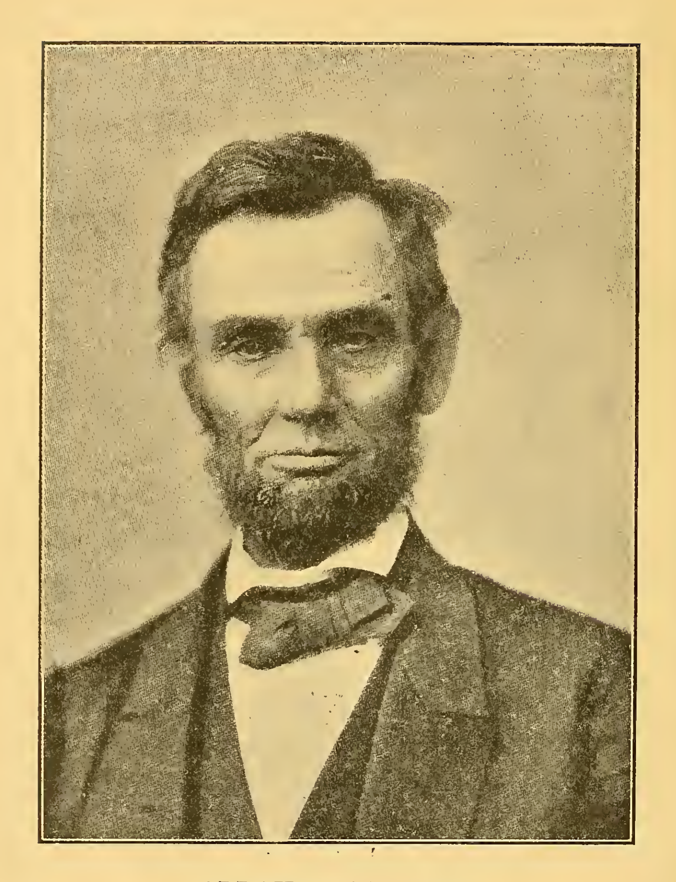

hbl, stx
E 457.15.M46
Abraham Lincoln intimo,
3 9153 00557081 9
E
457
.15
M46


MS



ABRAHAM LINCOLN

ÍNTIMO



ABRAHAM LINCOLN

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE DE AMÉRICA

(1860-1865)

(De una fotografía hecha en 1864)

BIBLIOTECA UNIVERSAL

ABRAHAM LINCOLN

ÍNTIMO

APUNTES HISTÓRICO-ANECDÓTICOS DE SU VIDA Y DE SU ÉPOCA

OBRA ESCRITA POR J. MECA

en presencia de las de CURTIS, WILLIAMS, GREELEY, SPENCER, etc.

EDICIÓN ILUSTRADA

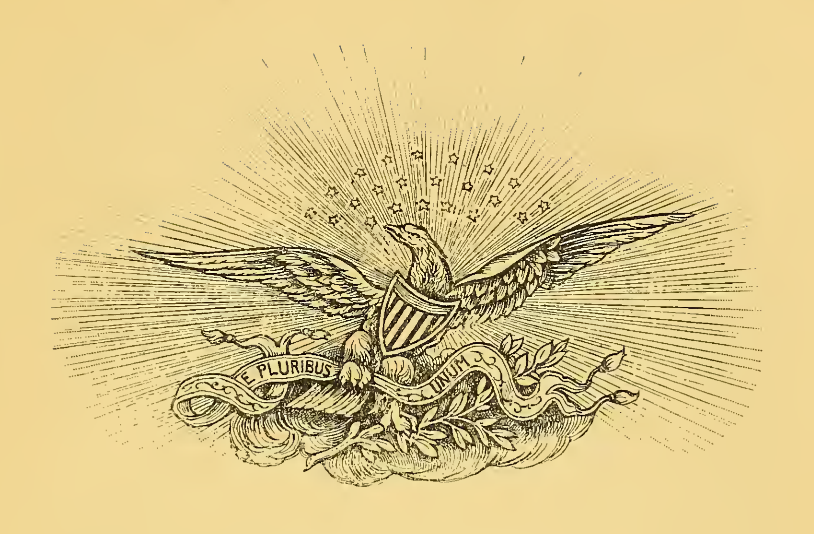


BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255

1909



EL VERDADERO ABRAHAM LINCOLN

CAPÍTULO PRIMERO

SU ORIGEN Y PRIMEROS AÑOS DE SU VIDA

Este hombre notable por su gran talento natural, por su amor al estudio, por su serenidad y energía, llegó, de pobre campesino y leñador que era de muchacho, á presidente de la gran República de los Estados Unidos de América..Acaso no se encuentre otro en la historia de los hombres célebres de América y puede ser que ni del mundo entero, cuya reputación sea tan grande y esté tan sólidamente establecida co-

mo la de Abraham Lincoln. No hay con seguridad ningún otro hombre de Estado que haya sido más querido y reverenciado de todo el mundo, lo mismo de sus partidarios que de sus opositores.

De Abraham Lincoln se han escrito ya más libros que de ningún otro hombre ilustre de estos tiempos modernos, á pesar de no ser ningún hombre extraordinario por sus rarezas ó extravagancias; en su carrera no ha habido ninguna clase de misterio que pueda excitar la curiosidad; no ha habido controversias respecto á su conducta, á su moral ó á sus móviles; no ha habido dudas respecto á sus propósitos, ni diferencia de opiniones en cuanto á su patriotismo ó éxito en su administración durante el período calamitoso de su jefatura.

Pero de hombres como Abraham Lincoln, por mucho que se escriba, nunca se escribe bastante.

Las generaciones venideras seguirán escribiendo sobre él cuando lean su vida, cuando se fijen en la entereza de su carácter y en sus éxitos.

Su carrera fué mucho más rápida que la de Napoleón, pues cuando lo eligieron presidente era un hombre poco conocido.

Se le conocía, sí, como orador y político controversista, pero no había desempeñado ningún cargo importante ni prestado servicios á su país; y hasta que no pronunció su notable discurso en la Cooper Union de Nueva York, no principió á ser popular.

Pero su elección no fué debida á su popularidad

personal, ni á la justicia de la causa que defendía, sino á lo muy fraccionados que estaban sus contrarios, y á las grandes luchas que venían sosteniendo entre ellos.

Cuando el pueblo norteamericano se dió cuenta de lo crítica que era su situación, principió á pensar en este hombre de aspecto rústico y maneras sencillas de las llanuras del Norte; pensó que acaso él salvaría al país, sacándolo del atolladero en que se había metido, y entonces fué cuando lo nombraron presidente.

La familia de los Lincolns había sido muy numerosa, y entre ellos hubo varios que se llamaron también Abrahanes, pero el que en este libro estudiamos dice en una nota que entregó al pintor Hicks cuando estaba haciendo su retrato:

«Nací el 12 de febrero de 1809 en el entonces condado de Hardin, Kentucky, en un punto que está hoy comprendido en el país de Larne, á una milla y media próximamente de donde está en la actualidad el molino de Hodgen. Como mis padres han muerto ya, lo único que recuerdo es que la localidad se llamaba Nolen Creek, pero el punto fijo donde estaba nuestra cabaña no lo podría precisar hoy.»

El padre de Abraham Lincoln descendía de Samuel Lincoln, que emigró del Oeste de Inglaterra pocos años después que los Peregrinos, y se estableció en la aldea de Hingham, al Sur de la costa de la ba-

hía de Massachusetts, entre Boston y Plymouth. En el mismo buque vinieron ocho hombres que llevaban el mismo nombre y que se supone que eran todos parientes.

Del apellido Lincoln hay esparcidos por el territorio de la Unión un número considerable de personas descendientes de estos emigrantes, y algunos de ellos han sido abogados distinguidos, y Levi Lincoln fué ministro de Estado y procurador general en el gabinete del presidente Jefferson.

La primera vivienda de la familia de nuestro Abraham Lincoln fué una miserable cabaña construída toscamente con troncos de árboles en medio de un desierto, donde pasaron bastantes años; pero después se trasladaron á Indiana, donde Abraham se hizo hombre.

Ingrata en verdad fué la suerte del joven Lincoln, porque aunque él y su hermana fuesen muy queridos de sus padres, tenían que ayudarles en sus rudos trabajos en el bosque, sufriendo las mayores privaciones.

Los habitantes de las grandes ciudades no pueden formarse una idea aproximada de los sufrimientos de aquellos pobladores que tenían que talar árboles enormes y desmontar terrenos nunca hollados por el hombre para cultivarlos y atender á su subsistencia.

Abraham, siendo aún muy niño, manejaba ya el hacha, la azada y la carabina, y dícese que el joven asombró muchas veces á sus padres por su destreza

en el tiro. Aunque ayudaba mucho á su padre en las faenas del campo, se veía en él desde niño gran deseo de aprender.

Antes de salir de Kentucky había ido el muchacho un poco tiempo á la escuela, pero tenía que recorrer



Casa en donde nació Abraham Lincoln

diariamente una distancia de ocho millas, y cuando se trasladaron á Indiana volvió á ir otra temporada, resultando que entre las dos veces vendría á ir Abraham Lincoln á la escuela unos ocho meses. Pero en ese poco tiempo se despertaron en él unos deseos irresistibles de adquirir conocimientos, un gran afán por aprender, por instruirse y saberlo todo.

Así pasó tres años en Indiana, sin desanimarse nunca, á pesar de lo ingrata que le era la suerte; y al

cabo de este tiempo se quedó sin madre, y su padre se volvió á casar poco después, cuando Abraham tenía ya once años.

Afortunadamente se casó con una mujer tan sumamente bondadosa, que el muchacho quiso á su madrastra tanto como había querido á su madre.

Comprendiendo ésta las aficiones del joven, le proporcionó libros para que se instruyera en los ratos perdidos, porque le reconocía gran talento, y le ayudó en lo que pudo.

Abraham aprovechaba cuantas oportunidades se le ofrecían para aprender algo, y citaremos un ejemplo que lo confirma plenamente. Se enteró un día que un colono vecino llamado Crawford tenía una *Vida de Jorge Wáshington;* fué corriendo á visitar la cabaña donde estaba el precioso libro, y rogó á su dueño que se lo prestase, prometiendo devolvérselo en cuanto lo leyese. El libro le gustó tanto al joven, que lo leyó con verdadero afán varias veces.

Después le ocurrió un percance que le contrarió muchísimo: una noche dejó el libro en un sitio donde creía que estaba seguro; pero á la mañana siguiente lo encontró muy mojado, porque lo había dejado debajo de una gotera y había estado lloviendo toda la noche. El pobre Abraham no sabía qué hacer, pues no se atrevía á presentarse con el libro en aquel estado para devolvérselo á su dueño. Reflexionó un poco, y por fin se determinó á explicarle á su vecino lo que le había ocurrido, y le ofreció trabajar en sus

tierras hasta que estuviese satisfecho el importe de la obra. El colono Crawford aceptó la oferta, y el muchacho trabajó sin descanso durante tres días, quedando dueño del libro. Aquel acto de nobleza y energía le valió el aprecio de todos los colonos de aquellas inmediaciones.

El pobre muchacho trabajaba como un negro, y á los diez años de edad hacía el trabajo de un hombre.

Cuando no había nada que hacer en su casa echaba jornales en las tierras de los colonos vecinos, y los veinticinco centavos que ganaba al día se los entregaba religiosamente á su padre.

Era poco amigo de diversiones y cacerías, único recreo de los jóvenes de su edad.

En una breve autobiografía que entregó á los periódicos el día siguiente de haber sido nombrado presidente, dice lo que sigue:

«Una bandada de pavos silvestres se acercó un día á la cabaña de mis padres, y desde una ventana les tiré y maté á uno. Desde entonces no he vuelto á coger una escopeta para tirar á ninguna clase de caza.»

Abraham tenía muy buena memoria y hacía pasar á su familia y amigos muy buenos ratos contándoles algunos pasajes de los libros que leía. Si asistía á alguna reunión política ó religiosa, al salir de ella daba cuenta de todo lo que había oído.

Era el joven más verboso y el mejor narrador de toda la comarca, y todos reconocían en él gran talento y una memoria privilegiada.

A los dieciséis años tenía la fuerza de un hombre de veinticinco y había crecido ya todo lo que debía crecer, pues su estatura era de seis pies y cuatro pulgadas.

Sus camaradas, muchachos campesinos de poca instrucción, reconocían en él gran superioridad, y aceptaban sin replicar sus indicaciones y respetaban sus opiniones. Se convirtió en maestro de todos ellos, y con sus chascarrillos, anécdotas, recitado de versos y juegos atléticos se hizo muy popular.

Al ver que ya no tenía mucho que hacer en la propiedad de su padre, á quien deseaba ayudar todo lo posible, entró á servir en 1825 á un tal Jaime Taylor, quien le ocupó cerca de un año, pagándole á razón de seis dólares mensuales; aprendió entonces el oficio de barquero, pues érale indispensable por tener que cruzar con mucha frecuencia el Ohío, trabajando también en las tierras de su amo.

En este período de su vida distinguíase Abraham por su fuerza hercúlea; ninguno del país podía cargar tanto peso como él, ni tampoco hundir el hacha en el tronco de un árbol á tanta profundidad. En aquel tiempo se hacía uso de muchas bebidas alcohólicas en aquel país, pero nuestro joven se distinguió siempre por su abstinencia.

Siendo ya presidente se acordó un día de cuando era barquero, y les dijo á sus compañeros de gobierno:

«Contemplaba yo una mañana mi barca plana, pen-

sando si podría hacer alguna reforma en ella para estar con más comodidad, cuando se aproximó á la orilla del río un carruaje donde venían dos señores que traían varios baúles; se quedaron mirando las diferentes barcas, y preguntaron después quién era el patrón de la mía: «Servidor de ustedes,» les contesté, y entonces me dijeron que querían embarcarse en el vapor que estaba para levar anclas. Me alegré muchísimo al ver que se me presentaba la oportunidad de ganar alguna cosita, porque suponía que cada uno de ellos me daría algunas monedas de cobre. Les llevé al vapor, y subí á bordo los baúles, que pesaban mucho por cierto, y volví á bajar á mi barca; pero al ver que el vapor se iba á marchar y los señores que estaban en la borda del barco no me decían nada, les recordé que se habían olvidado de pagarme. Se metieron la mano en el bolsillo, después de cambiar entre ellos algunas palabras, y me tiró cada uno una pieza de plata de medio dólar. Cuando recogí aquellas dos monedas del fondo de la barca las estuve contemplando un momento, porque me parecía imposible que yo hubiera ganado aquel capitalazo en tan poco tiempo. No se rían ustedes, señores; hoy día esa cantidad es una insignificancia, pero yo considero esto como una de las cosas más importantes que me han pasado en toda mi vida; yo, pobre muchacho, acostumbrado á ganar unos cuantos centavos al día, me veía con aquellas dos monedas de plata en la mano, ganadas en poco más de media hora; el mundo me pareció mucho más

hermoso que antes, y se me llenó el corazón de esperanza, que no me abandonó desde entonces.»

Cuando dejó de servir al Sr. Taylor entró en el almacén de un tal Jones, establecido en Gentryville, y allí pudo Abraham procurarse libros más instructivos y asociarse con personas mejor educadas que las que había conocido hasta entonces.

El Sr. Jones no tardó en apreciar las buenas disposiciones del joven; le animó para que siguiera estudiando, asegurándole que llegaría á ser algo; le prestó varios libros y se subscribió á un diario para que su ayudante se enterase de la política, complaciéndose en hablar con frecuencia con él de los asuntos públicos del país.

Volvió á casa de sus padres poco tiempo después de esto; pero regresó pronto á Gentryville, pues como había tratado ya con algunas personas instruídas y estudiado mucho más, no era posible que le gustase la vida del campo.

Un día le propuso un tal Sr. Gentry, propietario de Gentryville, si quería conducir un cargamento de tocino y cereales á Nueva Orleáns, debiendo acompañarle su hijo; y como la expedición era algo peligrosa, comprendió el joven Lincoln que aquello era una gran confianza que tenían en él, al encargarle aquel asunto.

Y en efecto, la expedición no dejaba de presentar muchos peligros; pero al ver Abraham que el hijo del Sr. Gentry, mozo robusto que podía prestarle auxi-

lio en caso de necesidad, iría con él, aceptó la proposición sin vacilar.

En el viaje sufrieron mucho; y una noche, cuando los dos compañeros acababan de amarrar la barca cerca de una plantación solitaria, se vieron sorprendidos por siete negros que intentaban asesinarles para apoderarse de lo que llevaban; pero Lincoln y su compañero, después de una tenaz resistencia, de la que salieron heridos, vencieron á los negros.

La lucha fué muy empeñada, y la herida que sacó Lincoln en la refriega fué tan profunda que le quedó cicatriz para toda su vida. El Sr. Gentry recompensó generosamente á nuestro joven Abraham por sus buenos servicios.

Las extensas praderas del Illinois principiaban por aquel entonces á llamar la atención de todos aquellos pobres colonos, y el padre de Abraham quiso emigrar también de Indiana con toda su familia para ver si mejoraba su triste situación.

Como el padre de nuestro joven se había casado en segundas nupcias con una viuda que tenía tres hijos, la familia era ahora bastante numerosa, y el 1.º de marzo de 1830 salieron todos de Indiana camino de Illinois. Tenían varias carretas tiradas por yuntas de bueyes, y Abraham guiaba una de ellas. Al llegar al país de Macon se detuvieron algunos días, y después se establecieron cerca del río Sangamon, en un sitio donde la pradera estaba muy cerca del bosque, á unas diez millas próximamente de Decantur. Construye-

ron una cabaña muy grande con maderos que cortaron en el bosque cercano, señalaron el terreno que pensaban cultivar, labraron en seguida una parte, y aquel mismo año tuvieron ya una buena cosecha de cereales.

Abraham y sus hermanastros cortaron un número considerable de árboles para traviesas de ferrocarriles, que por entonces principiaban ya á construirse en algunos puntos de aquel país.

En esta época, y debido á los trabajos penosos del leñador y cavador, era Abraham un joven de aspecto sumamente rudo; era, como ya hemos dicho en otro lugar, muy alto, de formas angulosas y desgarbadas; llevaba unos pantalones de tela muy burda, que no le pasaban de los tobillos, y su aspecto, en general, indicaba á las claras su gran pobreza, lo que no impedía que se le recibiese bien en toda la vecindad.

Aunque ahora no tenía tiempo de leer como antes, en cuanto cogía un libro en sus manos se lo leía del principio al final en un santiamén.

Cuando se dirigía al trabajo por la mañana iba siempre leyendo.

Si no hubiera sido por no separarse de sus padres, hubiera buscado seguramente otra ocupación menos penosa que la del campo, donde hubiera podido realizar sus sueños dorados de poder estudiar mucho.

La fuerza y nervio de esta época de leñador la conservó toda su vida, y siendo presidente le gustaba referir á sus compañeros de gobierno lo que hacía cuan-

do tenía dieciocho años. Al ministro de la Guerra le dijo un día al levantar un gran peso con una mano: «¿Ve usted esto?; pues cuando era casi una criatura hacía lo mismo.»

También solía vanagloriarse de su estatura como se vanagloriaba de su fuerza; y el senador Sumner, que era una persona muy seria, se quedó un día sorprendido al oir que el presidente le proponía que se pusiera de espaldas para ver quién era más alto.

Una mañana se presentó en la Casa Blanca una delegación de clérigos, que venían indignadísimos porque se permitía la esclavitud en algunos de los Estados sublevados, y pedían á voz en grito que se aboliese inmediatamente. Uno de los pastores era un hombre muy alto, y en cuanto terminaron de hablar y presentaron la petición, Lincoln le preguntó con ansiedad:

—¿Qué talla tiene usted, señor Blank?

El clérigo se puso muy encarnado, y miró asombrado á sus compañeros.

—Creo que soy más alto que usted—continuó diciendo el presidente.—¿Qué estatura tiene usted?—le volvió á preguntar.

—Seis pies y tres pulgadas—contestó el pastor de mal talante.

—Pues le llevo á usted una pulgada—le contestó el presidente con aire de gran satisfacción; y principió entonces á explicarles el estado en que se encontraba la esclavitud.

Tenía muy buenas ocurrencias. Les decía á sus compañeros de gobierno que él era el hombre más alto de Wáshington, pero que en cambio no tenía las pretensiones, ni mucho menos, de ser tan guapo como el general Scott.

Cuando se presentaron los gobernadores de los Estados, vió que el de Nueva York, que se llamaba Morgan, era muy grueso y bastante alto; le preguntó lo que pesaba y la estatura que tenía, y Morgan le dijo, entre corrido y risueño, lo que pesaba y lo que medía, y Lincoln le contestó en seguida:

– Usted pesa más que yo, pero yo soy más alto que usted.



Al cumplir los veintiún años de edad, y siguiendo las costumbres de su país, principió á trabajar por su cuenta con el consentimiento de su padre, y en 1831 un comerciante de Nueva Salem, llamado Denton Offutt, le hizo proposiciones para que llevara un cargamento de mercancías que tenía que vender en Nueva Orleáns. Aceptó Lincoln la oferta, á pesar de las dificultades que ofrecía el viaje por el río, y al llegar á Nueva Orleáns vió con la crueldad que castigaban á un grupo de negros que habían encadenado para que no se escaparan. Aquel espectáculo le entristeció tanto y le produjo una impresión tan profunda, que no pudo olvidarlo en toda su vida, y desde este mo-

mento principió á pensar en la abolición de la esclavitud.

El Sr. Offutt quedó tan contento del resultado de la expedición, que le ofreció al joven Lincoln una colocación en los almacenes de su casa de comercio.

Antes de tomar Abraham posesión de su cargo fué á ver á su padre, y al día siguiente, con gran sorpresa por su parte, se le presentó un boxeador llamado Daniel Needham, que habiéndose enterado de la elevada estatura y fuerza de Lincoln, venía á desafiarle, porque él se creía que era el primer hombre de Illinois.

Al día siguiente se encontraron los dos adversarios, y Lincoln echó dos veces por tierra á su competidor. El amor propio de Needham se resintió mucho más que su cuerpo, y acercándose á su antagonista le dijo:

— Lincoln, me ha derribado usted dos veces; pero con un palo en la mano cada uno, no saldría usted tan bien librado como ha salido ahora.

— Vale más que lo dejemos, Needham — contestó el joven; — pero si para convencerle es preciso apalearle, lo haré con mucho gusto.

Al oir Needham esta contestación, y comprendiendo por la serenidad de Lincoln que haría lo que decía y que le daría una segunda lección, juzgó más prudente el retirarse.

El padre de Abraham era uno de esos hombres de

espíritu intranquilo, que deseoso de mejorar de suerte en corto plazo, no podía permanecer mucho tiempo en ninguna parte, y á cada momento andaba con su familia de un lado para otro; pero con esto no adelantaba nada; al contrario, iba de mal en peor, y cada día contraía nuevas deudas.

Se estableció, por último, cerca de Farmington, país de Coles, donde vivió hasta el 17 de enero de 1851, y tuvo la satisfacción de ver allí á su hijo, que había llegado ya á ser una de las personas más distinguidas del Estado.

La finca en que murió, y que se componía de unas cuarenta áreas de terreno, se la había regalado Abraham, que la compró con sus ahorros.

Al morir el padre lo enterraron cerca de la casita de esta finca, y su madrastra siguió viviendo en la finca hasta 1869, que murió y la enterraron cerca de su marido.

Abraham tenía un hermanastro que se llamaba Juan Johnston, que pensaba dejar á su madre y marchar solo á Missouri, donde creía que podía adelantar más que en Illinois.

Al enterarse Lincoln de los propósitos de su hermanastro, le escribió diciéndole:

«¿Pero crees tú que en Missouri vas á estar mejor que ahí? ¿Es por ventura un país más rico que ese? ¿Podrás allí coger tan buenas cosechas de cereales como coges ahí casi sin cultivar la tierra? Si es que piensas trabajar, en ninguna parte estarás mejor que

estás ahí; pero si no piensas trabajar, no te empeñes en querer cambiar de sitio, porque en ninguna parte podrás estar mucho tiempo. El andar de un lado para otro ni es bueno para ti ni para nadie. Este año por lo pronto no has cogido nada, porque no quisiste sembrar, y lo que tú quieres lo sé yo muy bien; deseas vender la finca para gastarte el dinero, y de este modo no vas á tener nunca ni cuatro palmos de tierra tuyos donde te puedan enterrar cuando te mueras.

»Puedes hacer lo que gustes, pero te anticipo que en locuras de esa clase no quiero yo tener participación.»

Este hermanastro no se cansaba de pedirle dinero prestado, y Lincoln le mandaba lo que podía, pero sin dejar de sermonearle.

En otra ocasión le escribía lo siguiente:

«Dices que darías el sitio que tienes destinado en el cielo por sesenta ú ochenta dólares. En muy poco lo valúas; pero en fin, si tanta falta te hace esa cantidad, yo te diré cómo la puedes adquirir: trabaja sin descanso cuatro ó cinco meses, y desde ahora te aseguro que saldrás del apuro. No faltará quien te dé trabajo, así es que ya lo sabes; yo por mi parte no puedo mandarte más de lo que te mando; y si no te agarras al trabajo en seguida, no esperes de mí un centavo más.

»Si desde un principio hubieras hecho esto que te aconsejo, no te encontrarías hoy lleno de deudas, por-

que éstas se adquieren con la ociosidad y la vagancia: el trabajo tiene la doble ventaja de producir y hacer que el hombre no adquiera vicios y deudas, que es lo que tú has adquirido con abandonarte de ese modo.»

CAPITULO II

ABRAHAM LINCOLN DEPENDIENTE DE COMERCIO

El joven Lincoln se hacía querer de todo el que le trataba, y cuando comenzó á desempeñar su cargo de dependiente en los almacenes del Sr. Offutt, adquirió nuevas amistades, porque cautivaba á toda persona que le oía hablar, hasta el extremo de que muchos iban al establecimiento sólo por hablar con él aunque no fuera más que un momento; todos reconocían que era un joven de gran talento, y no había ninguno á quien no agradase su conversación.

Se citan muchos ejemplos para demostrar hasta qué punto llegaba la probidad de Lincoln, y uno de ellos es que cierto día entró una señora en el almacén para comprar varios géneros, cuyo importe ascendió á dos dólares y seis centavos; al hacer sus cuentas por la tarde, notó Abraham que había cargado algunos centavos de más, y aunque la cantidad era insignificante, en cuanto cerró el almacén se dirigió á casa de la señora, que vivía á una legua de distancia, y le devolvió el sobrante.

Además de su gran honradez tenía Lincoln mucho

talento, como lo demostró en el viaje que por orden de su principal hizo á Nueva Orleáns por el río, en compañía de su hermanastro Juan Johnston y de su primo Juan Hanks. Llegaron á una presa donde era imposible pasar por las condiciones del lanchón, que llevaba la proa muy levantada y la popa casi metida en el agua, y además por no estar la presa en condiciones de poder pasar; pero él se ingenió de tal modo que pasó con gran admiración de los que estaban allí mirando.

Al año de estar de dependiente en casa de Denton Offutt, quiso probar fortuna haciendo algunas operaciones por su cuenta en Nueva Salem; pero tuvo tan mala suerte que perdió lo que había ahorrado, y de la noche á la mañana se encontró lleno de deudas, que con mucha gracia llamaba él «la deuda nacional,» porque entregó unos abonarés á sus acreedores, que fué recogiendo poco á poco, pagando á todos hasta el último céntimo, después de seis años de fatigas y privaciones.

«Esa deuda — le decía una vez á un amigo — es el mayor obstáculo que he encontrado en toda mi vida; no sabía yo cómo hacer una especulación, ni podía ganar dinero nada más que trabajando; y para ganar trabajando mil cien dólares y tener que vivir yo al mismo tiempo, me parecía que era cuestión de trabajar toda mi vida. No había más que un medio, y tan pronto como lo ideé lo puse en práctica. Me avisté con los acreedores, y les dije que si me dejaban en paz tra-

bajaría como un negro y les iría entregando todas las cantidades que pudiera.»

En 1849 y siendo ya miembro del Congreso, mandó dinero á su casa de lo que había ido ahorrando, para atender á estas obligaciones. Hubo, sin embargo, un acreedor que no quiso aceptar la proposición de que pagaría lo antes posible. Se llamaba éste Van Bergen, y había comprado uno de estos abonarés para especular con él; le demandó judicialmente, y le vendieron en pública subasta su caballo y montura, que era lo único que tenía de algún valor.

Cerca de Nueva Salem vivía un colono llamado Jaime Short, que apreciaba mucho á Lincoln, y al enterarse del apuro en que se hallaba, como era hombre que disponía de algún capital, acudió á tiempo para comprar el caballo y montura de su amigo en pública subasta, por el que pagó ciento veinte dólares, y se lo devolvió á su primitivo dueño.

Lincoln había dado ya pruebas de que era un hombre de valor, como lo demostró cuando vino á desafiarle el boxeador Needham, y de que tenía mucha serenidad. Cuando llegó á Nueva Salem se enteró de que en aquellas inmediaciones se había establecido una cuadrilla de tunantes que se titulaban «los hijos de la llanura,» y se permitían bromas muy pesadas con el individuo que iba á establecerse en aquel punto, y lo provocaban para que se batiera con ellos; pero le atacaban varios á la vez y le daban por último una paliza.

Como Lincoln tenía fama de valiente, no se metieron con él en un principio; pero considerando después, sin duda, que su fama de matones podría resentirse, resolvieron provocarle según su costumbre. Abraham sufrió en un principio los insultos, y trató de arreglar las cosas con buenas palabras; pero uno de los de la cuadrilla se empeñó en que había de haber lucha, Lincoln lo cogió del cuello, lo levantó en peso, y lo tiró después al suelo.

Los demás se quedaron asombrados del caso y no se atrevieron con él.

Abraham, ayudado por otros jóvenes de la población, ahuyentó á toda aquella canalla con gran contento de los habitantes de Nueva Salem.

En esta época, cuando era dependiente de comercio, es cuando se cree que Lincoln comenzó á presentir que estaba destinado á ser algo más de lo que era, y que tenía que prepararse para ello por todos los medios posibles.

Ansioso de saber, no se cansaba de preguntar á todos aquellos que podían instruirle sobre algún asunto, cuando él no lo entendía bien.

Asistía con puntualidad á ciertas sociedades y tomaba parte en las discusiones, no perdonando medio alguno para leer los periódicos que llegaban á la localidad.

Con su paciencia y perseverancia, se iba preparando poco á poco para su futura carrera.

Después de pasar algunos meses de dependiente

de comercio en casa del señor Offutt, sufrió éste grandes pérdidas en su negocio, y tuvo que cerrar su almacén, quedando Abraham sin ocupación y sin saber el rumbo que tomaría.

Se asoció después con un tal Berry, formando la razón social Berry y Lincoln, que no duró mucho tiempo.

Entre tanto lo habían nombrado administrador de correos de Nueva Salem, cuyo cargo desempeñó hasta el mes de mayo de 1836. Pero como por aquel entonces había muy pocas cartas en aquella población, tenía muy poco trabajo y al mismo tiempo muy poco sueldo. Él mismo repartía las cartas, y leía los periódicos antes de entregarlos.

Se ha dicho varias veces que Lincoln tenía una taberna; y lo que hay de cierto es que durante la socidad Berry y Lincoln, la casa consiguió una licencia para vender licores, que era lo que hacían todos los almacenistas de aquel tiempo; pero la sociedad no llegó á plantear este negocio formalmente por falta de capital.

En el gran debate de 1858, decía Douglas en tono burlesco que había conocido á Lincoln cuando era «un tendero de comestibles muy próspero» de Nueva Salem. Lincoln le contestó que no había sido nunca tendero de comestibles «próspero»; y añadió: «Si lo hubiera sido, á buen seguro que mi amigo el juez Douglas habría sido uno de mis mejores clientes.»

En 1834 lo nombraron inspector, cuyo cargo des-

empeñó varios años mientras què al mismo tiempo servía en la legislatura.

Este empleo se lo proporcionó Juan Calhoun, que era el inspector del condado, hombre de talento y muy bien educado, y político demócrata muy ambicioso que después representó un papel bastante importante en la conspiración de Kansas.

Lincoln, lo mismo que otros hombres de mucho carácter y de gran fuerza intelectual, era muy sentimental, y tuvo sus correspondientes amoríos, que le causaron tantas alegrías como pesares. El lugar de la escena de su primera historia de amor se desarrolló en Indiana, cuando era un muchacho que andaba medio descalzo, y que la refería él después del siguiente modo:

«Era yo un rapaz, cuando un día se rompió una carreta cerca de mi casa, donde iba una mujer con dos muchachas; y mientras la componía el hombre que la guiaba, entraron ellas en mi casa á descansar y preparar la comida. La compostura de la carreta duró varios días, y en este tiempo me enamoré de una de las muchachitas, y después de marcharse me hacía yo muchas veces la ilusión de que era un hombre y que debía haber seguido detrás de los forasteros para pedírsela á su padre por esposa, doliéndome de no haberlo hecho así.»

A los pocos días de cerrar su principal de Nueva Salem el almacén donde había estado empleado algunos meses, se le presentó ocasión de prestar otra cla-

se de servicios muy diferentes á los de dependiente de comercio.

Una tribu de indios llamada de los Saes que había cometido treinta años antes muchas depredaciones contra los blancos, la habían hecho retirar por medio de la fuerza armada hasta la orilla del Mississippí, donde permanecieron tranquilos bastante tiempo; pero después, su jefe, el Halcón Negro, no conformándose con los terrenos que ocupaba, se unió á otras tribus, y marchó á establecerse en su antiguo territorio con gran consternación de los blancos.

Al enterarse de esto el gobernador de Illinois, llamó á todos los voluntarios que pudieran tomar las armas, y se formaron en pocos días varios regimientos, uno de ellos con ciudadanos de Nueva Salem.

Como Lincoln no tenía por aquellos días ocupación, se determinó á formar parte de la expedición militar; y lo que más demuestra hasta qué punto llegaba su popularidad y reputación, fué que cuando se trató de elegir capitán para este regimiento de Nueva Salem, sacó mayoría de votos.

Lincoln decía pocos años después, que ninguno de sus triunfos posteriores le fué tan grato como aquella elección de sus amigos.

La campaña aquella duró unos tres meses, en la que Abraham apenas si entró en fuego con su gente; pero en cambio sufrió muchas privaciones, y gracias á las simpatías que inspiraba á sus compañeros, logró conservar entre ellos la disciplina y subordinación.

En una de las marchas que hizo su regimiento, se acercó un pobre indio al campamento, acosado por el hambre, para que le dieran algo de comer. Los soldados creyeron que se trataba de un espía, y aunque el indio les presentó un pasaporte del general norteamericano, creyeron que sería un documento falso, y se decidieron á fusilarlo inmediatamente. El capitán Lincoln llegó en aquel momento, y gracias á él se salvó el pobre indio.

Cuando llegó á ser presidente salvó también la vida á un número considerable de soldados que por sus faltas en campaña tenían que haber sido fusilados.

David R. Locke de Toledo refería una vez á sus amigos lo siguiente: «En 1864 me encontraba yo en Wáshington; la guerra tocaba ya á su fin, y mi misión era ver si podía conseguir el perdón de un joven de Ohío que había desertado de las filas en circunstancias muy especiales. Al alistarse en el ejército tenía relaciones con una joven muy guapa con quien tenía que casarse, pero esta joven tenía otros pretendientes; y creyendo que su novio no volvería de la guerra, principió á hablar con uno de ellos. No faltó quien escribiera al soldado diciéndole lo que pasaba, y éste, temiendo perderla para siempre, pidió licencia temporal á sus jefes, que no se la concedieron, pero en cambio se la tomó él y desertó de su compañía. En cuanto llegó al pueblo se casó con la muchacha; pero á los pocos días le prendieron, y fué condenado á muerte

por haber desertado estando en campaña. Le expliqué el caso al presidente, y al firmar el indulto me dijo sonriéndose: «Antes de un año le va á pesar á éste el que no le hayan fusilado; deberíamos imponerle un buen castigo, pero por otra parte comprendo que cualquiera de nosotros en su lugar hubiéramos hecho lo mismo.»

Entre las varias amistades que hizo Lincoln siendo dependiente de comercio en Nueva Salem y después administrador de correos é inspector, se cuenta á una joven de ojos azules llamada Ana Rutledge, que según se dice era verdaderamente muy guapa. El padre de esta joven se llamaba Jaime Rutledge; era uno de los fundadores de la población, y tenía una taberna y posada donde se hospedaba Lincoln. Venía de familia distinguida, y la muchacha estaba muy orgullosa porque su abuelo había sido uno de los que firmaron la declaración de la Independencia. Cuando Lincoln conoció á esta joven estaba ya comprometida para casarse con un tal Juan McNeill, alias McNamara, uno de los jóvenes más ricos de aquella parte del Illinois. Después de concertar el casamiento con la joven se marchó McNeill al Este del territorio de la Unión, para arreglar ciertos asuntos antes de establecerse definitivamente en Illinois. En un principio escribía con mucha frecuencia á su novia, pero después lo hizo de tarde en tarde, y por último dejó de escribirla por completo.

En estos días próximamente es cuando apareció en

escena el joven Lincoln, que sabía por los amigos lo que le ocurría á la joven. Estaba ésta muy triste, y el futuro presidente de la República se compadeció de ella primeramente, y después se enamoró de veras.

Ana se sentaba á su lado siempre que Lincoln se ponía á comer ó cenar; y más tarde daban sus paseítos los dos solos por la noche por los alrededores de la población.

La joven comprendió que su novio no volvería, porque lo más probable era que hubiera muerto, ó que hubiera encontrado otra que le gustaba más que ella, y entonces se decidió á contestar á Abraham prometiéndole que sería su esposa.

Deseando la joven completar su educación, al ver que se iba á casar con uno que le gustaba mucho el estudio, suplicó á su padre que la mandara á Jacksonville, para pasar algunos meses en un colegio de esta ciudad, en donde murió poco tiempo después. Esta muerte le afectó tanto á Lincoln, que estuvo á punto de atentar contra su vida. Desde entonces no pudo desechar aquella melancolía que se veía siempre en su cara.

Al volver Lincoln de la expedición militar contra los indios, le dijeron los amigos de Nueva Salem que una parte de la población deseaba presentarle como su candidato cuando se abriera la legislatura de Illinois.

Creyó en un principio que se trataba de darle una

broma, porque no esperaba semejante honor; pero al poco le pidieron formalmente su consentimiento, que dió con gran satisfacción. Con este motivo, y á manera de ensayo, pronunció Lincoln su primer discurso político en la plaza del pueblo, rodeado de numeroso gentío.

«Amigos y ciudadanos — dijo, — supongo que todos me conocéis; soy el humilde Abraham Lincoln, y mis amigos se empeñan en presentarme como candidato para la próxima legislatura. Mi política es sencilla y bastante moderada, estoy en favor de un Banco nacional, del sistema de mejoras interiores y de la protección de los aranceles. Estos son mis sentimientos políticos. Si conseguís que me elijan diputado, os lo agradeceré, y si no, seguiré siendo vuestro mejor amigo.»

La candidatura de Lincoln no triunfó aquella vez, pero durante las elecciones supo ganarse muchas voluntades, así de amigos como de contrarios, y se asegura que de no haber sido tan escrupuloso en mantener sus principios políticos, no habría dejado perder tan buena oportunidad como se le había presentado para ser diputado.

Para demostrar los buenos sentimientos de Lincoln y su gran amor al prójimo, se cuenta que cierto día de invierno vió á un pobre hombre llamado Ab Trent que estaba cortando leña con mucho trabajo; andaba descalzo y tiritaba de frío. Le estuvo observando durante algunos segundos, se acercó luego á él y le pre-

guntó cuánto le valdría aquel trabajo; le contestó el hombre que le darían un dólar, que le vendría muy bien para comprarse unos zapatos.

Al oir esto Lincoln le pidió el hacha, y le dijo que fuera á calentarse á una hoguera que había allí cerca, y en muy poco tiempo le cortó la leña, dejando al hombre asombrado por lo pronto y bien que le hizo el trabajo.

De Nueva Salem se marchó á Springfield, y se asoció con uno de los principales procuradores del Estado.

Aunque de aspecto rústico y maneras sencillas, pues no se preocupaba nunca de las formas exteriores y convencionalismos del día, su conversación era tan agradable que cada día iba adquiriendo más simpatías. Por esta época ya había principiado á estudiar leyes y discutía con lucimiento en las reuniones de amigos.

Un año después de la muerte de su novia Ana Rutledge conoció en una reunión á una señorita llamada María Owens, y habló con ella dos ó tres veces. Esta joven había venido con una hermana casada á Springfield, y antes de marcharse le dijo la hermana casada á Lincoln que si le prometía casarse con su hermana la traería otra vez, y Lincoln, que creyó que se lo decía en broma, le contestó que sí. Al poco tiempo recibió Lincoln una carta de la joven que le dejó asombrado, porque entre otras cosas le decía que confiaba en que cumpliría su palabra.

El caso es que esta señorita no tenía nada de guapa, y además de no ser guapa tenía más años que él; pero con el concepto que tenía formado del honor y de la palabra de los hombres, comprendió Abraham que no tenía más remedio que casarse, porque además creía que ella le quería de veras. Sin embargo, pensó que antes de hacerlo tenía que decirle algo para ver si desistía de su idea, y le escribió una carta muy candorosa en la que le explicaba su pobreza y el gran sacrificio que iba á hacer ella si se casaba con él:

«Me parece que se va usted á arrepentir; yo soy muy pobre, y no creo que se conforme usted con mi pobreza. ¿Cree usted que podrá soportarla con resignación y paciencia? Sin embargo, yo he de hacer, como es natural, todo cuanto humanamente pueda para que la mujer que se decida á unir su suerte con la mía sea muy dichosa y esté siempre contenta; y la mayor de mis desgracias sería el que no pudiera conseguirlo. Creí que se trataba de una broma; pero como veo que usted lo dice de veras, y no está acostumbrada á vivir en las estrecheces que yo vivo, que son mucho más duras que todo lo que se puede usted imaginar, me parece que lo más conveniente para usted sería dejar correr la idea. Sé perfectamente que usted sabe meditar sobre cualquier clase de asuntos, y si medita usted éste antes de decidirse, aceptaré con gusto su determinación.»

A la señorita Owens no le debió gustar mucho todo esto, porque contestó á Lincoln diciéndole que efecti-

vamente todo había sido una broma, y que nunca había pensado seriamente en casarse con él; y entre otras cosas muy desagradables, le decía «que le faltaban muchas cositas, que son precisamente las que constituyen la felicidad de una mujer.»

Lincoln se alegró mucho de verse libre del compromiso, pero sentía por otro lado las palabras duras de la tal carta, y entonces escribió á una señora amiga de la joven en cuestión, diciéndole «que su amor propio había quedado muy malparado, y que no se perdonaba su torpeza por no haber descubierto á tiempo las intenciones de la joven, y haber dado lugar á que se ría de mí. Pero no importa, procuraré olvidar este asunto cuanto antes: muchos hombres se han vuelto locos por cuestiones de mujeres; pero á mí no me ha de pasar lo mismo, porque he resuelto permanecer soltero toda mi vida.»

Pero á pesar de esta afirmación, no tardó mucho tiempo en verse envuelto en otro asunto amoroso con la señorita María Todd, con la que se casó después. Esta joven era también de Kentucky, y había venido á Springfield á ver á una hermana casada con Ninian W. Edwards, colega de Lincoln en la legislatura. Los jóvenes principales de Springfield la cortejaban mucho, y entre ellos se distinguían Stephen A. Douglas y Jaime Shields, compañeros políticos de Lincoln; pero se vió muy pronto que la joven prefería á nuestro futuro presidente, á pesar de lo que su hermana y cuñado le dijeron de la suma pobreza de Abraham.

Los dos jóvenes tenían gustos diametralmente opuestos.

A la señorita Todd le gustaban mucho las reuniones y la alegría, y Lincoln andaba muy retraído, porque no pensaba ahora más que en sus estudios y en la política.

A todo esto ya habían quedado novios, y ella le reprendía á cada momento por no asistir á todas las reuniones á que ella iba, hasta que Lincoln comprendió que no habían nacido el uno para el otro, y le suplicó que anularan la promesa verbal de casamiento que se habían dado. La joven al oir esto se echó á llorar; pero después se avergonzó, y reponiéndose le dijo que sí, que entre ellos no existía ya ningún compromiso.

Lincoln comprendió, aunque tarde, que aquella mujer le quería muchísimo, y principió á pensar que no había obrado con la rectitud de un hombre honrado; consideraba aquello como la acción más fea é indigna del mundo, y no pudiendo vivir tranquilo, escribió á Joshua F. Speed, de Kentucky, que era uno de sus mejores amigos, y entre otras cosas le decía:

«Tengo que hacer lo posible por recuperar mi confianza en la habilidad que siempre he creído tener de mantenerme firme en las resoluciones que tomo. Estaba yo orgulloso con esta habilidad mía, que era la virtud principal de mi carácter. Pero ahora resulta que esa virtud la he perdido, y usted sabe perfecta-

mente cuándo y dónde la perdí. Aún no la he recuperado, y hasta que no lo haga no puedo tener confianza en ningún asunto de importancia.»

Por más esfuerzos que hacía Lincoln no se podía quitar de la cabeza aquella acción, que hacía reir á los amigos, y que él consideraba como la más vil é indigna del mundo; andaba siempre cabizbajo y melancólico, y ni se ocultaba de nadie, ni se avergonzaba de confesar su falta. A otro amigo le escribió diciendo:

«Soy el hombre más desgraciado y miserable del mundo. Si á toda la familia humana le pasara lo que me pasa á mí, no habría una cara risueña en toda la superficie de la tierra. No sé si cambiaré algún día, pero tengo como un presentimiento de que mi suerte no va á mejorar, y como de este modo no es posible poder vivir, deseo que venga la muerte cuanto antes.»

La señorita Todd se había repuesto ya del disgusto que le causó el verse desairada de su prometido, y enterada por los amigos de lo que le pasaba á su sentimental y arrepentido adorador, esperaba con impaciencia que se presentase una oportunidad para reanudar sus relaciones; y esta oportunidad se presentó de una manera algo cómica, pero interesante al mismo tiempo.

Entre los políticos demócratas de Illinois de aquel tiempo, había un irlandés llamado Jaime Shields, hombre de poca estatura, pero muy vivo de genio, y que después fué senador y general del ejército de los Es-

tados Unidos. Era gran admirador de las mujeres guapas, y hombre de muchas rarezas, que le ponían en ridículo á cada momento; y como tenía un carácter muy violento, se enfurecía cuando veía que le ridiculizaban sus actos. En un periódico satírico de Springfield aparecieron unos versos en los que se burlaban de él, y al momento se presentó en la redacción preguntando por el autor de dichos versos.

Los versos los habían escrito la señorita Todd y su amiga Julia Jayne, y el editor del periódico acudió á Lincoln para pedirle su parecer, y Lincoln le dijo al momento: «Diga usted á Shields que los he escrito yo.»

En cuanto Shields recibió la contestación desafió á Lincoln, que con arreglo al código tenía derecho á elegir las armas; pero como era enemigo del duelo, trató de imponer unas condiciones que creyó que no aceptaría Shields. Lincoln era, como ya hemos dicho varias veces, hombre de mucha estatura, mientras que Shields era muy bajito. El desafío tenía que ser á sable, sobre un tablón que habían de colocar en la orilla de una isla del río Mississippí, y el que retrocediera tres pasos durante el combate se tenía que dar por vencido.

Shields no quiso volverse atrás, á pesar de lo raras que eran las condiciones del duelo; caminaron á caballo durante tres días para llegar al sitio señalado de antemano, y además de los padrinos les siguieron varios amigos, manteniéndose siempre á cierta distan-

cia, los que después refirieron el desafío del siguiente modo: «Lincoln estaba muy serio; y al desenvainar el sable, que era enorme, se puso á jugar con él como si se tratara de un juguete de niño; después alargó el brazo y cortó la rama de un árbol que estaba muy alta, miró á su adversario y se sentó en el tronco de un árbol caído sin decir una palabra. Los amigos al ver toda esta mímica y contemplar la actitud de aquel hombrecillo tan pertinaz que no se movía de su puesto, no pudieron contener la risa y se pusieron de por medio para que la cosa no pasara adelante.»

Lincoln no volvió á tener en su vida ninguna otra pendencia ni desafío; los amigos mediaron á raíz de este último, y los enamorados volvieron á hacer las paces.

Se casaron el 4 de noviembre de 1842, desapareciendo al momento la melancolía de Abraham.

En esta época principiaba ya á distinguirse entre las gentes sencillas de Nueva Salem por sus ideas políticas y por sus discursos. En uno de éstos se expresaba del siguiente modo:

«Dicen que todos los hombres tienen sus ambiciones particulares. No sé lo que habrá en esto de cierto: de mí sé decir que lo único que ambiciono es que todo el mundo me aprecie, por lo que pongo de mi parte todo cuanto puedo para hacerme digno del aprecio de mis amigos. No sé si lo conseguiré; aún soy joven y muchos de vosotros no me conocéis bien. Nací muy pobre y he vivido siempre en medio de la mayor



MARÍA TODD

esposa de Abraham Lincoln, con quien contrajo matrimonio
en 4 de noviembre de 1842

pobreza. No tengo ningún amigo de posición que me recomiende. Me presento como candidato independiente, y si salgo derrotado no me desesperaré por eso, pues desde que nací estoy acostumbrado á los contratiempos.»

Y en otra ocasión decía al hablar de sus aspiraciones y deseos de introducir mejoras en el país:

«Desearía que llegase pronto el momento en que por la educación, por la moral, por la aplicación y actividad se desarrollara más la riqueza del país, porque con esto habrá de venir forzosamente un período de prosperidad y felicidad para todos.»

Y así era en efecto. Este hombre de aspecto rústico, que se había endurecido en las penosas é ingratas labores de la tierra y de los bosques vírgenes de su dilatado país desde que tenía uso de razón, deseaba ver á todo el mundo feliz y próspero. Había pasado de niño y siendo ya hombre muchos trabajos y privaciones, y se compadecía, ahora que se ganaba la vida con relativa facilidad, de los que sufrían menos que él, y por eso anhelaba que desapareciera cuanto antes la esclavitud de los pobres negros y que se instruyera todo el mundo, porque tenía la persuasión de que cuanta más instrucción tiene la persona, más discurre y más adelanta un país.

Lincoln era diferente de la generalidad de las personas que habiendo sufrido mucho de niños y llegado después por su laboriosidad y aplicación á ocupar una posición desahogada, ven con indiferencia que

sufren los demás; no, él, por el contrario, se compadecía de todo el mundo, y hubiera querido aliviar con el pensamiento los padecimientos de los pobres colonos, que acaso sufrían mucho menos de lo que él y su familia habían sufrido cavando las tierras vírgenes del Illinois.

CAPITULO III

LINCOLN ABOGADO Y POLÍTICO

De dependiente de comercio en un almacén de comestibles, se convirtió en poco tiempo, por su constancia y aplicación al estudio, en abogado y político distinguido.

En cuanto se casó se llevó á su mujer á vivir á la posada del «Globo,» donde pagaba por los dos cuatro dólares por semana.

Había formado sociedad con el procurador Stuart, y con él trabajó durante cuatro años; pero al ser este último elegido diputado, se disolvió la sociedad, y formó otra con el juez Stephen T. Logan, que apreciaba mucho á Lincoln, por haber estudiado su carácter y apreciar lo mucho que valía.

Abraham iba adquiriendo mucha fama de hombre recto y honrado, y animado por su socio y amigo el juez Logan, empezó el estudio serio de la jurisprudencia, que al poco tiempo principió á producirle bastante, con lo que le fué posible procurar á su mujer muchas más comodidades. Pero á pesar de esto, nunca podía reunir una cantidad regular de dinero, porque

su madrastra y hermanastros eran muy pobres, y tenía que mandarles lo poco que iba economizando.



Volvamos ahora al 1834, en cual año hubo otras elecciones para la legislatura, en las que se presentó Lincoln como candidato para el condado de Sangamon y en las que salió elegido por una gran mayoría.

Entonces había dos partidos políticos, los demócratas y los federales ó wihgs: Lincoln pertenecía á estos últimos.

A los pocos días de su elección y en el momento en que se dirigía á una reunión donde iba á pronunciar un discurso, una persona que le vió pasar preguntó á otra con quien hablaba en aquel momento quién era aquel hombre, y al contestarle que era Lincoln y al ver su gran estatura y aspecto rústico, dijo sonriéndose: «¡Pero hombre, por Dios!.. ¿No podían nuestros correligionarios haber encontrado *mejor material* que ese? – Id á oirle, y así podréis juzgar mejor,» le contestaron. Y en efecto, después de oirle hablar, se convenció que valía mucho, y añadió que sabía más que todos los candidatos reunidos.

Hasta la época de su elección había vestido Lincoln muy descuidado, porque sus recursos eran muy limitados; pero cuando supo que debía presentarse en la legislatura, comprendió que convenía mejorar

un poco su aspecto. Pidió dinero prestado á un amigo, que devolvió más tarde religiosamente, y así pudo comprar la ropa necesaria para presentarse como debía.

En las sesiones de la primera legislatura á que asistió, habló poco, porque prefería observar y aprender; mas no perdió el tiempo con esto, y supo prodúcir tan buena impresión en aquellos con quienes se ponía en contacto, que todo parecía ofrecerle un gran éxito para lo futuro.

Mientras que estuvo asociado con el Sr. Stuart se aplicó mucho al estudio de las leyes, y en 1837, en que fué reelegido para la próxima legislatura, obtuvo al mismo tiempo su título de abogado, llegando á ser un hombre notable en Illinois.

De Lincoln se refieren muchas anécdotas de esta época. Un día recibió la visita de un particular que le pedía su apoyo para seguir un pleito. Cuando se enteró Lincoln de los pormenores, se levantó de su asiento y le dijo:

«Sí, sí, no hay duda alguna que yo podría ganar la causa de usted, produciendo toda una serie de obstáculos para que pudiera aprovecharse de ellos; me sería fácil dejar en la miseria á una pobre madre viuda y á sus hijos huérfanos de padre, á fin de que usted percibiera una cantidad de seiscientos dólares, que en mi concepto tanto pueden pertenecer á la mujer como á usted; pero debo decirle que ciertas cosas legalmente justas no lo son moralmente. En su consecuencia, no

voy á defender la causa de usted; pero deseo darle un consejo, por el cual no le haré pagar nada: procure usted adquirir estos seiscientos dólares por algún otro medio.»

En otra ocasión, cuando se hallaba Lincoln asociado con un procurador, se le presentó un caso en que se acusaba al cliente del crimen de homicidio, y al tener noticia de que el acusado era verdaderamente culpable no quiso encargarse de la defensa; pero su socio, que era menos escrupuloso, se encargó del asunto y consiguió la absolución del criminal. Los honorarios del procurador ascendieron á novecientos dólares, de cuya suma le correspondía la mitad á Lincoln; mas á pesar de lo escaso que andaba siempre de dinero, no quiso admitir un céntimo.

Al igual de otros grandes hombres, no sabía hacer dinero, para esto tenía poca habilidad; pero debido á la reputación que había alcanzado como abogado, marchaba ahora muy bien y tenía algún dinero ahorrado.

Cuando en 1860 fué á Nueva York para pronunciar un discurso en el Cooper Institute, tropezó con un antiguo conocido de Illinois, y le preguntó cómo le iba por allá por el Oeste, y el amigo le contestó: «Bien: gané cien mil dólares, y después los volví á perder; ¿y á usted cómo le va, Sr. Lincoln?» — le preguntó á su vez. — «Bastante bien — le contestó éste; — tengo una casita en Springfield y unos ocho mil dólares en dinero; y si como afirman algunos, me nombran

vicepresidente con Seward, creo que podré reunir un capitalito de veinte mil dólares, que es todo á lo que un hombre puede aspirar.»

Tenía en aquel entonces cuatro hijos; pero al poco tiempo se le murió uno y después otros dos, no quedándole más que Roberto, que nació el día 1.º de agosto de 1843 y estudió jurisprudencia en la Universidad de Harvard, y fué más tarde ministro de la Guerra y embajador de su nación en Inglaterra.

Abraham Lincoln quería con delirio á sus hijos, y se cuentan varias anécdotas de lo que hacía con ellos.

Salía de casa por las mañanas para ir á su despacho, llevando al más pequeño á cuestas, y el mayorcito corría detrás cogido de los faldones de la levita.

Todos los niños de Springfield lo conocían y querían mucho, porque su amor alcanzaba á todos, y cuando le nombraron presidente se despidió de los habitantes de Springfield con estas palabras:

«Amigos míos: Sería necesario hallarse en mi misma situación para poder apreciar la tristeza que me infunde esta separación. A este pueblo debo todo lo que soy; aquí he vivido más de veinticinco años, aquí nacieron mis hijos y aquí está sepultado uno de ellos. Ignoro cuándo os volveré á ver, pues debo cumplir una misión más importante tal vez que la desempeñada por hombre alguno desde los días de Wáshington. Aquel grande hombre no hubiera podido nunca llevar á cabo su empresa sin el auxilio de la Divina Provi-

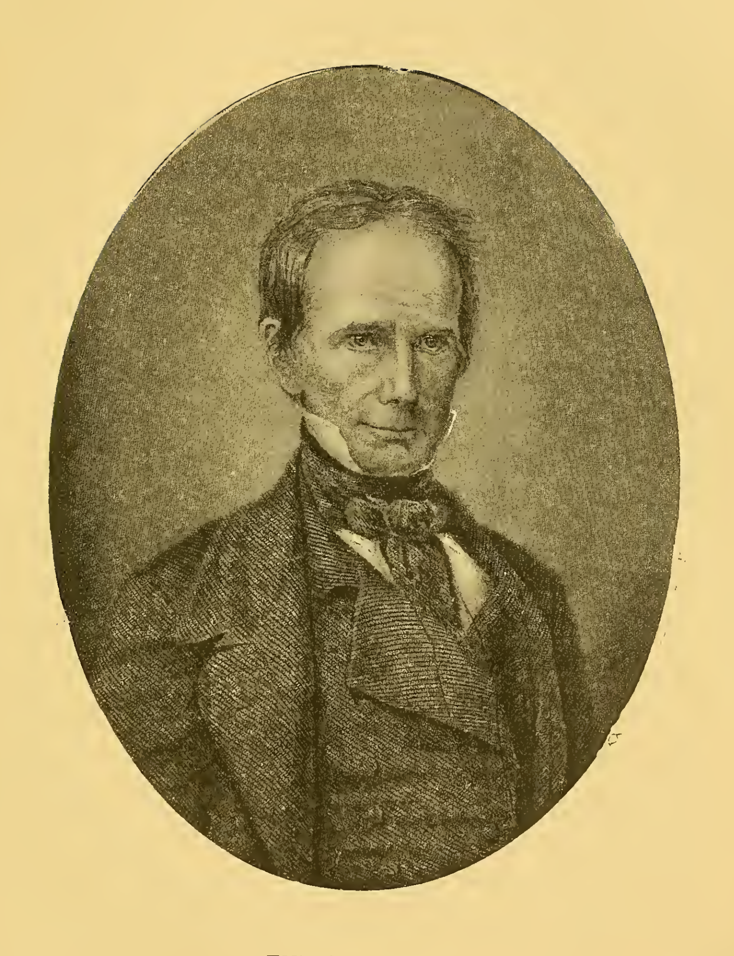
dencia, y yo comprendo que tampoco me será dado cumplir con mi sagrada misión sin la ayuda del Todopoderoso, en cuyo apoyo confío. Por lo tanto, espero que en vuestras oraciones pidáis al Señor su protección para mí, pues sin ella no podría vencer. ¡Adiós, amigos míos!»

Antes de llegar á esto, y después de haber sido durante dos años representante del condado de Sangamon, comenzó Lincoln á tener otras aspiraciones; y en 1846, cuando ya había dejado de tomar parte en la legislatura de Illinois, se le confirió el más alto honor que se le había dispensado hasta entonces, eligiéndole representante en el Congreso de los Estados Unidos.

Lincoln era apasionado admirador de Enrique Clay, eminente político y candidato por entonces á la presidencia, y que había pronunciado discursos casi diariamente durante algún tiempo sobre los asuntos políticos y en particular contra el tráfico de esclavos, y por aquel entonces fué cuando se encontró con Douglas, que pronto fué uno de sus mayores enemigos políticos.

Douglas, hombre muy hábil y de mucha influencia, no sólo trabajaba contra aquellos que se oponían á la esclavitud, sino que hacía cuanto le era posible para que se modificase la ley, con el fin de que se pudiera extender más el tráfico de negros.

La candidatura de Clay para la presidencia no triunfó, pero este resultado fué provechoso para Lin-



ENRIQUE CLAY

estadista norteámericano y candidato que fué á la presidencia
de la República de los Estados Unidos

coln, porque se había hecho tan popular durante sus excursiones para trabajar en favor de Clay, que cuando en 1846 se hicieron las elecciones para diputados en el Congreso, lo presentaron como candidato y fué elegido por una gran mayoría.

El 6 de diciembre tomó asiento en la Cámara de representantes de Wáshington, y el Sr. Douglas fué nombrado otra vez senador por Illinois.

Esta vez la elección de Abraham no fué sólo un paso más hacia adelante, sino también precursora de otros que debían interesar al porvenir de los Estados Unidos.

En los debates que se suscitaron á consecuencia de la guerra con México y de la cuestión de Texas, Lincoln denunció aquella guerra, y pronunció después varios discursos, que por la fuerza de sus argumentos y la energía de sus protestas fueron un golpe contundente contra el partido de la esclavitud.

Terminada la legislatura, en la que había tomado una parte muy activa en todas las discusiones, combatiendo siempre la esclavitud, lo que le granjeó aún más el aprecio de cuantos opinaban como él, resolvió retirarse de la política por algún tiempo, y volvió á Springfield, para consagrarse de nuevo al ejercicio de su profesión de abogado.

Como hombre observador que era, debió reconocer mientras estuvo en Wáshington su inferioridad en algunos conceptos, al compararse con los políticos eminentes con quienes estuvo en contacto, por lo que se

entregó con alma y vida al estudio: quizá previera ya, como dice uno de sus biógrafos, la lucha tremenda con que debía terminar la cuestión entre el Norte y el Sur, y trataba de prepararse, por si acaso le tocaba representar algún papel importante.

Lo cierto es que Lincoln dedicó la mayor parte del tiempo al estudio, sin desatender por eso sus demás deberes. Este gran deseo de aprender lo había heredado de su madre, que era una mujer de inteligencia y refinamiento superior á las mujeres de su tiempo y de su clase.

La ambición de llegar á ser abogado se había despertado en él desde que siendo un pobre muchacho que vivía en los bosques pantanosos en la parte Sur del Estado, cayó en sus manos un ejemplar de los Estatutos revisados de Indiana.

En la breve autobiografía de que ya hacemos mención en otra parte, que preparó para los periódicos para satisfacer la curiosidad del público al ser nombrado candidato para la presidencia, dice «que fué á la escuela por partes,» y que en junto no pasaba de un año el tiempo que había ido; y en otra ocasión le dijo á un amigo «que había leído todos los libros de que tenía noticia que había en cincuenta millas á la redonda,» y entre éstos se hallaban: *Vida de Wáshington*, *Pilgrim Progress*, *Fábulas de Esopo*, *Robinson Crusoe*, *La Biblia* y una *Historia de los Estados Unidos* de autor desconocido.»

Lo extraño es que un muchacho de su edad, cam-

pesino rústico sin ninguna clase de instrucción, leyera con gusto una cosa tan árida como son los *Estatutos de Indiana* y como son por lo general toda clase de Estatutos; pero Lincoln los leyó con tanta atención, que después repetía de memoria el texto, y decía en el capítulo y hasta en la página que se encontraba tal ó cual párrafo.

Este libro de los *Estatutos de Indiana* que leyó Lincoln siendo muchacho, contiene además la Declaración de la Independencia, las Constituciones de los Estados Unidos y del Estado de Indiana y el Acta de Virginia de 1783, por la que el territorio del Noroeste del río Ohío quedaba unido á los Estados Unidos.

La asidua lectura de este libro determinó en Lincoln su vocación por la abogacía, y al mismo tiempo se penetró bien de la parte legal sobre la esclavitud. Antes de terminar la lectura del libro conocía perfectamente las bases sobre las cuales se había fundado el gobierno de los Estados Unidos y su aplicación en los diferentes Estados. Con objeto de poder aprender bien los párrafos más salientes, los copiaba con una pluma de pavo y con tinta que hacía él mismo con raíces de zarza, y cuando no tenía papel escribía el párrafo en una tabla lisa, y una vez aprendido lo borraba con la navaja y escribía otro.

Cuando estaba arando ó cavando la tierra tenía siempre un libro que leía en las horas de descanso.

Decía después en la Casa Blanca, siendo presiden-

te, que la lectura de la *Vida de Wáshington* le había causado una impresión grandísima, y que convenía que los jóvenes del campo lo consideraran como un semidiós, como lo describe Parson Weems, y no debilitar su fe presentándolo como uno de los principales héroes en la historia de América, narrando sus equivocaciones y locuras como si fuera un hombre común.

Las escuelas eran por aquella época muy deficientes, y los maestros estaban muy mal pagados y eran por lo regular aventureros que para todo servirían menos para maestros de escuela. Un clérigo que oyó uno de sus discursos le preguntó un día que dónde se había educado, y Lincoln le contestó:

«He ido muy poco tiempo á la escuela, unos seis meses en toda mi vida. Recuerdo perfectamente que cuando era muchacho me desesperaba cuando me hablaban los chicos en un lenguaje que yo no entendía. Una noche me metí en la cama muy preocupado porque no comprendí bien el significado de algunas palabras de una conversación que tuvieron unos vecinos con mi padre, y pasé una gran parte de la noche pensando en lo que querían decir, y hasta que no dí con el significado no me pude quedar dormido.»

En una nota que entregó Lincoln al editor del *Congressional Directory* decía:

«Nací el 12 de febrero de 1809 en Hardin County, Kentucky.

»Educación deficiente.

»Profesión, abogado.

»Servicio militar, capitán de voluntarios en la guerra Black Hawk.

»Cargos desempeñados: administrador de correos de una estafeta insignificante; cuatro veces miembro de la legislatura de Illinois y elegido para la Cámara en el próximo Congreso.»

Decía Lincoln que su padre había sufrido mucho por no saber leer ni escribir, y por eso deseaba que su hijo aprendiera aunque hubiera que hacer algún sacrificio para ello; pero después lo puso á trabajar en el campo, porque las cosas no andaban muy bien, y necesitaba que le ayudara alguien en las labores de la tierra.

Cuando entró de dependiente de comercio, ya sabía cuentas y leer y escribir, y como Menton Graham, que era también dependiente del almacén de Denton Offutt, en el que estaba empleado, ejercía al propio tiempo el cargo de maestro de escuela, le sirvió de mucho á Abraham, porque le aconsejaba lo que tenía que hacer.

Un día le dijo que le convenía estudiar gramática, y al día siguiente anduvo Lincoln seis millas á pie para comprar la *Gramática de Kiskham*, y su compañero Graham fué el que le enseñó lo que Lincoln ignoraba y el que le aconsejaba, como hemos dicho, lo que debía estudiar.

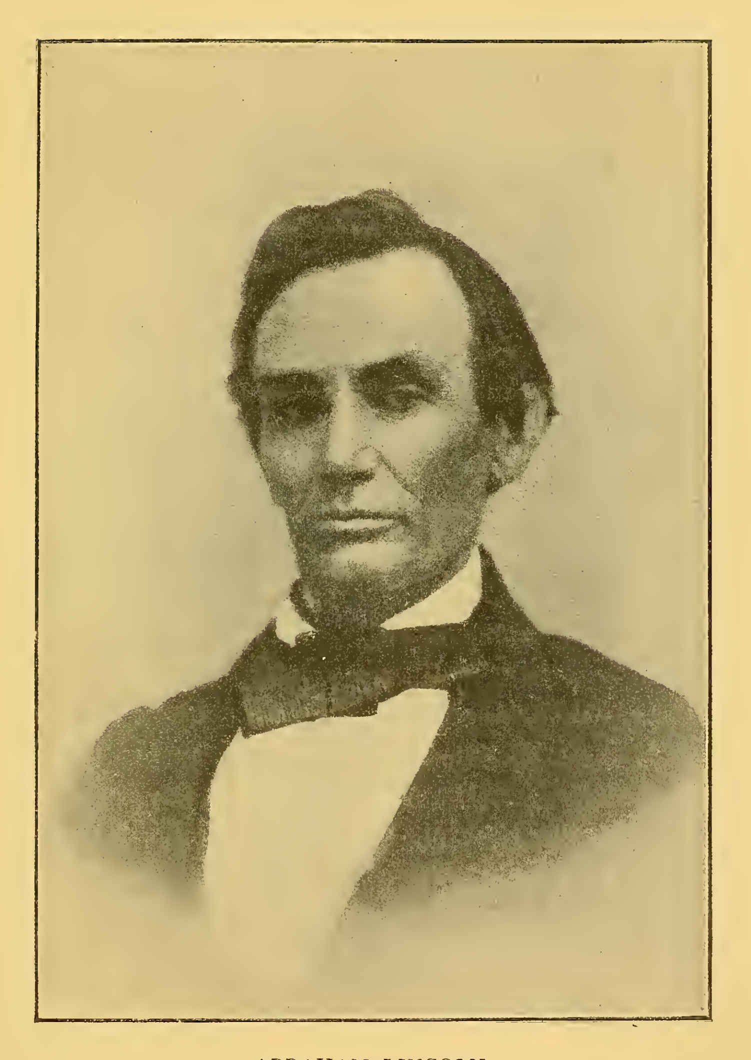
Más tarde, cuando ya fué admitido en la carrera jurídica y nombrado miembro de la legislatura, estudió

matemáticas, lógica, retórica, astronomía, literatura y otros varios ramos del saber, á cuyo estudio dedicaba cada día cierto número de horas. Esto lo vino haciendo hasta después de casado, y más tarde asistió por la noche á la clase de alemán dos veces por semana.

Dicen sus primitivos amigos que este gran amor al estudio fué la causa de su bancarrota en el comercio, que tantos sinsabores y quebraderos de cabeza le causó, por el compromiso que contrajo de pagar hasta el último céntimo de sus deudas.

Sus deseos de ser abogado decía que se acrecentaron del modo siguiente: «Siendo yo dependiente de comercio, se acercó un día al almacén un colono que emigraba á otro país y que llevaba en las carretas muchos trastos viejos inservibles. Se empeñó en que le había de comprar un barril vacío, y aunque á mí no me hacía falta, tanto insistió que por fin consiguió que le diera medio dólar por él. Lo metí en el almacén, y cuando un día lo tumbé para sacar los papeles que había dentro, me encontré con un ejemplar amarillento, pero completo, de los *Commentaries de Backstone*. Principié á leer la famosa obra, porque en el tiempo de la siega tenía muy poco que hacer en el almacén, por la poca gente que venía á comprar, y cuanto más la leía más me interesaba, tanto que devoraba el libro. Nunca estuvo mi imaginación tan absorta como en aquellos días de lectura.»

Juan T. Stuart animaba constantemente á Abra-



ABRAHAM LINCOLN

De una fotografía hecha pocos días después del debate de Gabsburg, Illinois, en 7 de octubre de 1858

ham para que estudiara leyes, y le prestaba los libros necesarios. Para esto tenía que andar Lincoln más de veinte millas, y por el camino había día que se leía unas treinta páginas.

La primera cuenta que presentó de sus honorarios siendo abogado, subía á la modesta cantidad de tres dólares; pero después cargó un poco más, aunque en esto fué siempre muy moderado, y pronto se hizo célebre por las causas que defendió.

Si el cliente era pobre, le cargaba con arreglo á lo que podía pagar; y si no podía pagarle nada, se quedaba tan conforme.

Decía que el abogado, el médico y el ministro del Señor deben estar siempre dispuestos á servir al público sin pensar si les pagarán poco ó mucho.

En general cobraba por su trabajo mucho menos que los demás abogados de su distrito, y el juez Davis le amonestó un día por esto, porque decía que perjudicaba á sus compañeros de profesión.

Siendo ya presidente se acusó á un senador que intentó estafar al gobierno unos cuantos millones. Hablando un día con unos amigos de este escándalo, les decía que no comprendía el por qué los hombres tenían esa sed de riquezas tan desmesurada. «La riqueza – decía – no es más que una cosa superflua que no necesitamos.»

Este hombre, que dedicaba todas las horas que sus ocupaciones de abogado le dejaban libre al estudio de los libros de Derecho, tenía aún humor de contar chas-

carrillos y sucedidos á sus amigos, aun á costa de su persona. Era un hombre muy llano, y aunque la gente decía que era muy feo, era una de esas fealdades que impresionaba.

Además de esto, ya hemos dicho que era muy descuidado en el vestir, pues siempre andaba con un levitón anchísimo que cabían dentro dos como él, y una chistera antediluviana, á la que había tomado tanto cariño, que ni aun siendo presidente la quería dejar, á pesar de las súplicas de su familia y amigos. Cubría su cabeza un conjunto de pelo enmarañado, lo que le daba un aspecto aún más extraño.

Siendo ya presidente se le presentó una pobre mujer que tenía un hijo en el ejército y que había sido condenado á muerte por no se sabe qué faltas de disciplina, y cuando le prometió que firmaría el indulto, bajaba diciendo en alta voz por las escaleras á un ayudante del ministro de la Guerra: «Y decían que era tan feo; pues para mí es el hombre más hermoso del mundo.»

Refería á su familia que había soñado una noche que se hallaba en una asamblea donde había pronunciado un discurso, y al salir por entre dos filas de público que se habían formado para verle pasar, dijo uno: «¡Pero si es un hombre de aspecto muy ordinario!,» y al oir esto se volvió y le dijo: «Amigo, Dios prefiere á los hombres de aspecto ordinario, por eso ha criado á tantos.»

En el tiempo que fué presidente adquirió su cara

un aspecto más triste que antes, debido á los horrores de la guerra; pero no había un corazón más tierno que el suyo en toda la República para compadecerse de los sufrimientos y penalidades de los soldados; y sus generales ponían el grito en el cielo, porque decían que con estas ternuras destruía la subordinación del ejército.

Al enterarse un día que una señora de Boston había perdido á sus cinco hijos en la guerra, le faltó poco para llorar y le escribió la siguiente carta:

«Apreciable señora: En el ministerio de la Guerra me han enseñado una nota del ayudante general de Massachussetts, por la que veo que es usted madre de cinco hijos que han muerto gloriosamente en el campo de batalla. Comprendo que mis palabras no han de mitigar en nada su gran dolor por esta pérdida tan abrumadora. Pero no puedo por menos de dirigirle, en nombre de la República, por la que han muerto para salvarla, alguna frase de agradecimiento y consuelo. Pido al Todopoderoso que alivie en algo su pena, y que sólo le deje la querida memoria de los seres amados que ha perdido y el orgullo solemne de usted de haber conducido tan costoso sacrificio al altar de la libertad.

»Soy de usted atento y seguro servidor.

»ABRAHAM LINCOLN.»

Antes de llegar á este puesto de presidente tuvo que luchar mucho con sus adversarios, y sobre todo

con Douglas que presentó en el Congreso un *bill* por el cual se prescindía del convenio de Missouri. Es decir, que la ley que desde 1820 había legalizado la esclavitud sólo en algunas partes de los Estados Unidos, era rechazada ahora por la legislatura, bajo la poderosa influencia de los propietarios de esclavos, á fin de que el tráfico de negros pudiera extenderse á ciertos territorios libres del Oeste y particularmente á Kansas y Nebraska.

Los términos de esta nueva medida, á la cual se le dió el nombre de *bill* de Kansas-Nebraska, dejaba nominalmente al pueblo de los territorios interesados en libertad de resolver de por sí, por votación, si se toleraría ó no en aquellos puntos la esclavitud; pero pronto se reconoció que el Sur trataba de aprovecharse en cuanto fuese posible de semejante ley; en caso de ser aprobada, podía conseguir los fines que se había propuesto.

Hasta entonces, muchos hombres del Norte, no por ser partidarios de la esclavitud, sino porque hallándose reconocida ésta por la Constitución del país, comprendían que el Sur se daría por ofendido si aprobaban la abolición, no quisieron unirse abiertamente con los que trabajaban para suprimir el tráfico, y hubieran preferido dejar las cosas como estaban antes, deseando ante todo vivir en paz. Pero la aprobación del *bill* Kansas-Nebraska fué la señal, no sólo para protestar, sino para que los Estados del Norte se pusieran en movimiento, pues no podían menos de con-

vencerse ya que los propósitos del partido esclavista tenían por objeto extender sus operaciones á los territorios libres y eventualmente á toda la Unión.

No era posible que Abraham Lincoln pudiera ver con calma aquellos extraños manejos y semejante estado de cosas en la marcha de los negocios públicos: previó la serie de calamidades que la aprobación de semejante ley acarrearía al país; y sabía muy bien que el Norte no consentiría nunca que se extendiese la esclavitud; también comprendió, y como patriota esto era más importante aún, que á menos de contener al partido de la esclavitud en su progresiva marcha, la Unión americana corría peligro de disolverse en medio de una lucha terrible.

Por eso, firme en sus opiniones, se opuso con todas sus fuerzas á la aprobación del *bill* Kansas-Nebraska, y uno de sus primeros actos fué atacar á Douglas en un vigoroso y enérgico discurso cuando volvió aquél de Wáshington para defender el *bill* en Springfield.

Habló Lincoln en aquella sesión con un fervor y elocuencia que nunca se habían observado en él antes de ahora, y refutó completamente los argumentos con que Douglas trataba de apoyar su causa. No contento con esto, siguió á su contrario adondequiera que iba, hablando siempre contra la nueva ley en cuanto se presentaba Douglas y señalando á sus agentes los males y la guerra que inevitablemente producirían. Tanto hizo, que al fin todo el Illinois se agitó de tal

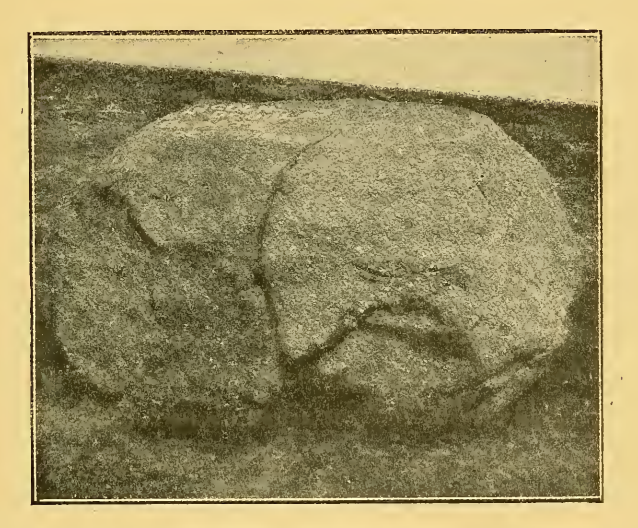
modo, convencido por la elocuencia del joven orador, que el partido democrático, que hasta entonces había dominado allí, hubo de retirarse; y como los federales adquirieron el ascendiente, empeñáronse en que Abraham Lincoln volviera á tomar parte en la legislatura del Estado; de modo que en 1855 presentáronle como candidato para senador de los Estados Unidos. Pero no se le eligió porque tenía otros dos competidores, uno perteneciente á su partido, y otro al de Douglas; y al ver Lincoln que si él se retiraba sus partidarios podrían alcanzar la victoria, hízolo así sin vacilar: este sacrificio de sus propios intereses por amor á la causa que defendía no se olvidó ni se perdió, porque se elevó más en la consideración pública. Así es que poco después, cuando los federales se organizaron de nuevo bajo el nombre de partido republicano, Abraham Lincoln llegó á ser su jefe reconocido.

Al poco tiempo, durante las elecciones de 1856, quedó sorprendido al saber que se le proponía para la vicepresidencia; y aunque al fin no recayera la elección en su favor, el gran número de votos que obtuvo fué marcada prueba de su manifiesta y creciente popularidad.

Lincoln tomó parte en la lucha, hablando á menudo contra la propagación de la esclavitud; y un día terminó su discurso con estas expresivas palabras: «Sí, hablaremos en favor de la libertad y contra la esclavitud mientras la Constitución de nuestro país nos ga-

rantice el derecho de expresarnos libremente, y mientras el sol brille y la luz resplandezca para todo hombre que no siga una senda tortuosa, extraviándose en su camino.»

Entre tanto, las predicciones de Lincoln, respecto



Aerolito colocado en el Parque Wáshington de Quincy, con una inscripción para conmemorar los debates de Lincoln y Douglas sobre la esclavitud

á las consecuencias de haberse rechazado el convenio de Missouri, comenzaron á realizarse.

El pueblo de Kansas, que desaprobaba del todo la esclavitud y que hasta entonces había vivido tranquilo y feliz entregado á sus trabajos agrícolas, hallóse de improviso amenazado por desórdenes y perturbaciones de todo género; pues apenas llegó á ser ley la medida propuesta por Douglas, el Sur dió á conocer

de qué modo había resuelto llevar á cabo sus propósitos.

Missouri. estado esclavista, estaba muy próximo á Kansas, y el partido del Sur hizo que gran número de hombres, conocidos con el nombre de «rufianes de la frontera,» cruzaran esta última para trasladarse al segundo de dichos Estados, con orden de presentarse como colonos pobladores; habíase convenido en que estos hombres votaran primero en favor de la esclavitud; y después, recurriendo á los medios violentos, hicieran imposible la existencia de los colonos libres, para que se marcharan de Kansas.

Ya se había comenzado á poner en práctica este programa, cuando el Norte, viendo que el pueblo de aquella localidad era víctima de toda clase de atropellos, resolvió enviar fuerzas para atender á la defensa de los oprimidos.

Al mismo tiempo llegaron á Kansas emigrantes del Norte, que dieron sus votos contra la introducción de la esclavitud; y de este modo se anuló hasta cierto punto el esfuerzo de los «rufianes de la frontera»; pero aquello había tomado virtualmente el carácter de guerra civil, que debía durar algunos años, para terminar después en encarnizada lucha por adoptarse una Constitución que excluía la esclavitud.

El 16 de junio de 1858, cuando aún continuaba la lucha en Kansas, la Convención republicana, reunida en Springfield, designó otra vez á Lincoln como candidato para senador de los Estados Unidos.

Al día siguiente la Cámara había quedado dividida á consecuencia de los debates, y con este motivo Abraham pronunció ante la Convención un brillante discurso, en el que, después de referirse á la peligrosa situación de Kansas, en cuyo horizonte se iban acumulando nubes amenazadoras, terminaba de este modo:

«Si pudiéramos saber primero dónde estamos y adónde vamos, nos sería posible conocer mejor lo que hemos de hacer y cómo debemos hacerlo. Han transcurrido ya cerca de cinco años desde que se inauguró una política con el evidente objeto y la confianza de poner término á la agitación producida por la esclavitud; pero bajo la influencia de esa política, no solamente no ha cesado la agitación, sino que siempre fué en aumento, y yo opino que no cesará hasta que sobrevenga una crisis y se salga de ella. Una Cámara dividida contra sí propia no puede existir, y me parece que este gobierno no seguirá siendo siempre la mitad libre y la mitad esclavo, porque esto no es tolerable. No espero que la Unión se disuelva, ni tampoco que la Cámara caiga, pero sí confío en que deje de estar dividida. O los contrarios á la esclavitud la contendrán en sus límites, impidiendo que se propague y no permitiéndola pasar del punto que el espíritu público la fije, ó sus partidarios la extenderán hasta que llegue á ser igualmente legal en todos los Estados, así en el Norte como en el Sur.»

Atrevido era este discurso, pero Lincoln no vacilaba

en expresar lo que verdaderamente sentía; y aunque algunos de los federales más moderados juzgaron de pronto que había traspasado los límites de la prudencia en sus observaciones, todos se apresuraron á reconocer después su sabiduría y su veracidad.

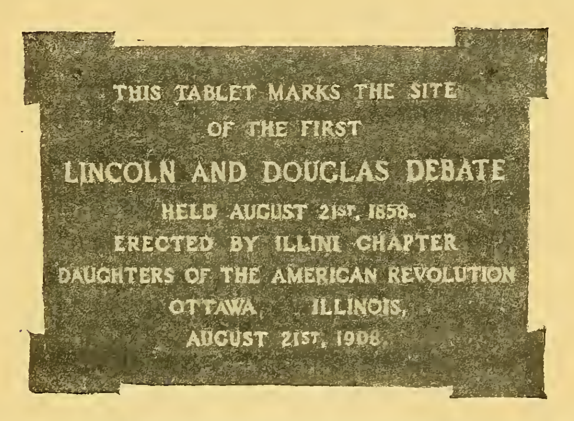
El efecto producido por sus palabras fué admirable, y la prueba es que el partido republicano de Illinois buscó siempre después en Abraham Lincoln el guía y el jefe para sostener la lucha con el partido esclavista.

A la vez que Lincoln era propuesto para el Senado, su antiguo competidor Douglas entró en la liza para disputarle el triunfo.

Entonces hubo entre ellos mucha animación y estímulo, pues cuando hablaba el uno contestábale el otro con un discurso, Douglas apoyando la esclavitud, y Lincoln denunciándola; y como el interés público se concentraba en aquel asunto, los debates y discursos de los dos oradores atrajeron la atención de todo el país, que tenía interés por conocer á este nuevo político, que ya sabían que había sido un pobre campesino en los primeros años de su vida.

El escritor D. R. Locke había dicho que los que acusaban á Lincoln de hombre frívolo era porque no lo conocían bien; porque con los debates políticos que sostenía ahora, sus contrarios habían propagado la noticia, con idea de desacreditarlo, de que Abraham Lincoln era un hombre rústico que no tenía habilidad nada más que para contar cuentos y chascarrillos. «No

he visto nunca — decía Locke — una cara más pensativa, ni más digna, ni más triste que la suya. Tenía sí, buenas ocurrencias, pero esto no es frivolidad. Sus chistes eran instructivos, y los decía sólo con el fin de ilustrar más la idea que exponía. Jamás contaba un



Lápida colocada en el Parque Wáshington, Ottawa, Illinois, sitio donde Lincoln y Douglas sostuvieron su gran debate sobre la esclavitud

chascarrillo por el mero placer de contarlo. Era esencialmente epigramático y parabólico. Para la sátira era un verdadero maestro, pero era una sátira cariñosa, menos cuando veía alguna horrible injusticia, pues en este caso era terrible. Y de sus sentimientos humanitarios no digamos nada, porque por su gusto hubiera perdonado siendo presidente á todo el mundo. Cuando revisaba una sumaria de algún soldado que por haberse quedado dormido estando de centinela durante la guerra debía de ser pasado por las armas, le daba vueltas y más vueltas en sus manos, para po-

der encontrar algo en que apoyarse y firmar el perdón.

Una pobre mujer había venido varios días á la Casa Blanca para ver si conseguía que la recibiera el presidente, porque su marido, que era voluntario, había desertado de las filas, y después de apresado lo iban á fusilar. Llevaba un niño de pecho en los brazos, y al oir Lincoln que lloraba tocó el timbre y llamó al portero.

— Daniel. ¿Hay en la antecámara una mujer con un niño que está llorando? Dígale usted que pase en seguida.

Entró la mujer y le refirió lo que le pasaba, y el presidente perdonó á su marido. La pobre mujer salía rezando de la habitación y llorando al mismo tiempo, y el portero al verla le dijo.

— ¡Si es el niño, señora, el que lo ha hecho!

Una mañana del año 1864, en el momento en que Lincoln iba á abrir la puerta de la oficina de telégrafos militares, vió á una mujer que esperaba fuera y que estaba llorando.

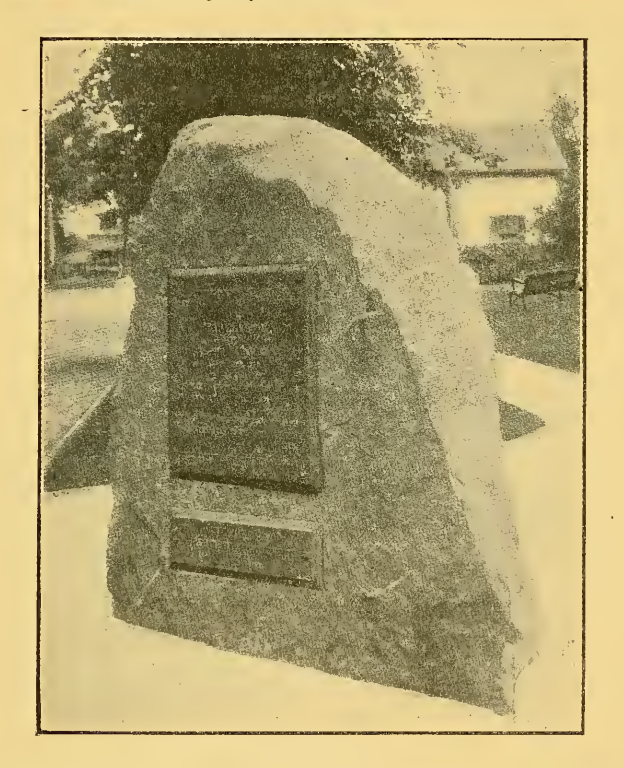
— ¿Por qué llora esa mujer? — le preguntó al comandante Eckerte. — Vea usted lo que desea.

Salió el comandante, y después de hablar con la mujer volvió á entrar para decirle al presidente que tenía el marido en la guerra, y que venía á suplicar que la dejaran ir para verlo, porque tenía el presentimiento de que si no lo hacía no lo vería más.

— Pues mandémosla, pobre mujer — contestó el presidente.

LÁPIDA COLOCADA EN FREEPORT, ILLINOIS

Esta lápida fué erigida por el *Freeport Woman's Club* en 1902, inaugurándola el presidente Roosevelt en 3 de junio de 1903.



En el sitio que ocupa este bloque de piedra se celebró el 27 de agosto de 1858 el segundo debate senatorial entre

ABRAHAM LINCOLN

Y

ESTEBAN ARNOLDO DOUGLAS

«No estoy por la disolución de la Unión en ninguna circunstancia »

Douglas.

«Este gobierno no ha de sufrir siempre que subsistan á medias la esclavitud y la libertad.»

Lincoln.

— Está terminantemente prohibido, señor presidente — contestó el comandante de Estado Mayor.

Meditó un momento el presidente, y después le dijo que pusieran una orden para que el soldado viniera inmediatamente á Wáshington, y de este modo le podría ver su mujer.

Los que le trataron con alguna intimidad dicen que siempre estaba aprendiendo algo nuevo, y no se adhería nunca á los asuntos que descubría que eran erróneos, aunque antes los hubiera defendido.

«Un día — decía uno de los que le habían tratado mucho — me expresó su opinión sobre un asunto muy importante, precisamente todo lo contrario de lo que había dicho poco tiempo antes, y entonces le contesté: «Señor presidente, en poco tiempo ha cambiado usted de parecer.» «Sí — me contestó, — porque no veo la razón, el porqué el hombre no ha de ser hoy más prudente que era el día anterior.» Contestación en verdad muy sabia y llena de sana filosofía. Y es que Lincoln era un hombre de una inteligencia tan clara, era tan filósofo y de una naturaleza tan noble, que iba aumentando su saber con la experiencia y la observación.



Lincoln tenía siendo abogado gran habilidad para sacar la verdad á los acusados y testigos. El juez Davis afirma que era una habilidad tan grande la suya para hacer confesar toda la verdad á los testigos, que

rara vez tenía que recurrir á la amenaza, como hacían la mayoría de los abogados de Illinois.

No irritaba nunca al declarante; al contrario, lo trataba con el mayor miramiento y hasta con cariño, con lo que conseguía desarmarlo cuando se presentaba hostil.

No empleaba ninguna palabra que pudiera dar lugar á duda, y en algunas ocasiones contestaba á sus compañeros que no se debía hablar en latín á los testigos.

Lincoln aprendió mucho del juez Stephen T. Logan, con el que se asoció en 1841, porque era uno de los primeros abogados de aquel Estado y un hombre de grandes ideales, de muy buen carácter y de gran práctica en su profesión.

Con la experiencia de Lincoln en el Congreso se extendió su reputación, se ensancharon sus ideas y adquirió mayor conocimiento de los hombres y de las cosas, y una de las mejores casas de Chicago le ofreció por entonces su apoyo para formar una sociedad, lo que Lincoln no quiso aceptar porque decía que su familia y relaciones las tenía en Springfield, y no quería salir de allí.

Entre los apuntes de Lincoln se encontró uno que decía: «...Los discursos extemporáneos deben practicarse y cultivarse, porque son el camino por donde el abogado se puede acercar al público. Por muy hábil que sea y por mucha confianza que tenga el público en él, no le llevarán muchos negocios si no sabe im-

provisar un discurso. Y sin embargo, no hay cosa que sea de peores resultados para los abogados principiantes que el confiar demasiado en esta costumbre. El que por su fuerza oratoria intente eximirse del trabajo de las leyes, puede contar de antemano que fracasará por completo en su carrera. Como mediador, tiene el abogado muchas oportunidades para ser un buen hombre, y por esto no le han de faltar asuntos que defender. No conviene nunca instigar para entablar pleito... El público tiene la idea, aunque ésta sea vaga, de que los abogados son forzosamente poco honrados, y digo que tiene una idea vaga, porque si consideramos la mucha confianza que se tiene en ellos y los muchos honores que reciben del público, no es probable que la idea de deshonor sea muy grande. Pero con todo, la impresión es común, casi universal. Conviene ser honrado á toda costa, y si no se puede ser abogado honrado, hay que ser honrado sin ser abogado...»

Con la Compañía del ferrocarril central de Illinois, que defendió Lincoln en un pleito, le pasó un caso muy curioso. Después de ganar el pleito presentó la cuenta, que ascendía á dos mil dólares, y el pagador de la compañía no quiso pagarle porque decía que aquellos honorarios eran de un abogado de los de primera línea.

Esta contestación lastimó tanto el amor propio de Lincoln, que retiró la cuenta, y después de consultar á varios compañeros de profesión, presentó otra cuen-

ta de cinco mil dólares, á la que iba unido un memorándum con las firmas de seis de los principales abogados del Estado, diciendo que los honorarios no tenían nada de exagerados. La compañía que no había querido pagarle la primera cuenta de dos mil dólares, se negaba, como es natural, á pagar ahora cinco mil; pero Lincoln demandó á la compañía, y cobró los cinco mil dólares.

Al morir se le encontraron, como ya decimos en otro lugar, varios apuntes sobre la práctica y conducta del abogado, que seguramente los estaría reuniendo para escribir alguna obra. En una de estas notas habla de los honorarios del abogado:

«Las cuentas del abogado es un asunto de mucha importancia. Si se presta atención á este punto se hace justicia al abogado y al cliente á la vez. No se debe nunca presentar una cuenta exorbitante, ni conviene tampoco pedir todo el importe adelantado; con una pequeña cantidad hay bastante como garantía. Si se cobra todo por adelantado, no es posible que se tome uno el mismo interés en el asunto que si queda algo por cobrar.»

Lincoln defendió más de cien causas desde 1840 al día en que fué nombrado presidente, y en esto aventajó á los principales abogados de su Estado.

Una de las causas más importantes que defendió fué la de un tal Duff Armstrong, acusado de asesinato, y varios de los testigos declararon que vieron cometer el asesinato á eso de las doce de la noche. En

el careo procuró Lincoln que declararan que lo habían visto gracias á la luz de la luna. Después probó la exacta posición de la luna la noche del crimen, y el día del juicio dijo Lincoln que la única defensa posible que había era el almanaque, por el que se podía ver que la noche que se cometió el crimen no hacía luna. El juez se quedó asombrado al oir esta salida que no esperaba, y el jurado comprendió que los testigos habían declarado en falso, y el acusado quedó libre.

Como comprendía que su educación había sido muy deficiente, no se cansaba nunca de estudiar, y siempre llevaba algún libro en el bolsillo, bien de astronomía, literatura, historia ó derecho, para aprovechar hasta los momentos que no tenía que hablar en el Tribunal de justicia, cuando asistía para defender alguna causa.

Cuando sus hijos principiaron á ir á la escuela, estudiaba siempre con ellos sus lecciones; pero á pesar de esto, nunca se negaba á defender una causa por muy complicada que fuera, y de todas ellas salía por lo regular airoso. Si tropezaba con alguna dificultad muy grande, se encerraba en alguna habitación de su casa donde no pudieran molestarle, ó se metía por los solitarios bosques próximos á Springfield, y no paraba de cavilar hasta que veía el asunto bien claro.

Los compañeros de profesión se reían, porque Lincoln se apartaba por completo de los procedimientos técnicos que todos ellos seguían en los procesos judi-

ciales. Él lo hacía á su manera y se adaptaba á las circunstancias con asombrosa facilidad, y debido á su cabal conocimiento del corazón humano, excitaba el interés y simpatías del jurado y salía victorioso. Argüía mucho por analogía; empleaba palabras anticuadas y frases caseras con las que el público que deseaba impresionar estaba familiarizado, é ilustraba algunos puntos con máximas y figuras, que la mayor parte de las veces eran muy vulgares, pero que le daban el resultado que él deseaba.

CAPÍTULO IV

LINCOLN COMO ORADOR

Todos los que conocieron á Abraham Lincoln están contestes en afirmar que si hubiera nacido en Inglaterra y hubiera recibido educación universitaria, habría llegado á ser el primer orador del Imperio británico; porque sin esta educación era uno de los mejores oradores de los Estados Unidos, como lo demostró en sus debates con Douglas y en los demás discursos que pronunció.

En la consagración de un cementerio para los soldados que murieron en la guerra de Secesión pronunció un corto discurso que llamó mucho la atención:

«Hace ochenta y siete años que nuestros padres convirtieron este continente en una nueva nación, concebida sobre la base de la libertad y dedicada á que todos los hombres fueran iguales.

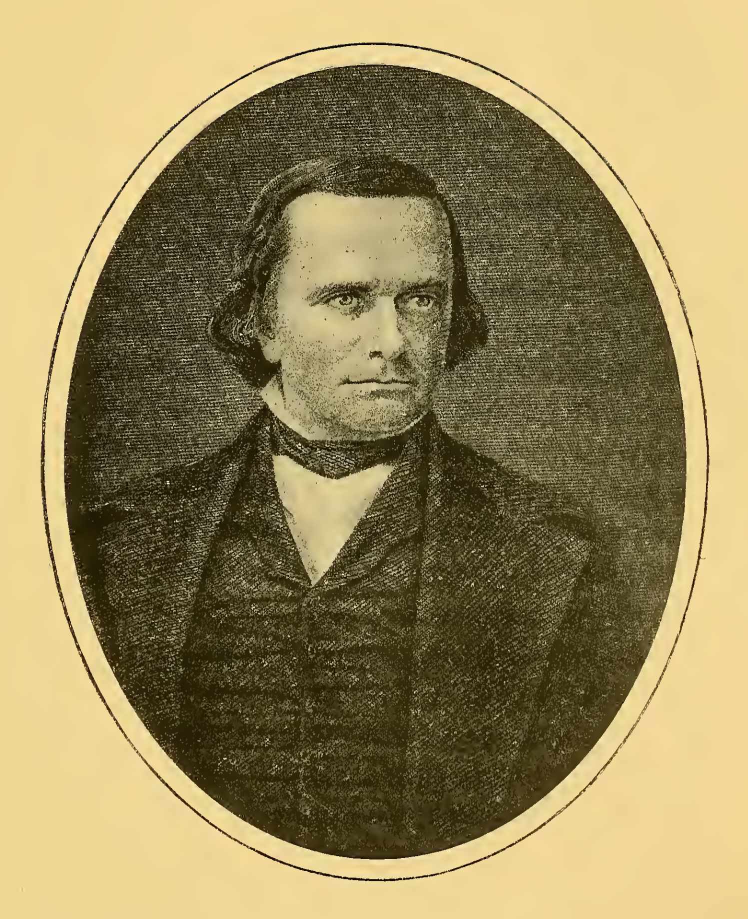
»Esa gran guerra civil que hemos emprendido probará si esa nación, ó cualquier otra concebida de ese modo y dedicada para ese objeto, puede subsistir mucho tiempo. Nos hemos reunido en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido para dedicar una

parte de este campo á sitio de descanso final de los que han dado sus vidas para que esa nación pueda subsistir. Es muy natural y muy justo que lo hagamos así.

»Pero en un sentido más extenso, no podemos dedicar, ni consagrar, ni bendecir este campo. Los valientes que lucharon en él, lo mismo los que cayeron que los que están vivos, lo han hecho ya mucho mejor que lo podemos hacer nosotros. El mundo no hará gran caso de lo que digamos aquí, y mucho menos lo retendrá en su memoria; pero en cambio no olvidará nunca lo que hicieron los que se batieron. Los que vivimos somos los que estamos obligados á terminar la obra que empezaron los que tan noblemente sucumbieron. Los que estamos aquí reunidos tenemos el deber de continuar esa obra, para demostrar que no entregaron sus vidas en vano, y que esta nación que está bajo el amparo de Dios no morirá ni desaparecera de la tierra.»

Al hablar de aquella lucha electoral entre Lincoln y Douglas, un eminente político de Illinois pronunció más tarde un discurso en el que decía:

«Douglas emprendió aquella campaña como un héroe conquistador; tenía su séquito, su banda de música, su guardia, compuesta de amigos fieles, y cuando iba en el tren mandaba hacer salvas que anunciaban su próxima llegada. Todo esto costaba mucho dinero, y Douglas debió gastar por lo menos en aquella ocasión cincuenta mil dólares. En cambio Lincoln confe-



ESTEBAN ARNOLDO DOUGLAS

Notable estadista americano

saba ingenuamente á los amigos que no gastó más de quinientos.»

Douglas, que tan porfiadamente hacía la contra á Lincoln, debía ser sin embargo más tarde uno de sus más íntimos amigos, y hasta uno de sus consejeros; ya anteriormente le había dado pruebas de aprecio, y reconocía sus buenas cualidades.

En 1858, cuando trabajaba para que se le eligiera senador por Illinois, y hallándose Lincoln en las filas de la oposición, como siempre lo había estado, pronunció un sentido discurso, en el que decía entre otras cosas:

«Conocí á Lincoln hace ya cerca de veinticinco años, y desde niños había ya entre nosotros muchos puntos de simpatía, pues los dos éramos pobres y nos hallábamos en tierra extraña. Yo era maestro de escuela en la ciudad de Winchester, y él tenía una tienda en Nueva Salem, por lo cual ganaba más, y era más afortunado que yo, y digo esto, porque Lincoln, que es un hombre de reconocida perseverancia, que sabe vencer toda clase de dificultades para conseguir el fin propuesto, logró entrar en la legislatura antes que yo. En ella le volví á encontrar, y siempre ha excitado mis simpatías por su rectitud, por su imparcialidad, por su despejada inteligencia y por sus buenos sentimientos.»

Así se expresaba Douglas, á pesar de ser el adversario político de Lincoln; pero para que se vea la diferencia de pareceres que había respecto á su persona,

á sus cualidades morales y á sus dotes como hombre público, citaremos aquí lo que dijo el diputado Isaac Morris, de Illinois, en un discurso pronunciado en la Cámara de representantes de los Estados Unidos, en 1860:

«Se me ha preguntado con frecuencia si conozco al Sr. Lincoln y qué clase de hombre es. A lo primero ya he contestado afirmativamente, y ahora voy á decir el concepto que me merece. Como abogado nunca se le consideró en Illinois de los primeros, pues siempre ha figurado en segunda fila; y como orador me parece algo más que una medianía, pero de ningún modo superior; su argumentación es poderosa y no carece de elocuencia, mas tiene el defecto de obscurecer sus ideas con un lenguaje superabundante. Mi colega habla de sus triunfos como abogado, y sin embargo, nos dice que es pobre: si poseyera ese conocimiento intuitivo de las leyes y esa habilidad que se le supone, ¿por qué no ha hecho capital, como suelen hacerlo todos los abogados de nombradía? Ninguno le ha creído gran cosa, aunque mi colega se cree un hombre de gran imaginación, cuando habla de su conocimiento intuitivo, de su genio brillante y de su superior inteligencia.

»Por lo demás, tiene buenas cualidades, y puede decirse que es hombre de disposición; por esto se le tiene y nada más.»

Los discursos de Lincoln en los debates mencionados produjeron mucho entusiasmo por la causa que

defendía, y durante las elecciones adquirió gran reputación como hábil y elocuente orador.

Su discurso sobre la división de la Cámara tuvo eco hasta en los puntos más apartados del país, y sus enérgicos debates con Douglas infundieron esperanza en los esclavos.

Entre la época de su nombramiento y la de su llegada á la Casa Blanca, en marzo de 1861, ocurrió un incidente digno de mención. Poco antes de las elecciones, un funcionario público de Illinois, llamado Bateman, tuvo una entrevista con Lincoln en la Cámara de Springfield; y durante la conversación, como se refiriese á los votos que los ministros del Señor habían dado contra Abraham, contestó éste con expresión de tristeza:

«Aquí hay veintitrés ministros de diferentes denominaciones, y todos menos tres se han declarado contra mí.»

Pronunciadas estas palabras, sacó un *Nuevo Testamento* del bolsillo y añadió:

«Sr. Bateman, esos hombres saben perfectamente que me he declarado por la libertad en los territorios, por la libertad en general, tanto como lo permitan la Constitución y las leyes del país, mientras que mis adversarios están por la esclavitud. Los ministros del Señor no ignoran esto, y no obstante, con este libro en sus manos, con este libro cuyos preceptos rechazan la esclavitud, se atreven á votar contra mí. Es cosa que no acierto á explicarme.»

Hizo una pausa, y después de dar dos ó tres vueltas por la Cámara como para reponerse de su emoción, añadió con trémulo acento y humedecidos los ojos:

«Sé que hay un Dios, enemigo de la injusticia y de la esclavitud; preveo una borrasca espantosa, y no se me oculta que la mano del Señor está en ella. Si me destina un lugar y me dispensa su protección, como así lo creo, dispuesto estoy á obrar según las inspiraciones que de Él reciba. Yo no soy nada, pero la verdad lo es todo, y conozco que la razón está de mi parte, porque la libertad es justa, porque Jesucristo la enseña, y Jesucristo es Dios. He dicho á esos hombres que una Cámara dividida no puede subsistir, y Jesucristo y la razón dicen lo mismo. A Douglas no le importa que se vote por la esclavitud ó en contra de ella; pero al Señor y á la humanidad les importa mucho, y á mí también. Con el auxilio de Dios llevaré á cabo la misión que se me confía; tal vez no me sea dado ver el fin, y acaso otro deberá terminar mi obra; pero el éxito la coronará, y entonces seré vindicado por los hombres, y éstos verán que no habían leído bien sus Biblias.»

El Sr. Everett, uno de los mejores oradores de los Estados Unidos en aquel tiempo, escribió cuatro líneas á Lincoln al día siguiente de pronunciar su sentido discurso en la consagración del nuevo cementerio:

«Permítame usted que le manifieste mi gran admiración por los pensamientos expresados con tanta elo-

cuencia, sencillez y propiedad en la consagración del cementerio.

«Yo me daría por satisfecho, y estaría muy orgulloso, si hubiera podido aproximarme á usted en la idea central en esta ocasión, haciendo en dos horas lo que usted hizo en dos minutos.»

Se dijo después que este discurso lo debió escribir por el camino desde Wáshington á Gettysburg la mañana de la ceremonia; pero el general Fry, que le acompañó, afirmaba que no le vió escribir en todo el camino ni leer ningún manuscrito.

Es de lamentar que no se hayan conservado muchos de sus discursos pronunciados en sus debates con Douglas.

El que pronunció en el Cooper Institute, mencionado ya anteriormente, era un hermoso ejemplo de razonamiento político que sirvió después de modelo para muchos oradores, por su análisis histórico, su exposición concisa, su hermosa lógica y conclusiones irresistibles.

Lincoln decía, contestando á sus amigos sobre su discurso de inauguración, que se halla en el capítulo siguiente:

«Confío que otro será mejor, quizá superior á todo lo que he hecho hasta ahora. A los hombres no se les adula demostrándoles que ha habido una diferencia de propósito entre el Omnipotente y ellos. Sin embargo, el negarlo en este caso sería negar que hay un Dios que gobierna el mundo. Es una verdad esta que

necesitaba yo expresarla, y cualquier humillación que haya en ella, me toca á mí más directamente, y pensé que otros podrían decirla por mí.»

Lo que más desconcertaba á Lincoln era que le llamasen hombre de letras; y sin embargo, hubo pocos en su tiempo que le aventajaran.

Emerson lo compara con Esopo, y Montalembert dice que su estilo se puede recomendar como modelo á los príncipes. Es verdad que sus escritos son poco variados, porque todos se relacionan con los asuntos políticos de su tiempo y consideraciones morales en que están envueltos. Pero sus discursos están llenos de ingenio, agudezas y de encantadora brevedad. Le criticaban porque mezclaba en ellos anécdotas y chascarrillos, y contestando á esto le decía una vez á un amigo:

«Dicen que relato demasiados cuentos; reconozco que es mucha verdad, pero lo hago porque en mi larga experiencia he observado que la gente común — y repitió — la gente común queda más satisfecha cuando lo que se le dice se ilustra con alguna anécdota, que de cualquier otro modo; y además, de esa crítica rigurosa me cuido yo muy poco.»

El secreto del dominio que ejercía Lincoln sobre su auditorio, estaba en su extrema sinceridad. En todas sus discusiones ponía sus cinco sentidos, alma y vida, como vulgarmente se dice, y nunca defendía ni se inclinaba del lado de ninguna cosa injusta, ni hacía ninguna declaración que no fuera verdadera; por eso

tenía tantas simpatías, y cuando intercalaba algún chascarrillo lo hacía riéndose y comunicaba la risa á los demás.

Tenía además la ventaja de que su memoria era una verdadera cámara fotográfica, que retenía con suma facilidad todo lo que leía, y repetía con mucha frecuencia pasajes muy largos de Shakespeare y de poemas de otros autores que había leído con gusto. Con dos ó tres veces que leyera una poesía ó trozo largo de cualquier libro, ya no se le marchaba nunca de la cabeza.

No faltó quien se burló de Lincoln cuando principió á pronunciar discursos en Nueva Salem, por sus maneras ordinarias é inexperiencia, á lo que él contestó diciendo:

«No soy tan joven en años como lo soy en tejemanejes y triquiñuelas de los políticos; pero lo que sí puedo asegurar es que, tanto si vivo muchos años como si muero pronto, no cambiaré nunca de manera de pensar, aunque me ofrezcan un destino de tres ó cuatro mil dólares al año, porque no quiero yo poner un pararrayos en mi casa para proteger mi conciencia contra Dios ofendido.»

Douglas, que era también muy buen orador y hombre de mejor figura y más pulcro en el vestir que Lincoln, perdió la calma un día, y en el calor del discurso dijo que Lincoln, que no estaba presente, era un embustero y un cobarde.

Algunos dijeron al oir esto que indudablemente

debía de haber bebido demasiado aquel día, y no faltó quien le dijera á Lincoln las palabras injuriosas que le había dirigido Douglas.

Al día siguiente habló Lincoln, y dijo:

«Tengo entendido que mi distinguido amigo estuvo ayer muy excitado; ¡los nervios sin duda!, y que habló de batirse conmigo. ¿Hay en este auditorio alguna persona que oyera dichas palabras? — Sí, sí. — También he oído decir que uno del auditorio, que debía de estar, por lo visto, más excitado que él, llegó hasta el extremo de quitarse el chaqué, y se ofreció á tomar el puesto del juez Douglas para batirse conmigo. ¿Presenció alguno de los que estáis aquí esa demostración guerrera? — Risas y voces de sí, sí. — Bien; pues lo único que tengo que decir á esto es que no pienso batirme ni con el juez Douglas ni con su protector. Y no lo hago por dos razones, que voy á exponer ahora mismo. En primer lugar, una riña entre los dos no probaría nada en favor del desarrollo de estas elecciones. Lo único que podría probar es que el juez Douglas es un hombre de más músculo que yo, ó bien que yo lo soy más que él; pero estas cosas no tienen nada que ver con lo que se discute aquí. El resultado no probaría que él tiene más razón que yo ó que yo tengo más que él. Y si mi pelea con él no puede probar esto, menos lo probaría batiéndome con su defensor. Mi segunda razón de no querer tener un encuentro con el juez Douglas, se funda en que no creo que él desee pelearse conmigo. Los dos somos

los mejores amigos del mundo, y cuando nos reunimos no le pasa ni por la imaginación siquiera el batirse conmigo. Todo eso lo dijo seguramente para entusiasmar á su auditorio, lo que seguramente consiguió, así es que yo por mi parte le absuelvo.»

Lincoln iba adquiriendo tanta nombradía de buen orador, que á los treinta y dos años de edad ya se le consideraba como uno de los mejores de Illinois.

Mientras se dedicaba á estos asuntos políticos no aumentaba en nada su bolsillo, porque sus partidarios y amigos no le sufragaban ni los gastos de viaje; pero en cambio se iba haciendo muy popular, y á ningún otro se le oía hablar en los mitines con tanto gusto como á él.

El primer encuentro político que tuvieron Lincoln y Douglas fué en 1840 durante la campaña presidencial de Harrison, y desde entonces se miraban como rivales.

Douglas tenía cuatro años menos que Lincoln. De muchacho había sido aprendiz de ebanista en Vermont, y después estudió derecho casi con las mismas fatigas y estrecheces que Lincoln, y ya siendo abogado llegó á Springfield con treinta centavos en el bolsillo por todo capital; pero poco á poco fué subiendo después con el apoyo del procurador Juan J. Harding, llegando á ser en el partido democrático lo que Lincoln en el de los whigs.

Ya hemos dicho que Douglas tenía la ventaja de ser muy buena figura, muy atildado y pulcro en el

vestir y de muy buenos modales, mientras que Lincoln era sumamente zafio y desmañado, y su voz, aunque muy expresiva, no era tan melodiosa como la de Douglas. Sin embargo, Douglas comprendía que Lincoln era un enemigo político que no convenía buscarlo, y huía de él todo cuanto podía.

Decía un periodista que oyó hablar á Lincoln en uno de sus discursos de Springfield: «No había oído nunca una oratoria tan sencilla y conmovedora como la que empleaba Lincoln. Todas las cuerdas del corazón humano las tocaba con tanto vigor y maestría, que el público no resollaba por temor á perder una sola de sus palabras. Yo había ido á tomar unas notas de su discurso, como otros compañeros de periodismo; pero su oratoria me electrizó de tal modo, que me quedé todo el tiempo que estuvo hablando con la pluma en la mano, sin poder escribir una sola de sus palabras, y luego me enteré que á mis compañeros les había pasado próximamente lo mismo.»

Uno de los mejores discursos de Lincoln fué el que pronunció en la Convención Bloomington para la organización en 1856 del partido republicano. La Convención, que se componía de los primeros miembros de los partidos políticos, adoptaron el nombre de republicanos, y se declaraban abiertamente contra la esclavitud; pero había muchos descontentadizos y envidiosos entre ellos, y Lincoln consiguió ganarse la voluntad de todos con su hermosa oratoria y su gran maestría.

Contestando á Douglas sobre el asunto de la esclavitud decía un día:

«El juez Douglas me acusa de estar yo en favor de la igualdad de los negros, acusación injusta por cierto. Se me puede acusar, sí, de ser enemigo de la servidumbre y amante de la libertad; y aunque no llevo la igualdad de razas al extremo que dice mi adversario, confieso que el negro es en varias cosas igual al blanco, y una de ellas, en que puede comer el pan que gana con sus manos; en esto el negro es igual al juez Douglas ó á otro cualquier hombre.»

En el discurso que pronunció en el Cooper Institute de Nueva York principió á hablar con visible dificultad, porque le sorprendió el ver la inmensa concurrencia de lo más distinguido de la nación que se había reunido allí para oirle; pero se repuso al momento al notar el silencio respetuoso con que le escuchaban, y fué poco á poco hablando con más aplomo y claridad. Comprendió al primer golpe de vista que el auditorio en su mayoría era muy ilustrado, y se abstuvo de mezclar anécdotas, como hacía por lo regular con otra clase de público, consiguiendo por último ser escuchado con admiración por los oyentes, que le aplaudieron con entusiasmo.

El embajador de Inglaterra, que oyó este discurso, decía muchos años después en Edimburgo:

«Hace ya cuarenta años que vi y oí hablar por primera vez á Abraham Lincoln; pero á pesar del mucho tiempo transcurrido, no se ha borrado de mi me-

moria la impresión que me dejó. Era un hombre sumamente sencillo, con aspecto de campesino, y no había nada en él que llamara la atención, á no ser su gran estatura y lo muy holgado que le venía el traje que llevaba puesto. Lo arrugado de su cara indicaba á la vez la lucha que aquel hombre había sostenido con los elementos, lo mucho que había trabajado en los campos de muchacho y ya siendo mocito; pero al mismo tiempo indicaba la superioridad de su cabeza, que de pobre campesino se había puesto por encima de todos sus compatriotas.»

Su proclama, siendo presidente, estaba concebida en los siguientes términos:

«Considerando que de algún tiempo á esta parte no pueden ponerse en ejecución las leyes de los Estados Unidos por la resistencia de los Estados de la Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Mississippí, Luisiana y Texas, en los cuales existen combinaciones demasiado poderosas para ser reprimidas por los procedimientos ordinarios de la justicia, ó por los poderes de que está revestida la autoridad por la ley; yo, Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos de América, en virtud de los poderes que me confiere la Constitución, he tenido por conveniente hacer un llamamiento á la milicia de los diversos Estados á fin de reunir setenta y cinco mil hombres, para que sean respetadas las leyes debidamente.

»A dicho efecto se comunicarán acto continuo instrucciones á las autoridades de los diversos Estados

por conducto del departamento de Guerra, y yo apelo á los leales ciudadanos para que por cuantos medios estén á su alcance contribuyan al mantenimiento de la integridad y conservación de nuestra Unión nacional, corrigiendo abusos demasiado tiempo tolerados. Creo oportuno advertir que el primer servicio de las fuerzas reunidas será recobrar los fuertes y plazas que han sido tomados á la Unión, mas procurando siempre evitar que se destruyan, y mucho menos los bienes y propiedades de los pacíficos ciudadanos de cualquier punto del país. Por lo tanto, aconsejo á todos aquellos que hayan tomado parte en cualquier movimiento no autorizado por las leyes, que se retiren tranquilamente á sus hogares en el término de veinte días, á contar desde la publicación de la presente proclama.

»En vista de las especiales circunstancias y de la situación por que atraviesa el país, y en virtud de los poderes que me confiere la Constitución, he resuelto convocar las dos Cámaras del Congreso, debiendo reunirse los senadores y representantes el 4 de julio próximo, á fin de adoptar las disposiciones necesarias que exijan los intereses y la seguridad públicos.»

No deja de ser curioso que precisamente en aquella crisis, Douglas, antiguo adversario político de Lincoln, cuyas opiniones respecto á la esclavitud y al Sur habían cambiado después del ataque del fuerte Sumter, fuese uno de los primeros en ofrecer sus consejos y su cooperación al presidente.

Cuando éste le leyó su proclama, le contestó Douglas:

«Pida usted hasta doscientos mil hombres, porque yo sé muy bien á lo que pueden llegar los malos propósitos del Sur.»

Desde aquel día Lincoln y Douglas, que se habían venido haciendo la oposición durante veinte años, fueron muy buenos amigos.

CAPITULO V

LINCOLN COMO DIPLOMÁTICO

A pesar de la educación deficiente de Lincoln, demostró durante el tiempo que fué presidente de los Estados Unidos que era un diplomático notable; y eran muchos los que afirmaban después que entre los diplomáticos más distinguidos de Europa, quizá no hubiese dos que le aventajasen en esto.

En Springfield había demostrado ya, siendo abogado y político, que era un hombre de gran perspicacia y que valía mucho para toda clase de asuntos.

Esta cualidad la fué desarrollando y perfeccionando durante su vida de político, hasta convertirse por fin en uno de los diplomáticos más hábiles del mundo y en uno de los mejores estadistas de los Estados Unidos.

Este abogado provinciano dirigió los asuntos extranjeros de la nación norteamericana desde 1861 á 1865 con extraordinaria maestría, á la par que dirigía una de las guerras civiles más terribles de estos tiempos modernos; y aunque el público creía que el que realmente dirigía la política exterior del país era Se-

ward, los miembros del gabinete sabían perfectamente que era Lincoln el que lo hacía todo, porque era diplomático por naturaleza, como lo había demostrado ya desde los primeros años de su vida, cuando los muchachos de su país lo nombraban árbitro para que dirimiera sus contiendas de empate en los juegos y apuestas; y lo que decía Abraham todos lo acataban y lo daban por bueno, porque sabía hacer justicia y tenía la rara habilidad de contentar á todo el mundo. Como era acérrimo defensor de la emancipación de los negros, en más de una ocasión se permitían con él alguna bromita sus compañeros de gabinete. En una ocasión le dijo Seward delante de los demás ministros:

– Señor presidente, he oído decir que se apartó usted el otro día de una negra al pasar por una calle estrecha donde había mucho barro.

– No recuerdo – contestó Lincoln pensativo; – pero es muy probable que lo hiciera, porque, por regla general, si la gente no se aparta de mí, me aparto yo de ella, pues de lo contrario habría colisión.

Y en efecto, evitaba siempre las colisiones; y no lo hacía por falta de valor ó confianza en sus puños; lo hacía porque sabía que era un disparate y una barbaridad el llegar á las manos, y decía que la terquedad la confundían lamentablemente muchos con el valor. Y uno de sus consejeros añadía «que los cementerios estaban llenos de ambiciones muertas y esperanzas frustradas á causa de esta equivocación que Lincoln no cometió nunca.» No permitía que su antagonista

sondeara sus pensamientos, ni le dejaba ver la línea que seguía en su obra. En los asuntos de poca importancia cedía siempre para buscar una posición fuerte, donde poder librar una batalla más importante. Sabía vencer toda clase de obstáculos, y salía de los atolladeros con mucha diplomacia, sin darse por vencido ni hacer concesiones importantes.

El gobernador de un Estado se presentó en una ocasión en la Casa Blanca á decirle al presidente que era imposible continuar reuniendo tanto soldado como le pedían para atender á las necesidades de la guerra.

El gobernador había venido muy furioso y se marchaba muy satisfecho y contento, lo que indicaba que Lincoln le habría hecho indudablemente alguna buena concesión; y al preguntarle un amigo sobre esto, le contestó sonriéndose:

«No, no; no le he concedido absolutamente nada. ¿Sabe usted cómo se arregló aquel campesino de Illinois para quitar un tronco de árbol muy grande que tenía en medio de su finca? Un domingo dijo á sus vecinos que ya había quitado el tronco; «¡que ha quitado usted el tronco,!» le contestaron admirados; «¿y cómo se arregló usted?.. Levantarlo era imposible por lo pesado; hacerlo astillas ó quemarlo, tampoco, porque estaba muy verde.» «Si me prometen ustedes no divulgar el secreto, yo se lo diré, les contestó el campesino; *he labrado alrededor de él.*» Bien; pero ahora no vaya usted á decir por ahí cómo me he arreglado yo para librarme del gobernador, dijo Lincoln...; pues

yo también *he labrado alrededor suyo*, pero para hacerlo empleé tres horas que me parecieron tres siglos, y andaba con miedo porque me parecía que iba á descubrir mis intenciones.»

A principios de 1865 se presentaron en la Casa Blanca tres delegados de los confederados que venían á tratar pacíficamente con Lincoln y con su secretario Seward sobre la independencia de los Estados del Sur, que deseaban que los reconocieran como Confederación extranjera. Estos tres delegados eran los señores Stephens, Hunter y Campbell. El Sr. Hunter argüía con cierta energía, y declaró que era preciso, si se deseaba llegar á la paz, que se reconociera la autoridad de Jefferson Davis, y habló además de la correspondencia que había mediado entre el rey Carlos I y su Parlamento, para que sirviera esto como precedente en apoyo de su petición. Al oir esto, Lincoln le contestó en seguida:

«En asuntos de historia, lo mejor es que trate usted con el Sr. Seward, porque en esto él está mucho más fuerte que yo; pero, por lo poco que yo recuerdo, me parece que de resultas de esta correspondencia se volvió loco Carlos I.»

Los que andaban en contacto diario con Lincoln en aquellos meses eternos de espantosa guerra civil, observaban la gran habilidad y la mucha serenidad de este hombre, que conducía los negocios del país en medio de tantos contratiempos y recibía las noticias de los descalabros sin demostrar el menor desaliento,



GUILLERMO H. SEWARD

Secretario de Estado bajo la presidencia de Abraham Lincoln

hasta el extremo de que no se le conocía en la cara que estuviese contrariado por los desaciertos de sus generales. Pero en el momento que ocurría algún desastre grande, tomaba una determinación enérgica para evitar que ocurriese otro; y todo esto lo ideaba y ponía en práctica en seguida, pero con serenidad y sin demostrar apresuramiento de ninguna clase.

Y lo más raro de todo era que este hombre no tenía cuando vino á Wáshington experiencia ni estudios serios sobre la diplomacia; lo poco que sabía lo había aprendido él solo en los libros que había leído en Springfield; no había estado agregado á ninguna embajada, ni había salido como aquel que dice de Illinois, y sin embargo, en pocos meses se puso después por encima de los diplomáticos más distinguidos del mundo.

En el momento que entró en la Casa Blanca se encontró que tenía que resolver un problema diplomático de los más graves, y para resolverlo era preciso tener grandes conocimientos de la diplomacia y mucha habilidad. Se trataba de un asunto muy peliagudo, como era el que los confederados se empeñaban en que las naciones de Europa reconocieran la Confederación como nación independiente; y su antecesor el presidente Buchanan se había visto impotente para resolver este asunto; pero Lincoln lo fué tratando con tal maestría, que pudo salir del paso sin grandes dificultades.

Uno de los ejemplos más salientes del tacto y gran

diplomacia de Lincoln se encuentra en la manera como trató la crisis del gobierno del mes de diciembre de 1862, cuando el partido republicano trataba de dividirse. Entre los individuos que componían aquel gabinete había muchas envidias y desavenencias, que hubieran bastado para que cualquier otro presidente que no hubiera sido Lincoln se hubiese desanimado y dejado el poder. Seward se fué convirtiendo poco á poco en el *leader* del partido conservador, y Chase en el del elemento radical del partido republicano, y aunque los dos desempeñaban fielmente sus respectivos cargos con habilidad y patriotismo, se hacían por otro lado la guerra. Chase pretendía la presidencia y andaba buscando dificultades á Lincoln, mientras que Seward se ponía de su parte y lo defendía en todo; pero el presidente se arregló de modo que estos dos enemigos que llegaron á presentarle sus respectivas dimisiones quedaron amigos y continuaron en sus puestos.

Lincoln tenía gran habilidad para quitarse de encima á los impertinentes que le mareaban continuamente con sus peticiones. El abogado de Búffalo Juan Ganson, que era calvo y no le había salido nunca un pelo de barba, se le presentó un día y le dijo:

– Sr. Lincoln, he apoyado siempre todas las disposiciones de usted en el Congreso, y creo tener derecho á que me atienda usted y á que me diga cuáles son sus propósitos en la presente situación y cuáles son sus planes para la guerra.

Lincoln se quedó mirándolo con una sonrisita burlona, y le dijo:

—Ganson, ¡qué bien que se afeita usted!

Cualquier otro se hubiera ofendido; pero Ganson era un hombre inteligente y de mundo, y se retiró en seguida comprendiendo que por aquel camino perdía el tiempo lastimosamente.

En 1862 los habitantes de Nueva York estaban muy alarmados porque temían que los buques de guerra de los confederados bombardearían la ciudad. Entonces acordaron que cincuenta de las personas más influyentes de la ciudad, que representaban millones y millones de dólares, fueran á Wáshington para ver si podían persuadir al presidente á que destinara un barco de guerra que les defendiera sus propiedades.

Lincoln les estuvo escuchando con mucha atención, y aparentemente parecía que le había impresionado lo de la probable pérdida de millones y millones de dólares, y cuando terminaron de hablar les dijo:

«Señores, soy, conforme á la Constitución del país, el jefe del ejército y de la armada de los Estados Unidos, y tengo por lo tanto derecho á mandar que se haga todo lo que prácticamente se pueda hacer. Tengo el mando de los barcos de guerra; pero, á pesar de esto, no sé á punto fijo dónde se encuentran. Supongo que todos andarán detrás de los barcos enemigos, por lo que comprenderán ustedes que es imposible que yo pueda destinar un barco de guerra expresamente para

que guarde sus intereses. Si yo tuviera una parte insignificante de los millones de dólares que representan ustedes y una pequeña parte del mucho miedo que tienen ustedes, me apresuraría á mandar construir un buen barco de guerra y se lo regalaría al gobierno.»

Jeremiah S. Black, que fué secretario de Estado unas cuantas semanas, había mandado una circular á los embajadores norteamericanos en las cortes de Europa, en la que les decía que los Estados Unidos no habían hecho ninguna clase de concesiones á los confederados respecto al reconocimiento por las naciones extranjeras como Confederación independiente. Y al entrar Seward después en el departamento de Estado para reemplazar á Black, se apresuró á confirmar estas instrucciones, expresando al mismo tiempo la confianza que tenía el presidente en sofocar pronto la rebelión, para restaurar la unión y armonía de la nación. De Francia y de Inglaterra no se recibían contestaciones tranquilizadoras; al contrario, Francia confiaba que con la separación de los Estados del Sur ganarían mucho sus planes para convertir á México en imperio, y por otro lado Inglaterra veía que con la separación tendría el algodón barato y se establecería el libre cambio.

Seward estaba desesperado, y escribió á Adams, embajador en Londres, quejándose del proceder poco noble del gobierno inglés, cuya comunicación hubiera agriado mucho las relaciones de los dos países. Afor-

tunadamente el presidente le había dicho poco antes que no escribiera nada importante para el extranjero sin enseñárselo antes; y gracias á esto se evitó una guerra con Inglaterra, porque Lincoln modificó la comunicación de su secretario de Estado, y llevó el asunto con tal habilidad, que dejó admirados á los diplomáticos ingleses.

Lincoln demostró que sabía salir airoso de ciertos compromisos, y daba unas contestaciones que dejaba aplastados á los curiosos impertinentes que se empeñaban en saber sus opiniones sobre algún asunto del gobierno. A uno que le preguntó lo que opinaba de Sheridan, que acababa de llegar del Oeste para tomar el mando de la caballería del general Grant, le dijo:

«Es uno de esos hombres de brazos muy largos y piernas muy cortas, que pueden rascarse la pantorrilla sin encorvarse.»

El senador Fessenden estaba un día muy irritado porque Lincoln había hecho en el Congreso ciertas promesas en asuntos de patronazgo, que consideraba injustas, y reprochó la conducta del presidente de un modo muy descompuesto. Lincoln le estuvo escuchando con calma sin contestarle, y cuando vió que había pasado la tormenta, le preguntó con mucha tranquilidad:

—¿Es usted episcopal, Fessenden?

—Sí, señor; pertenezco á esa iglesia.

—Me lo figuraba, porque todos los episcopales juran

como usted. Seward es episcopal; Stanton presbiteriano. Debe usted oirle cómo jura.

Y entonces explicó las varias clases de juramentos y las bonitas distinciones que había en las diferentes clases de profanación, de la manera más filosófica del mundo, hasta que vió tranquilo á Fessenden, y entonces habló de las concesiones que había hecho.

En una ocasión le preguntó uno de los muchos curiosos que venían á la Casa Blanca cuántos rebeldes había en el campo.

– Un millón doscientos mil, según afirman los que están bien enterados – contestó muy serio.

– ¡Santo Dios!

— Sí, sí; un millón doscientos mil, no le quepa á usted duda. La cosa es bien clara: todos nuestros generales, sin excepción, cuando han tenido que correr han dicho que había tres ó cuatro rebeldes por cada soldado nuestro. Nosotros tenemos cuatrocientos mil en campaña, y tres veces cuatrocientos mil hacen un millón doscientos mil; ¿no es esto?

Cuando la expedición de Sherman tomó Port Royal, y se marchó después de dicho puerto, había gran curiosidad por saber dónde había ido. Una de las personas que entraban con frecuencia en la Casa Blanca no pudo resistir más tiempo, y le preguntó al presidente dónde había marchado la columna del general Sherman.

– ¿Guardará usted el secreto? – le preguntó Lincoln muy serio.

— Le doy á usted mi palabra de honor, señor presidente.

— Bien; pues en ese caso se lo diré á usted — contestó Lincoln, tomando un aire muy misterioso, y mirando de reojo á un lado y á otro para ver si había por allí cerca alguna otra persona que pudiese oir lo que iba á comunicar al curioso impaciente, al que cogió del brazo para acercarlo más á él, y entonces le dijo levantando mucho la voz: — La expedición se ha marchado al mar.

Un caballero le suplicó una vez que le diera un pase para cruzar las líneas de los federales y poder visitar á Richmond.

«Tendría sumo placer en poder complacerle, le contestó el presidente, si mis pases fueran respetados; pero es el caso que en estos dos últimos años he dado pases á doscientos cincuenta mil soldados para ir á Richmond, y aún no ha podido entrar ninguno.»

Una casa de comercio de Nueva York se dirigió á Lincoln pocos años antes de ser presidente pidiéndole informes de un vecino suyo, y contestó lo siguiente:

«Recibí la carta de ustedes del 10 del corriente, Ante todo debo decirles que tiene mujer y un hijo, que deben valer en junto unos 500.000 pesos para cualquier hombre. En segundo lugar está su despacho, donde hay una mesa que vale 1'50 peso y tres sillas qúe valen un peso. Y por último, en un rincón

de esta habitación hay un gran agujero de ratones, por donde se puede ver lo que hay dentro.»

Un senador se presentó un día en la Casa Blanca para ver si podía inducir á Lincoln á que diera una orden para que el departamento de Guerra destinara una crecida suma de dinero para pagarle ciertos servicios que podía él haber prestado si se lo hubieran permitido. Lincoln le estuvo escuchando con mucha calma, como hacía siempre, y le contestó cuando aquél terminó de hablar:

—«Hace algunos años, cuando era ley en algunos Estados de la Unión el encarcelar á uno por deudas, mandaron á la cárcel á un pobre diablo por petición de sus acreedores, y le obligaron á que estuviera preso el tiempo necesario, hasta que á razón de un dólar y medio diarios pagara todo lo que debía. Como sabía exactamente á lo que ascendía su deuda, calculó los días que tenía que estar preso; y al terminar se lo dijo á su carcelero, pidiéndole que lo pusiera en libertad.

»El carcelero se empeñó, sin embargo, que lo había de tener allí cuatro días más. Pero al hacer después sus cálculos, vió que el preso tenía razón, y que había estado cuatro días más de lo que había sido condenado.

»El preso pidió entonces, no sólo el recibo de toda su deuda, sino los seis dólares correspondientes á los cuatro días que había estado de más y que le debía el Estado. Yo creo—añadió Lincoln—que su cliente

de usted tiene tanto derecho á reclamar como tenía aquel individuo.»

– Soy de la opinión de usted, señor presidente – contestó el senador con sobriedad, y se marchó en guida.

Cuando oyó decir á uno de sus íntimos amigos que el secretario Chase andaba trabajando para ver si le podía quitar el puesto de presidente, recibió la noticia sonriéndose y le contestó:

«Mi hermanastro estaba un día labrando un terreno de Kentucky para sembrarlo de trigo. Él sostenía el arado y yo iba delante guiando el caballo, que era muy gandul; pero un día se entusiasmó tanto y principió á andar tan de prisa por medio del campo, que á pesar de estas piernas mías tan largas no lo podía coger. Cuando llegamos al extremo del campo que estábamos arando, vi que lo que le hacía correr era una mosca que se le había pegado, y me apresuré á quitársela.

– »¿Pero que haces, hombre? – me preguntó mi hermano; – precisamente era eso lo que le hacía ir de prisa.

»Si el Sr. Chase tiene una mosca presidencial que le pica, no se la quitaré yo por cierto, porque así marchará bien su departamento.»

En una ocasión hablaban los amigos de Lincoln de lo bajito que era Stephen A. Douglas, y después principiaron á discutir sobre la largura más apropiada de las piernas de un hombre. En esto entró Lincoln

donde estaban hablando, y convinieron que fuera él el que decidiera la cuestión.

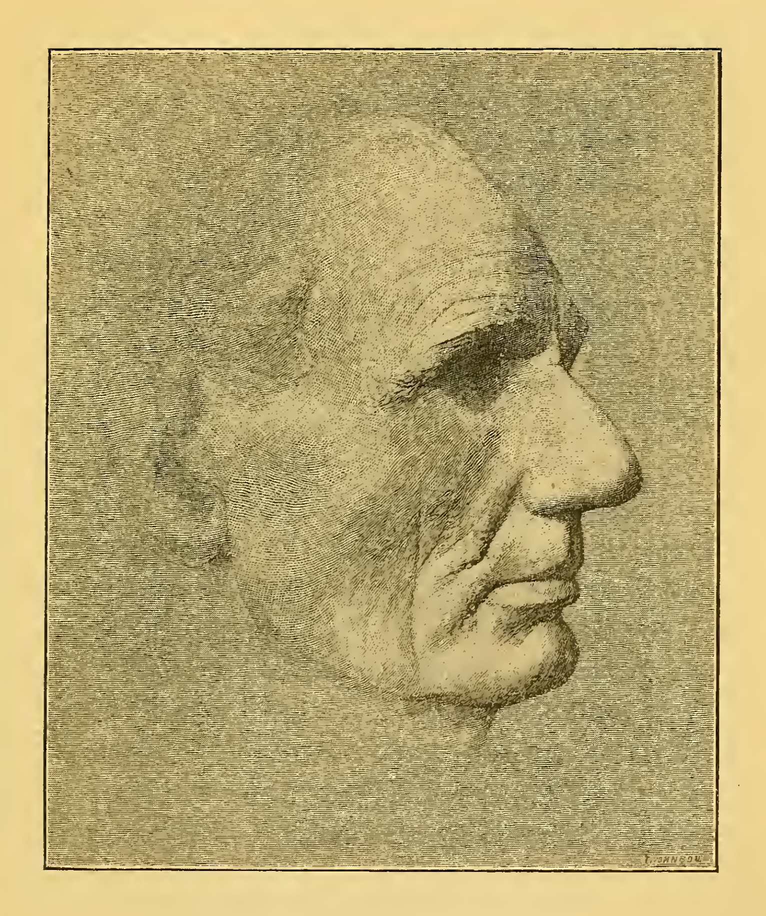
«Verán ustedes, dijo después de meditar un momento; yo creo que las piernas de un hombre tienen que ser lo suficientemente largas para que puedan llegar desde el cuerpo al suelo.»

Roberto Dale Owen, el espiritualista, leyó un día al presidente un manuscrito bastante largo de un asunto oculto que tanto gustaban á este vagabundo. Lincoln le oyó con santa resignación; y como aquél le preguntara su opinión, contestó acompañando un bostezo:

«Sí, para los que les gusta esa clase de cosas, son precisamente las cosas que más les deben gustar.»

Aunque Lincoln tenía muchísima paciencia, á veces tenía que adoptar alguna estratagema con algunos que se hacían muy pesados para que lo dejaran vivir y trabajar tranquilamente.

Un personaje de Filadelfia que había venido varias veces á Wáshington, no salía de la Casa Blanca, y le hacía perder muchísimo tiempo al presidente porque se empeñaba en contarle muchas cosas que á éste no le interesaban ni quería oirlas tampoco. Cuando cogía la palabra este señor no la dejaba en un buen rato; y al reparar Lincoln en que era muy calvo, se levantó nervioso una vez de su asiento, y estuvo buscando una botella en un armario inmediato á su mesa, y dirigiéndose muy serio al impertérrito locuaz le dijo:



MASCARILLA DE ABRAHAM LINCOLN

Esta mascarilla fué hecha en Chicago, en abril de 1860, un mes antes de su nombramiento de presidente, por Leonardo W. Volk

— ¿No ha probado usted nunca este ingrediente para su pelo?

— No, señor, nunca.

— Pues se lo recomiendo á usted — le contestó Lincoln, — y le regalo esta botella. Si á la primera vez no sale el pelo, no se desanime por eso; siga usted dándose, y dentro de siete ú ocho meses vuelva usted á decirme el resultado que le da.

El de Filadelfia salió de la habitación como alma que lleva el demonio, porque comprendió la burla, y los que entraron después encontraron á Lincoln riéndose solo, y tuvo que contarles lo que había tenido que hacer para quitarse de encima á un hombre pesado.

Tenía una memoria tan privilegiada, que para todos los asuntos que se discutían entre los amigos había de sacar un cuento á propósito de los que recordaba de los primeros años de su vida. Un día hablaban de la exagerada vanidad de cierto general, que siempre alababa y ponderaba sus propios actos, y Lincoln les dijo:

«Este hombre me recuerda á un labrador de Illinois que tenía la costumbre de ponderar mucho todo lo que hacía y veía, y sobre todo se jactaba mucho de que cogía mejores cosechas que ninguno de sus vecinos. Pasaba un día por el camino en tiempo de siega y vió á un colono vecino suyo que estaba apilando el heno. No pudo resistir al deseo que sentía siempre de ponderar lo suyo, y aprovechó la oportunidad para

hablar del heno que había cogido, que como de costumbre era el mejor y más abundante que se podía imaginar y que no se había visto nunca igual en el país. Cuando terminó de decir esto, le preguntó al otro por su cosecha.

—»¡Una cosecha enorme, que en su vida la ha visto usted mayor!—contestó en seguida.—He cogido tanto heno que no sé ya qué hacer de él. Después de apilar mucho aquí fuera, voy á meter el resto en la troje.»

En el incidente del capitán Carlos Wilkes, del cañonero *San Jacinto*, que detuvo al vapor inglés *Trent*, y prendió á los pasajeros J. M. Mason y Juan Slidell, ex senadores, enviados de los confederados á Europa, demostró también gran habilidad. El gobierno británico, la prensa y el pueblo entero consideraron este acto como una violación de las leyes internacionales y como un ultraje al pabellón británico; y en seguida principiaron en Inglaterra los preparativos para la guerra, ordenando al embajador inglés en Wáshington lord Lyons que volviera á Inglaterra, á menos que pusieran á los presos en libertad inmediatamente, y diera el gobierno de los Estados Unidos explicaciones satisfactorias en el término de siete días.

Lincoln se vió entonces en un gran compromiso, y salió de él gracias á su gran habilidad y diplomacia y á la amable intervención de la reina Victoria. El presidente y el gobierno comprendían que el capitán Wilkes había obrado bien, aunque hubiera extremado

algo su celo en el cumplimiento de su deber; pero el gobierno británico no daba tiempo á meditar un poco el asunto; pedía explicaciones inmediatas, y entonces Lincoln tomó el asunto en sus manos, y preparó una comunicación para que la firmara Seward, que el mejor abogado y diplomático del mundo no la hubiera escrito mejor.

Poco antes de tomar posesión del cargo de presidente se presentó una comisión de banqueros y comerciantes, y Guillermo E. Dodge, que iba á la cabeza de ellos, le dijo á Lincoln que todos confiaban en que se arreglarían las cosas amigablemente para no ir á la guerra, y añadió:

– En usted está, señor presidente, que la nación no vaya á la bancarrota, y que no crezca la hierba en las calles de nuestras ciudades comerciales.

– No – contestó Lincoln guiñando el ojo; – lo que es por mí no crecerá la hierba nada más que en el campo.

– En ese caso – contestó Dodge, – accederá usted á las justas demandas del Sur, permitiendo que se gobiernen ellos y gobiernen sus instituciones. Permitirá usted que entren en la Unión los Estados esclavistas lo mismo que entran los Estados libres, y no irá usted á la guerra por la cuestión de la esclavitud.

La cara de Lincoln tomó entonces una sombra de tristeza; pero le contestó lo siguiente con entereza, sin levantar la voz:

– No sé, Sr. Dodge, si habré comprendido bien lo

que quiere usted decir, ni sé tampoco si mis actos y opiniones en lo porvenir serán censurados. Cuando llegue el momento juraré el cargo de presidente. Juraré que desempeñaré con toda lealtad el cargo de presidente de los Estados Unidos, y que haré todo lo posible para mantener y defender la Constitución. Esto ya de por sí es un gran deber sagrado y solemne, y con la ayuda del pueblo y del Todopoderoso lo podré conseguir. La Constitución que tengo que defender no es la que yo quisiera, sino la establecida, y tendrá que ser respetada por todo el mundo; y haciendo esto, no me importa que crezca la hierba dondequiera.

CAPITULO VI

SU ELECCIÓN Y FORMACIÓN DE GABINETE

En la campaña emprendida para contestar y rebatir los argumentos de Douglas á favor de la esclavitud empleó Lincoln más de dos años, y en este tiempo pudo estudiar mejor el país y la gente que lo habitaba, pues viajó por diversos puntos de los Estados Unidos, pronunciando discursos dondequiera que se detenía, dando sus consejos á los que los solicitaban.

Después de recorrer varias ciudades importantes, visitó á Nueva York, y más tarde fué á Kansas, cuyos colonos libres le recibieron con los brazos abiertos, produciendo siempre muy buena impresión en sus oyentes.

Poco tiempo después, sus admiradores y amigos de Illinois, reunidos en Convención, acordaron proponerle como candidato para la presidencia.

El 9 de mayo de 1860 fué un gran día para Abraham Lincoln: por la mañana habíanse reunido en Decatur, en un edificio destinado al efecto, 5.000 ciudadanos, incluso la Convención republicana de Illinois, y cuando todos hubieron tomado asiento, el go-

bernador del Estado, que presidía la reunión, levantóse y dijo:

«Acabo de saber que un distinguido ciudadano de Illinois, persona á quien todos se complacerán en honrar siempre, se halla entre nosotros y desearía que le invitaseis á subir á la tribuna.»

El gobernador hizo una pausa, y añadió luego elevando la voz:

«Debéis comprender que me refiero á Abraham Lincoln.»

Ruidosos aplausos acogieron aquellas palabras, y al mismo tiempo Abraham fué á ocupar la tribuna.

En aquel momento entró en la sala un hombre llamado Hanks, que había sido en otro tiempo compañero de fatigas del que acababa de ser objeto de tan ruidosa ovación, cargado con dos rieles, en los que se veía una inscripción en grandes caracteres que decía:

«Dos rieles de los que construyeron Abraham Lincoln y Juan Hanks en Sagamon en 1830»

Cuando cesaron las aclamaciones producidas por la presencia de los rieles, pidieron todos que hablara Lincoln, quien se levantó al punto y dijo algo conmovido:

«Señores, supongo que deseáis saber algo acerca de esos rieles. Pues bien: la verdad es que Juan Hanks y yo construíamos rieles en Sagamon. No sé si haría yo esos; pero sí os diré que, en mi concepto, no acreditan al constructor. Sin embargo, os

aseguro que ahora podría construirlos mejor que entonces.»

Estas pocas y sencillas palabras promovieron otra salva de aplausos, y después se acordó definitivamente que Abraham Lincoln fuese el candidato de Illinois para la presidencia de los Estados Unidos.

El 16 del mes siguiente se reunió en Chicago la Convención nacional republicana, representada nada menos que por 25.000 hombres, todos resueltos á declararse contra la propagación de la esclavitud y á elegir definitivamente para candidato á la presidencia al hombre que mejor pudiese satisfacer sus miras.

Había además otros siete candidatos de diferentes Estados, siendo uno de ellos el Sr. Seward, y se creía que triunfaría éste, pero por fin eligieron á Abraham Lincoln y se le nombró definitivamente con el mayor entusiasmo.

El favorecido se hallaba por entonces en Springfield, esperando con impaciencia noticias del resultado de la elección: cuando las recibió, aunque estaba muy conmovido, mostróse bastante sereno, y después de recibir las felicitaciones de sus numerosos amigos, limitóse á contestar:

«Muy bien, señores; os doy las gracias á todos; pero como en casa hay una mujercita á quien probablemente interesa más que á mí tan fausta nueva, voy, si me lo permitís, á ponerla en su conocimiento.»

La mujercita era su esposa, y todos se admiraron

de ver la tranquilidad con que había recibido la noticia de su elección para el cargo más importante que se podía alcanzar en la República americana.

Esta elección fué muy bien acogida por todo el partido de que era jefe Lincoln, pues se reconocía en él al hombre de sólidos principios cuyo ardiente amor por la libertad y honradez no podían ponerse en duda.

Confiados en un jefe como éste, se aprestaron los republicanos á la lucha política con un celo y entusiasmo que eran garantía segura de la victoria; mientras que la duda y la incertidumbre, los consejos contrarios y los proyectos vacilantes de sus adversarios políticos eran precursores seguros de la derrota.

El 6 de noviembre de 1860 efectuáronse las elecciones, y Douglas se volvió á presentar á disputar el triunfo á su competidor; pero Abraham Lincoln obtuvo una inmensa mayoría, y se le eligió por un millón ochocientos cincuenta y siete mil seiscientos diez votos décimosexto presidente de los Estados Unidos, para regir los destinos de treinta millones de ciudadanos.

Poco después de su elección, sintiendo Lincoln grandes deseos de ver á su madrastra, la cual vivía con su hija en una localidad lejana de Illinois, resolvió hacerla una visita antes de emprender la marcha hacia Wáshington.

La entrevista fué ternísima; la señora Lincoln abrazó cariñosamente á su hijastro, y éste le devolvió sus

caricias como si fuera su propia madre; y cuando por último llegó la hora de la separación, la despedida de los dos fué muy conmovedora. La buena mujer parecía que no quería separarse de Abraham, y al abrazarle por última vez en el momento de partir, le dijo sollozando que estaba segura que no le volvería á ver, porque tenía el presentimiento de que lo asesinarían sus enemigos.



Casa de Abraham Lincoln en Springfield, Illinois.
El árbol que se ve delante de la casa fué plantado por Lincoln

¡Cosa extraña! Todos los que presenciaban aquella triste despedida, amigos y conocidos, experimentaron también como un vago temor.

¡Pero poco podían pensar hasta qué punto debía realizarse el lúgubre pronóstico de la señora Lincoln!



En diciembre de 1860, el general Duff Green llegó á Springfield portador de un mensaje del presidente de la República Jacobo Buchanan invitando al presidente electo á que se presentara en Wáshington para asistir á una conferencia sobre la situación del país, con la esperanza de que su presencia podría evitar la guerra civil; y el general Green se atrevió á añadir de su parte, que de no hacerlo «caería sobre su conciencia la sangre que se derramase.» Lincoln demostró entonces lo muy diplomático y sagaz que era, de una manera sumamente hábil. Declaró al momento que no quería cargar con la responsabilidad de la desunión y de la guerra, y se apresuró á hacer una contraproposición que debió de dejar admirados á los conspiradores que andaban tendiéndole el lazo.

Al general Green lo recibió y trató con mucho miramiento y cortesía, le oyó con gran atención y respeto, y le entregó una carta en la que decía que no deseaba hacer ninguna clase de reforma en la Constitución, aunque reconocía el derecho que tenía el pueblo americano para hacer una; que creía que no se podían violar los derechos que tenía cada Estado de administrarse sus instituciones domésticas; y que consideraba que la invasión ilegal por la fuerza armada de

cualquier Estado ó territorio, era el mayor de los crímenes que se podía cometer. Pero por más que eran estos sus sentimientos y la política que seguiría siendo presidente, no consentía que se publicasen, á menos que los senadores de Georgia, Alabama, Mississipí, Florida, Luisiana y Texas firmaran una promesa que había escrito al pie de la carta debajo de su firma. Esta promesa consistía en «suspender toda acción que tendiera á la desmembración de la unión, mientras que no hubiera una causa justificada por la mala administración del gobierno venidero.» Y de este modo toda la responsabilidad recaía ahora en los representantes de los Estados secesionistas; y se comprende fácilmente que los jefes rebeldes debieron de considerar como un verdadero fracaso la misión del general Duff Green á Springfield. Lincoln se apresuró, por lo que pudiera ocurrir, á mandar una copia de esta carta al senador Trumbull, llamándole la atención sobre aquella parte del texto que era copia de lo convenido en Chicago.

En cuanto se enteraron los habitantes de Sprinfield que Lincoln había sido elegido presidente de la nación, acudían en procesión á su casa para darle el parabién y desearle mucha suerte y acierto en el mando.

Un día estaba hablando con varios políticos en casa del gobernador, cuando de pronto se abrió la puerta de la habitación donde estaban, y apareció una pobre mujer de edad, con aspecto de campesina, que se empeñaba en que tenía que darle un encargo:

— Sr. Lincoln — le dijo, — quería darle á usted alguna cosita para que se la llevara á Wáshington, y por fin me he decidido por hacerle este par de calcetines de lana: es todo lo que tengo; yo misma he cardado é hilado la lana, y después los he hecho.

Y al decir esto, le entregó con aire de gran satisfacción un par de calcetines azules de lana.

Lincoln le dió las gracias por el recuerdo, acompañó á la anciana campesina hasta la puerta con tanto miramiento y cortesía como si hubiese sido la reina de Inglaterra, y cogiendo un calcetín en cada mano por los hilos del cierre, volvió á reunirse con sus amigos los estadistas, y les dijo muy serio:

— ¿No les parece á ustedes que la anciana debía conocer la medida exacta de mi pie?

Cosas como esta le pasaban á cada momento; lo cual prueba que todos le querían y le admiraban, desde el campesino más pobre al hacendado más rico.

De lo que decían los del partido contrario no se preocupaba poco ni mucho, y la táctica que seguía con ellos se puede ver en las cuatro líneas siguientes que le escribió á un amigo:

«Le hago á usted esta declaración como amigo, pero á nuestros enemigos no quiero hacer ninguna clase de declaraciones. Lo que desean es provocar una riña ó alboroto, lo que podrían conseguir fácilmente si yo hablara; pero no diciendo nada, no podrán conseguir nada.»

La carta que escribió aceptando la presidencia es

la más breve que hasta ahora había escrito ningún presidente, porque Lincoln sabía lo sabia que es la reticencia, y lo conveniente que es en muchas ocasiones el callarse para no cometer una imprudencia. En su carta decía:

«La declaración de los principios que acompaña vuestra carta merece mi aprobación, y tendré especial cuidado en no violarlos ni descuidarlos en ningún punto. Imploro el apoyo de la Divina Providencia, y con la debida consideración por las miras y sentimientos de todos los que estuvieron representados en la Convención, por los derechos de todos los Estados y territorios y gente de la nación, por la inviolabilidad de la Constitución, unión perpetua de prosperidad y armonía de todo, cooperaré con el mayor entusiasmo para el éxito práctico de los principios declarados por la Convención.»

Esta carta no la enseñó Lincoln nada más que al doctor Newton Bateman, superintendente de Instrucción del Estado é íntimo amigo suyo, á quien le dijo:

«Maestro, aquí tiene usted mi carta de aceptación. Como no estoy muy fuerte en gramática, deseo que la repase usted antes de mandarla, porque sentiría que hubiera alguna falta.»

El Sr. Bateman le dijo que cambiara una palabra, lo que se apresuró á hacer Lincoln.

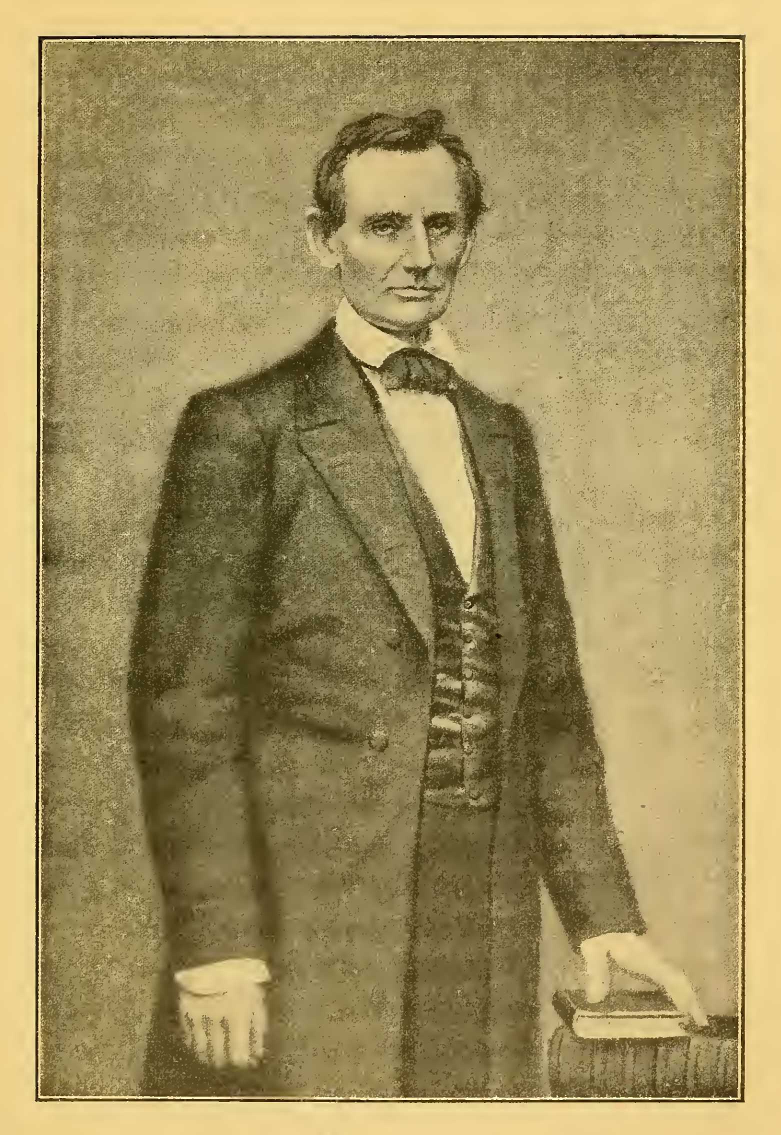
Salió de Springfield el 11 de febrero con dirección á Wáshington, para no volver más.

El viaje fué verdaderamente triunfal, según algunos de sus biógrafos; y siguiendo la costumbre americana, detúvose en varios puntos para dirigir la palabra al público, asegurando siempre en sus discursos que deseaba conservar la paz; pero á pesar de todas las ovaciones recibidas á su paso, al llegar el día 22 de dicho mes á Harrisburg, observó que el barómetro político había experimentado un cambio muy brusco, porque abundaban mucho los partidarios de la esclavitud. Se había acordado que el nuevo presidente pasara el día 23 del mencionado mes por Baltimore, donde el espíritu público estaba en favor de la esclavitud, y se puede afirmar que en esta ciudad se deseaba en general la separación de los Estados.

El gobernador de la ciudad, Sr. Breckinridge, era un demócrata muy amigo de las reformas, y por esto no es de extrañar que hubiese en Baltimore muchos conspiradores y que se albergara allí la traición, la cual era mucho más de temer si se atiende á que se había dicho en muchas partes y por diversos conductos que Lincoln no viviría para ser presidente.

El periódico titulado *Republicano de Baltimore* acababa de publicar un artículo encaminado á excitar los ánimos para cuando llegara el nuevo presidente. Este artículo terminaba del modo siguiente:

«El Sr. Lincoln, presidente electo de los Estados Unidos, llegará á esta ciudad con su séquito á eso de mediodía en un tren especial procedente de Harrison, y seguirá directamente á Wáshington. De esperar es



ABRAHAM LINCOLN

Fotografía tomada el día que pronunció su notable discurso en el *Cooper Institute* el 27 de febrero de 1860, siendo ya presidente de la República

que no se le ofrecerá la oportunidad para dar á conocer entre nosotros las opiniones que emitió ayer en Filadelfia.»

Estas circunstancias y el estado de irritación en que se hallaban los ánimos bastaron para que se mandara tomar algunas precauciones al jefe de policía, con tanto más motivo cuanto que se supo con certeza que se trataba de asesinar al presidente, simulando una especie de motín. Pero Lincoln siguió el consejo que le dieron sus amigos, y pasó por Baltimore de incógnito la noche del día 22, y á la mañana siguiente llegó á Wáshington, precisamente á la hora en que se esperaba que saldría de Harrisburg.

La prudencia de esta medida salvó seguramente á Lincoln, pero hirió la delicadeza de muchos amigos suyos, que hubieran preferido formarle una escolta de cien mil hombres antes que verle pasar de incógnito por Baltimore.

Lincoln sospechaba que se intentaría algo contra él, y no sin razón, porque el primer día de su viaje se trató de hacer descarrilar el tren en Cincinati, y se descubrió una granada de mano en el coche que debía ocupar.

Lo cierto es que se había formado un complot para asesinar á Lincoln, al general Scott, á Hamlin y á los principales jefes republicanos.

Un charlatán italiano llamado Ferrandini, camarero de un hotel de Baltimore, había presentado á una sociedad de simpatizadores de los del Sur un plan dia-

bólico para volar todos los puentes próximos á Wáshington, con objeto de incomunicar la capital de la República del resto de la Unión y atemorizar á la gente de Maryland y á la del Norte.

Lincoln decía después que no había pensado siquiera en lo que se decía de que intentaban asesinarlo, pero que comprendía que la prudencia no estaba nunca de más, y que era una tontería correr riesgo cuando no era necesario. Y por esto siguió los consejos de sus amigos, y al terminar la ceremonia de Harrisburg volvió á Filadelfia, acompañado de un amigo solamente, y en el tren regular de media noche salió para Wáshington, siguiendo la comitiva su itinerario en el tren especial.

Antes de esto decía á los amigos de confianza que estaba determinado á mantener la Unión á toda costa, y que resistiría hasta el último momento contra toda proposición de disolución ó desmembración; pero á pesar de su firmeza y resolución, se expresaba siempre con dulzura y cariño, sin asomos de arrogancia ni altanería:

«El derecho de un Estado para separarse de la Unión no es una cuestión abierta ó debatible. En el tiempo de Jackson se discutió mucho esto y se negó, no sólo por él, sino por el voto del Congreso. El deber del presidente consiste en ejecutar las leyes y mantener el gobierno existente. No puede admitir ninguna proposición de disolución ó desmembración. No se le elige para que haga nada de esto. El pueblo, cuando

se cansa del gobierno, puede cambiarlo en la forma que prescribe la Constitución.»

Este hombre tenía la habilidad de mantener unidos á los jefes republicanos sin imponerse á ellos, inspirándoles ciega confianza para que no se desunieran ni hicieran ninguna clase de concesiones. A uno de estos jefes le escribió en una ocasión diciéndole:

«Procure usted que no se desmoralicen nuestros amigos y desmoralicen su causa, admitiendo alguna proposición por compromiso ó alguna extensión de la esclavitud. No hay compromiso que valga en esto. Sobre este punto hay que mantenerse firme como cadena de acero.»

Y á Seward le escribía en otra ocasión:

«Repito lo que tantas veces he dicho, que en el asunto de permitir que se extienda la esclavitud á otros Estados soy inflexible. En el territorio que pertenece á la nación no hay compromiso de ninguna clase que pueda servir de excusa para que se extienda la esclavitud.»



Con el nombramiento de presidente no cambió en nada la vida de Abraham Lincoln.

Siguió ocupándose de sus asuntos de abogado, empleando el tiempo sobrante en contestar las numerosas cartas que recibía de todas partes y en recibir á los que venían á visitarle para darle el parabién.

Continuaba siendo el Abraham Lincoln de antes, aunque algo más serio á causa de la gran responsabilidad que pesaba ahora sobre él, y un poco más dignificado por el gran honor que le habían conferido.

Adams, el anciano y distinguido ex presidente de los Estados Unidos, decía al referir cómo conoció á Lincoln:

«Llegué un poco tarde al Congreso. En la cuarta silla, á mi izquierda, había un nuevo miembro de Illinois, el único wigh de aquel Estado, hombre muy alto, tosco, genial, buen sujeto; era Abraham Lincoln, futuro presidente de los Estados Unidos. Tenía treinta y nueve años, y se veía á primera vista que no había recibido una educación esmerada, pero llamaba la atención por ser la única estrella de los whigs de Illinois y como ejemplar curioso de la gente de la frontera. No se le consideraba como hombre sobresaliente, ni parece que pasara por su imaginación la idea de que podía llegar á ser un hombre notable en el país.»

Pero antes de pasar adelante, conviene que digamos algo de las gestiones de los esclavistas y de las opiniones del presidente Buchanan, antecesor de Lincoln, respecto al conflicto entre los diferentes Estados de la Unión.

Cuando se adquirieron suficientes datos para reconocer por el resultado de las elecciones que Abraham Lincoln sería el nuevo presidente, hubo varios *meétings* en la ciudad de Charleston y en otros puntos de la Carolina del Sur, y se aprobaron varios acuerdos

que tenían por objeto la separación de dicho Estado de la Unión.

La Convención se reunió en Colombia y se nombró presidente de ella al general D. F. Jamison; pero como se acababa de declarar en aquel punto la epidemia de viruela, resolvió trasladarse á Charleston, y el día 20 se aprobó por unanimidad el siguiente manifiesto sometido á la consideración de los diputados.

MANIFIESTO *para disolver la Unión entre la Carolina del Sur y los demás Estados, con arreglo á lo que previene la Constitución de los Estados Unidos.*

«Nos el pueblo de la Carolina del Sur, representado por nuestra Convención, declaramos y hemos acordado lo siguiente:

»Que la ley aprobada por nosotros en 23 de mayo del año de Nuestro Señor de 1788, por la cual se ratificaba la Constitución de los Estados Unidos de América con las enmiendas introducidas, así como también todas las actas de la Asamblea general, sea considerada nula y sin ningún valor ni efecto, disolviéndose por lo tanto la Unión existente hasta ahora entre la Carolina del Sur y otros Estados bajo el nombre de Estados Unidos de América.»

Al día siguiente los señores R. W. Barnwell, J. H. Adams y Jacobo L. Orz fueron elegidos para pasar á Wáshington en clase de comisionados á fin de que se

procediera á la repartición de los bienes públicos y á la entrega de los fuertes de Charleston, y en 24 de diciembre de 1860 se aprobó la siguiente declaración de las causas que justificaban la separación de la Carolina del Sur.

Este es un documento de tal importancia, que no vacilamos en reproducirlo íntegro en obsequio á nuestros lectores. Es como sigue:

Declaración de la independencia de la Carolina del Sur, aprobada por la Convención en 24 *de diciembre de* 1860.

«Habiendo resuelto el Estado de la Carolina del Sur ocupar un puesto separado entre las demás naciones, cree de su deber declarar á los demás Estados de América y á todas las potencias del mundo las razones que le han obligado á tomar esta determinación.

»En el año 1765, la Gran Bretaña trató de hacer leyes para gobernar á las trece colonias americanas; y habiendo dado esto lugar á una lucha por la cuestión de derecho, terminó por fin aquélla en 4 de julio de 1776, declarándose por las colonias que eran y por derecho debieran ser *Estados independientes*, y que como tales estaban autorizadas para declarar la guerra, celebrar paz, contraer alianzas, mantener el comercio y hacer en fin todo aquello á que están autorizados los Estados independientes.

»También se declaró de una manera solemne que cuando una forma de gobierno no llena los fines para que se estableció, tiene el pueblo el derecho de alterarla ó suprimirla para instituir otra, y por esto mismo, en la convicción de que el gobierno de la Gran Bretaña no satisfacía al país, declaráronse las colonias libres de toda alianza con Inglaterra, considerando disuelta su unión con aquella potencia.

»Reconocida la declaración de la independencia, cada uno de los trece Estados entró separadamente en el ejercicio de su soberanía; adoptó una Constitución y nombró funcionarios para administrar el gobierno en los departamentos legislativo, ejecutivo y judicial. Para atender á la común defensa acordaron unir sus armas y sus consejos, y en 1778 formaron una liga conocida con el nombre de *Artículos de la Confederación*, por la cual convinieron en confiar la administración de las relaciones extranjeras á un agente común, al que se llamó Congreso de los Estados Unidos, declarándose terminantemente que cada Estado debería conservar su soberanía, libertad é independencia y todos los poderes y derechos no delegados en el Congreso de los Estados Unidos.

»Entonces sobrevino la guerra de la revolución, que terminó en 3 de diciembre de 1783, y la Gran Bretaña firmó un tratado en el cual reconocía la independencia de las colonias en los siguientes términos:

«*Artículo* 1.º Su Majestad Británica reconoce á los Estados de New Hampshire, Massachusetts-Bay,

Rhode-Island, Connecticut, Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delamare, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, como libres soberanos é independientes, obligándose á tratarles como á tales, y renunciando para sí, sus herederos y sucesores á toda reclamación contra el gobierno, propiedades y derechos territoriales de los mismos.

»De este modo quedaron reconocidos los dos grandes principios que invocaban las colonias, es decir, el derecho de un Estado para gobernarse por sí mismo y el derecho del pueblo para abolir todo gobierno cuando no llena los fines para que se instituyó; y conforme á estos principios, quedaba consignado el hecho de que cada colonia sería reconocida por la madre patria como un Estado soberano libre é independiente.

»En 1787 nombráronse diputados por los Estados con objeto de revisar los artículos de la Confederación, y en 17 de septiembre del mismo año recomendaron aquéllos que se aprobasen los que se presentaron con el nombre de *Constitución de los Estados Unidos*.

»Los Estados á quienes fué sometida esta Constitución pasaron á examinarla, y se convino que si nueve de ellos la aprobaban, quedaría adoptada entre los que hubieran dado su voto, organizándose desde luego el gobierno general, revestido con los poderes necesarios.

»Si de los trece Estados hubieran concurrido sólo nueve, dicho se está que los otros cuatro seguirían siendo Estados separados é independientes de la Constitución, y sabido es que dos de aquéllos no la reconocieron hasta mucho tiempo después de haberla adoptado los otros once, en cuyo intervalo obraron como nación independiente.

»Por esta Constitución se restringían ciertos poderes de los Estados, que podían afectar á su independencia; mas para evitar toda duda, adicionóse una enmienda, por la cual se declaraba que los poderes no delegados á los Estados Unidos por la Constitución, ni prohibidos por ellos á los Estados, se reservan para éstos respectivamente ó para el pueblo. En 23 de mayo de 1788, la Carolina del Sur, previo el consentimiento del pueblo, aprobó una ordenanza reconociendo la Constitución, y modificó luego la suya en conformidad con sus nuevos compromisos.

»Nosotros sostenemos que el gobierno así establecido está sujeto á los dos grandes principios consignados en la declaración de la independencia, y reconocemos además que en todo convenio entre dos ó más partes la obligación es mutua; que la falta de una de éstas en cumplir estrictamente lo convenido releva á la otra de su compromiso, y que á falta de un árbitro, cada una de las partes debe obrar á su juicio para resolver sobre el hecho y sus consecuencias.

»En el caso presente queda reconocida la falta hasta la evidencia: nosotros declaramos que desde hace mu-

cho tiempo, quince Estados se han negado deliberadamente á cumplir sus deberes constitucionales, y para probarlo nos referimos á sus propios Estatutos.

»La Constitución de los Estados Unidos previene en su cuarto artículo lo siguiente:

«Todo aquel que estuviese obligado á prestar un servicio ó trabajo en un Estado con arreglo á las leyes en él vigentes y que huyera á otro, jamás podrá, en virtud de ley alguna ó reglamento de este último, ser absuelto de la obligación de cumplir dicho servicio, sino que deberá ser entregado á la parte que lo reclamase.

»Esta condición era tan importante en el contrato, que sin ella no se hubiera aceptado aquél, con tanta más razón cuanto que la mayor parte de los Estados contratantes tenían esclavos, y Virginia había declarado previamente cuán importante era este punto, que exigió se respetara antes de ceder el territorio donde se hallan ahora los Estados del Norte de Ohío.

»El gobierno general, como agente común, aprobó leyes para que se cumpliera lo estipulado, y por espacio de muchos años se respetaron aquéllas; pero la creciente hostilidad de los Estados del Norte hacia la esclavitud les indujo á faltar á sus compromisos, y poco á poco se desatendieron las leyes del gobierno general. Los Estados de Maine, New Hampshire, Vermont, Massachusetts, Connecticut, Rhode Island, Nueva York, Pensilvania, Illinois, Indiana, Ohío, Michigan, Wiscousin y Jowa han expedido leyes que

anulan las actas del Congreso, y en muchos de estos Estados se deja en libertad á los esclavos fugitivos, sin que se haya cumplido en ningún caso lo que previene la Constitución del país sobre el particular. En Nueva York se ha llegado á negar á los esclavos hasta el derecho de tránsito, y en los Estados de Ohío y Jowa no se han querido entregar á la justicia fugitivos acusados de asesinato ó de rebeldía. Vemos, pues, que el contrato constitucional se ha infringido deliberadamente por los Estados enemigos de la esclavitud, y de aquí se sigue naturalmente la consecuencia de que la Carolina del Sur queda relevada de su compromiso.

»El objeto de la Constitución era formar una unión más perfecta, dispensar justicia, atender á la defensa común, proteger los intereses públicos y asegurar los beneficios de la libertad, así á nosotros como á nuestros descendientes.

»Del cumplimiento de todo esto debía encargarse el gobierno federal, quedando cada Estado libre de regirse por sus propias instituciones; el derecho de propiedad de los esclavos se reconoció dando á las personas libres distintos derechos políticos, uno de los cuales es el de representación, y también se autorizaba la importación de esclavos por espacio de veinte años.

»Nosotros afirmamos que el gobierno no ha llenado los fines para que se instituyó, ni ha respetado tampoco los principios constitucionales, principalmente por

la acción de los Estados enemigos de la esclavitud, los cuales se han arrogado el derecho de intervenir en nuestras instituciones domésticas, negando el derecho de propiedad establecido en quince Estados y reconocido por la Constitución. Además de esto han denunciado la esclavitud como criminal, permitiendo que se establezcan entre ellos sociedades cuyo evidente objeto es turbar la tranquilidad, conservando en su poder los bienes de los ciudadanos de otros Estados; y como si esto no bastara, han contribuído á que miles de nuestros esclavos abandonen sus casas, excitándolos á la insurrección.

»Por espacio de veinticinco años ha ido aumentándose esta agitación, hasta que al fin se hace preciso recurrir al gobierno común. Observando las formas de la Constitución en lo que previene el artículo por el cual se establece el departamento ejecutivo, los que se muestran contrarios nuestros han hallado medio de subvertir la Constitución misma, y todos los Estados del Norte se han unido para elegir como presidente de los Estados Unidos á un hombre cuyas opiniones y principios son hostiles á la esclavitud. Ese hombre á quien se va á confiar la administración del gobierno común ha declarado *que no debe haber Estados esclavos y libres, y que todos debemos estar en la persuasión de que la esclavitud se extinguirá muy pronto.*

»Para llevar á cabo el plan que tenía por objeto subvertir la Constitución, se ha recurrido en varios Estados al medio de reconocer como ciudadanos á

personas que por la suprema ley del país no podían serlo, y se ha hecho uso de sus votos para inaugurar una nueva política hostil al Sur y contraria á su tranquilidad y bienestar.

»El día 4 de marzo próximo debe inaugurarse ese nuevo gobierno, y ya se anuncia que el Sur será excluído del territorio común; que los tribunales de justicia serán seccionales, y que se debe hacer la guerra á la esclavitud hasta que desaparezca de los Estados Unidos.

»Cuando esto suceda dejarán de existir las garantías de la Constitución; ya no habrá igualdad de derechos para los Estados; no podremos regirnos por nuestras instituciones, y el gobierno federal se constituirá en enemigo nuestro.

»Los intereses locales y la animosidad aumentarán la irritación, é inútil parece buscar un remedio, atendido que la opinión pública en el Norte favorece un grave error político, sancionado por una creencia religiosa de las más erróneas.

»En su consecuencia, pues, nos el pueblo de la Carolina del Sur, á quien representan nuestros delegados de la Convención, invocando al Supremo Juez del universo para que se reconozca la rectitud de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que la unión que existía entre este Estado y los de la América del Norte queda definitivamente disuelta, debiendo entenderse que la Carolina del Sur vuelve á ocupar su puesto entre las naciones del mundo como Estado

libre, soberano é independiente, que estará autorizado para hacer guerra, celebrar la paz, contraer alianzas, hacer el comercio y todo aquello en fin á que tienen derecho los Estados libres.

»Y confiando en la protección de la Divina Providencia, ofrecemos mutuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente declaración.»

El mismo día que fué aprobado por la Convención este documento, todos los representantes de la Carolina del Sur que había en el Congreso presentaron la dimisión de sus cargos.



La segunda legislatura del trigésimo sexto Congreso se reunió el lunes 3 de diciembre de 1860, y al otro día remitió el presidente Buchanan su último mensaje anual, del que extractaremos algunos párrafos porque se refieren exclusivamente á la gran cuestión política que agitaba entonces el país entero; es decir, á la cuestión de la esclavitud, en cuyo desenlace se preveía alguna cosa terrible, sobre todo desde que el resultado de las elecciones designaba á Lincoln para ocupar la silla presidencial.

Buchanan comenzaba su mensaje manifestando que era envidiable la prosperidad del país, así por la abundancia de las cosechas como por el gran movimiento comercial, y entraba luego de lleno en la cues-



JACOBO BUCHANAN

Presidente de la República de los Estados Unidos de América, á quien sucedió Abraham Lincoln en 4 de marzo de 1861

tión de la esclavitud, expresándose en los siguientes términos:

«¿Cuál es la verdadera causa del descontento que reina en todo el país, y por qué se piensa en disolver la Unión, que es la fuente de origen de nuestra prosperidad? La inconveniente intervención de los Estados del Norte en el asunto de la esclavitud, tan importante para los Estados del Sur, debía producir al fin sus naturales consecuencias; los diferentes Estados de la Unión se muestran ahora hostiles entre sí, y ha llegado el día tan temido por el Padre de la patria. Yo he previsto siempre este resultado y anuncié á mis compatriotas el peligro, pero éste no procede sólo de las reclamaciones del Congreso para suprimir la esclavitud en los territorios, ni tampoco de los esfuerzos de los diversos Estados para oponerse á la ejecución de la ley sobre esclavos fugitivos.

»El Sur hubiera podido soportar estos males, en la esperanza de que más tarde se habría encontrado el modo de satisfacer las exigencias de todos, con lo cual no era de temer una separación, pües el verdadero motivo no depende tanto de las causas como del hecho de que la incesante y violenta agitación que predomina en el Norte, á consecuencia del asunto de la esclavitud, ha producido al fin su maligna influencia en los esclavos, inspirándoles vagas ideas de libertad.

»Por esto precisamente ha llegado á reinar la inquietud en el hogar de las familias; por esto no se confía

ya en la paz y todos temen á cada momento una insurrección. Más de una matrona del Sur se retirará á su casa por la noche poseída de inquietud al pensar que acaso ya no encuentre á sus hijos, y cuando esta inquietud, ya real ó imaginaria, llegue á extenderse por todo el país, entonces la desunión será inevitable.

»La propia conservación es una de las primeras leyes de la naturaleza, y la que el Creador hizo comprender desde luego al hombre; y ninguna unión política es posible por grandes que fueran sus beneficios, si una de sus consecuencias ha de ser la inquietud de las familias y su poca seguridad. Más pronto ó más tarde se disolverían los lazos de semejante unión. Yo creo que este fatal período no ha llegado aún, y por mi parte rogaré á Dios que no se rompan los lazos que nos unen y que se conserve la Constitución á través de las futuras generaciones.

»Debemos, sin embargo, tomar nuestras medidas con tiempo para evitar el peligro. No puede negarse que por espacio de veinticinco años, la hostilidad del Norte contra el Sur en la cuestión de la esclavitud ha producido una agitación incesante. En 1835 comenzaron á circularse en los Estados del último manifiestos incendiarios, proclamas y otros escritos que tendían evidentemente á excitar las pasiones de los esclavos, y usando las mismas palabras del general Jackson, *á estimularles á la insurrección, dando lugar á todos los horrores de una guerra civil.*

»Esta agitación ha ido siempre en aumento, así por culpa de la prensa como por los procedimientos de los Estados y de las diversas Convenciones, y el Congreso se ha ocupado con preferencia en los violentos debates á que daba margen la asendereada cuestión de la esclavitud, y se han hecho llamamientos y escrito folletos por personas distinguidas, sin más objeto que el de sembrar la discordia en los diversos Estados de la Unión.

»¡Cuán fácil sería para el pueblo americano arreglar satisfactoriamente de una vez esta cuestión y restablecer para siempre la buena paz y armonía en todo el país!

»Él, sólo él puede hacerlo: lo único que se necesita para conseguir tan laudable objeto y todo lo que los Estados esclavos quieren, es que se les permita regirse por sus propias instituciones. Como Estados soberanos, ellos y sólo ellos son responsables ante Dios y ante el mundo de su empeño en proteger la esclavitud, mientras el pueblo del Norte nada tiene que ver con esto, ni le asiste tampoco derecho alguno para intervenir en semejante asunto. Yo confío mucho, por lo tanto, en sú buen criterio y reconocido patriotismo.

. . . .

»¿Cuál es entre tanto la responsabilidad y verdadera posición del Poder ejecutivo? Por un juramento solemne está obligado ante Dios y ante su país á cuidar que las leyes se cumplan y observen fielmente, y de esta obligación no puede relevarse ningún poder hu-

mano. Pero ¿cómo deberá obrar y llenar este deber cuando le han hecho impracticable acontecimientos que no podía evitar? Este es precisamente el caso con la Carolina del Sur, pues todos los funcionarios públicos de la administración que allí había han renunciado sus cargos, y ahora no hay en dicho Estado ni jueces ni autoridades, de las que están encargadas del fiel cumplimiento de las leyes. La máquina del gobierno federal ha sido destruída completamente, y será muy difícil hacerla funcionar de nuevo.

. . . .

»Ahora bien; la cuestión debe plantearse así: ¿ha conferido la Constitución al Congreso el derecho de someter á un Estado que trata de separarse ó se ha separado ya de la Confederación? En ese caso afirmativo, debe ser bajo el principio de haberse conferido al Congreso el derecho de declarar la guerra á un Estado; pero después de reflexionar detenidamente, vengo á sacar en conclusión que no se ha conferido semejante derecho al Congreso ni á ningún otro departamento del gobierno federal. Es evidente, al examinar la Constitución del país, que entre los poderes específicos otorgados al Congreso no se encuentra aquél, y es claro también que su ejercicio no es necesario para aquéllos.»

El presidente manifestaba luego que las relaciones con las potencias extranjeras eran tan amistosas como se pudiera desear, y que sólo con España se habían suscitado algunas diferencias, que iban á someterse á

una comisión, que á no dudarlo las resolvería satisfactoriamente. Mr. Buchanan terminaba su mensaje recomendando los intereses del pueblo del distrito de Colombia.

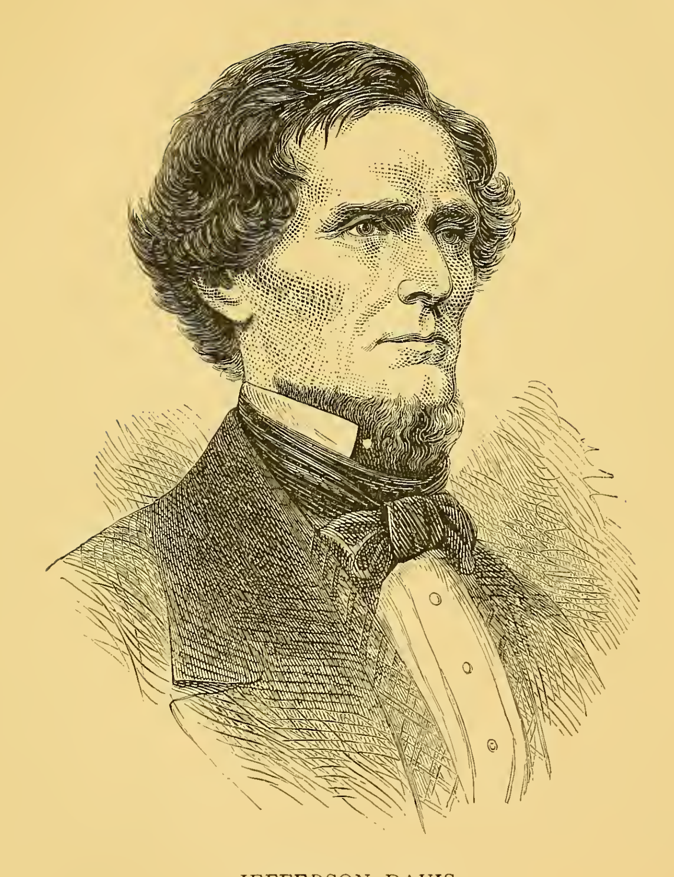
En ambas Cámaras se procedió acto continuo á la lectura del mensaje del presidente; pero todas sus recomendaciones fueron desatendidas, é inútiles debían ser los esfuerzos de Mr. Buchanan para alejar la tormenta y conseguir una conciliación entre los representantes del Norte y los del Sur. Mr. Clingman, de la Carolina del Norte, atacó el mensaje tan pronto como se hubo leído, sosteniendo que era ya tarde para que ninguna concesión satisficiese al Sur y para entrar en negociaciones entre los Estados libres y los esclavos.

El 8 de diciembre de 1860 se reunió una comisión de diputados del Sur; pero lejos de proponerse ningún arreglo, no se hizo otra cosa sino trazar más claramente la línea de conducta que se observaría entre unionistas y separatistas. Mrs. Alberto G. Brown, de Mississippí, y Juan Sildell, de Luisiana, hablaron con la mayor elocuencia y energía en favor de la separación; Mrs. Jefferson Davis, de Mississippí, y Jacobo M. Mason, de Virginia, se opusieron también á un arreglo, y en el mismo sentido hablaron otros muchos senadores del Sur.

Sería muy largo seguir el curso de los debates de aquella legislatura y dar cuenta aquí del diluvio de enmiendas y proposiciones que se presentaron en el

Congreso. Los esfuerzos de los Comités para conseguir un arreglo fueron completamente inútiles, y esto no por falta de buena voluntad de la mayoría, sino porque todos los miembros del Sur se obstinaron en que los republicanos debían rechazar lo que era el principio vital de su partido. La guerra civil parecía inevitable; la alarma cundió en el Sur al saber que se trataba de abolir la esclavitud; empezóse á temer una insurrección de los negros; dejó de reinar la tranquilidad entre las familias, y antes del tiempo fijado para la inauguración del nuevo gobierno era tal la agitación y tan formidable la resistencia del Sur, que por el voto del pueblo y de la legislatura resolvieron separarse de la Unión los siguientes Estados: la Carolina del Sur, en 20 de diciembre de 1860; Mississippí, en 2 de enero de 1861; Alabama, el día 11 del mismo mes y año; la Florida, el 12; Georgia, el 19; Luisiana, el 28, y Texas, en 1.° de febrero siguiente.

En 4 de febrero de 1861 se reunieron en Montgomery (Alabama) varios representantes de los Estados que acababan de separarse, á fin de organizar un gobierno, y en 18 del mismo mes Mr. Jefferson Davis, de Mississippí, fué elegido presidente de los Estados Confederados de América. A los cuatro días se aprobó una Constitución federal para los Estados separatistas, la cual era muy análoga á la de la Unión, con la diferencia de que se protegía más la esclavitud, hacíase más larga la duración de las funciones presidenciales, es decir, se fijaban seis años en vez de cua-



JEFFERSON DAVIS

Presidente de los Estados Confederados de Norte-América, durante la guerra de Secesión

tro, y se reservaba el derecho de separación. Los primeros Estados confederados no eran al principio sino seis, á saber: la Carolina del Sur, Georgia, Florida, Alabama, Luisiana y Mississippí; pero bien pronto se les reunió Texas, y esperábase que seguirían el ejemplo Virginia, la Carolina del Norte, Arkansas y Tennessee. A juzgar por la actividad con que se procedía, parecía muy probable que entrasen á formar parte de la nueva Confederación los Estados esclavos de Missouri, Kentucky, Maryland, Delaware y el distrito de Colombia, donde el partido democrático contaba con numerosos prosélitos.

El día 18 de febrero Mr. Jefferson Davis, general y ministro de la guerra bajo la administración de Pierce, y Mr. Stephens, el elocuente orador, tomaron posesión de sus cargos de presidente y vicepresidente de la nueva Confederación.

Mr. Jefferson Davis organizó su gabinete del modo que sigue: Secretario de Estado, Mr. Toombs, de Georgia; del Tesoro, Mr. Memminger, de la Carolina del Sur; de la Guerra, Mr. Walker, de Alabama; de Marina, Mr. Mallory, de la Florida; de Hacienda, Mr. Benjamin, de Luisiana, y Director general de Correos, Mr. Ulett, de Mississippí.

Los esfuerzos que hizo el Congreso en aquella legislatura para evitar un doloroso conflicto no produjeron el resultado apetecido, pues todos los miembros del Sur habían dejado de asistir á las Cámaras después de renunciar sus cargos, de modo que los repúblicos

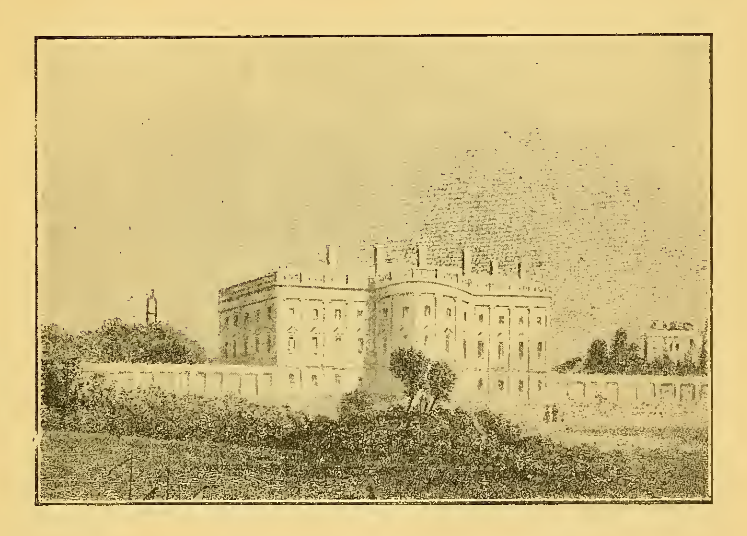
constituyeron la absoluta mayoría. En la última sesión se aprobaron tres *bills* organizando los territorios de Colorado, Nevada y Dakotah, pero nada se hablaba en ellos respecto á la esclavitud. La aprobación de estos *bills* tenía por objeto sin duda calmar la efervescencia de los ánimos y fortalecer á los unionistas del Sur; mas no parece que esto produjera ningún efecto, pues no era de esperar *concesión alguna* después de la retirada de los representantes del Sur. Evitar el conflicto parecía ya difícil: ¡era demasiado tarde!

El 4 de marzo de 1861 salió Abraham Lincoln de la Casa Blanca, la residencia presidencial, para dirigirse al Capitolio; por las calles laterales á las que debía seguir habíase apostado alguna caballería, dispuesta á obrar á la primera señal en el caso de intentarse alguna cosa; y además el general Scott tomó una posición conveniente á la cabeza de dos baterías de artillería montada. Este jefe juzgó indispensable tales precauciones porque dos meses antes de la presidencia de Lincoln había recibido muchas cartas, en algunas de las cuales le aconsejaban que no se presentase en público aquel día, amenazándole con la muerte si se atrevía á proteger la ceremonia con fuerzas militares.

Lincoln, acompañado de Buchanan, entraron en la Cámara del Senado á la una y media; este último estaba pálido y nervioso, suspiraba con fuerza, y por momentos parecía poseído de temor; mientras que el primero, ó sea Lincoln, se presentaba sereno y dueño

de sí, aunque dominado por una profunda emoción.

En la Cámara estaban, además del Tribunal Supremo, los diputados y senadores, los representantes extranjeros y muchos altos dignatarios y hombres notables, vestidos de rigurosa etiqueta.



La Casa Blanca, residencia presidencial

Al presentarse el nuevo presidente, pasaron todos al espacioso pórtico del Capitolio, donde se elevaba una tribuna para la solemne ceremonia.

Conducido Lincoln por el coronel Baker, senador del Oregon, fué presentado al inmenso concurso, que le saludaba con entusiastas aclamaciones. Después reinó el más profundo silencio, y el presidente leyó entonces con voz clara y penetrante su manifiesto inaugural, concebido en los siguientes términos:

«Ciudadanos de los Estados Unidos: Cumpliendo con una costumbre tan antigua como el gobierno mismo, me presento á vosotros para dirigiros la palabra y prestar el juramento prescrito por la Constitución de los Estados Unidos antes de tomar posesión del cargo de presidente.

»No creo necesario discutir ahora todos aquellos asuntos administrativos que no tienen interés particular, por lo que me limitaré á manifestar que entre los habitantes del Sur predomina, al parecer, el temor de que con la nueva administración republicana peligrará la paz y la seguridad personal, sin que á mi modo de ver haya fundamento alguno para abrigar semejante inquietud. En mi concepto no hay motivos para pensar así, y esto podría probarse hasta la evidencia, pues sin ir más allá, en todos los discursos del que ahora tiene el honor de dirigiros la palabra se podrá haber comprendido que no tengo intención de intervenir directa ó indirectamente en el asunto de la esclavitud en los Estados donde existe, pues no creo que tenga derecho para hacerlo, ni me inclino tampoco á ello. Los que me eligieron no ignoraban que yo había hecho esta declaración, y la prueba es que en el programa que me presentaron al ofrecerme sus votos, aparecía el siguiente acuerdo:

«El mantenimiento de los derechos de los Estados, y especialmente el de que cada uno de aquéllos se rija por sus propias instituciones, es esencial para conservar el equilibrio de nuestro sistema político, y re-

probamos la ilegítima invasión por la fuerza armada, de cualquier Estado ó territorio, como el más grave de los crímenes.»

»Yo apruebo en un todo esta declaración, y al hacerlo así, puedo asegurar que la tranquilidad y el bienestar de todos no se verá de ningún modo en peligro con el nuevo gobierno. Debo añadir, de paso, que todos los Estados serán protegidos con arreglo á los principios constitucionales y á las leyes, siempre que lo reclamaren por justa causa.

»Al prestar el juramento que me impone mi cargo, es mi ánimo observar estrictamente la Constitución y las leyes, y mientras yo no recomiende otras nuevas al Congreso, creo que será mejor para todos conformarnos y regirnos por aquellas que no han sido anuladas.

»Setenta y dos años hace que tomó posesión el primer presidente bajo nuestra Constitución nacional; durante este período, quince presidentes distintos, todos ciudadanos tan distinguidos como ilustres, han representado al poder ejecutivo del gobierno á través de muchos peligros, pero siempre con feliz éxito; y á pesar de esto, y con tales precedentes, entro en el desempeño de mis elevadas funciones con tanta desconfianza como temor de que me falten las fuerzas.

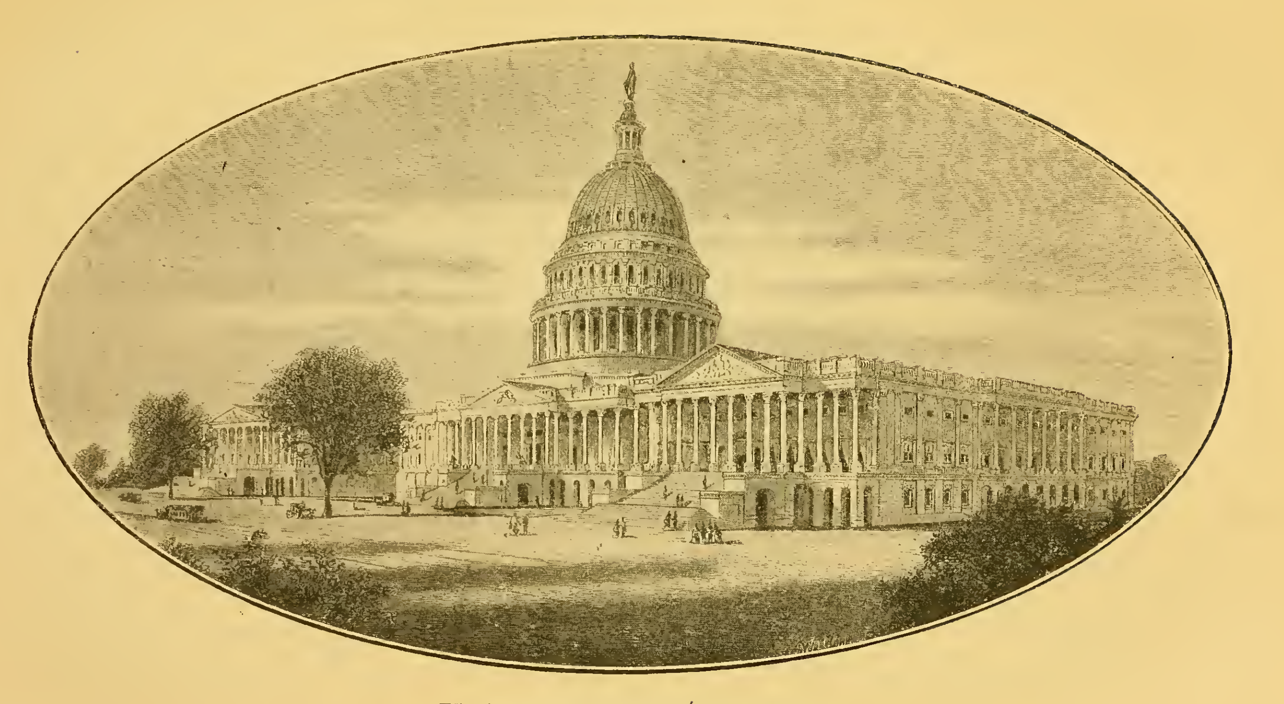
»La separación de los Estados de la Unión, que no era hasta hace algún tiempo más que una amenaza, es ahora, según parece, un plan resuelto. A mi juicio, la ley universal de la Constitución supone que la

Unión de los Estados ha de ser perpetua, por más que no se exprese esta palabra en la ley fundamental de todos los gobiernos nacionales.

»Si se cumple con todas las disposiciones de la Constitución de nuestro país, la Unión existirá siempre, pues no es posible destruirla sin suprimir el instrumento, base de nuestro sistema político.

»Aun suponiendo que los Estados Unidos no fueran un gobierno propiamente dicho, sino una asociación de Estados, con el carácter de un contrato solamente, ¿podrá anularlo una de las partes sin la aprobación y el consentimiento de las demás?

»La Unión es mucho más antigua que la Constitución; se formó por los artículos que todos conocemos en 1774; trece Estados distintos se comprometieron á observarla en 1778, y por último, en 1787, uno de los principales objetos al revisar la Constitución, fué formar una unión más perfecta. Si aquélla deja de observarse por uno ó más Estados y se considera que hay un derecho para hacerlo, entonces la Unión es menos que antes, porque la Constitución habrá perdido el elemento vital de su perpetuidad. Se sigue de aquí que ningún Estado puede separarse legalmente de la Unión por su propia iniciativa; que todas las órdenes y acuerdos que así lo prevengan se deben considerar nulas y de ningún valor ni efecto, y que los actos de violencia cometidos en un Estado ó Estados contra la autoridad de la Unión constituyen una insurrección ó revolución, según las circunstancias.



EL CAPITOLIO DE WÁSHINGTON

»Opino, por lo tanto, que en vista de la Constitución y de las leyes, la Unión es inquebrantable, y en este concepto, no perdonaré esfuerzo alguno para que se cumplan las leyes fielmente en todos los Estados. Haciéndolo así, habré cumplido con mi deber, y persistiré en mi resolución mientras me sea posible, á no ser que mi jefe natural, que es el pueblo americano, disponga lo contrario retirándome el poder en debida forma. Confío en que no se interpretarán mis palabras como una amenaza, sino como firme propósito de defender y mantener constitucionalmente la Unión, pues de este modo no será necesario recurrir á las violencias ni verter sangre, si no se obliga á ello á la autoridad nacional.

»Haré uso del poder que se me confiere *para conservar y defender los bienes y propiedades pertenecientes al gobierno*, así como también para recaudar los derechos impuestos; mas en todo lo que no se refiere á esto, no habrá invasión de fuerza armada contra el pueblo en ninguna parte.

»Donde la hostilidad á los Estados Unidos fuese tan marcada y universal que impidiera que los ciudadanos residentes continuaran en el desempeño de sus funciones, no se tratará de reemplazarlos con extranjeros, pues el hacerlo así, mientras el gobierno tenga un derecho legal para disponer que los funcionarios sigan en sus puestos, sería tan irritante como impracticable, y parece mejor suprimir por lo pronto tales destinos. En una palabra, el pueblo podrá vivir en todas partes

con esa tranquila seguridad, tan favorable y necesaria para la reflexión.

»Seguiremos la política indicada, á no ser que la experiencia ó acontecimientos imprevistos aconsejen alguna modificación ó cambio; pero en todos los casos y sean cuales fueren las exigencias, haré cuanto estuviere de mi parte para mantenerme dentro de los límites de la prudencia, dando una solución pacífica á los disturbios que ocurriesen á fin de restablecer las fraternales afecciones y simpatías.

»Que haya personas en un punto ú otro que tratan de disolver la Unión á toda costa y que buscan un pretexto para hacerlo, es cosa que ni afirmo ni niego; si existen en realidad esas personas, no es necesario que yo les dirija la palabra. Pero esto no quita que hable á los verdaderos amantes de la Unión.

»Antes de entrar á discutir tan grave asunto como lo es el de la destrucción de nuestro sistema nacional con todos sus beneficios, sus recuerdos y su esperanzas, ¿no sería prudente averiguar por qué lo hacemos? ¿Quién se atrevería á dar un paso tan osado mientras los males que nos aquejan no sean reales y verdaderos, mientras no tengamos la seguridad de que al huir de unos no nos afligirán otros peores? Todos aseguran que estarán contentos con la Unión si se mantienen los derechos constitucionales; ¿será cierto, pues, que se ha negado algún derecho escrito en la Constitución? Yo creo que no, y felizmente la humana inteligencia es tal, que ninguno tendría la audacia de hacerlo.

»Citadme un solo caso en que se haya negado alguna de las disposiciones escritas claramente en la Constitución; si por la mera fuerza de los números despojase una mayoría á la minoría de cualquier derecho constitucional expresado á la letra en la Constitución, se justificaría la revolución desde el punto de vista moral, pero aquí no existe este caso. Todos los derechos vitales de las minorías y de los individuos están tan bien asegurados por la Constitución, que nunca se promueven controversias acerca de ellos, y es de desear que así sea, porque no es dable hacer ninguna ley orgánica con una disposición especialmente aplicable á cada una de las cuestiones que pueden ocurrir en la administración práctica.

»Nadie puede prever ni hay documento alguno que contenga artículos escritos sólo para resolver todas las cuestiones posibles. ¿Deberán ser entregados los esclavos fugitivos por la autoridad nacional ó por la del Estado? La Constitución no lo dice de una manera terminante. ¿Deberá el Congreso proteger la esclavitud en los territorios? La Constitución no lo dice expresamente.

»De puntos como estos nacen nuestras controversias constitucionales, dando lugar á que nos dividamos en mayorías y minorías. Si éstas no ceden, la mayoría ó el gobierno deben cesar; no hay alternativa, para que este último continúe en el poder sin la conformidad de ambas partes. En este caso, si una minoría prefiere separarse antes que ceder, sienta un precedente que

ha de perjudicarle á su vez, pues de su seno mismo saldrá otra minoría cuando una mayoría rehuse aceptar lo que aquélla desea.

»Todos los que ansían la desunión comprenden muy bien esto, pero yo pregunto: ¿hay tan perfecta identidad de intereses entre los Estados para formar una nueva Unión que produzca sólo la armonía é impida otra nueva separación? Hablaremos con franqueza: la idea dominante de la separación es la esencia de la anarquía.

»Una mayoría sujeta á los límites constitucionales y que cambia fácilmente por la opinión popular es el verdadero soberano de un pueblo libre; el que la deseche cae en la anarquía; la unanimidad es imposible; rechazando el principio de la mayoría, sólo queda ya el despotismo...

»Una parte de nuestro país cree que la esclavitud es conveniente y que es preciso extenderla, mientras que la otra opina que es un mal y debe suprimirse, y he aquí el gran caballo de batalla que da origen á tantas disensiones, á pesar de que la ley relativa á los esclavos fugitivos y la referente á la supresión del tráfico de negros están hoy en vigor, como todos saben.

»Esta cuestión es difícil de resolver satisfactoriamente para todos, pero aún lo sería mucho más separándose los Estados, pues por una parte el tráfico de aquéllos, suprimido ahora imperfectamente, se haría de nuevo con la mayor actividad, y por otra los esclavos fugitivos, que se devuelven ahora con frecuencia, no se entregarían entonces.

»Físicamente hablando, no podemos separarnos; no podemos aislar nuestras respectivas secciones sin levantar entre ellas una barrera inexpugnable; un marido y su mujer están en el derecho de divorciarse alejándose después uno de otro, pero las diferentes partes de la Unión no pueden hacer esto; deben permanecer unidas y continuar sus relaciones, ya sean éstas amistosas ú hostiles. ¿Será posible que esas relaciones sean más ventajosas ó satisfactorias después de la separación que antes? ¿Podrán los extraños hacer tratados mejor que los amigos leyes? ¿Podrán observarse mejor aquéllos que éstas? Suponed que se va á la guerra; la lucha no ha de ser eterna, y cuando después de grandes pérdidas por ambas partes sin conseguir beneficio alguno, cese la contienda, todo serán dificultades respecto á la conducta que se deba observar.

»Este país con sus instituciones pertenece al pueblo que lo habita, y cuando éste crea que el gobierno existente no es lo bastante bueno, puede modificarlo en virtud de su derecho constitucional, aun cuando para ello tenga que apelar á la revolución.

»Yo no recomiendo enmienda alguna, pero reconozco el derecho del pueblo en este punto, y en vez de oponerme le apoyaría, sobre todo en las actuales circunstancias, si se viera precisado á tomar alguna determinación en este sentido.

»El jefe de la nación recibe su autoridad del pueblo, mas no se le ha conferido derecho alguno para fijar las condiciones con que deben separarse los Estados;

el pueblo puede hacer esto si quiere; el poder ejecutivo no tiene nada que ver con ello; su deber es administrar el gobierno que se le confió, transmitiéndolo sin tacha á su sucesor. ¿Y por qué no ha de haber una confianza ciega en la justicia del pueblo?

»En nuestras actuales disensiones, ¿queréis decirme si hay alguno que crea que no esté de su parte la razón? Si el que rige los destinos de las naciones favoreciese al Norte ó al Sur, la razón y la justicia resplandecerían por el juicio de este gran tribunal que se llama el pueblo americano.

»Mientras que el pueblo vigile y sea virtuoso, ninguna administración, por mala que sea, podrá perjudicar gravemente al gobierno en el corto espacio de cuatro años.

»Compatriotas, os recomiendo con la mayor eficacia que meditéis tranquilamente sobre este punto; nada se pierde por exceso de reflexión. Una resolución precipitada, que la mayor parte de las veces produce fatales consecuencias, no se hubiera tomado ciertamente pensándolo antes maduramente: nada se pierde con reflexionar dos veces.

»Si se admitiera que vosotros los que estáis descontentos del gobierno tenéis toda la razón, aun en este caso no habría un motivo fundado para precipitaros.

»La inteligencia, el patriotismo y la religión y una firme confianza en ese Dios tan poderoso que siempre dispensó sus favores á este país, es todo cuanto

necesitamos para resolver satisfactoriamente nuestras diferencias. Y á vosotros, compatriotas, los que estáis descontentos, permitidme que os diga que sólo de vosotros depende la paz ó la guerra civil.

»El gobierno no os atacará seguramente.

»No habrá conflictos sin que seáis vosotros los agresores; no existe ningún precepto divino que os autorice á destruir el gobierno, en tanto que yo estoy ligado por un juramento solemne, según el cual debo *preservarle, protegerle y defenderle.*

»Voy á concluir: no somos enemigos ni debemos serlo; somos amigos; y aunque se hayan dejado algunos dominar en un momento por la cólera, no por esto se deben desatar los amistosos lazos que nos unen.»

Terminada la lectura de este notable documento, el nuevo presidente de los Estados Unidos prestó el juramento de costumbre ante el jefe de Justicia Taney.

Desde la presidencia de Wáshington no se había leído otro discurso inaugural tan sencillo y expresivo á la vez como éste; y es que Abraham Lincoln tenía el don de expresarse con suma claridad y elegante sencillez, quedando satisfechos todos los que le oían, lo mismo los humanistas que los iliteratos y personas rudas del campo; sus discursos estaban al alcance de todas las inteligencias, y sin haber hecho grandes estudios de la retórica tenía las dotes naturales que pide la profesión del orador público: por eso entusiasmaba

á la gente que le oía, porque sabía que el fin de la elocuencia popular es la persuasión, y ésta se debe fundar en el convencimiento. Lincoln convencía á todo el mundo con facilidad asombrosa: sus mismos enemigos estaban tácitamente convencidos de que estaba en lo justo; pero no les convenía declararlo, porque ante todo estaban sus intereses, que eran los esclavos. ¡Lástima que llegara Abraham Lincoln á la presidencia en circunstancias tan sumamente anormales!

CAPITULO VII

FORMACIÓN DEL GABINETE

Sobre la formación del gabinete decía Lincoln que antes de salir de Springfield ya lo tenía medio hilvanado.

Pensaba ofrecer los primeros puestos del gobierno á los que habían sido sus rivales para la presidencia – Seward, Chase, Cameron, y Bates, – y los demás puestos los llenaría con los representantes de los varios elementos que formaban el partido republicano.

Tenía que ser un gabinete compuesto, puramente político, en el que no había de entrar ningún amigo suyo íntimo.

Su plan era, según decía una persona que estaba muy bien informada, combinar la experiencia de Seward, la integridad de Chase, la popularidad de Cameron, y mantener el Oeste con Bates, atrayéndose á la Nueva Inglaterra con Willes, tener contentos á los wighs por medio de Smith, y que Blair convenciera á los demócratas.

Lincoln sabía muy bien lo mucho que significaban los nombres de ciertas personas, porque había estu-

diado mucho á los políticos americanos, á pesar de sus escasas relaciones con ellos.

Pero á pesar del plan que tenía formado, oía con mucha atención á los políticos que iban llegando á Wáshington de los puntos más remotos de la Unión, para aconsejarle que empleara á tal ó cual amigo.

A Thurlow Weed le dijo que como suponía que tenía alguna más práctica que él en esto de formar gabinete, porque era un comercio que él no había aprendido nunca, que oiría con gusto sus advertencias.

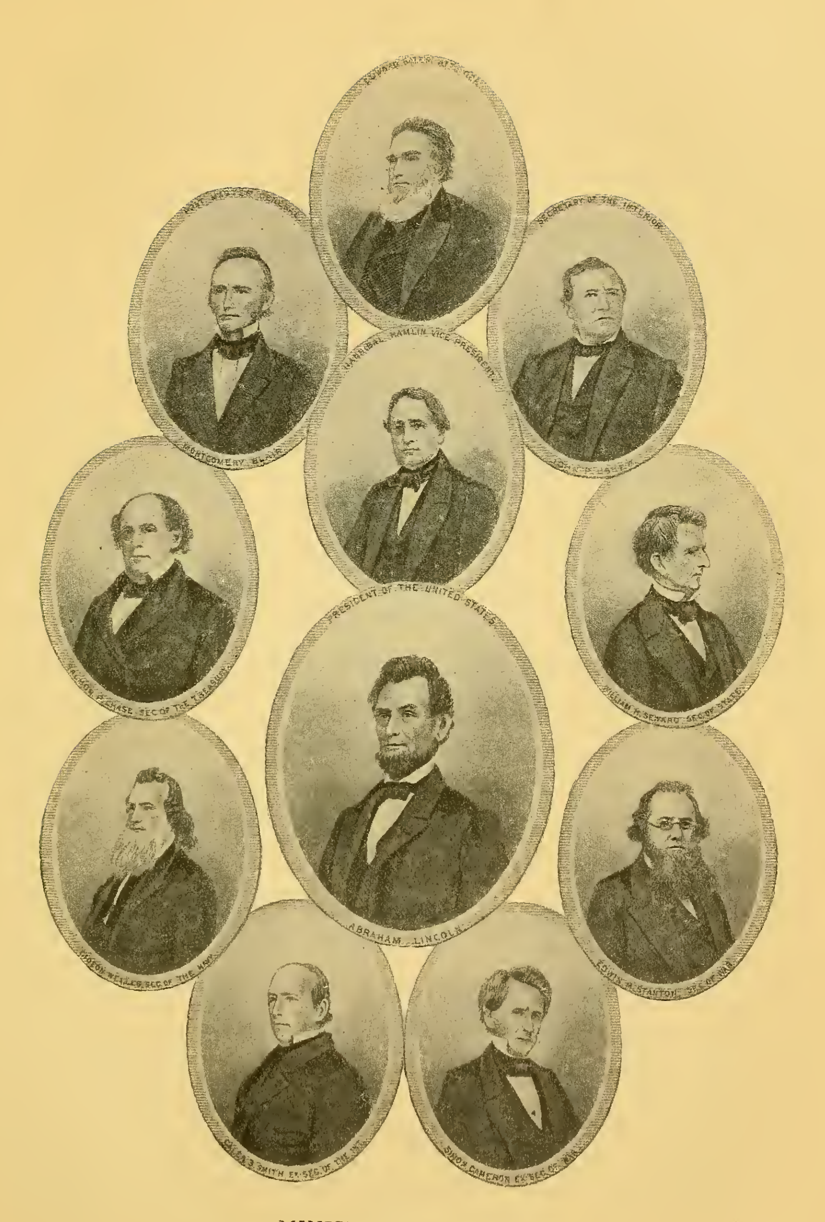
En el gobierno deseaba que entraran dos del Sur, porque con esta medida podrían reconciliarse y venir á un acuerdo; y de los diferentes nombres que le dieron Weed y Seward, escogió Lincoln á Juan A. Gilmer, de la Carolina del Norte; pero éste no quiso aceptar el puesto que le ofrecían, y entonces eligió á Eduardo Bates, de Missouri, y á Montgomery Blair, de Maryland.

El señor Bates era un abogado de bastante nombradía, muy respetado y muy popular por su política contra la esclavitud.

Había sido en Chicago candidato para la presidencia y sacó 48 votos.

Lincoln le ofreció el cargo de procurador general, que aceptó.

El día 5 de marzo el presidente remitió al Senado para su confirmación los nombramientos de los jefes de los diversos departamentos, y aprobados que fueron,



MINISTERIO LINCOLN

quedó constituído el nuevo gabinete en esta forma:

Vicepresidente, Aníbal Hamlin.

Ministro de Estado, Guillermo H. Seward, de Nueva York.

Ministro del Tesoro, Salmon P. Chase, de Ohío.

Ministro de la Guerra, Simón Cameron, de Pensylvania.

Ministro de la Armada, Gideon Welles, de Connecticut.

Ministro del Interior, Caleb B. Smith, de Indiana.

Ministro de Hacienda, Eduardo Bates, de Missouri.

Director general de Correos, Montgomery Blair, de Maryland.

Secretario del Interior, Juan P. Usher.

Secretario de la Guerra, Edwin M. Stanton.

Las relaciones entre varios de los miembros del gobierno eran muy poco amistosas, pero Lincoln con su gran tacto y paciencia los iba reconciliando poco á poco.

Montgomery Blair, de Maryland, pertenecía á una de las familias más demócratas del país, y era uno de los fundadores del partido republicano. Además de ser abogado, había estudiado en la Academia militar de West Point y había prestado servicios en la campaña contra los indios. El presidente Buchanan lo nombró procurador del Tribunal de apelación, pero después lo destituyó por el compromiso del Missouri, y entonces Blair se hizo republicano.

Tuvo tan poco tacto, que se iba enemistando con todos sus compañeros de gobierno, y el general Halleck, que mandaba todo el ejército, llamó la atención del ministro de la Guerra sobre un discurso que había pronunciado Blair contra el ejército, á cuyos oficiales acusaba de cobardes por haber permitido que destruyeran sus propiedades del distrito de Maryland.

El general Halleck declaró que si la acusación resultaba verdadera era preciso echar del ejército á los oficiales que resultaran culpables; pero si no es cierto, añadió, hay que echar del gobierno al calumniador.

El secretario Stanton entregó esta carta al presidente sin hacer ninguna clase de comentarios, y Lincoln contestó al general Halleck:

«Ignoro si Blair pronunció las palabras que usted dice; pero aunque las hubiera pronunciado, no estoy dispuesto en las actuales circunstancias á destituir á ningún miembro del gabinete. Comprendo que con una pérdida tan grande como la que ha tenido con la destrucción de sus haciendas, haya podido en un momento de acaloramiento pronunciar alguna palabra dura. Y además de esto, la verdad es generalmente la mejor vindicación contra el calumniador. Tengo el propósito de continuar siendo juez en lo referente á hacer dimitir á un miembro del gabinete.»

Pero no satisfecho con esto, el presidente leyó á sus ministros, que se habían reunido, la nota siguiente:

«En lo referente á mantener ó destituir á cualquiera de ustedes pienso continuar siendo juez único. Senti-

ría muchísimo si viera que alguno de ustedes trabajaba para echar fuera á un compañero de gobierno, ó para perjudicarle ante el público. Para mí será siempre un acto de injusticia, y para la nación mucho más. Sobre este punto desearía que ni aquí ni en ninguna parte hicieran ustedes ninguna clase de observaciones.»

El secretario ó ministro de Estado Seward andaba siempre de controversias con sus compañeros de gabinete.

Decía que él era, y no Lincoln, el responsable de la administración y gobierno; y escribía como si fuera el primer ministro y Lincoln un rey impotente; proponía que se reuniera el Congreso y que se declarase la guerra á Inglaterra, á Rusia, á Francia y á España, y que se arreglara un convenio con el Canadá, México y la América central contra toda Europa.

En una nota sobre los asuntos exteriores que entregó al presidente decía:

«Yo pediría explicaciones á España inmediatamente, y lo mismo haría con Francia.

»A Rusia y á Inglaterra les obligaría á que las dieran también, y mandaría agentes al Canadá, á México y al centro de América para levantar los ánimos contra la intervención de Europa.

»Si Francia y España no nos dan explicaciones satisfactorias, reuniría el Congreso y les declararía la guerra.

»Para este asunto es preciso que se encargue del gobierno una persona que sea enérgica.

»Si se encarga el presidente, es necesario que lo lleve con gran actividad.»

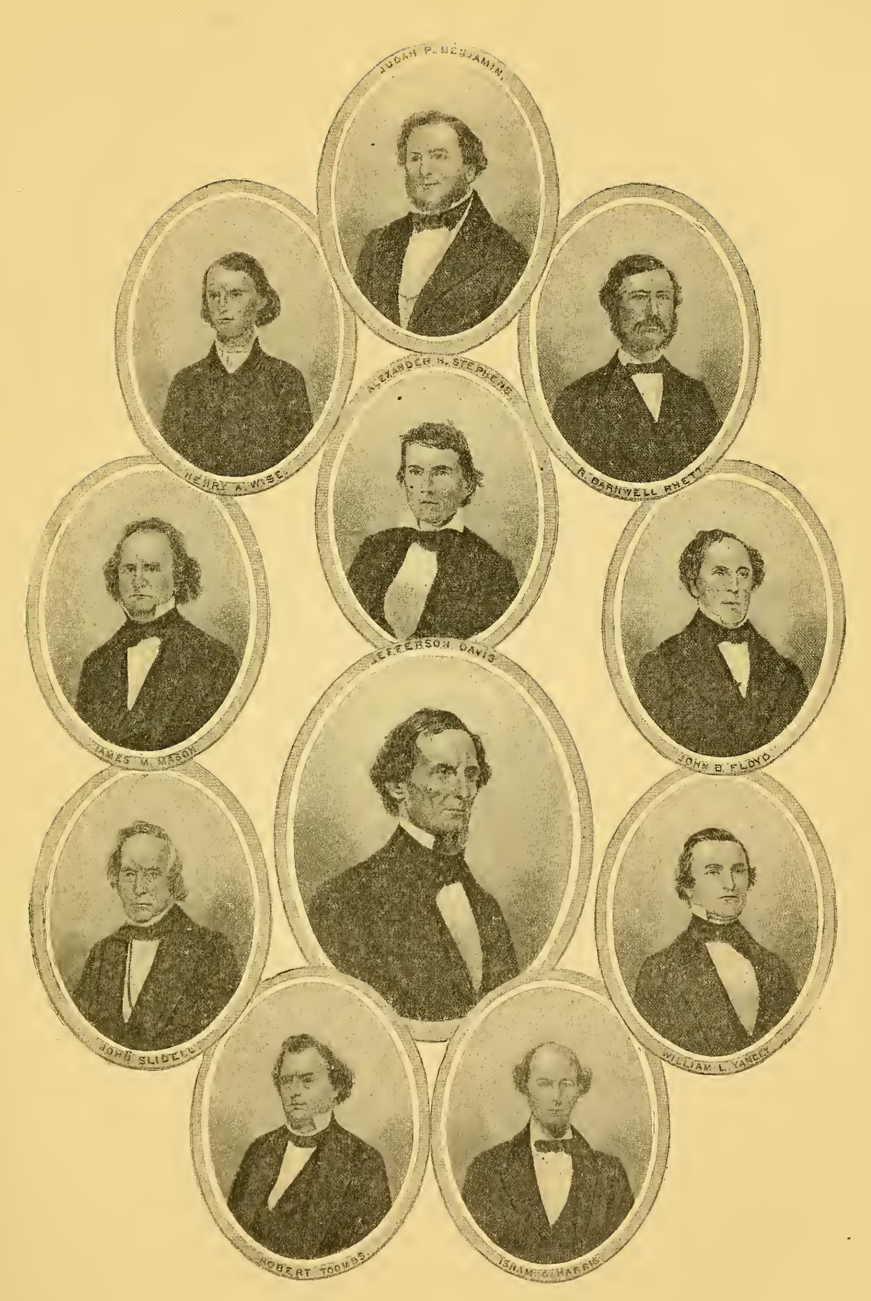
De los asuntos interiores del país le puso otra nota, y al leer el presidente tantas insolencias y fanfarronadas se entristeció mucho; pero como era un hombre que no perdía nunca la serenidad y su paciencia no tenía límites, le escribió á Seward una carta en la que con mucha maestría le daba á comprender que no se metiera en los asuntos que no le concernían.

A todo esto la rebelión comenzaba á tomar proporciones gigantescas, pues los Estados del Sur, que aún no se habían decidido por uno ú otro bando, declaráronse al fin, excepto cuatro, en favor de la Confederación, y muy pronto dió principio la sangrienta lucha, que según decía el mismo Lincoln, «debía barrer todo el país.»

Poco después de haberse roto las hostilidades entre unionistas y confederados, una de las primeras cosas que preocuparon al presidente Lincoln fué la cuestión de saber cuál sería la actitud de Inglaterra ante el nuevo estado de los negocios públicos en la república americana.

Importaba mucho que el gobierno inglés no reconociera al Sur como potencia independiente, y al efecto se comunicaron instrucciones al embajador americano en Londres, Francisco Adams, hijo de Juan Quincy Adams, á fin de que inclinase al gabinete inglés á reconocer la justicia de la causa del Norte.

La misión de Adams era sumamente difícil, tanto



REPRESENTANTES NOTABLES DE LA CONFEDERACIÓN

más cuanto que los agentes de los Estados del Sur habían conseguido ya influir en el ánimo de muchos hombres políticos de Inglaterra, ofreciendo grandes ventajas comerciales si se atendía á sus pretensiones; por lo que tenía pocas esperanzas de alcanzar buen resultado.

En efecto, antes de ser recibido en audiencia por la reina, antes de escuchar las razones que pudiese alegar en apoyo de la causa que debía defender, el gobierno inglés había resuelto reconocer á la Confederación del Sur como beligerante, lo cual equivalía, hasta cierto punto, á reconocer la independencia de aquellos Estados, á los que favorecía mucho semejante concesión.

Lincoln, sin embargo, no les otorgó tal derecho, pues de lo contrario nada habría justificado la guerra ni hubiera habido razón para atacar al Sur.

Bien terminantemente lo dice en su discurso inaugural: la Constitución no autoriza á ningún Estado á separarse de la Unión por conveniencias particulares. Pero llegado ya á este punto, tenía que usar Lincoln mucha diplomacia para no herir la delicadeza del gobierno británico, como la usó en efecto; y salió victorioso, meditando mucho y redactando él mismo la contestación que dió al gobierno inglés por mediación de su embajador en Londres. De confiar este importantísimo asunto á su secretario ó ministro de Estado, se hubiese perdido todo, y como consecuencia inmediata hubiese venido la desmembración de la Unión,

y de una gran nación se hubiesen formado muchas pequeñas independientes. En estos momentos apuradísimos es cuando se descubren las dotes y talento de un estadista. Lincoln estaba dando pruebas de que servía para presidente, á pesar de las enormes complicaciones que se le iban presentando cada día que transcurría; á cada instante se encontraba con asuntos dificilísimos de resolver.

CAPÍTULO VIII

ALGUNOS DATOS CURIOSOS SOBRE LA GUERRA DE SECESIÓN

Difícil sería decir con exactitud cuál era el estado comparativo de las fuerzas beligerantes á principios de mayo de 1861, pues si bien el Norte tenía más población, el Sur en cambio podía poner en pie de guerra mayor número de soldados.

Componíase el ejército federal movilizado de cuatro mil hombres de tropas regulares, la mitad de ellos reclutas; setenta ú ochenta mil de la milicia, y algunos regimientos de voluntarios que iban aumentándose de día en día, y además se estaban organizando otros en varios Estados, de modo que el efectivo de las tropas dispuestas para entrar en campaña podía evaluarse en unos ciento treinta mil hombres, que se distribuyeron como diremos más adelante.

El Sur, después de haberse agregado Virginia, la Carolina del Norte y Arkansas y en el momento en que los federales se preparaban á tomar la ofensiva, tenía en pie de guerra unos doscientos mil hombres; pero si el Norte estaba por lo general mejor organi-

zado que el Sur, no contaba con tan buen armamento, pues por los manejos del antiguo ministro de la guerra Floyd y por la captura de los arsenales de Harper's Ferry, de Little-Rock, de Monte Vernon, de Augusta, de Richmond y otros, pudo reunir el Sur gran número de armas de que se había despojado al Norte, que por esta circunstancia y á fin de atender á las primeras necesidades, tuvo que comprar fusiles y cañones de todas clases y calibres, muchos de los cuales eran muy malos.

En cuanto al espíritu de las tropas, era mucho mejor el de los regimientos confederados que el de los federales; pero también es cierto que el Sur se batía para defender sus derechos y propiedad, en tanto que sus adversarios luchaban por una causa menos palpable.

Además de esto, los plantadores del Sur, por su género de vida, tenían más aptitud militar que los negociantes é industriales del Norte; pero en medio de todo, en ambos ejércitos beligerantes existían muchos puntos de contacto, así por sus cualidades como por sus defectos.

La iniciativa había partido de los confederados, entre los que había llegado á su colmo la desesperación, principalmente porque bajo el gobierno de Buchanan y durante las primeras semanas de la administración de Lincoln, se habían dejado tomar gran número de fuertes que hubiera sido fácil conservar á poca costa y que iba á ser muy difícil recobrar más tarde.

Así pues, merced á esta circunstancia, el Norte tenía ya en su poder los fuertes de Macon, Johnson y Caswell, en la Carolina del Norte; Pulaski, cerca de Savannah; Morgan, en Mobila; Jackson, San Felipe, Picke y Macomb, cerca de Nueva Orleáns; Barrancas y Mac Rae, en Panzacola, y Harper's Ferry, en Norfolk.

El general Scott, sin embargo, había conseguido que se ocupasen varios puntos de la mayor importancia, tales como la fortaleza Monroe, en la extremidad de la casi isla de Yorktown, indispensable para operar por esta parte contra Richmond; el fuerte Wáshington, en el bajo Potomac; el arsenal de San Luis; el fuerte Mac Henry, en Baltimore, necesario para la seguridad de la línea de comunicación de Wáshington con el Norte, y algunos otros puntos de menor importancia.

El objeto de los confederados era fácil de comprender; si tomaban la ofensiva, tratarían de reunirse con los demócratas del Norte para dirigirse á Wáshington, y por esto se adoptaron algunas disposiciones para fortificar algún tanto la ciudad. El objeto de los federales, por otra parte, era, á no dudarlo, apoderarse de Richmond, capital de Virginia y la ciudad más importante del Sur; mas para esto era preciso que Missouri, Kentucky y Tennessee se declararasen neutrales ó se inclinaran en favor del Norte.

En vista de este doble objeto, Scott repartió sus fuerzas en seis divisiones, á saber: una en Wáshington

y sus alrdedores, que se extendería á lo largo de Potomac, á las órdenes de los generales Mac Dowell y Patterson; una en el fuerte Monroe, á las órdenes del general Butler; otra en Baltimore y Maryland, á lo largo del camino de hierro, mandada por el general Banks; otra en la Virginia occidental, á las órdenes del general Mc. Clellan; otra cerca de Kentucky, á las de Prentiss, y la última, en fin, en el Missouri, que se confió al general Harney.

El objeto del general Scott era, al parecer, rodear al Sur con varios ejércitos que penetraran por varios lados y simultáneamente hasta llegar al centro mismo de la confederación, y en cuanto á Virginia especialmente, quería lanzar cuatro regimientos á la vez sobre Richmond, donde deberían reunirse para dar un golpe decisivo.

De estas columnas marcharía la primera de frente por Manassas, la segunda por el valle de Shenandoah, la tercera cruzaría por Alleghany, al Norte de Richmond, y por último el general Butler avanzaría desde el fuerte Monroe hasta llegar á la casi isla de Yorktown.

Fácilmente se comprenderá que este plan era fundamentalmente defectuoso, pues si bien no le faltaba más que una cosa, era esta la principal; es decir, se necesitaba tener la seguridad de que el enemigo, ignorando la ventaja de una posición central, esperaría tranquilamente en Richmond á que se reunieran las cuatro columnas, separadas unas de otras por diez ó

doce días de marcha y una infinidad de obstáculos naturales.

Como quiera que sea, tomáronse las disposiciones necesarias para llevar á cabo este plan; y al efecto, el ejército principal de Wáshington, compuesto de unos quince mil hombres, cruzó el Potomac en la noche del 23 al 24 de mayo de 1861, dividido en tres columnas, de las cuales la de la derecha marchó por Georgetown y la tercera se dirigió sobre Alejandría, cuya ciudad fué ocupada militarmente, así como también las alturas de Arlington, frente á Wáshington, comenzando inmediatamente los trabajos para formar un campo atrincherado.

En poco más de tres días, y debido á la actividad con que se trabajó, quedaron terminadas las obras sin que los federales opusieran resistencia alguna.

Las avanzadas de los separatistas se habían replegado oportunamente, y sólo se sorprendió un destacamento de caballería que constaba de unos treinta hombres, pero en este encuentro perdió la vida el joven coronel Ellsmorth.

Una vez establecidas en su campamento las tropas federales, ejercitáronse diariamente en las maniobras, y al mismo tiempo se practicaban reconocimientos que dieron lugar á dos ó tres escaramuzas.

A medida que iban llegando nuevos regimientos del Norte, se les repartía en el campo atrincherado para instruirles convenientemente ú ocuparlos en las obras de defensa.

Dejando ahora el ejército de Wáshington, veamos cuáles eran las operaciones de las columnas de Virginia.

A la izquierda del fuerte Monroe se formó un campo atrincherado semejante al de Wáshington: en este fuerte, muy sólido y bien armado, habría trescientos setenta cañones con una guarnición de dos mil quinientos hombres, y formaba una base tanto más poderosa cuanto que dominaba todos los alrededores de la bahía de Hampton.

La conservación de tan importante plaza, principal comunicación entre los ríos York y James, debíanla los federales á la energía y firmeza de su comandante el coronel Demmick.

En el momento de romperse las hostilidades, este jefe no contaba más que con cuatrocientos hombres; pero redobló su vigilancia, y un cuerpo de confederados que se presentó frente á la fortaleza no creyó prudente intentar un ataque.

El 20 de abril del mismo año quedó la guarnición reforzada con un regimiento de la milicia de Massachussetts, al que siguieron después otros varios, y á poco llegó el mismo general Butler, que esperaba reunir allí doce regimientos, con los cuales se proponía formar cuatro brigadas. Sin embargo, bien pronto se reconoció que el fuerte Monroe no podía contener tanta gente, y fué preciso establecer un nuevo campamento en Hampton, cerca del río James, lo que sólo costó algunas escaramuzas con el enemigo. Cuando



GENERALES DE LA UNIÓN

llegaron las fuerzas que esperaba Butler, dispuso este jefe que se practicaran algunos reconocimientos, por los que se pudo averiguar las posiciones que habían adoptado los separatistas.

Entre tanto, los jefes del Sur, que no descuidaban tampoco la defensa, ocupaban los alrededores de Richmond; en Williamsburg había más de mil hombres; en Yaktown otros tres ó cuatro mil; se habían también utilizado varias obras que se conservaban aún de la guerra de la Independencia, y se construían otras apresuradamente.

De aquella zona, que podía considerarse como la base de operaciones, los confederados extendían sus avanzadas en la dirección de Monroe hasta Bethel y Hampton, y entre Gloucester y la bahía de Chesapeake estableciéronse varios puestos militares.

Al otro lado del río James, las guarniciones confederadas ocupaban la ciudad de Norfolk, Portsmouth y sus alrededores y estaban en comunicación directa con Richmond por el camino de hierro de Petersbug.

A los hombres del Sur les repugnaba ocupar á los negros en los trabajos de fortificación y defensa, pues aquello era en su concepto elevarlos demasiado; mas como eran robustos y fuertes, y bien mirado, se hacía la guerra por ellos, justo era que prestaran su auxilio, por lo que se les empleó como criados, destinándolos á conducir lás caballerías, á trabajar en las obras de defensa y á todo aquello en que se podía utilizar sus fuerzas.

De este modo construyéronse numerosas fortificaciones, tales como las de Yorktown, Gloucester y Big-Bethel; pero todo esto tenía sus inconvenientes, y la prueba es que muchos negros huyeron: los más atrevidos se fueron deslizando hasta penetrar en el campamento de los federales, y al ver que no se les echaba, hicieron venir á sus mujeres, á sus hijos y á muchos de sus compañeros. Cierto es que después se presentaron sus amos á reclamar su propiedad en nombre de la ley; pero el general Butler, después de consultar al gobierno de Wáshington y de haber recibido plenos poderes, se negó á entregar por la fuerza á ningún negro. Viendo los esclavos que se les protegía, eran cada vez más numerosas las deserciones, y en su consecuencia se les dió madera para construir chozas, y se levantó una gran barraca que les sirvió á la vez de hospital y de refugio, verdadero castillo feudal alrededor del que se agruparon poco á poco una infinidad de chozas, formándose así bajo los mismos muros del fuerte Monroe dos ó tres pueblecillos que se citarán sin duda más tarde como la cuna soñada de una nueva era en la historia de la civilización.

Por algunos fugitivos negros supo Butler que el enemigo, después de replegarse en Hampton, había ido á situarse detrás de los atrincheramientos de Little-Bethel, cerca de la iglesia de Big-Bethel, y no se ignoraba que tenían allí cañones y dos reductos; pero las noticias referentes á las fuerzas con que contaban

eran muy contradictorias, suponiendo unos que no pasaban de cuatrocientos hombres y cuatro cañones, mientras otros aseguraban que ascendían á cinco mil y treinta piezas de artillería.

A pesar de esto, resolvió el general Butler atacarlos en los primeros días de junio (1861), y el 9 de dicho mes, á primera hora de la mañana, se pusieron las tropas en marcha, mandadas por el coronel Phelps.

Desgraciadamente la obscuridad de la noche introdujo cierta confusión entre las tropas, pues llegadas al punto en que debían reunirse y creyendo haber encontrado al enemigo, se hicieron fuego mutuamente, lo cual les costó perder treinta ó cuarenta hombres entre muertos y heridos antes de reconocer su error.

Sin embargo, á eso de las diez de la mañana el general Pierce avanzó hacia Big Bethel, cuyas fortificaciones se hallaban defendidas por mil ochocientos confederados á las órdenes del coronel J. B. Magruder, antiguo oficial del ejército regular.

El general Pierce, que no debía ser muy entendido en el arte de la guerra, dió desde luego la orden de ataque, mandando colocar algunos cañones á la distancia de media milla de las baterías de los confederados; pero como era de esperar, el fuego de las tropas del Norte no hizo daño alguno á los confederados, cuyas descargas eran en cambio mortíferas para los que atacaban.

La acción continuó por espacio de cuatro horas, con pérdidas muy considerables entre las tropas del Norte é insignificantes en las del Sur, hasta que al fin el mayor Teodoro Winthrop, ayudante del general Butler, atacó resueltamente con parte de la infantería; pero este jefe cayó muerto de un balazo en el momento en que estaba animando á sus hombres al combate. Su bravura y serenidad excitaron la admiración hasta de sus mismos enemigos.

También perdió la vida el teniente Juan T. Greble, de la artillería regular: una bala le atravesó la cabeza en el momento de apuntar un cañón contra los enemigos.

La pérdida total de los federales ascendió á unos cien hombres, mientras que el general Magruder no tuvo más que un muerto y siete heridos.

El general Pierce, cuya inexperiencia é incapacidad fueron en parte causa de este descalabro, dió al fin la orden de retirada, que se hizo en el mejor orden posible.

Los confederados abandonaron luego aquella posición y se retiraron á Jorktown, sin que por entonces ocurriera ningún otro encuentro en aquel departamento. El general Butler fué reemplazado por el general Wool en 16 de agosto.

Esta era la disposición de los ejércitos beligerantes al principiar la sangrienta guerra de Secesión que tantos miles de muertes causó.

El general Mc Clellan operaba en Virginia, y ha-

biendo resuelto apoderarse de Philippi por sorpresa, proyectóse el ataque para el 2 de junio (1861), y al efecto dos brigadas de dos regimientos cada una se aproximaron al campamento de los separatistas por diferentes caminos con objeto de rodear al enemigo; pero el piso estaba muy malo, el tiempo era tempestuoso, y la división que mandaba el coronel Kelly, que tenía que recorrer veintidós millas, no pudo llegar á tiempo.

Los confederados, no obstante, que únicamente contaban con unos seiscientos ú ochocientos hombres, no podían resistir á estas fuerzas, y por lo tanto prepàráronse á la retirada, precisamente cuando los unionistas, á las órdenes de los coroneles Dumont y Lander, ordenaban el ataque, rompiendo el fuego la artillería.

Los confederados emprendieron la fuga apresuradamente; pero entonces llegó el coronel Kelly, y cayendo sobre el enemigo lo puso en completa dispersión, si bien cayó á poco mortalmente herido de un balazo. Los confederados perdieron veintiséis hombres entre muertos y heridos, sus bagajes y municiones y casi todas sus armas. Iban mandados por el coronel Porterfield, que reunió como pudo sus dispersas fuerzas, se retiró precipitadamente á Beverly y desde este punto á Huttonsville.

El general Mc Clellan llegó á Grafton el 23; expidió desde luego una proclama condenando el sistema de guerrillas adoptado por los jefes del Sur, y el 23

dirigió otra á sus soldados exhortándoles á que no se entregaran al pillaje y al saqueo, porque el pueblo era su amigo.

Las fuerzas del jefe unionista se aumentaron rápidamente, y ya el 4 de julio ascendían á treinta mil hombres, mientras los confederados apenas contaban con diez mil.

Mc Clellan resolvió, por lo tanto, avanzar contra el enemigo, que al mando del general Roberto S. Garnett estaba fuertemente atrincherado en Laurel Hill (colina del laurel) á pocas millas de Beverly; en la cima de otra eminencia contigua, conocida con el nombre de Rich Mountain, se hallaba también muy bien fortificado el coronel Juan Pegram. Después de hacerse cargo de la posición que ocupaba el enemigo, Mc Clellan resolvió atacar primero á Pegram, y al efecto dispuso que el general Rosecrans hiciera un rodeo de ocho millas á través de las montañas para sorprender la retaguardia de Pegram, cuyo movimiento se llevó á cabo felizmente; mas por desgracia, un dragón que llevaba un parte del jefe unionista á Rosecrans fué hecho prisionero y se descubrió el plan de ataque.

Las tropas del Sur estaban atrincheradas en la cima de la montaña con tres cañones, mientras Rosecrans, que había estado todo el día cruzando bosques y barrancos, con un tiempo muy lluvioso, no llevaba artillería, como era natural. A pesar de esto, avanzó desde luego contra el enemigo, que hizo fuego con sus tres

cañones, aunque sin gran efecto, y poco después se rompió el de fusilería por ambas partes; pero como los unionistas contaban con mayor número de fuerzas, dispuso el general Rosecrans que se atacara á la bayoneta.

Los separatistas abandonaron entonces su posición precipitadamente, dejando en poder de los vencedores sus cañones, tiendas de campaña y bagajes y ciento treinta y cinco muertos en el campo.

El general Mc Clellan vigilaba en tanto á Pegram, que seguía ocupando su posición; mas llegada la noche y temiendo el jefe separatista verse sorprendido, intentó escapar, y con este fin se ocultó en el bosque, donde habiendo sido luego descubierto tuvo que entregarse con los seiscientos hombres que iban á sus órdenes.

El general Mc Clellan avanzó entonces hacia Beverly, en cual punto penetró á la mañana siguiente flanqueando la posición que ocupaba el general Garnett en Laurel Hill y obligándole á que la abandonara retirándose hacia el Norte.

Seis cañones, doscientas tiendas de campaña, setenta carros y unos cien prisioneros fueron los trofeos de esta victoria; las tropas del Sur perdieron además entre muertos y heridos ciento cincuenta hombres, y sólo cincuenta los unionistas. Perseguido de cerca el general Garnett y dominado por la superioridad del número, cruzó por Laurel Mountains, se metió en un sendero estrecho, que cubrió de troncos de árboles á fin

de retardar la marcha de sus enemigos, y se dirigió luego apresuradamente hacia la cordillera de Alleghanies.

Garnett encontró una posición admirable para la defensa, hizo frente al enemigo, aun cuando éste era muy numeroso, y consiguió contenerle por algún tiempo; pero al poco tiempo llegó el coronel Dumont con el regimiento de Indiana, y atacando á su vez la posición del enemigo, la desalojó á pesar de los desesperados esfuerzos de Garnett, que trataba en vano de reunir sus dispersas tropas.

La persecución duró algún tiempo, hasta que al fin, desesperado Garnett, intentó por última vez oponer resistencia, con una valentía digna de mejor causa; pues apenas se hubo empeñado de nuevo la acción, el sargento Burlingame atravesó de un balazo al intrépido general, que cayó herido de muerte. Entretanto el general Mc Clellan se dirigía con el grueso de sus fuerzas á Huttonsville, desde donde comunicó á Wáshington la derrota de Garnett.

El general unionista Mc Dowell mandaba *el gran ejército*, compuesto de unos cincuenta mil hombres, con los que se libró la batalla del Bull Run, cuyo encuentro ocurrió del modo siguiente:

Los confederados, que ocupaban una fuerte posición en las orillas del Bull Run, pequeño río de unos treinta metros de anchura por uno ó dos de profundidad en tiempo ordinario, se extendían en una línea muy extensa, que ocupaba un espacio de diez millas, y esta-



GENERALES DE LA CONFEDERACIÓN

ban mandados por el general Beauregard, que tenía á sus órdenes unos 30.000 hombres.

El ejército federal, á las órdenes de Mc Dowell, compuesto de trece brigadas, era superior en fuerzas al de su enemigo.

La batalla dió principio el 21 de julio de 1861, y al principio no fué muy encarnizada; pero después arreció la lucha, y los separatistas comenzaron á ganar terreno; el fuego era horroroso, y los batallones federales hicieron esfuerzos heroicos para contener el empuje de sus enemigos; mas al fin hubieron de ceder ante las fuerzas cada vez más numerosas que les acosaban, y su retirada se convirtió por último en completa derrota.

Los confederados no persiguieron á los federales por carecer de caballería; pero aun cuando lo hubieran hecho, ofrecía esto sus inconvenientes, porque el regimiento de tropas regulares y otros cuatro de la brigada Blenker ocupaban el camino de Certerville y cubrieron perfectamente la retirada.

Esta sangrienta batalla costó á los unionistas unos cuatro mil hombres, habiendo quedado en el campo más de seiscientos muertos y mil quinientos prisioneros; los confederados se apoderaron de veintiocho cañones, cinco mil fusiles y muchos bagajes, pero ellos á la vez tuvieron más de quinientos muertos y mil quinientos heridos.

Los del Norte comprendieron después de esta sangrienta batalla que la empresa en que se habían me-

tido era mucho mayor de lo que habían creído en un principio, y el presidente Lincoln se apresuró entonces á pedir medio millón de hombres; y tal era la confianza que el pueblo del Norte tenía en él, que el Congreso aprobó todo lo que se pedía para dominar al Sur.

CAPITULO IX

DOS CARACTERES OPUESTOS

Los que conocían bien á Lincoln afirmaban que en su trato con el público su corazón era mayor que su cabeza, mientras que la cabeza de Stanton, secretario ó ministro de la Guerra, era mayor que su corazón.

La caracterización esta, aunque es general, encierra mucho de verdad.

Pero á pesar del carácter enérgico de Stanton, conviene tener presente que Lincoln no se dejó nunca dominar por su ministro de la Guerra en ningún asunto político ó administrativo; al contrario, era él el que lo dominaba con su gran habilidad, como dominaba á otros muchos hombres, y por eso le llaman algunos de sus biógrafos «el amo de los hombres.»

En los tres años y medio próximamente que trabajaron juntos reinó siempre entre ellos la mayor armonía, pero cada uno trataba al público á su manera, debido á lo opuesto de sus caracteres.

Por el incidente siguiente se podrá juzgar mejor lo diferentes que eran estos dos hombres.

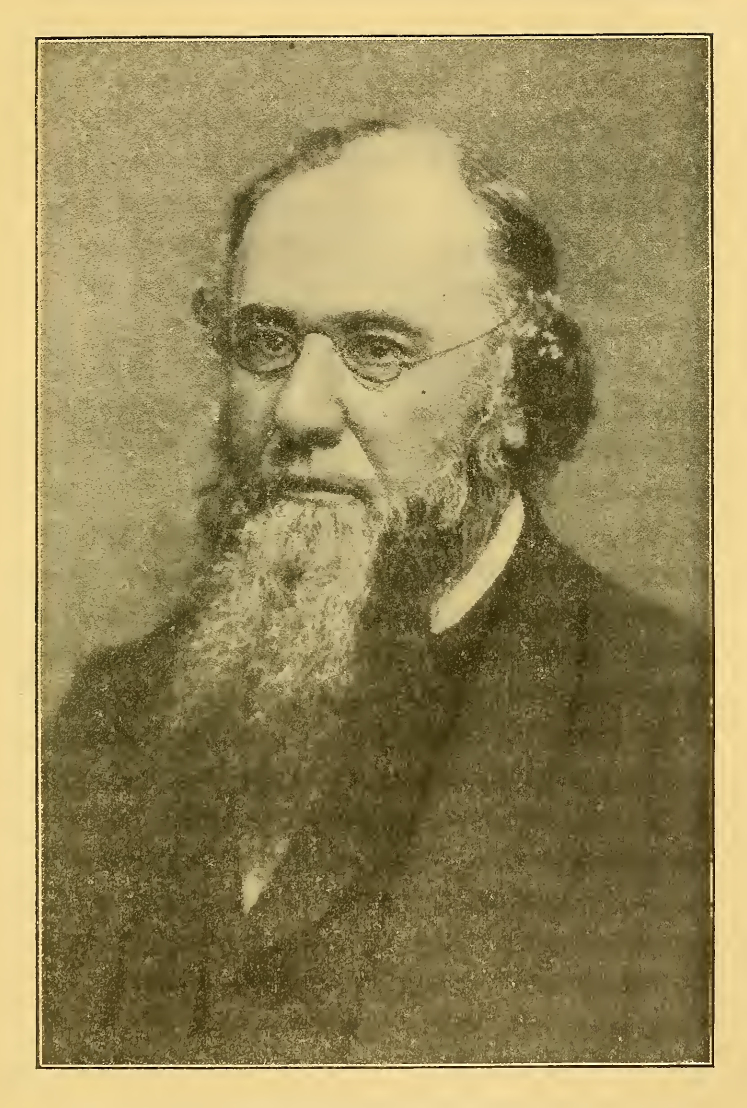
La escasez del algodón y el elevado precio que

alcanzó, particularmente antes de la terminación de la guerra, indujo á varios especuladores del Norte á comprarlo por medio de algunos agentes de la frontera de los Estados del Sur, con lo cual facilitaban fondos al enemigo y al mismo tiempo le enteraban de los movimientos militares. En su consecuencia, el departamento de Guerra prohibió este comercio, y los especuladores en algodones ponían el grito en el cielo, porque esta disposición les perjudicaba en sus intereses; uno de ellos se dirigió al presidente Lincoln suplicándole que hablara de este asunto á Stanton para que anulase la orden, porque tenía comprada y pagada una gran cantidad de algodón que no podía recibir. Lincoln se negó en un principio á intervenir en este asunto, pero el traficante volvió á importunarle, y para quitárselo de encima le entregó una tarjeta suya en la que escribió algunas líneas para que le atendiera Stanton.

Mi buen hombre se presentó en el departamento de Guerra, presentó la tarjeta y le explicó lo que le pasaba; pero Stanton rompió la tarjeta del presidente, tiró los pedazos al cesto de los papeles, y le dijo: «Las órdenes que salen de este departamento no se anulan.»

El traficante en algodones era un hombre de mucha influencia; y al verse tratado de aquella manera, volvió en seguida á la Casa Blanca, y refirió al presidente cómo le había recibido Stanton, empleando contra él palabras muy duras.

– Señor presidente – le dijo, – ¿á que no sabe usted



EDUARDO M. STANTON

Secretario del Ministerio de la Guerra

lo que ha hecho Stanton con la tarjeta que me entregó usted?

— No sé — contestó Lincoln; — dígamelo usted.

— Pues la ha roto y la ha tirado después al cesto de los papeles. Ese hombre no es digno, señor presidente, de ser su secretario de Guerra.

— ¿Ha hecho eso? — contestó Lincoln. — Son cosas muy suyas.

Aquella misma tarde, y en presencia del comandante Eckert, contaba el presidente con gran contento lo ocurrido á su secretario de Guerra, sin demostrarle el menor resentimiento por lo que había hecho con su tarjeta.

Las maneras de Lincoln formaban contraste muy marcado con las de Stanton.

Las de Lincoln eran siempre agradables y hasta geniales, y las de Stanton sumamente desagradables y duras.

Las galas daban á su cara un aspecto muy serio, que á veces llegaba hasta meter miedo.

Recibía las numerosas visitas de pie, y á nadie le ofrecía asiento. Era altanero, severo, dominante y hasta descortés inclusive.

Aquella guerra tan desastrosa le traía muy atareado y preocupado, y sentía perder un momento en cumplidos con las personas que venían á verle á su despacho. No tenía la calma y el don de Lincoln para contentar con buenas palabras á todo el mundo, y hasta en medio de los momentos más apurados por

las malas noticias que se recibían de la guerra, tenía ocurrencias que hacían reir á los amigos, menos á Stanton, que le reventaban los chistes.

En una ocasión se recibió en el departamento de Guerra una comunicación de Juan Wintrup, cuya firma era muy rara porque la última letra la hacía sumamente grande, casi tan grande como todas las demás juntas Lincoln se quedó mirando la firma, y dijo que le parecía que era como un hombre de piernas muy cortas con un gabán tan largo que va barriendo el suelo.

Antes de nombrar á Stanton secretario del departamento de Guerra, le decían los amigos que lo pensara bien, porque era un hombre de un carácter tan impetuoso que cuando se incomodaba, que era á cada momento, daba unos saltos terribles, á lo que contestó Lincoln:

«Pues si tanto salta, tendremos que hacer con él lo que hacían con un cura, que cuando predicaba se entusiasmaba tanto que parecía que se iba á tirar del púlpito, y para que no pudiera hacerlo le llenaban los bolsillos de arena. Pero no importa, á Stanton le dejaremos que salte al principio, después ya no saltará.»

Un tal Lonejoy consiguió que el presidente le diese una orden muy importante, relacionada con el cambio de soldados entre el Este y el Oeste, con el fin de poder atender mejor á ciertas necesidades de la campaña. Se presentó después al ministro de la Guerra y le explicó el asunto, y éste se negó rotundamente á satisfacer sus deseos.

—¡Pero si tengo la orden del presidente, señor!—le dijo Lonejoy.

—¿Le ha dado á usted Lincoln una orden como esa?—dijo Stanton.

—Sí, señor; él me la ha dado.

—Pues entonces es un imbécil—dijo el secretario muy irritado.

—¿Ha dicho usted que el señor presidente es un imbécil?—preguntó Lonejoy asombrado.

—Sí, señor; si le ha dado á usted esa orden lo es, y lo repito.

Lonejoy, que era diputado por Illinois, se marchó indignado, y volvió inmediatamente á la Casa Blanca para dar cuenta al presidente de su entrevista con su secretario del departamento de Guerra.

—¿Ha dicho Stanton que yo era un imbécil?—preguntó Lincoln cuando terminó aquél de hablar.

—Sí, señor presidente, lo ha dicho y lo repitió.

Lincoln guardó silencio durante un momento, y levantando después la cabeza dijo al diputado:

—Si Stanton dice que soy un imbécil, es porque en realidad lo debo ser, porque casi siempre tiene razón, y por lo general dice siempre lo que piensa. Sin embargo, yo le veré.

*
* *

Después de la derrota de Bull Run siguieron otros contratiempos que traían á Lincoln muy preocupado,

y temía que pudiera caer la capital en poder de los confederados, lo que se pudo evitar gracias á la energía y prontitud con que obró el general Wood, quien no sólo había reunido considerables fuerzas y gran número de armas en Wáshington, sino que envió tropas á diversos puntos del país para contener los movimientos del enemigo.

Las perturbaciones que agitaban entonces á Maryland, donde se temía una invasión de los confederados, fueron sofocadas por el general Butler, que dió pruebas antes, y después en la toma de Nueva Orleáns, de su pericia militar, aunque no había seguido la carrera de las armas.

Butler, en otro tiempo abogado de Massachussetts, había tomado parte en la guerra por afición; pero como era un hombre de carácter resuelto y audaz, fué uno de aquellos soldados del momento que debían distinguirse por sus relevantes cualidades.

Durante el año 1862, confederados y federales empeñaron varios combates en los que se luchó encarnizadamente, alternando para unos y para otros las derrotas y las victorias.

Entre los varios reveses que en este año sufrieron los federales, el más importante fué el ocurrido en el verano de 1862, cuando el gran ejército del Norte, que se llamaba del Potomac, al mando del general Mac Clellan, se dirigió hacia Richmond, residencia del gobierno de la Confederación y capital del Sur, con la esperanza de apoderarse de dicha ciudad.

Después de una serie de encarnizados y sangrientos combates, Mac Clellan tuvo que abandonar sus posiciones, sufriendo una pérdida de 15.249 hombres y 25 cañones, según sus partes, pues los confederados aseguraron que la derrota había costado mucho más cara á sus enemigos.

Los separatistas, en cambio, hicieron levantar el sitio de Richmond, salvando así la ciudad y apoderándose de gran número de armas y municiones, aunque también tuvieron sensibles pérdidas.

Mac Clellan recibió severas censuras por este descalabro, acaso más de las que en realidad merecía, porque en más de una ocasión había dado pruebas de su pericia. Fué separado del mando por acuerdo del presidente, quien juzgó que la lentitud de los movimientos de este jefe y sus continuas vacilaciones eran la causa principal de que fracasaran sus planes. Por otra parte, Mac Clellan era muy popular en el ejército, y como además profesaba opiniones democráticas, temíase de su parte una dictadura militar.

Su despedida del ejército fué muy conmovedora, porque sus tropas le querían mucho, y no pocos se quejaron de que la medida adoptada era injusta.

No se desanimó Lincoln por el desastre de Richmond; muy lejos de ello, dispuso sin perder tiempo que se hiciese una leva de 300.000 hombres y poco después otra de otros tantos; pero no satisfecho con esto, resolvió al fin adoptar una medida que debía ser el acto más notable de su administración, acto cuyo

recuerdo será sagrado para la posteridad, y que constituye un título de gloria para Abraham Lincoln.

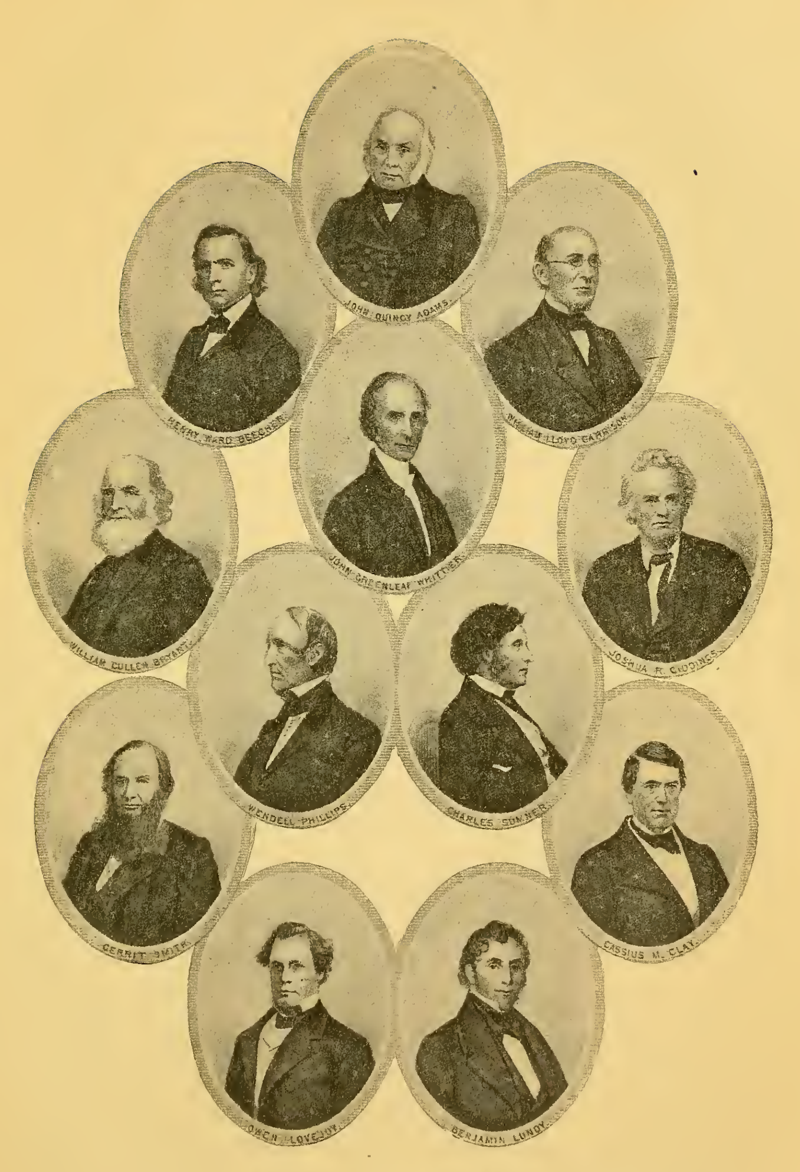
Hasta entonces el presidente, aunque muchos de sus partidarios le instaban á suprimir de una vez la esclavitud, habíase resistido á sancionar una medida tan grave, pues no olvidaba que aquella institución era un derecho constitucional en ciertos Estados, y siempre tuvo la esperanza de que cedería el Sur.

En este caso, y sólo por conservar la paz, hubiérase permitido que la esclavitud continuase, con tal que no se tratara de extenderla á los Estados libres.

Conviene recordar que Lincoln no había promovido la guerra para abolir la esclavitud, sino para conservar la Unión, como lo prevenía la Constitución del país, impidiendo que los Estados se declararan independientes. Ahora bien: como proseguía la lucha con todos sus horrores, sin que hubiera señales de que terminase, el presidente se convenció de que había llegado la hora de no tolerar más tiempo la esclavitud, que después de todo era la causa de la rebelión.

En su consecuencia, después de conceder la libertad á 3.000 negros en el distrito de Colombia, ofreció colocar en los ejércitos del gobierno á los que quisieran servirle. Esto era, por lo tanto, declarar su emancipación, determinando así el verdadero objeto de la lucha: la existencia ó la supresión de la esclavitud.

Esta importante medida se había indicado ya por una declaración hecha en 1862, por la cual, en el caso de que los confederados rehusaran restablecer la



DIPUTADOS NOTABLES QUE COMBATIERON LA ESCLAVITUD

Unión para el 1.º de enero de 1863, se expediría una proclama en virtud de la cual todos los esclavos de los Estados rebeldes obtendrían para siempre su libertad.

Dicha declaración estaba concebida en los siguientes términos:

«Yo, Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos y comandante en jefe del ejército y de la armada, declaro por la presente que, lo mismo hasta aquí como en lo sucesivo, se ha continuado y se continuará la guerra con el objeto de restablecer prácticamente las relaciones constitucionales entre la Unión y cada uno de los Estados donde se han suspendido aquéllas.

»Que es mi intención recomendar al Congreso en la próxima legislatura que adopte una medida cuyo objeto será conceder una compensación pecuniaria á los Estados que, no habiendo tomado parte en la rebelión contra el gobierno, hayan sufrido perjuicios por aceptar voluntariamente la abolición inmediata ó gradual de la esclavitud en sus límites respectivos.

»Que para colonizar en el continente ó en otro punto á los individuos de raza africana, previo su consentimiento y el del gobierno, se harán cuantos esfuerzos sean necesarios.

»Que el día 1.º de enero del año de Nuestro Señor de 1863, todos los individuos que se consideren como esclavos en cualquier Estado rebelde serán declarados libres para siempre, y en su consecuencia el gobierno ejecutivo de la Unión, así como todas las autoridades

militares y civiles, reconocerán la libertad de dichas personas, sin cometer acto alguno que pueda coartarla ó reprimirla.

»El 1.º de enero citado, el poder ejecutivo designará por medio de una proclama cuáles son los Estados rebeldes, y si uno de éstos estuviese en dicho día representado en el Congreso por miembros elegidos por una mayoría, se entenderá, á falta de pruebas contrarias, que deja de tomar parte en la rebelión.

»Convendrá tener presente un acta del Congreso relativa á la adición de un artículo sobre guerra, la cual fué aprobada en marzo de 1862 y que á la letra dice así:

»El Senado y la Cámara de representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso, han resuelto que se promulguen las siguientes disposiciones como artículo adicional de guerra, las cuales se cumplirán estrictamente.

»Artículo 1.º Se prohibe á todo oficial ó persona que se halle al servicio de los Estados Unidos emplear fuerzas de su respectivo mando para devolver los esclavos fugitivos á sus dueños. Todo oficial que desobedeciese esta orden, será sometido á un consejo de guerra y privado de su empleo.

»Art. 2.º Este artículo tendrá fuerza de ley desde el momento de su publicación.

»Asimismo se tendrán presentes los artículos 9.º y 10.º de un acta titulada «Acta para reprimir la insurrección, castigar la traición y confiscar los bienes y

propiedades de los rebeldes,» aprobada en julio de 1862 y que á la letra dice así:

»Art. 9.° Los esclavos de las personas que hayan tomado parte en la rebelión contra los Estados Unidos ó que la apoyaren de un modo cualquiera, que abandonen á sus dueños, refugiándose en las líneas del ejército federal, se considerarán como prisioneros de guerra, declarándoseles libres para siempre. En el mismo caso se hallarán los esclavos que pidan protección al gobierno de los Estados Unidos ó se encuentren en las localidades ocupadas por los rebeldes.

»Art. 10.° Se previene asimismo que á ningún esclavo que se fugase de un Estado ó territorio á otro se le podrá privar en modo alguno de su libertad, excepto en el caso de crimen ú ofensa contra las leyes, ó á menos que el reclamante preste juramento de que aquél le es deudor de su trabajo y que no ha hecho armas contra los Estados Unidos de ningún modo. Se prohibe á todo aquel que se halle al servicio del ejército ó de la armada de los Estados Unidos, bajo la pena de perder su destino, decidir por sí sobre la validez de la queja producida ó restituir el fugitivo al reclamante.»

Este documento apareció, según dicen algunos, antes de lo que se esperaba, por las sugestiones de los embajadores de la Unión en las cortes de Europa, pues se creía inminente el reconocimiento de la Confederación, pero otros aseguran que el presidente es-

taba ya resuelto á seguir esta política algunas semanas antes de publicarse la proclama.

De todos modos, Abraham Lincoln no era hombre capaz de retroceder una vez tomada su determinación, aun cuando comprendiese que no habían de ser inmediatos los resultados de su política, y así es que el día prefijado publicó su segunda proclama, concediendo la libertad absoluta á los esclavos, que decía de este modo:

«Yo, Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos, en virtud de los poderes de que estoy revestido como comandante en jefe del ejército y de la armada de los Estados Unidos, en tiempo de rebelión armada contra la autoridad del gobierno, y como medida de guerra conveniente y necesaria para reprimir aquélla, he tenido á bien, transcurridos cien días desde la publicación de mi primera proclama, designar hoy, primero de enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y tres, los nombres de los Estados ó de las partes de éstos que se hallan en abierta rebelión contra el gobierno, y son los siguientes:

»Arkansas, Texas, Luisiana (excepto las parroquias San Bernardo, Plaquemine, Jefferson, San Juan, San Carlos, San Jacobo, Ascensión, Asunción, Tierra Buena, Lafourche, Santa María, San Martín y Orleáns, inclusa la ciudad de este nombre), Mississipí, Alabama, Florida, Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte y Virginia, excepto los cuarenta y ocho condados conocidos con el nombre de Virginia Occidental,



MIEMBROS EMINENTES DEL CONGRESO DE LA UNIÓN

y los de Bergkele, Accomac, Northampton, Ciudad de Isabel, York, Princesa Ana y Norfolk, inclusa la ciudad de este nombre y la de Postmouth, para todos los cuales puntos no rige la presente.

»Y en virtud de los poderes que se me confieren y en cumplimiento de lo dicho, ordeno y declaro que todos aquellos que se consideren como esclavos en dichos Estados ó en cualquiera de sus partes, *quedarán desde ahora y para siempre libres.* El gobierno ejecutivo de la Unión, inclusas las autoridades civiles y militares, reconocerán y mantendrán la libertad de los citados individuos.

»Y prevengo por la presente á todos cuantos se declaren libres, que se abstengan de toda violencia, excepto en el caso de defensa propia, y asimismo les recomiendo que cuando les fuere permitido trabajen fielmente por un jornal razonable.

»Además hago saber que los citados individuos que reunan las condiciones necesarias serán admitidos al servicio del gobierno para formar parte de las guarniciones de los fuertes, puestos militares, estaciones ú otros puntos, así como también de las tripulaciones de los buques.

»Y en favor de este acto, que creo sinceramente que es de justicia, autorizado por la Constitución, apelo al juicio de la humanidad invocando la protección del Todopoderoso.

»En cumplimiento de lo cual autorizo la presente con mi firma y el sello de los Estados Unidos.»

Poco tiempo antes de publicarse este decreto por el cual quedaba declarada terminantemente la emancipación de los esclavos, el presidente Lincoln, después de haber demostrado en un mensaje especial que la cuestión de la esclavitud era la causa principal de la guerra, proponía á las dos Cámaras del Congreso que aprobaran el siguiente acuerdo:

«El gobierno de los Estados Unidos concederá á todo Estado que adopte la abolición gradual de la esclavitud una compensación razonable por los perjuicios que se le irroguen á consecuencia del cambio que se introduce en las leyes.»

Por esta proclama quedaban libres cuatro millones de esclavos, muchos de los cuales ingresaron en el ejército federal para batirse contra sus antiguos amos, contribuyendo no poco á que el Norte pudiese continuar la lucha con más vigor que nunca.

Lincoln había pensado que antes de anunciar al pueblo sus intenciones sería mejor esperar la noticia de alguna victoria, pues de otro modo, particularmente si la declaración seguía de cerca á algún revés sufrido por las armas federales, el Sur podría interpretar su acto como demanda de apoyo á los negros y señal de debilidad. Lincoln había prometido solemnemente que si los separatistas llegaban á verse rechazados hasta Pensilvania, coronaría el resultado concediendo su libertad á los negros. Y cuando el 1.° de enero de 1863 firmó la famosa proclama de emancipación, des-

pués de estrechar la mano de los numerosos amigos que habían ido á felicitarle á la Casa Blanca, oyósele decir:

«La firma que he estampado en ese documento parece algo temblona, porque mi mano está cansada, pero mi resolución es firme. Aseguré á los rebeldes en septiembre que si no volvían á su alianza, dejando de matar á nuestros soldados, derribaría el poste de su fuerza; ahora se cumplirá esa promesa, y no retiraré una sola palabra de lo que he dicho.»

La proclama produjo gran excitación, y los abolicionistas se alegraron mucho, porque veían que con esta medida terminaría aquella lucha sangrienta; mientras que los que habían dudado del resultado favorable cobraron fuerza y confianza, seguros de que por muchas que fueran las perturbaciones en perspectiva, desaparecería la esclavitud.

La elocuencia humana, como dijo un escritor americano á la sazón, no podría expresar la inmensa gratitud con que se recibió la proclama por la infeliz raza negra, tan largo tiempo oprimida, y que saliendo al fin de la degradación de la esclavitud, elevábase á las alturas gloriosas de la libertad.

La guerra seguía durante el año 1863 con sus alternativas, y á causa de los repetidos desastres que habían sufrido los federales y de las perturbaciones que agitaban al Norte, muchos republicanos comenzaban

á desesperar del triunfo; pero Lincoln los reanimó, y sus numerosos partidarios, al ver la destreza con que dirigía la nave del Estado en aquellos días de peligro, depositaron en el presidente toda su confianza. Por fortuna no pasaron muchos meses sin que brillara la aurora de mejores días para el partido federal, pues el 3 de julio de 1863, cuando los separatistas habían invadido Maryland y Pensilvania, sufrieron la sangrienta derrota de Getisburgo, con pérdidas enormes, y esta batalla arrebató al Sur la última esperanza de vencer al Norte; desde aquel momento la guerra presentó una nueva fase, y á la victoria de Getisburgo siguieron los triunfos alcanzados en Wicksburgo y Puerto Hudson en el mismo mes.

Mientras que proseguía la encarnizada lucha en diversos puntos de la Unión, el presidente se hallaba poseído de la mayor ansiedad, y con verdaderos motivos, porque en ninguna época se había visto el país en circunstancias tan difíciles y apuradas.

La verdad es que se necesitaba mucho ánimo y fortaleza para dirigir y administrar con acierto los asuntos públicos en aquella peligrosa crisis. Sin embargo, Lincoln no perdió nunca su serenidad; su carácter seguía inalterable.

CAPÍTULO X

LINCOLN Y SUS GENERALES

Cuando el presidente Lincoln vió los desaciertos é incapacidad del general Scott por los achaques de su avanzada edad y las envidias y rivalidades de los generales jóvenes, tuvo por necesidad que encargarse del mando de todo el ejército y de la dirección de la guerra, á pesar de no entender nada de asuntos militares, porque los pocos conocimientos que tenía los había adquirido de joven cuando fué capitán de voluntarios en la guerra Black Hawk contra los indios, y á esto no le daba él importancia, porque decía que nada había aprendido en aquella campaña.

Lincoln no quería por aquel entonces que le llamaran capitán, y cuando en 1848 pronunció en el Congreso un discurso político en el que ridiculizó los esfuerzos que hacían los amigos del general Cass para conseguir alguna ventaja política, dijo:

«Si el general Cass iba delante de mí cogiendo arándanos, yo en cambio le aventajé, yendo detrás, en coger cebollas bordes. Si encontró algunos indios á quien poder combatir, ya hizo mucho más que yo;

pero en cambio yo sostuve luchas sangrientas con los mosquitos; y aunque no llegué á caer desfallecido por la pérdida de sangre, confieso ingenuamente que pasé mucha hambre.»

En cuanto vió el sesgo que iba tomando la guerra, y que los oficiales más distinguidos del ejército iban presentando sus dimisiones á medida que los Estados á que pertenecían se declaraban en favor de la secesión, principió á pensar que necesitaba forzosamente adquirir cuanto antes algún conocimiento del arte de la guerra; y con su gran talento natural y sentido común no tardó mucho en aprender de los asuntos militares tanto como había aprendido de los políticos, y fué tan hábil estratégico como los generales Grant y Sherman.

La correspondencia que sostuvo con sus generales, sus órdenes relacionadas con los movimientos de las tropas, sus instrucciones al secretario ó ministro de la Guerra, los planes que proponía y los comentarios y crítica que hacía sobre los que le presentaban los demás indicaban que era un verdadero genio militar, que de haberse puesto al frente del ejército le hubiera dado gran nombradía.

Los generales reconocían la superioridad de este hombre, que hasta en los momentos de mayor apuro, á causa de algún gran desastre, se presentaba sereno, y no vacilaba, después de reflexionar un momento, en la determinación que convenía adoptar.

El general Mc Clellan, que era uno de los más jó-

venes y procedía de la Escuela militar de West Point, reemplazó al veterano Scott como generalísimo del ejército federal; pero se enorgulleció con su encumbramiento de tal modo, que no obedecía las órdenes del presidente ni las del ministro de la Guerra.

El 27 de julio de 1861 escribía á su mujer:

«Me encuentro aquí en una posición nueva y muy extraña por cierto. El presidente, el gabinete, el general Scott, todos confían en mí. Por alguna rara operación de magia me he convertido en alma del país.»

Y poco después volvía á escribirle diciéndole:

«Me dejan en libertad para que haga lo que yo crea conveniente; tal es la confianza sin límites que todos tienen en mí. ¿Quién iba á pensar cuando nos casamos que estaba yo llamado á salvar á mi país?»

El presidente no tardó mucho tiempo en comprender que este hombre tenía mucha vanidad, y que no respondía á las esperanzas que se habían fundado en él, porque principió con aire de gran emperador á querer disponer del Tesoro de la nación, y á mandar en el presidente y en el ministro de la Guerra.

Este último, con su carácter violento quería destituirlo en seguida y formarle causa por desobediencia; pero Lincoln con su inagotable paciencia lo contenía, y sobrellevaba con resignación á uno y á otro.

Poco después cambió el tono de las cartas que Mac Clellan escribía á su mujer, y en una de ellas le decía:

«Me encuentro en una situación verdaderamente

apurada, porque el enemigo tiene tres veces más fuerza que yo, y el presidente y el viejo general, su consejero, no quieren ver el verdadero estado del asunto.»

El presidente esperó algunas semanas más para ver el giro que tomaba la guerra, y con motivo del aniversario del nacimiento de Wáshington mandó su famosa orden de guerra n.º 1 para que todo el ejército efectuara un movimiento de avance; pero Mc. Clellan contestó que primero se tenía que construir un ferrocarril.

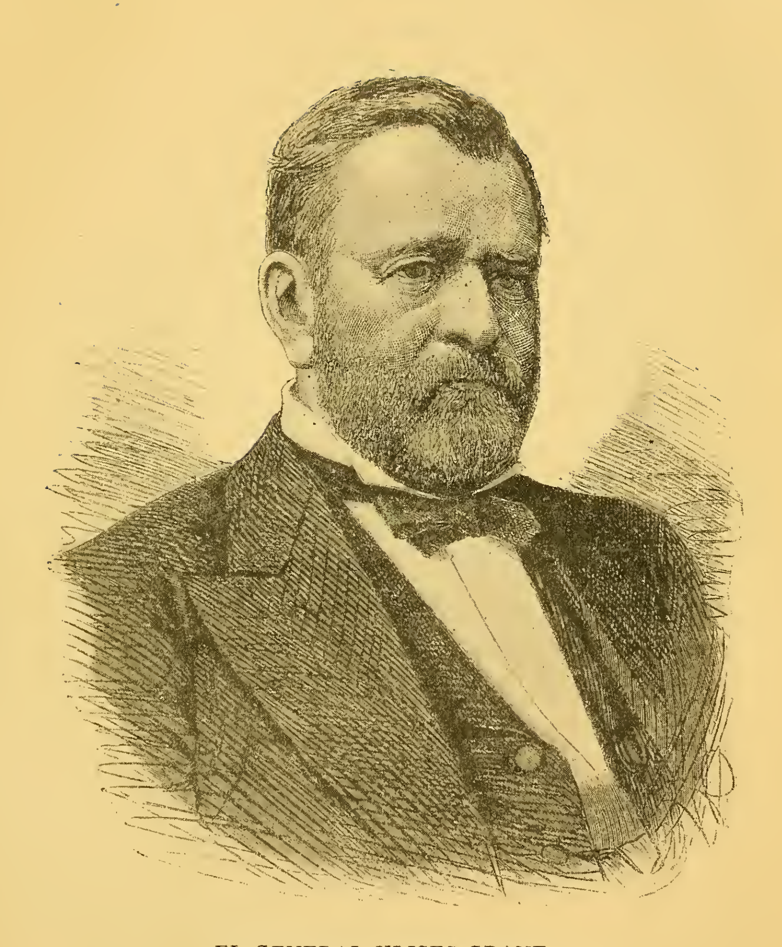
—¿Pero qué quiere decir todo eso? —preguntó el presidente cuando Stanton le leyó el telegrama.

—Quiere decir que es un mequetrefe del demonio, y que no quiere hacer nada de lo que se le ordena.

El general Frémont, por otra parte, pedía con urgencia refuerzos, porque se veía envuelto por las fuerzas del enemigo que le cerraban el paso, y el general Hunter cuando llegó á San Luis para prestarle auxilio ya era demasiado tarde; y el presidente pasaba las noches en vela pensando en todos estos contratiempos y en el modo de reorganizar bien el ejército.

A todos los generales les daba órdenes, menos al general Grant, que lo dejaba en libertad y nunca le decía nada.

Después dijo que Grant era uno de esos generales que se penetran bien de la situación en que se hallan los asuntos de la guerra, y que debido á su carácter y pundonor no se le podía decir nada.



EL GENERAL ULISES GRANT

Grant había hecho un movimiento superior que hizo retroceder mucho al enemigo, y el presidente le escribió entonces la siguiente carta:

«Mi querido general: No recuerdo si usted y yo nos hemos visto alguna vez. Le escribo ahora ésta para darle las gracias por el inestimable servicio que ha prestado usted al país. Pero le voy á decir además otra cosa. Cuando llegó usted primeramente á las cercanías de Vicksburgo, creí que haría usted lo que hizo por último – marchar por el desfiladero, para bajar por allí con la artillería y los transportes; – y nunca tuve fe, aunque comprendía que usted lo sabía mejor que yo, que pudiera dar buen resultado la expedición del paso de Yazoo. Cuando bajó usted y se apoderó de Puerto Gibson, de Golfo Grand y cercanías, creí que debía usted de haber continuado hasta reunirse á las fuerzas del general Banks, y cuando volvió usted hacia el Norte hasta llegar á la parte Este de Big Blak, creí que aquel movimiento había sido una equivocación. Pero ahora confieso que yo era el equivocado y que usted tenía mucha razón.»

Cartas como esta no las escriben muchos presidentes de naciones á sus generales en campaña.

Poco después lo llamó á Wáshington y lo propuso para teniente general.

A pesar de lo contrariado que andaba con los asuntos de la guerra y con la conducta de algunos de sus generales, no se cansaba de hacer bien á los soldados que por sus faltas en campaña tenían que ser severa-

mente castigados; y en general hacía bien á todo el mundo, siempre que podía.

En una de las recepciones públicas que había con frecuencia en la residencia del presidente, vió entrar á un muchacho de unos trece años, de mísero aspecto, pálido y extenuado, y al momento se acercó Lincoln á él y le preguntó lo que deseaba.

– Señor presidente, he sido tambor en un regimiento durante dos años; cierto día incurrí involuntariamente en una falta, y el coronel me despidió, y como estaba enfermo me llevaron al hospital; acabo de salir y venía á ver si el Sr. presidente podría hacer algo por mí.

Lincoln miró con ternura al muchacho y le preguntó dónde vivía.

– No tengo casa, señor – contestó el muchacho; – mi padre ha muerto en la guerra, y mi madre falleció también hace algún tiempo; estoy solo en el mundo.

– ¿No podrías vender periódicos? – le preguntó Lincoln muy conmovido.

– No, señor; estoy muy débil, y además no tengo un céntimo.

El presidente sacó entonces una tarjeta, escribió en ella algunas palabras, recomendando al pobre tambor, y se la entregó diciéndole:

– Toma, entrega esta tarjeta á la persona que indica ahí, y te darán todo lo que te haga falta.

Uno de los generales que mandaba un cuerpo de ejército de la Unión, hablando cierto día de la exce-

siva condescendencia de Lincoln con los soldados sentenciados á muerte, decía á un amigo suyo:

«Durante la primera semana de mi mando hubo veinticuatro desertores que por fallo del tribunal de guerra debían de ser fusilados, y por lo tanto envié la sentencia al presidente para que la firmase.

»Como Lincoln se negaba á ello fuí á Wáshington y pedí una entrevista, para decirle que si no se hacía un ejemplar castigo peligraba el ejército; pero me contestó que había ya muchas viudas en los Estados Unidos y no quería que con su firma aumentase el número.»

El presidente se alegraba lo indecible siempre que podía encontrar algo en que poder fundar el perdón, aunque se tratara de un caso que no lo mereciera. Un soldado joven que se batió como un valiente en una acción en la que cayó herido, desertó después, y al ser prendido lo sentenciaron á muerte, pero varias personas pidieron á Lincoln que lo perdonase. Al parecer no había causas atenuantes; la deserción estaba probada, y para dar ejemplo tenían que fusilarlo. Lincoln reflexionó un poco, y en seguida encontró en que apoyarse para firmar el indulto.

—¿No decís que estaba herido?—preguntó el presidente.

—Sí, señor—le contestaron.

—Pues entonces—repuso el presidente,—como la Escritura dice que en la efusión de sangre está la remisión de los pecados, opino que se debe perdonar esta vez.

El bondadoso presidente rehusó, sin embargo, una vez otorgar la gracia que le pedían; pero lo hizo por tratarse de un traficante de esclavos que estaba en la cárcel y le pedían mil dólares si quería quedar libre. Enterado de los buenos sentimientos de Lincoln, le escribió una carta muy lastimosa suplicándole que lo perdonara, pero éste le contestó diciendo:

«Podría perdonar hasta al hombre que comete un homicidio, porque mi flaco es perdonar á todo el que está sentenciado á muerte; pero el hombre que ha ido á Africa para robar á las madres sus hijos con objeto de ganarse algunos centenares de dólares, es para mí peor que el mayor y más perverso de todos los asesinos, y por mí se moriría usted en la cárcel, porque no le concedería nunca la libertad.»

Lincoln solía ser también severo cuando lo juzgaba necesario.

Un oficial á quien se había separado del servicio, escribió su propia defensa y se presentó en la Casa Blanca solicitando una entrevista con el presidente. Escuchó éste al oficial, y cuando terminó le contestó que en los hechos que citaba no podía intervenir el poder ejecutivo.

El oficial se retiró muy contrariado, y á los pocos días volvió á solicitar una nueva entrevista, y recibió la misma contestación, hasta que ya irritado dijo á Lincoln:

— Veo, señor presidente, que no se me quiere hacer justicia.

Lincoln se levantó tranquilamente de su silla, dejó

sobre la mesa los papeles que tenía en la mano, cogió del brazo al oficial, lo empujó con fuerza hacia la puerta, y le dijo cuando estuvo fuera de la habitación:

– Le aconsejo á usted que no vuelva á presentarse



Edificio antiguo del Ministerio de la Guerra

aquí; toleraría una censura, pero lo que no puedo tolerar es un insulto.

Atemorizado el oficial ante aquella actitud, pidió permiso para recoger los papeles, que se le habían caído al suelo; pero el presidente se opuso diciéndole:

– Salga usted de aquí que no quiero verle un momento más en mi presencia; ya se le enviarán sus papeles.

Entre unos y otros lo traían mareado, pero rara vez perdía la calma como la perdió esta última vez con el oficial que se empeñaba á todo trance en que le había de hacer justicia.

Un día se le presentó un gran señor solicitando el gobierno de un Estado vacante, y se atrevió á decirle que gracias á su esfuerzo había podido llegar á ser presidente.

– Muy bien – le contestó Lincoln, – me alegro de conocer á uno de los hombres que han contribuído á ceñir en mi cabeza una corona de espinas. Vaya usted con Dios, que no tengo nada para usted.

A principios de 1864, resolvió el gobierno federal hacer un esfuerzo supremo á fin de concluir cuanto antes con la rebelión; se hizo una leva de medio millón de hombres, algunos de los cuales debían reemplazar á los que habían terminado su servicio; y el presidente, que había elegido al general Grant para general en jefe, le ordenó que se encargase del ejército del Norte, y que procediese con toda la actividad posible para no dar tregua ni descanso al enemigo.

Una gran parte del ejército del general Grant estaba á las órdenes del general Sherman, que debía avanzar en una dirección mientras su jefe operaba por otro lado.

El presidente le escribió á Sherman la siguiente carta á raíz de la toma de Savannah:

«Mi querido general Sherman: Un millón de gracias por su regalo de Navidad, la toma de Savannah.

Cuando estaba usted á punto de salir de Atlanta para el Atlántico, andaba yo muy asustado; pero comprendiendo que cuando usted lo hacía era porque convenía, y recordando por otra parte que «quien nada arriesga nada puede ganar,» no le quise decir nada. Hoy que la empresa ha sido un verdadero éxito, todo el honor le pertenece á usted, y ninguno de nosotros nos atreveríamos á disputárselo. Además de las ventajas militares consiguientes, tiene esta victoria de usted la no menos importante de poder demostrar al mundo que el cuerpo de ejército que manda se puede dividir, destinando una parte muy importante á una nueva operación, dejando la otra en las posiciones antiguas. Haga usted el obsequio de participar mi agradecimiento á todo ese ejercito, lo mismo á los oficiales que á la tropa.»



La entrada del ejército federal en Richmond fué un verdadero acontecimiento: el general Weitzel, seguido de su estado mayor y de sus tropas, penetró en los primeros arrabales de la ciudad, iluminada aún con los resplandores del incendio, y pocos momentos después la bandera de la Unión ondeaba en el Capitolio, donde el congreso confederado había celebrado sus sesiones desde el mes de julio de 1861.

Entusiastas aclamaciones saludaron la aparición de aquella insignia que anunciaba el triunfo de los unionistas.

Jefferson Davis había abandonado la ciudad el día anterior, seguido de casi toda la oficialidad y miembros del Congreso, así como también de Guillermo Smith, gobernador de Virginia.

Muchos de los habitantes de Richmond recibieron á los liberales como libertadores, aunque había otros que hubieran preferido ver entrar en Richmond á los federales como prisioneros de guerra.

Al día siguiente de la rendición de Richmond, el presidente, que había ido á visitar al ejército, entró en la ciudad, no con pompa y aparato, como hubiera podido hacerlo, sino con la mayor sencillez, acompañado de su hijo menor y de algunos oficiales.

Su visita, sin embargo, fué memorable, y las escenas que presenció en Richmond, en aquel poderoso baluarte de los confederados durante la guerra, debieron regocijar su corazón, haciéndole comprender que á pesar de los males que trajera consigo la sangrienta lucha, no había sido ésta inútil, pues allí vió señales evidentes de la felicidad que proporcionaba la emancipación.

En cuanto se enteraron los negros que el presidente acababa de entrar en la ciudad, acudieron presurosos para darle la bienvenida, y entonces se desarrolló una escena verdaderamente conmovedora.

Aquellos infelices, sabiendo que los defensores de la esclavitud estaban vencidos y que tenían segura la libertad, llegaban corriendo, con lágrimas en los ojos, gritando á voz en cuello: «¡Gloria al Señor! ¡Hurra, hurra por el presidente Lincoln!»

Una anciana negra, que estaba en la puerta de su humilde cabaña, exclamó al pasar Lincoln: «¡Gracias, Jesús mío, por haberme permitido ver al presidente!»

Aquella guerra cruel y fratricida terminaba, no sólo sofocando la rebelión del Sur, con lo cual se conservaba la Unión, sino aboliendo del todo la esclavitud, pues antes de alcanzar la última victoria, había aprobado el Congreso un acta en virtud de la cual se declaraban libres todos los esclavos del país, incluso los de los Estados rebeldes de la Confederación.

Entre tanto, había ocurrido otro hecho importante: en las nuevas elecciones para la presidencia, efectuadas en noviembre de 1864, el partido del Sur hizo un gran esfuerzo para recobrar su ascendiente, perdido durante largo tiempo; pero todo fué inútil, y desde luego se comprendió que Abraham Lincoln, quien merecía la confianza y el respeto de todos, sería reelegido por el pueblo.

Siendo Lincoln el campeón de los derechos de los pobres esclavos, se comprenderá fácilmente que la población negra bendecía su nombre y que en todo el país era objeto de las más entusiastas ovaciones.

En la recepción que se celebró en la Casa Blanca el 1.º de enero con motivo de ser el día de Año nuevo, los pobres negros se agolparon en tropel á la puerta del palacio presidencial para ver á su bienhechor, á quien realmente adoraban como á un ser superior; y cuando algunos de ellos, más atrevidos que otros, se

aventuraron á entrar en la cámara de recepciones y vieron que mezclándose con los blancos, por primera vez en su historia, eran recibidos afablemente por Lincoln, su admiración y alegría no reconoció límites; tan pronto reían como lloraban de alegría, y se les oía exclamar á intervalos: «¡Dios bendiga al señor presidente; Dios bendiga á Abraham Lincoln!»

Poco tiempo después los negros de Baltimore regalaron á su bienhechor un magnífico ejemplar de la Biblia, ricamente encuadernado, con cantoneras de oro y dos planchas del mismo metal, en una de las cuales estaba representado el presidente quitando los grillos á un esclavo, y á sus pies un rollo de papel con la palabra *emancipación;* en la segunda placa, una inscripción con las siguientes palabras:

«A Abraham Lincoln, presidente de los Estados Unidos y amigo de la libertad universal. De la población negra de Baltimore, en prueba de respeto y agradecimiento. Baltimore, 4 de julio de 1864.»

La Biblia fué presentada por una diputación de negros, acompañada de dos sacerdotes, y en el discurso con que el presidente les dió las gracias, sus últimas palabras revelan cuanto representaba la Sagrada Escritura:

«La Biblia – dijo – es el mejor donativo que Dios ha hecho al hombre; ese libro nos comunica todo lo bueno del Salvador del mundo; y si no fuera por él, no sabríamos distinguir el mal del bien. La Biblia contiene todas las cosas apetecibles para el hombre; y yo os

doy las más expresivas gracias por este magnífico ejemplar del gran libro de Dios.»

Ya dejamos indicado en otro lugar de este libro que Lincoln había demostrado desde los primeros años de su vida que era un hombre de valor y no sabía lo què significaba la palabra miedo.

El general Butler decía que al llegar un día á su campamento le indicó que, sin molestar á los soldados en nada, deseaba pasar por delante de sus puestos para ver cómo se encontraban. Le acompañaba el señor Fox, ministro de Marina, que era muy bajito, y al lado de Lincoln parecía una figurita insignificante. El presidente iba, como siempre, con su gran levitón negro y su sombrero de copa, y detrás de él y del ministro de Marina iban los oficiales de Estado mayor, pero el presidente sobresalía mucho por encima de todos. Principió á recorrer la línea de trincheras, que estaban á unos trescientos metros de las avanzadas del enemigo, que con los vivas de las tropas llamó su atención y principiaron los oficiales á mirar con los lentes de campaña.

Al ver esto le dijimos que convenía pasar por entre la otra línea de trincheras interiores, porque el enemigo podía romper el fuego sobre nosotros, y que él por ser tan alto presentaba muy buen blanco.

«Nada de eso – contestó sonriéndose; – el comandante en jefe de un ejército no debe demostrar nunca cobardía delante de sus soldados, aunque realmente sienta miedo.»

Y siguió muy tranquilo recorriendo toda la línea exterior de trincheras, á la vista del enemigo, que con los repetidos hurras de nuestros soldados que lo vitoreaban al pasar, se habían fijado ya en nosotros, y no dejaban de mirar.

«En otra ocasión — refería también el general Butler — nos metimos á caballo por un sitio muy peligroso donde había muchos partidarios del separatismo, y al decirle yo que si no había pensado nunca en alguna bala perdida de algún enemigo de la Unión, me contestó muy serio: «El asesinato de hombres públicos no se considera como crimen en América.»



Desde que principió la guerra entraba todas las mañanas en la sala de telégrafos del departamento de Guerra, y leía todos los telegramas de los comandantes de los cuerpos, referentes á los movimientos del ejército y á las acciones libradas.

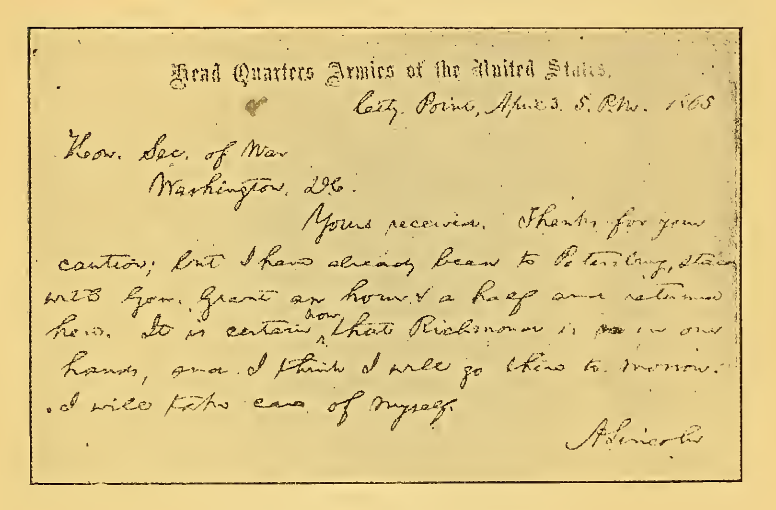
Los oficiales de Estado mayor le observaban de cerca, y veían en su cara las impresiones que le causaban las buenas y malas noticias que iban comunicando los generales, y muchas veces le oían decir, «Voy abajo con las pasas,» y como no sabían qué quería decir con aquello, se lo preguntaron, y él se apresuró á satisfacer su curiosidad.

«Era una joven — les dijo — que tenía la costumbre de comer muchas cosas buenas el día de su santo, y por



EL PRESIDENTE LINCOLN EN EL DEPARTAMENTO TELEGRÁFICO DE LA GUERRA ESCRIBIENDO EL PRIMER BORRADOR DE LA PROCLAMACIÓN DE LA EMANCIPACIÓN

postre se atracaba de pasas; pero tantas comió un día, que le hicieron daño, y su familia se asustó al verla arrojar y llamó al médico. Al reparar el doctor en los granitos negros que había en el suelo, tranquilizó á sus padres diciéndoles que no tuvieran cuidado por-


Head Quarters Armies of the United States,
City Point, April 3. 5 P.M. 1865

Hon. Sec. of War
Washington, DC.
Yours received. Thanks for your caution; but I have already been to Petersburg, staid with Gen. Grant an hour & a half and returned here. It is certain now that Richmond is in our hands, and I think I will go there to-morrow. I will take care of myself.
A. Lincoln

Facsímile de un despacho de Lincoln

que había dado «abajo con las pasas;» por eso yo, cuando entro aquí, digo lo mismo, porque leo todos los telegramas del montón, hasta dar con el del día anterior.»

Un día entró acompañado de su secretario Seward y preguntó á los oficiales qué clase de noticias había, á lo que se le contestó que «había buenas noticias,» porque no se había recibido ninguna.

«Eso sí que no se puede tomar siempre, señores, como regla aceptable y buena, porque el pescador no

considerará que la cosa marcha bien si el pez no muerde el anzuelo.»

La exclamación usual de Lincoln era decir «By jings!,» y al preguntarle un día los oficiales de Estado mayor del departamento de Guerra que dónde había aprendido aquella expresión tan poco elegante, les dijo que dispensaran que jurase delante de ellos, porque aunque aquella palabra no significaba nada, recordaba que su madre le había dicho siendo muchacho que toda palabra que principiaba con *by* era un juramento. El único juramento que se le oyó fué al recibir un telegrama de Burnside, que hacía una semana se le había ordenado que fuera inmediatamente en auxilio de Rosecrans, que se hallaba en Chattanooga; pero Burnside telegrafió desde Jonesboro que estaba muy lejos, y cuando Lincoln vió este telegrama, dijo: «Maldita sea Jonesboro.»

CAPÍTULO XI

LINCOLN EN LA CASA BLANCA

Durante la presidencia de Lincoln no hubo en la Casa Blanca muchas reuniones ó saraos; y lo único que hacía era dar unos cuantos banquetes cada año, que eran necesarios por la posición oficial que ocupaba.

También hubo algunas recepciones públicas con objeto de satisfacer la curiosidad de los habitantes de Wáshington y de otros puntos de la Unión, que deseaban conocerlo. Y se dió un baile, que los enemigos y la prensa religiosa criticaron mucho, porque se había emprendido ya la guerra, y decían que mientras que en la Casa Blanca se divertían caían los soldados en el campo de batalla.

Pero el público no quería comprender que estas fiestas se celebraban la mayor parte de las veces con motivo de la recepción de los diplomáticos ó embajadores extranjeros, y lo mismo el presidente que su señora procuraban que durasen el menor tiempo posible.

La guerra y la muerte de su hijo Guillermo traían

á Lincoln demasiado preocupado y afligido para pensar en recepciones y fiestas; pero algunas veces asistía al teatro cuando había una buena compañía en Wáshington, porque el drama y la comedia le gustaban muchísimo, y particularmente las de Shakespeare, que no dejaba perder una cuando sus ocupaciones no se lo impedían.

En el estudio encontraba también mucha distracción, porque desde que fué dependiente de comercio en Nueva Salem, se había aficionado mucho á él.

De Shakespeare tenía formado su concepto particular, y cuando llegaba á la capital algún actor distinguido le gustaba discutir con él sobre las obras del gran dramaturgo inglés.

La lectura de unos cuantos poetas dramáticos escogidos, así como la de buenos prosistas y el ver algunas funciones de teatro, eran sus principales diversiones, porque los juegos y demás deportes no le llamaban mucho la atención; aunque tuvo una temporada, sin embargo, que se distraía algunos ratos jugando á la pelota con sus hijos. A su señora, en cambio, le gustaban las reuniones de sociedad, pero él se escabullía siempre que veía una oportunidad para hacerlo.

Era tan amante de su familia, que no sabía dar un paso sin que le acompañara alguno de sus hijos; y cuando murió Guillermo, que era mayor que el travieso Tad, anduvo algunos días algo atontado, y á un general muy amigo le dijo en una ocasión:

«¿No le ha ocurrido á usted alguna vez que sin

darse cuenta se ha puesto á hablar con un muerto? A mí me pasa ahora que desde que murió mi hijo Guillermo me pongo involuntariamente á hablar con él como si estuviera á mi lado.»

Montaba muy bien á caballo, y muchas tardes daba un paseo hasta los cuarteles y campamento que estaban algo retirados de la capital; pero como era muy alto y no se quitaba nunca la chistera y el ancho levitón, no hacía muy buena figura; al contrario, hacía reir hasta á las personas que más le querían.

Este hombre excepcional trabajaba como un desesperado, y no tenía otras distracciones que las indicadas anteriormente, bebía poco, no fumaba nunca, y un día que ya no podía con su alma de tan cansado como estaba, levantó la cabeza de su escritorio y le dijo á su secretario particular:

«Quisiera yo ver por aquí á Jorge Wáshington ó alguno de los antiguos patriotas, para que ocuparan mi puesto durante algún tiempo, y así podría descansar un poco.»

Pero en esto no tenía razón, porque si trabajaba tantas horas al día era por no querer seguir los consejos de sus secretarios, que podían haberle ayudado mucho; pero parecía que no quedaba muy satisfecho de lo que los otros hacían, y todo lo quería hacer él y había de pasar todo por sus manos.

Era tan genuinamente demócrata por sentimientos, que escuchaba y atendía hasta á la persona más humilde que se presentase en la Casa Blanca solicitando

hablar con él, sin importarle nada las consideraciones de su posición social. Un día que estaba el recibidor atestado de gente que deseaba hablar con él, y que ya hacía dos horas que escuchaba con paciencia á los que habían llegado antes, le dijo un amigo:

— Señor presidente, ya está usted cansado, diga usted que no puede recibir hoy á nadie más y descanse un poco, que toda esa gente no viene más que á marear á usted y ninguno tiene que decirle ninguna cosa importante.

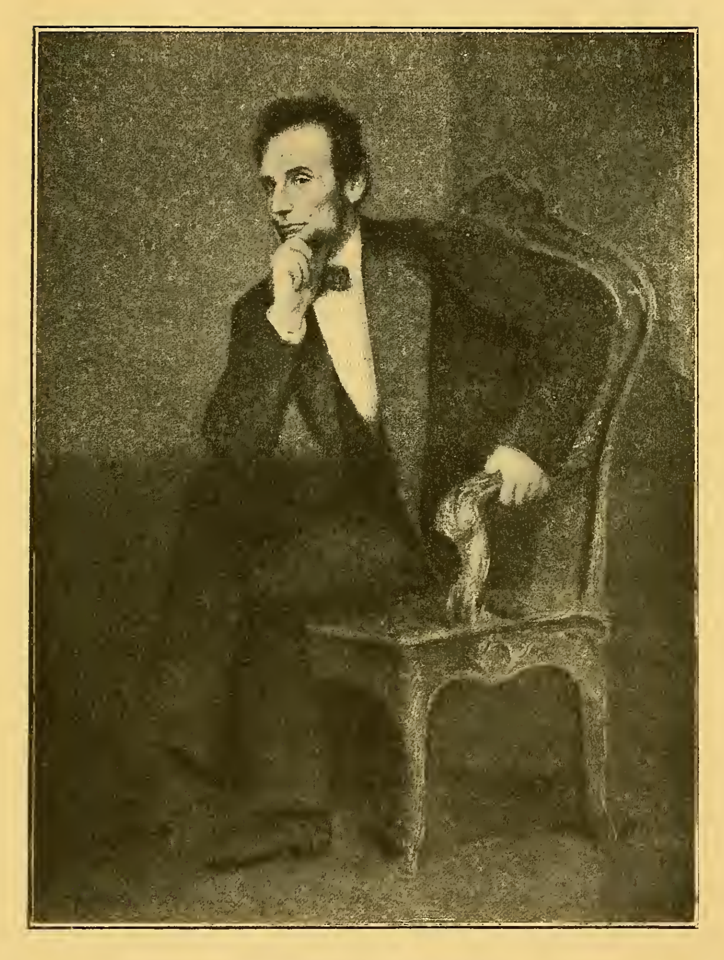
— Deje usted — contestó Lincoln; — ya que estamos puestos, concluiremos con todos los que están esperando ahí fuera. Cada cual cree que sus asuntos son de mucha importancia; comprendo lo que me pasaría á mí de hallarme en el lugar de ellos.

Y en medio de todo este trabajo excesivo, de los disgustos de la sangrienta guerra civil y de tener que contestar personalmente, porque él quería, á los miles y miles que acudían de todas partes de la Unión solicitando empleos, tenía de vez en cuando buenas ocurrencias.

En 1861 se vió atacado de la viruela loca, y le dijo un día al portero de cámara:

«Diga usted á todos esos que vienen diariamente á solicitar un destino, que ahora ya les puedo dar algo.»

Pero aquella cabeza privilegiada lo resistía todo admirablemente, porque era tan sólida como el resto del cuerpo, fuerte como el hierro; comía con buen apetito y rara vez se encontraba indispuesto.



ABRAHAM LINCOLN

Retrato pintado por Healy probablemente en 1871, habiéndose servido el artista de un croquis hecho en City Point antes de 1865

No le gustaban los platos de complicados condimentos, prefería las comidas sencillas, y en todo era moderado, menos en el trabajo.

En la Casa Blanca vivían con él tres de sus secretarios ó ministros, que aunque les daba bastante trabajo procuraba que estuvieran lo más cómodos posible; y cuando ya cansado de trabajar entraba en las habitaciones que ocupaba su señora y sus hijos, aún le quedaba humor para leerles algunos versos de Burns ó algunos chascarillos de Artemas Ward. Y esto es precisamente lo que le salvó; este buen humor suyo y la afición á la lectura de buenos libros, que leía en alta voz á su mujer é hijos, sobre todo las buenas poesías.

A poco de morir su hijo Guillermo le dijo un día á su mujer: «Tenemos que estar más alegres en lo sucesivo, porque con la guerra y la muerte de nuestro hijo hemos llevado tú y yo muy mala pasada.»

Las pocas horas que dormía las pasaba la mayor parte de las noches en horrible pesadilla, y la intranquilidad que se notaba en él en algunos momentos era porque había soñado que el ejército federal había sido derrotado en una batalla, sueño que muchas veces era verdad.

Su señora y sus hijos se hallaban pasando unas semanas de veraneo lejos de Wáshington, y Lincoln le puso varios telegramas; en uno de ellos le decía:

«Conviene que le escondas la pistola á Tad, pues he tenido un ensueño muy malo sobre esto.»

Y poco después le decía en otro:

«Todo marcha por aquí bastante bien, incluso el caballejo y las cabras de Tad.»

Cuando tenía algunas horas tranquilas se recostaba en una silla y disfrutaba lo indecible refiriendo á los amigos las cosas más salientes que le habían pasado durante su vida, mezclando de vez en cuando algún chascarrillo.

En estos momentos se olvidaba de todo, y además de disfrutar él disfrutaban los que le oían, porque Lincoln era poeta por naturaleza, y con su facilidad de palabra embellecía todo lo que refería, porque tenía sentimiento y una apreciación muy elevada de lo bello en la literatura y en la vida real.

Cuando cogía la palabra se entusiasmaba de tal modo que no era posible interrumpirle, pues en cuanto terminaba de referir un cuento ó sucedido principiaba con otro.

Las contestaciones que daba á las comisiones que se presentaban en la Casa Blanca para pedirle que tomara alguna medida sobre algún abuso, no dejaban de tener bastante gracia.

Un día se presentó una comisión de una sociedad de abstinencia diciendo que no era posible que los soldados del Norte salieran victoriosos en la lucha que habían emprendido con los Estados del Sur, porque bebían mucho whisky, y Lincoln les contestó que en eso sí que Dios no sería muy justo, porque los soldados del Sur bebían mucho más que los del Norte.

Otro día refería á unos generales amigos que una gallina que andaba con sus polluelos se quejaba amargamente de que una zorra vieja y muy astuta se los iba diezmando poco á poco, y sin embargo la zorra juraba y perjuraba de que era muy honrada. Al llegar aquí se detuvo y principió á mirar unos papeles, y al ver los generales que no continuaba el cuento, le preguntaron que cuál había sido el resultado de la entrevista de la gallina con la zorra. «Pues que la zorra se corrigió — dijo entonces Lincoln, entornando al mismo tiempo los ojos de un modo muy significativo — y llegó á ser pagador muy respetado del ejército.» Esto lo dijo porque corrían rumores de que el pagador general del ejército no era todo lo honrado que debía ser.

Un comerciante de Massachussetts que había venido por curiosidad á Wáshington, observó el número considerable de personas que esperaban en la Casa Blanca que los recibiera el presidente para pedirle un destino, y entonces pensó que él también podría hablar con él.

Sacó su tarjeta y escribió en ella:

«Ni tengo destino ni deseo tenerlo.»

Le pasaron la tarjeta al presidente, y al ver lo que decía dió un salto en la silla y dijo á sus compañeros: «Un caso raro, señores; que pase en seguida, que ese hombre debe ser una verdadera curiosidad,» y Lincoln habló un ratito con el comerciante porque no venía á buscar nada.

En otra ocasión les decía á unas señoras que habían venido á visitar á la señora Lincoln:

– «Me alegro siempre de ver á ustedes, porque sé que ustedes no necesitan nada.»

Pero una de ellas le contestó que si no deseaban nada, deseaban en cambio que hiciera él algo.

– ¿Qué es ello? – preguntó, y añadió después: – Supongo que será algo que yo pueda hacer.

– Sí, señor; que mande usted suspender la salida del *Chicago Times*, que no hace más que criticar la administración de este gobierno.

– ¡Nada de eso! No podemos disminuir en nada la libertad de la prensa ni la del pueblo.

Un día le presentaron un nuevo fusil de repetición que tenía la particularidad de que impedía por medio de su mecanismo el escape de gases, y después de examinarlo detenidamente dijo:

«Sí, sí; no dudo que esta nueva arma dará el resultado que se desea. Pero díganme ahora si alguno de ustedes ha oído hablar de alguna máquina ó nuevo invento que impida el escape de gases de las redacciones de los periódicos.»

Lincoln sentía gran respeto por la prensa periodística, pero había días que estaba muy contrariado por lo que leía en los periódicos de mayor circulación acerca de su administración y de la guerra.

Un amigo le aconsejaba un día que publicara en algún periódico los hechos tal como eran, y así podría ver el público lo que había de verdad.

«Sí – contestó Lincoln; – todos los periódicos publicarían mi carta, y la comentarían y cambiarían tanto, que á las pocas semanas acabaría yo mismo por no saber lo que había dicho.

»Es imposible poder disputar con los periódicos; lo único que podía hacer un gobierno que quisiera contestar á las acusaciones de la prensa era fundar un periódico importante, y de este modo ya sería otra cosa.»

Un día se presentó en su despacho una señora muy guapa, pidiendo que pusieran en libertad á un pariente suyo militar, que le habían hecho una gran injusticia con formarle sumaria; y al insistir sobre esto, no hacía más que llamar la atención del presidente sobre sus atractivos.

La escuchó con mucha atención y le entregó una tarjeta en sobre cerrado para el ministro de la Guerra, en la que le decía:

«Esa mujer, querido Stanton, es mucho más elegante de lo que parece.»

En otra ocasión se presentó otra con una carta de recomendación de un amigo del presidente para que la atendiese.

Esta señora decía que tenía dos hijos que deseaban trabajar, y no tenían en qué. Lincoln le entregó una nota para uno de sus secretarios en la que decía:

«La señora, portadora de la presente, dice que tiene dos hijos que desean trabajar. Haga usted lo posible por proporcionarles trabajo inmediatamente; eso

de desear trabajar es un mérito muy raro que conviene estimular.»

Lincoln se levantaba muy temprano, tomaba un desayuno muy ligero, y á las ocho ya estaba sentado á la mesa de su escritorio.

A las diez principiaba á recibir visitas, pero antes de esta hora ya estaban los corredores de la Casa Blanca atestados de gente que esperaban con impaciencia que les tocara la vez para entrar.

Algunos días mandaba abrir las puertas de par en par, y entraba la multitud en el salón apelotonada, y los iba después recibiendo uno á uno. Había persona que había recorrido en tren muchas millas sólo por tener el gusto de dar la mano al presidente Lincoln; pero la mayor parte de ellos venían para pedirle algo, protección, empleo, trabajo, ó para presentarle un nuevo invento.

Uno de los visitantes exclamó un día:

— Todos los de mi país tenemos puesta la confianza en Dios y en Abraham Lincoln.

A lo que contestó el presidente:

— Tiene usted, amigo mío, más de la mitad de la razón.

Muchas noches, cuando se quedaba solo con tres ó cuatro amigos de confianza, cogía un libro de poesías y leía en alta voz; Shakespeare y Burns eran sus poetas favoritos, aunque leía también con mucho gusto las obras de Tomás Hood, y muchas veces se metía en la cama con un tomo de este escritor en la mano,

y se levantaba á media noche en ropas menores y se iba en busca de su secretario particular para leerle algún párrafo de los que más le llamaban la atención, para lo cual tenía que atravesar corredores que eran interminables por lo largos.

En una ocasión se presentaron unos conocidos de Springfield y le dijeron que había muerto un político que conocía él, hombre sumamente vanidoso que le gustaba mucho que lo alabaran, y Lincoln les contestó con mucha gracia:

«Si hubiera sabido Jim que al morir le iban á hacer esos grandes funerales, se hubiera muerto mucho antes.»

Un día se presentó un anciano llorando, y le dijo que su único hijo, que estaba en la guerra, había cometido una falta muy grave y lo iban á fusilar. Lincoln al ver llorar al pobre viejo le dijo:

– Lo siento muchísimo; pero he perdonado ya á tantos, que los generales están furiosos conmigo. Aquí tengo precisamente un telegrama del general Butler que recibí ayer y se lo voy á leer á usted: «Suplico á usted, señor presidente, que no intervenga en estos asuntos de los consejos de guerra, porque va usted á destruir la disciplina militar.»

Se quedó Lincoln mirando al pobre anciano, y exclamó de pronto:

– Pero ¡qué diantre!, con Butler ó sin Butler todo marchará.

Escribió unas cuantas palabras en un papel que

decían: «Hasta no recibir mi aprobación, que no fusilen al soldado Jorge Smith.»

Se las enseñó al anciano, y éste se apresuró á contestar al presidente:

– Yo creí que lo perdonaba usted desde ahora; de este modo puede usted decirle muy bien al general que lo fusilen la semana entrante.

Lincoln se sonrió y le dijo entonces:

– Veo, buen hombre, que no me conoce usted. Si su hijo no se muere hasta que yo diga que lo maten, me parece que vivirá más que Matusalén.

Otra vez se presentaron unos clérigos pidiendo también el perdón de un soldado que iban á fusilar por haber desertado.

– Yo creo – contestó Lincoln – que no le harán ningún favor con fusilarlo.

Y concedió el indulto.

Los inventores, que acudían diariamente á docenas á la Casa Blanca, le mareaban también por otro lado; pero ninguno se iba sin que Lincoln no examinara detenidamente su invento; y cuando se trataba de cañones y torpedos, iba al campo de instrucción, acompañado de algunos oficiales de artillería y estado mayor, para presenciar los experimentos, y con su gran penetración y buen golpe de vista los dejaba muchas veces asombrados haciéndoles algunas preguntas sobre el cambio de tal ó cual pieza del mecanismo.

En la Casa Blanca había ahora muy poca alegría, porque el presidente no pensaba más que en trabajar

y atender á todo el mundo; y fuera de las recepciones oficiales no se veía allí otras diversiones que las infantiles de sus dos hijos menores, Guillermo y Tomás, que tenían ocho y diez años respectivamente, porque Roberto, que era el mayor, estaba en la Universidad de Harvard.

Guillermo era muy listo y tenía mucha disposición para el dibujo; era un muchacho que prometía mucho, y á su edad ya había trazado el plano de un ferrocarril de Chicago á Nueva York con bastante precisión. Andaba siempre por aquellos largos corredores y se hacía amigo de los que venían en busca de algún empleo, que no había ser humano que pudiera echarlos de allí y acudían de todas partes de la Unión á centenares. Escribió también algunos versos que publicaron los periódicos; pero después principió á enfermar por el mucho estudio, y murió el mes de febrero de 1862.

La muerte de este niño afectó muchísimo á Lincoln, pero sufrió el golpe con resignación y siguió trabajando como antes.

El Tomás ó Tad, como le llamaban, era más revoltoso que su hermano, pero tan apegado á su padre, que no lo dejaba un momento en paz, y se metía en su despacho aunque estuviera hablando con algún embajador ó persona importante del país.

A los individuos de una comisión que se presentaron un día quejándose de ciertos actos relacionados con la administración del gobierno, les contestó:

«Supongan ustedes, señores, que toda la propiedad

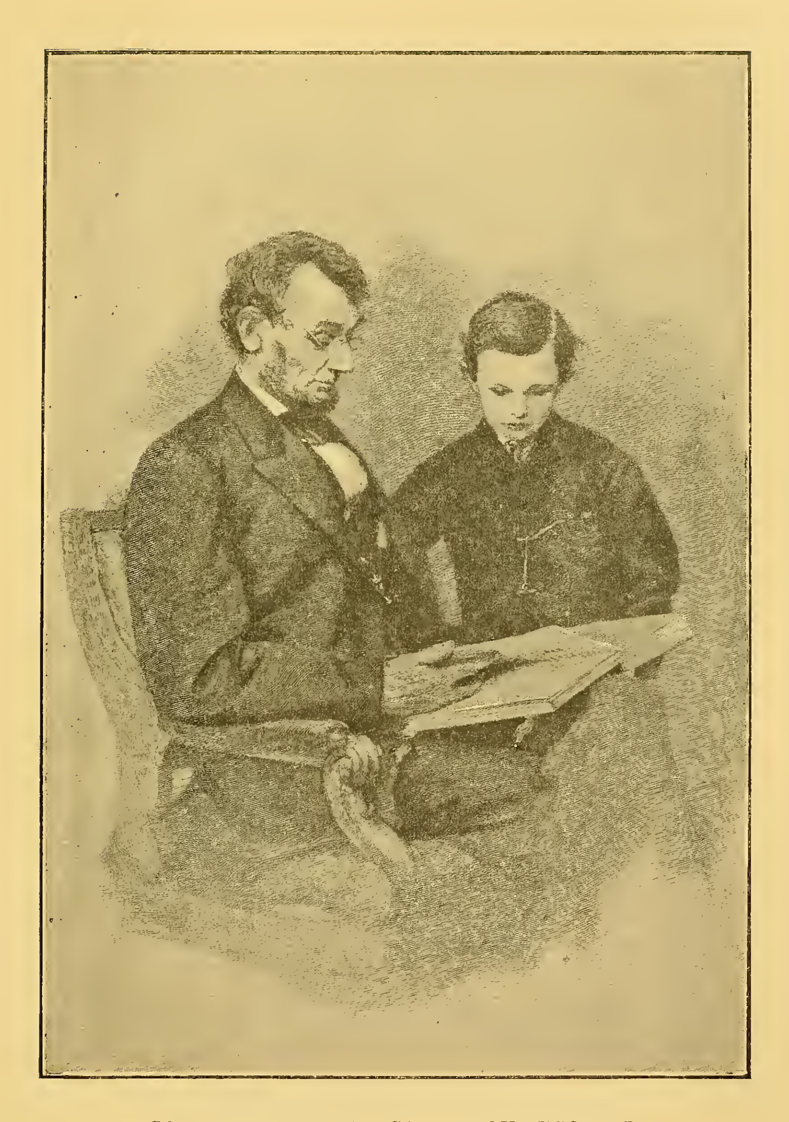
que tienen ustedes consistiese en oro, y que la hubieran puesto ustedes en manos de Blondin para que la pasara por la maroma al otro lado del Niágara; ¿moverían ustedes la maroma y le gritarían á Blondin, diciéndole: «Ponte más derecho, anda más de prisa, inclínate á la izquierda, ahora un poco más al Norte y un poco más hacia el Sur?» Claro que no, aguantarían ustedes el resuello y tendrían las lenguas muy quedas hasta que vieran ustedes que se hallaba en salvo. El gobierno lleva una carga enorme. En nuestras manos llevamos un tesoro inexplicable. Hacemos todo cuanto podemos por conducirlo bien. Cállense ustedes, no nos mareen, y verán como lo pasamos al otro lado sin dificultad de ninguna clase.»

Lincoln sabía ponerse muy serio con los que venían á pedirle alguna cosa, cuando comprendía que era preciso.

Un oficial del ejército le decía un día, demostrando gran indignación, que el general Sherman era un tirano, un bárbaro que no sabía mandar á la tropa.

Lincoln le estuvo escuchando con mucha atención y esperó que desahogara su rabia, y entonces le preguntó si tenía algún resentimiento personal con el general Sherman, y el oficial le dijo que le había reprendido de mala manera por una falta, y le había amenazado con mandarlo fusilar si se volvía á repetir.

«Si yo me encontrara en el lugar de usted — le dijo el presidente en voz baja como si le comunicase algún secreto, — procuraría no volver á incurrir en esa falta,



EL PRESIDENTE LINCOLN Y SU HIJO TAD

porque Sherman es muy capaz de hacer lo que le ha dicho.»

El Sr. Nicolay le presentó á Lincoln un día un telegrama de Filadelfia, en el que decían que habían arrestado á un individuo que quería cobrar quinientos dólares con la firma de Lincoln.

– Yo no he firmado ninguna letra, y aunque la hubiera firmado — añadió sonriéndose, – no creo que nadie pudiera convertirla en dinero.

El Sr. Nicolay se quedó un momento reflexionando, y dijo entonces:

– ¿No recuerda usted, señor presidente, que se presentó aquí hace algunos días un individuo, y le suplicó á usted que le diera su firma? Se la puso usted en media hoja de papel de cartas. Este tunante ha extendido seguramente la petición sobre este papel por encima de la firma, con intención de engañar á algún comerciante.

– ¡Tiene usted razón! – contestó el presidente. – Ahora comprendo la jugada.

– ¿Qué le parece á usted que hagamos con este individuo? – le preguntó el Sr. Nicolay.

– Lo mejor será – contestó Lincoln – que se siente en el banco de las ampollas.

El juez E. Delafield Smith, del distrito del Sur de Nueva York, le presentó la causa de un tal Guillermo Gordon, tratante en esclavos. Como estaba convicto y confeso de haber faltado á las leyes del país, fué condenado á la horca, y el juez Smith fué expresamen-

te á Wáshington á suplicarle á Lincoln que firmara la sentencia para que sirviera de ejemplo y terminar el tráfico de negros.

El presidente estaba con la pluma en la mano y se veía que sufría interiormente lo indecible por tener que firmar aquel documento, y al ver su indecisión volvió á argumentar el juez Smith diciendo que de aquella manera era imposible acabar con el tráfico de negros.

«Es muy duro, señor Smith, privar á un ser humano de la vida, sabiendo que de un plumazo puede uno salvarle.»

A Gordon lo ejecutaron en Nueva York.

Durante la contienda con el Sur se trabajaba en el departamento ó ministerio de la Guerra toda la noche, y Lincoln tenía la costumbre de ir todas las noches desde la Casa Blanca á dicho departamento á eso de las once.

Como era tan alto y llevaba aquel sombrero tan viejo, llamaba la atención de todo el mundo, y Stanton había encargado al capitán Knight que aunque el presidente viniera solo, tenía que acompañarle al regreso con un piquete de soldados.

Al salir una noche que llovía mucho del departamento de Guerra, le dijo al capitán Knight:

— No se molesten ustedes; yo llevo aquí mi buen paraguas, y en cuatro zancadas me pongo en casa, y no hay necesidad de que se mojen los muchachos.

— Señor presidente — contestó el capitán Knight, —

si me tiene encargado el Sr. Stanton que no le deje á usted volver solo, y ya sabe usted que no puedo desobedecer sus órdenes.

– No – contestó Lincoln; – desobedecerle de ningún modo, porque si se entera de que me ha dejado usted marchar solo es muy capaz de formarle causa y lo fusilaría antes de veinticuatro horas.

La opinión general del pueblo del Norte era que se debía ahorcar á todos los cabecillas rebeldes que estaban presos, por ser los causantes de la sangrienta guerra que habían tenido, y varios de los miembros del gobierno opinaban lo mismo; pero Lincoln exclamó cuando se lo propusieron:

«¡Echadlos del país! – y al decir esto, hizo un movimiento con los brazos como si estuviera espantando á las ovejas. – ¡Fuera con ellos!; bastantes vidas se han sacrificado ya; que se extingan de una vez nuestros resentimientos, y procuremos que haya paz y armonía en la Unión.»

Ward Lamon, mariscal y antiguo amigo del presidente, le presentó á la firma el indulto de un soldado veterano que por una falta muy grave tenía que haber sido fusilado, y al firmar el indulto se volvió á Lamon y le dijo:

– Lamon, ¿sabe usted cómo los patagones se comen las ostras?

– No, señor presidente – contestó aquél.

– Pues las abren con toda la precipitación que pue-

den, y tiran las conchas por la ventana de su choza, y cuando se ha formado un montón tan grande como su vivienda, levantan las estacas y se van á otro lado á formar otro. Pues yo voy á hacer ahora lo mismo con los indultos, Lamon; no sé por qué me parece que voy á formar pronto un nuevo montón con todos los que firme desde hoy.

Aquel fué el último que firmó y la última anécdota que contó.

CAPITULO XII

EL ASESINATO DE ABRAHAM LINCOLN

Hacía seis semanas que Lincoln había jurado por segunda vez el cargo de presidente, cuando la bala de un asesino terminó su brillante carrera.

Había visto casi el término de aquella lucha gigantesca, á la cual sirvió de pretexto su primera elección; pero aún faltaba vencer muchas dificultades, y por eso andaba siempre preocupado; sus toscas facciones no se animaban ya como antes con alguna sonrisa; las líneas de su rostro eran mucho más profundas que algunos años antes; una sombra de tristeza comunicaba cierta sublimidad á su fisonomía.

Acababa Lincoln de volver de Richmond, y durante el día se había ocupado de los asuntos de mayor urgencia, reuniendo á su gabinete, para tratar sobre todo de la cuestión del Sur.

Lincoln esperaba que terminase pronto la guerra, y que todos los individuos de la gran familia se volvieran á unir como antes.

Durante la sesión observaron todos que el presidente estaba muy intranquilo, y les pareció notar en

él algo extraño que no acertaban á explicarse. En vez de referir alguna anécdota chistosa, como tenía por costumbre, guardaba silencio á intervalos, y con la cabeza baja quedaba sumido en la más profunda meditación.

Le preguntaron los amigos si no se encontraba bien, y dijo que no, pero que presentía algún suceso extraordinario dentro de muy poco tiempo.

El procurador general Sr. Bates, que se hallaba en la cámara, le preguntó si sucedería algo bueno ó malo, y Lincoln se limitó á contestar:

– No lo sé, no lo sé; pero os aseguro que ocurrirá algo, y que será muy pronto.

Al oir sus palabras, le preguntó otro individuo del gabinete si había recibido por casualidad alguna noticia que no les había participado.

– No – contestó Lincoln, – no he recibido nada; si hablo así es porque he tenido un ensueño que me entristece mucho, porque con pequeñas variaciones se ha repetido otra vez. Yo sueño mucho; antes de la batalla de Bull Run tuve un ensueño muy malo; después tuve otro, y al poco sufrieron nuestras tropas un gran descalabro, y ahora...

– Acabe usted – dijo el procurador al ver que Lincoln guardaba silencio.

– He soñado – contestó el presidente sin levantar la cabeza – que me hallaba en una barca en un río muy ancho é impetuoso, y que de pronto la arrastró la corriente con tal fuerza, que no la pude contener; poco

después principió á hundirse mi embarcación, y entonces me desperté; pero dejemos esto, señores, y prosigamos nuestro trabajo.

Lincoln y los demás miembros del gobierno habían recibido durante la guerra muchas cartas anónimas del partido del Sur, en las que les amenazaban con la muerte; y mientras duró la lucha, las vidas de Lincoln y sus colegas estuvieron siempre en peligro, pues se ha de tener presente que algunos confederados, no sólo se hicieron culpables durante la guerra de muchos actos que se podrían calificar de bárbaros é inhumanos, sino que, según dijo un cronista de aquella época, llegóse hasta el punto de que uno de los diarios del Sur ofreciese una recompensa al que diese muerte á Abraham Lincoln, al Vicepresidente y al secretario de Estado Seward.

Lincoln sabía muy bien el peligro que corría su vida; y en una ocasión, al hablar de las cartas amenazadoras que había recibido, dijo que las iba archivando por ser muy interesantes.

Sin embargo, como la guerra había concluído, todos los del gobierno creían que ya se habrían templado las animosidades, en vista de las consideraciones del Norte con el Sur, y que no había ninguna clase de peligro; pero en los corazones de algunos hombres desesperados predominaba todavía el espíritu de rebelión, y el hecho de haber triunfado al fin el Norte excitaba su deseo de venganza.

Sea como fuere, el presidente, deseoso de distraer-

se un poco de sus penosos trabajos, y para complacer á su señora y varios amigos, se decidió á ir al teatro Ford la noche del 14 de abril, juntamente con el general Grant, pues se había anunciado públicamente que irían los dos á presidir la función; pero el último no pudo asistir después por tener que despachar ciertos asuntos del servicio, y el presidente se dirigió entonces al teatro á eso de las ocho, acompañado de su señora y de dos amigos, y fué á ocupar el palco que se le tenía preparado de antemano. A eso de las diez y media, en el momento en que se iba á dar principio al tercer acto y cuando todo el mundo fijaba su atención en la escena, penetró en el vestíbulo del palco, sin ser visto, un joven de buena presencia, llamado Juan Wilkes Booth, natural de Baltimore, conocido como actor é hijo del eminente trágico inglés Junio Bruto Booth, y aprovechándose de esa libertad que tienen todos los cómicos en los teatros, entró en el palco del presidente, que en aquel momento fijaba su vista en el escenario, y le pegó un tiro á boca de jarro con la pistola que llevaba preparada. Lincoln, que quedó mortalmente herido, se inclinó sobre la barandilla del palco, cerró los ojos y no exhaló una sola queja, muriendo al día siguiente.

La herida, como decimos, era mortal, porque la bala del asesino entró por la oreja izquierda, penetrando hasta la cavidad del ojo derecho. Al oir la detonación, todas las miradas se dirigieron al palco: el mayor Rathbone, el único hombre que estaba con el presi-

dente, vió al través del humo de la pólvora á un desconocido que estaba á pocos pasos de Lincoln, y abalánzandose sobre él trató de sujetarlo; pero Booth arrojó la pistola y le dió una puñalada en el brazo izquierdo con una daga que llevaba escondida, y saltó del palco gritando: *¡El Sur está vengado!* Se metió por el escenario, y salió por una puerta excusada del teatro, subiendo en un caballo que tenía un muchacho de la brida, y escapó en dirección al puente de Anacosta, que conduce fuera de Wáshington, y fué á buscar refugio en la parte Sur de Maryland, entre cuyos habitantes, por lo general partidarios de la esclavitud, esperaba Booth encontrar quien le ocultase por el momento.

Lincoln fué víctima de una conspiración de los rebeldes, este es un hecho probado hasta la evidencia; pero no lo está que los jefes y hombres notables de la Confederación estuviesen complicados en el asesinato, pues se ha demostrado claramente que el mismo Booth fué el alma de aquel monstruoso complot y el único que concibió la idea de llevar á cabo el horrible crimen.

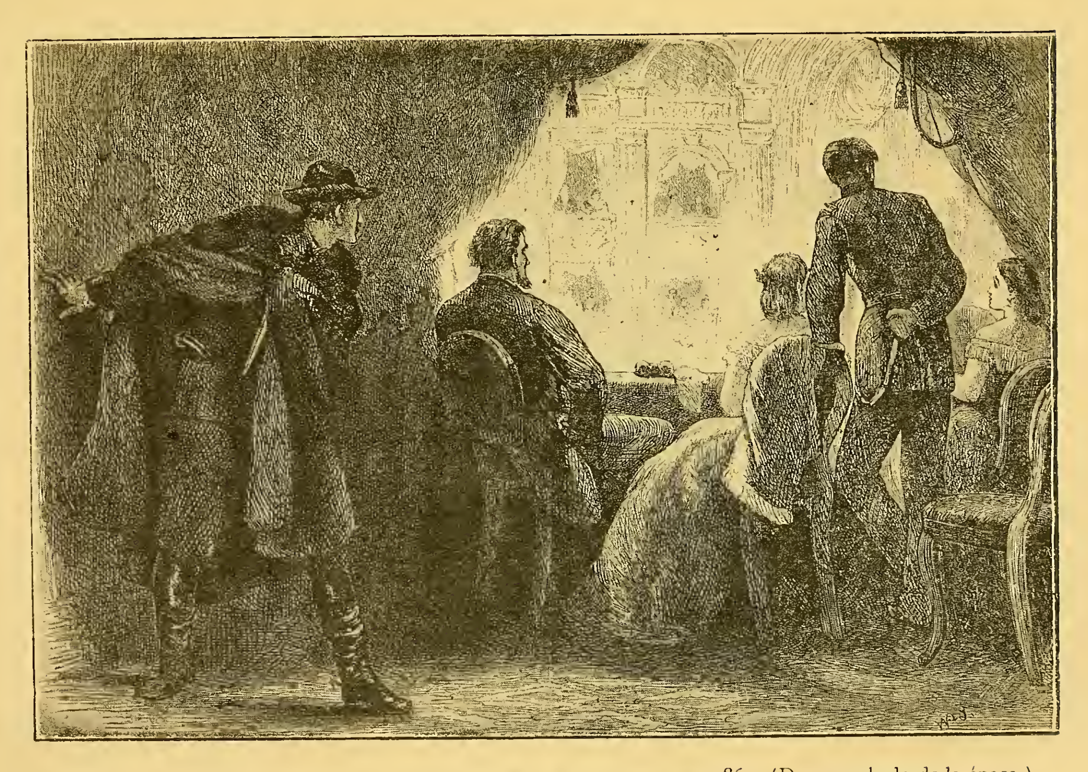
Booth era un joven libertino y mal educado, uno de esos jóvenes que infestan nuestras grandes ciudades, y que creyéndose con derecho á un título de nobleza se dejan dominar por ciertas tendencias aristocráticas é ideas exageradas, hasta el punto de creer que emancipar á los esclavos reconociéndoles los mismos derechos que á los blancos, es una traición y un

crimen que merecen el más severo castigo. Por lo demás, no resultó de la causa la menor prueba de que Booth ó alguno de sus compañeros tuviesen ningún motivo de resentimiento contra Lincoln, ni que éste hubiese ofendido en lo más mínimo á sus implacables enemigos; por lo visto, el único crimen del presidente consistía en ser el jefe del partido que combatía la esclavitud.

Casi en el mismo momento en que Booth entraba en el teatro, un desconocido, llamado, según se supo después, Lewis Payne Powell, hijo de un sacerdote de Florida, se presentaba en la casa del secretario Seward, que se hallaba en cama herido de gravedad á consecuencia de una caída de su carruaje, cuyos caballos se habían desbocado pocos días antes.

El portero trató de oponerse á que subiera el desconocido, quien dijo que iba á ver al Sr. Seward de parte del doctor Verdi; pero Payne se lanzó escalera arriba, llegó á la puerta de la habitación, y al ver que un joven, que era el hijo del secretario, trataba de impedirle la entrada, sacó una pistola, y con la culata le dió dos ó tres golpes á su adversario, que cayó á sus pies sin sentido.

Al oir aquel ruido salió inmediatamente de su cuarto la hija del Sr. Seward; pero el asesino, sin detenerse un momento, se acercó á la cama, y con un cuchillo hirió dos ó tres veces al secretario, quien conociendo instintivamente que trataban de asesinarle, se incor-



ASESINATO DE LINCOLN EN EL TEATRO FORD EN 14 DE ABRIL DE 1865 (De un grabado de la época.)

poró para oponer la mayor resistencia posible, si bien no podía ser mucha, porque tenía un brazo roto y la mandíbula fracturada á consecuencia de la caída. Las heridas que el asesino infirió á su víctima en el rostro eran graves, pero no mortales; y antes de que tuviera tiempo de asestarle un cuarto golpe, un inválido llamado Robinson, que hacía las veces de enfermero, detuvo el brazo del asesino, aunque no sin que éste le hiriera también con su cuchillo.

La hija del Sr. Seward se había asomado á la ventana pidiendo auxilio con voz angustiosa, y entonces Payne, conociendo que los momentos eran preciosos, hizo un gran esfuerzo para librarse de Robinson, que le tenía sujeto, y pudo tomar la escalera.

En aquel momento subía precipitadamente el mayor Augusto Seward, otro hijo del secretario; y al querer cerrar el paso á Payne, le hirió éste con su daga; el Sr. Hamell, que venía detrás y que también quiso detenerle, sufrió la misma suerte, y de este modo pudo llegar el asesino á la calle, montó en el caballo que había dejado á la puerta y desapareció á los pocos instantes.

El crimen de Booth no quedó impune: desde Maryland, donde trató de ocultarse primeramente, huyó á Virginia, y se refugió en un lugar llamado Bowling Green, en el condado de la Carolina; pero el 26 de abril le alcanzó allí un piquete de caballería que iba en su persecución. Le acompañaba un tal Harrold,

complicado en la conspiración, y no pudiendo seguir adelante ninguno de los dos, se escondieron en una granja, donde los cogieron.

Las honras fúnebres del desgraciado Lincoln, tan querido de todos los ciudadanos, y á quien un asesino había privado de la existencia precisamente en el momento en que el triunfo venía á coronar sus esfuerzos, y la causa formada á Payne y á varios de sus cómplices por el consejo de guerra, que los condenó á la horca, son asuntos muy conocidos de todo el mundo, por lo cual los pasamos en silencio.

Lo que no dejaremos de consignar es que el asesinato de Lincoln levantó un grito de indignación en todo el país, porque todos sabían muy bien que su querido presidente era un hombre severo, sí, pero de reconocida rectitud y de nobles sentimientos.

Desde un principio se mantuvo inflexible con los partidarios de la rebelión; pero estaba resuelto á mostrarse magnánimo con ellos tan pronto como se hubiese restablecido la autoridad nacional, y así lo dió á entender en su manifiesto que leyó dos días antes de su muerte. Como era natural, el crimen de Booth excitó un ardiente deseo de venganza, fácil de comprender, y muy pronto quedó satisfecha la vindicta pública.

El espantoso crimen produjo honda sensación en Inglaterra, donde los críticos de Lincoln comprendieron al fin que no habían sido justos en sus apreciaciones respecto al malogrado presidente; que no habían

reconocido sus nobles cualidades y sus virtudes, y que sus errores, muchos de los cuales fueron inevitables en las difíciles circunstancias por que atravesaba, se habían censurado con demasiada severidad. Su sagacidad y energía, su celo en el cumplimiento de los deberes que le estaban encomendados y su magnanimidad en medio de las violentas pasiones que experimentaban los ánimos, eran propios de un grande hombre y debían apreciarse en su verdadero valor. Hasta la misma reina escribió de su puño y letra una carta á la viuda de Lincoln, dándole el pésame por la pérdida que acababa de sufrir. Un testigo ocular, refiriéndose al efecto que produjo en Wáshington la trágica muerte de Lincoln, se expresaba de este modo:

«Todo era consternación y lamentos; sobre toda la ciudad parecía haberse extendido un velo fúnebre, y nunca se había manifestado tan públicamente el sentimiento del dolor; algunos hombres lloraban, corriendo de un punto á otro, como si hubieran perdido algún pariente, y las mujeres, con sus niños en brazos, sollozaban á las puertas de sus casas. Por común simpatía todas las familias pusieron en los balcones de sus casas colgaduras negras; lo mismo se hizo en los edificios públicos, cubriéndose en un momento toda la ciudad.»

En los primeros momentos ocurrió un incidente conmovedor: el Sr. Seward, que como hemos dicho estaba en cama herido á consecuencia de su caída del

carruaje, no tenía aún noticia de la desgracia que acababa de sembrar el luto en todas partes, pues los médicos creyeron que estaba demasiado débil para resistir la impresión que le hubiera producido. Al día siguiente, que era fiesta, quiso que colocasen su cama de modo que pudiera ver las copas de los árboles de un parque que había enfrente y que comenzaban á vestirse de follaje de la primavera. De pronto se fijó su vista en la bandera nacional, que estaba á media asta en un edificio público, y después de contemplarla algunos momentos, volvióse á su criado y le dijo: «¡El presidente ha muerto!» El fiel servidor quiso negar; pero el secretario de Estado, que no podía engañarse añadió:

«Si el presidente estuviese vivo, habría sido el primero en venir á verme; pero no ha estado aquí, ni tampoco ha enviado á preguntar cómo sigo. Además, la bandera está á media asta, y conozco que no me engaño.»

Pronunciadas estas palabras, corrieron las lágrimas por las mejillas del Sr. Seward y guardó profundo silencio.

En cuanto á los negros, que consideraban á Lincoln como á su padre, fácil es comprender cuál no sería su desesperación.

Algunos habían manifestado el deseo de que los restos mortales de Lincoln fueran enterrados en Wáshington; pero como el pueblo de Illinois reclamó con mucha insistencia el derecho de darles sepultura, se

atendió á su petición. En su consecuencia, después de efectuarse las debidas ceremonias, en un día consagrado en todo el país al servicio religioso en honor del ilustre finado, condujeron el cadáver en un tren especial con pompa fúnebre al Estado de Illinois.



Panteón de Abraham Lincoln

Y allí, en uno de los cementerios de Springfield, cerca del lugar donde Abraham Lincoln pasó los días más felices de su vida, donde alcanzó sus primeros triunfos y donde habitaban los que mejor le conocieron y amaron, hay un panteón solitario, al que dan sombra los melancólicos sauces y donde descansan los restos del virtuoso y esclarecido ciudadano, cuyo recuerdo venerarán siempre las futuras generaciones.

Con motivo del centenario de Lincoln, celebrado hace pocas semanas en Inglaterra y Estados Unidos

de América, se han publicado en las principales revistas de dichos países varios artículos sobre el asesinato del humanitario y bondadoso presidente, por los que se han sabido varias cosas que hasta ahora no se habían escrito en ningún libro.

Sabemos ahora que el asesino tenía un hermano que se llamaba Edwin Booth, distinguido actor que se hallaba en Boston cuando ocurrió el asesinato. Su criado entró corriendo en la alcoba á la mañana siguiente muy temprano, diciéndole que su hermano había asesinado á Lincoln en el teatro Ford de Wáshington, y el actor se quedó, según confesión suya, como si le hubiesen dado de pronto un fuerte martillazo en la cabeza.

Para el honrado y distinguido actor fué aquel un golpe mortal, que le inutilizó casi por completo moral y físicamente; y llegó á reponerse después de algún tiempo, gracias al cariño que le profesaban varios amigos, que le animaban y consolaban constantemente, diciéndole que él no tenía culpa de que su desgraciado y atolondrado hermano hubiese cometido aquel crimen tan horroroso.

Edwin Booth quería mucho á sus compatriotas del Sur, pero no era separatista; al contrario, había declarado cien veces que era acérrimo unionista y gran admirador de Lincoln. A raíz del asesinato escribió la siguiente carta á su íntimo amigo el general Adan Badeau, en la que se han suprimido algunas palabras al darla á la publicidad:

«Domingo, 16 de abril.

»Mi querido Adán: Desde que la maldita noticia... me entonteció de aquella manera, no había vuelto á coger la pluma para escribir á nadie. Hoy lo hago para escribirte á ti después de tanto tiempo, con objeto de que sepas que aún existo en el mundo. Ya sabes, querido Adán, lo mucho que he trabajado en compañía de María para crearme un nombre que mi hijo y mis buenos amigos hubieran estado orgullosos de él; ya sabes lo que he trabajado para procurar á mi familia un mediano pasar, aunque todo ha resultado en vano, y también sabes lo leal que fuí siempre desde que estalló la maldita rebelión, y ahora sentirás el saber que soy el hombre más desgraciado del mundo, porque todas mis esperanzas han desaparecido para siempre... ¡Qué horrible, amigo mío, será el espectáculo que representaré yo mismo en lo sucesivo!.. ¡Pobre madre mía! Hoy mismo me marcho á Nueva York para ver si la encuentro muerta ó viva. Me he quedado aquí todo ese tiempo, porque así me lo aconsejaban los amigos de Boston, de este público á quien tantos favores debo. Lincoln era mi queridísimo presidente; yo admiraba su brillante carrera y sus cristianos principios; yo hice lo que nunca había querido hacer, ¡voté por él! Hace dos días que me consideraba yo el hombre más feliz de la tierra. La hermosa obra de Grant..., la paz y tranquilidad restablecidas, la alegría por todo el país... ¿Qué soy, desventurado de mí, en este momen-

to? ¡Cómo podía yo imaginarme, amigo mío, que el viernes por la noche cuando exclamaba yo en casa de Sir Eduardo Mortimer: «¿Donde está mi honor? ¡Montañas de vergüenza se amontonan sobre mí!,» estuviera diciendo la verdad en vez de representar! Tengo mucho que contarte de los planes que he formado para lo futuro; pero en este momento estoy como aplastado, y tengo que dejar pasar algún tiempo para ver si se despeja mi cabeza. Conténtate por ahora con estas cuatro líneas, y ten la seguridad que te quiere como siempre tu amigo de corazón,

»VED.»

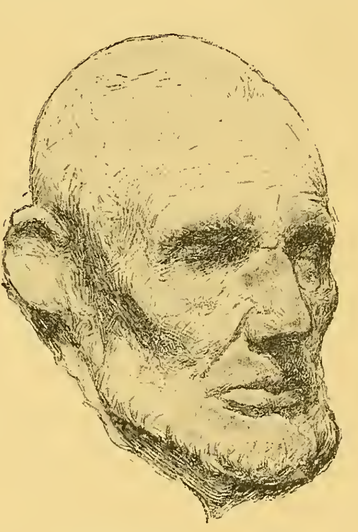
En el bonito libro de cartas coleccionadas de su padre que publicó Edwina Booth Grossman, aparece una de Edwin, fechada el 11 de noviembre de 1860, en la que entre otras cosas dice con gran satisfacción y contento: «El otro día voté (por Lincoln), fué mi primer voto; y supongo que ahora seré ya ciudadano americano completo, como lo fuí siempre de corazón.» En otra carta suya muy posterior decía «que había votado para la reelección de Lincoln.»

En el artículo que escribió en el *Century* de noviembre de 1893 Guillermo Bispham, refiere lo que el mismo Edwin Booth le contó respecto á haber salvado la vida del hijo mayor del presidente al estallar la guerra: «Había tomado Booth el tren en Nueva York para ir á Filadelfia, y se hallaba en la plataforma de un coche en la estación de Jersey City, cuando

en el momento de arrancar el tren vió á un joven que andaba de un coche para otro, hasta que por fin perdió el equilibrio y hubiera caído entre el tren y el andén si Edwin no lo hubiera asido por el cuello del gabán subiéndolo á la plataforma. Edwin no conocía al joven, pero éste se quedó mirándolo y le dijo:

– Muchas gracias, señor Booth, he escapado por milagro.

El general Adán Badeau escribió á Booth dos semanas después diciéndole que estaba enterado de que había salvado la vida á Roberto Lincoln.



Mascarilla de Lincoln
sacada por Clark Mills en febrero de 1865

Al preguntarle recientemente á éste un periodista si recordaba este incidente, contestó que era verdad, pero que había alguna pequeña diferencia en los detalles. «Había (dice) un grupo de pasajeros junto á la plataforma del coche hablando con el conductor del tren, y los rezagados corrían y se empujaban unos á otros, apretándome á mí contra el coche, que esperaba allí que me llegara el turno para subir. En aquel momento arrancó el tren, y yo había metido distraído un pie en el claro que quedaba entre los estribos del coche y el andén, que estaban á la misma altura. Me

veía ya perdido cuando sentí que me cogían del cuello del gabán y me subían para arriba, y gracias á esto no me arrolló el tren. Cuando estuve en la plataforma del coche me fijé en la cara de mi salvador, y vi que era Edwin Booth, á quien yo conocía muy bien por haberlo visto más de una vez representar en el teatro, y entonces me apresuré á expresarle mi agradecimiento.»

CAPITULO XIII

HISTORIA DE LA EMANCIPACIÓN

Abraham Lincoln sentía desde muy niño gran repugnancia por la esclavitud, porque su madre le había referido varias veces lo que había oído predicar en Kentucky al Rev. Jesse Head, orador sagrado muy elocuente y valiente defensor de la emancipación de los esclavos.

A esto hay que añadir lo que presenció en Nueva Orleáns siendo dependiente de comercio, cuando des de Nueva Salem lo mandó su principal á vender á dicha ciudad del Sur un cargamento de mercancías. El repugnante espectáculo de los pobres negros encadenados, tratados mucho peor que las bestias de carga, no se borró de la mente de Lincoln en toda su vida; y allá en su interior ansiaba que llegase el momento en que pudiera él hacer algo para mejorar la suerte de aquellos seres desgraciados. A pesar de los años transcurridos, se acordaba de estas escenas tan desagradables como si fueran asunto de pocos días, y siendo presidente las refería á sus compañeros de gobierno durante la guerra, cuando se trataba del pro-

blema de la esclavitud, y cuando escribió la Proclama de la emancipación las tuvo muy presentes.

La esclavitud se había ido extendiendo por todas partes, y hasta en el apartado rincón de Indiana, donde vivía Lincoln de muchacho, había, según el censo de 1820, ciento noventa esclavos, á pesar de prohibirlo las ordenanzas de 1787 y los estatutos que leía Abraham siendo muchacho; pero al año siguiente el Tribunal supremo de este Estado los declaró libres.

En 1822 se inició en dicho Estado de Indiana la revolución moral, y principió la lucha entre los partidarios de la esclavitud y los defensores de la emancipación; y Abraham, aun siendo todavía muy joven, tomó una parte muy activa, hasta convertirse poco á poco en jefe de una de las mayores controversias sostenidas por las fuerzas moral é intelectual del mundo.

En Illinois, donde por el mismo año 1822 se intentó introducir la esclavitud, se formaron varias sociedades antiesclavistas, y con los donativos de los partidarios de la emancipación se imprimieron folletos en gran número, en los que se trataba el asunto del comercio de negros como uno de los crímenes más espantosos.

Esta propaganda principió á dar muy buenos resultados en todos los Estados del Norte, cuyos habitantes comenzaron á odiar la esclavitud y á considerarla como una de las mayores indignidades del mundo.

El partido esclavista mandaba agentes por otro lado para defender la esclavitud, fundando sus argu-

mentos en lo conveniente que era para el desarollo de la riqueza del país; y en posadas y tiendas se armaban grandes discusiones, y Lincoln se desvivía por asistir á todas ellas para defender con calor y buena argumentación la emancipación de los esclavos.

En la legislatura de Illinois de 1838 se presentaron varias disposiciones en las que se declaraba que el derecho de propiedad de los que tenían esclavos era sagrado en aquellos Estados, según la Constitución federal, y que desaprobaban la formación de sociedades abolicionistas. Lincoln y otros cinco miembros de la legislatura votaron contra estas resoluciones, y preparó además una protesta que firmó Dan Stane y otros amigos, que decía:

«Los firmantes protestan contra las resoluciones sobre el asunto de la esclavitud doméstica pasadas en las dos ramas de la Asamblea general en la actual sesión.

»Creen que la institución de la esclavitud es una injusticia y mala política, y que la promulgación de las doctrinas de la abolición tienden en cambio á disminuir los peligros en vez de aumentarlos.

»Creen que el Congreso de los Estados Unidos no tiene poder bajo la Constitución para intervenir en la institución de la esclavitud en los diferentes Estados.

»Creen que el Congreso de los Estados Unidos tiene poder bajo la Constitución para abolir la esclavitud en el distrito de Columbia, pero que este poder

no se debe ejercer, á menos que lo soliciten los habitantes del distrito.

»La diferencia entre estas opiniones y las contenidas en dichas resoluciones son las que motivan esta protesta.»

Poco después de esto, asesinaron al Rev. Elijah P. Lonejoy, propietario de un periódico religioso de Alton, que por sus artículos contra la esclavitud soliviantó los ánimos de los partidarios de ella que asaltaron la redacción y destrozaron la imprenta. Pero aquel asesinato no sirvió nada más que para aumentar el número de los abolicionistas.

La valiente protesta de Lincoln en la legislatura le valió el que todos los habitantes del centro de Illinois lo consideraran desde entonces como el jefe del partido abolicionista.

En sus discursos decía lo que repitió veinticinco años después: que la Constitución de los Estados Unidos era sagrada, y que mientras existiera era preciso obedecerla.

Reconocía el derecho que tenían algunos Estados á mantener la esclavitud, y que no se les podía privar de este derecho como no fuera transformando la Constitución.

Los partidarios de la libertad podían denunciar lo injusto que era el tráfico de esclavos, pero no podían prohibirlo por la fuerza, tenían que proceder legalmente.

Lincoln no tenía entonces más que veintiocho años,

y no dejó de trabajar en favor de la abolición hasta poco antes de su muerte. Fué poco á poco educando el sentimiento del pueblo con paciencia, para que comprendiera lo inhumano que era el tráfico de esclavos, hasta que consiguió aquel gran movimiento en favor de la abolición.

Las escenas horrorosas que presenció de joven en Nueva Orleáns, donde vió, como ya dejamos dicho en otro lugar, cómo trataban á los pobres esclavos, las tenía muy presentes; pero al llegar á Wáshington por primera vez y fijarse en el mercado de esclavos en la misma capital de la nación, se renovaron los antiguos recuerdos, y principió á trabajar con fe para que desapareciera cuanto antes aquel espectáculo repugnante.

Después de consultar á varios políticos en Wáshington, presentó un *bill* (proyecto de ley) para la abolición gradual de la esclavitud en el distrito de Columbia. Las dos primeras secciones de este proyecto prohibían la introducción de esclavos en el distrito, ó la venta fuera de él, á excepción de los criados de los oficiales del gobierno pertenecientes á los Estados donde había esclavitud. La tercera sección trataba de la abolición gradual de los niños de los esclavos que nacieran después del 1.° de enero de 1850. La cuarta se refería á la compensación que había que dar á los propietarios de esclavos que voluntariamente libertaran á los que tenían. La quinta reconocía la ley de los esclavos fugitivos, y la sexta sometía la proposición al voto popular, no pudiendo entrar en vigor hasta

que fuera ratificada por la mayoría de votos del distrito.

Este proyecto de ley levantó gran polvareda entre los propietarios de esclavos de los Estados del Sur, porque veían que serviría para estimular el sentimiento de los habitantes del Norte contra la esclavitud.

Los abolicionistas por otro lado se oponían á que con dinero del Tesoro de la nación se indemnizara á los propietarios de esclavos que quedaran libres, por lo cual no se votó en el Congreso el proyecto de ley de Lincoln.

Abraham Lincoln había venido combatiendo la esclavitud con gran energía desde 1850 á 1860, y en los muchos discursos que pronunció en este decenio, se le oyeron algunas frases muy buenas, como por ejemplo las siguientes:

«Primero dejará su corona el autócrata de todas las Rusias, y permitirá que los habitantes de su vasto imperio se conviertan en republicanos libres, antes que los propietarios americanos de esclavos les den voluntariamente libertad.»

Y en efecto, precisamente por aquellos días en que los habitantes de los Estados del Sur se disponían á ir á la guerra antes de libertar á los esclavos, Alejandro II emancipaba por un decreto imperial á los siervos de Rusia.

El senador Douglas se permitía por otra parte bromitas muy pesadas con Lincoln, y en una ocasión dijo en uno de sus discursos de oposición «que ya se sa-

bía el porqué Lincoln defendía tan acérrimamente la emancipación, queriendo igualar el derecho de los negros con el de los blancos; lo hacía porque Lincoln y otros abolicionistas como él deseaban casarse con mujeres negras.» Abraham no dió importancia en un principio á estas acusaciones, que las consideraba como una broma de mal género; pero al ver que su contrincante seguía inventando disparates de esta clase, le contestó un día con estas palabras:

«Protesto contra la falsa lógica de que porque no quiero que la mujer negra sea esclava, me he de casar forzosamente con una negra.»

Y en otro discurso decía:

«Yo no me casaré nunca con una negra, pero no veo el motivo, el porqué no se ha de permitir que otro lo haga. El blanco que desee casarse con una negra, podrá hacerlo siempre que la negra consienta en ello.»

En el discurso que pronunció en la Cooper Unión de Nueva York, dijo entre otras muchas cosas buenas para combatir la esclavitud:

«Si la esclavitud es justa, todas las palabras, todos los actos, todas las leyes y constituciones contra ella son injustas. Si es justa, no tenemos derecho á impedir que se extienda y nacionalice. Si es injusta no tienen ellos derecho á propagarla. Todo lo que piden se lo podríamos conceder si consideráramos que la esclavitud es justa. Pero de aquí parte precisamente la controversia, de que ellos la crean justa y nosotros la creemos injusta. Sin embargo, aunque nosotros la con-

sideramos injusta, nos conformamos con que se mantenga donde está por las necesidades de aquel país; pero teniendo mayoría de votos, como tenemos, ¿por qué hemos de consentir que se extienda á otros Estados libres? Si la opinión que tenemos del deber prohibe esto, defendamos el deber sin miedo y de un modo eficaz; no nos desviemos por ninguno de esos planes sofistas de lo justo é injusto, que son tan vanos como si se tratase de buscar á un hombre que no estuviera ni muerto ni vivo.»

Entre los documentos que se reunieron para escribir la vida de Abraham Lincoln, hay una carta suya que lleva la fecha del 28 de julio de 1859, en la que dice:

«Hay otra cosa que están haciendo nuestros amigos y que me tiene á mí muy intranquilo. La popular soberanía de Douglas, aceptada por la mente del público como principio justo, nacionaliza la esclavitud y vivifica inevitablemente el comercio africano de esclavos. El comprar esclavos en Africa y meterlos en los territorios son cosas exactamente iguales, son justicias ó injusticias idénticas, y el argumento que establece la una debe establecer la otra. Aunque estuviéramos buscando mil años una razón sana para averiguar el porqué el Congreso no impide al pueblo de Kansas el tener esclavos, nos encontraríamos al hallarla con otra igúalmente buena de por qué el Congreso no impide á los de Georgia el importar esclavos de Africa.»

A poco de ser nombrado presidente, se vió Lincoln

obligado á tratar el problema de la esclavitud de una manera más práctica. Dejó de ser para él un asunto de moral, y tomó el carácter de problema difícil que se presentaba á un tiempo en varios puntos revistiendo varias formas. En el primer movimiento de las tropas salieron de las plantaciones un número considerable de esclavos que abandonaron á sus amos, é ingresaron en el ejército de la Unión, donde se les dió diferentes ocupaciones, incluso la de guías. Los soldados del Norte simpatizaron con todos estos esclavos fugitivos, y á medida que se iban aproximando más al territorio esclavo, más aumentaban estas simpatías. A los plantadores que se acercaban al ejército á reclamar á los negros fugados no se les atendía, y los soldados los silbaban.

Muchos de estos plantadores ricos tenían hermanos é hijos que eran oficiales del ejército, jefes y hasta generales, lo cual complicaba mucho el asunto y proporcionó á Lincoln muchos disgustos, porque la deserción de los esclavos se extendió por todo el país, y huían á centenares á refugiarse en el ejército, lo mismo hombres que mujeres y niños. Los generales empleaban á los hombres en los trabajos de fortificación de campaña y á las mujeres en cocinar y lavar la ropa de los soldados.

Lincoln principió por proponer en el Congreso que se fuera comprando paulatinamente á los propietarios los esclavos á razón de cuatrocientos dólares por cabeza, y esta proposición, aunque aceptada por algu-

nos, fué rechazada por la mayoría. Después principió una campaña sistemática en el Congreso para la compra de los esclavos á los propietarios leales del distrito de Columbia, hasta que en abril de 1862 se convirtió en ley.

Mientras tanto, se fué educando la opinión pública; la mayoría republicana en el Congreso votó en favor de la emancipación, y los propietarios de esclavos de los Estados fronterizos al Sur principiaron á comprender que habían hecho un disparate en no aceptar las generosas proposiciones del presidente, y que ahora tenían que sufrir pérdidas enormes con la emancipación forzosa.

Los generales habían recibido orden de no entregar á ningún esclavo que se hubiera refugiado en el ejército, y por una orden se declaraba libres á todos los esclavos que los confederados hubieran empleado en servicios militares. Al presidente se le autorizó para que pudiera formar regimientos de negros para la guerra, y se prohibió la esclavitud en todos los territorios de los Estados Unidos, haciendo al mismo tiempo un tratado con Inglaterra para suprimir la trata de negros. Las repúblicas negras de Haití y Liberia quedaron finalmente reconocidas como naciones independientes, y lo que pocos meses antes hubiera parecido una locura, se había convertido de pronto en realidad.

Los descontentos eran muchos, lo mismo de un lado que de otro; los esclavistas se quejaban de que hacía mucho, y los abolicionistas de que hacía poco,

y Lincoln con su inagotable paciencia contestaba:

«Lo que se ha hecho y lo que se ha omitido sobre los esclavos, se ha hecho y se ha omitido en la misma necesidad militar. No haré más que lo que pueda hacer, y haré todo lo que pueda para salvar al gobierno.»

La única disculpa que tenía en esto por haber violado lo que mandaba la Constitución respecto á los esclavos, era las necesidades militares. Su dilación por otro lado obedecía á la duda que tenía respecto á si el sentimiento público de la gente del Norte estaba preparado para una medida tan radical, y por la confianza que tenía en que los habitantes de los Estados limítrofes á los del Sur aceptarían pronto amigablemente el acto como la mejor solución para el problema, y además por su gran respeto por la Constitución que había jurado mantener. Todo esto lo declaró al verse injustamente atacado por los descontentos é impacientes que no le dejaban vivir, y además añadió al contestar á Greeley:

«Mi principal objeto es salvar á la Unión, y la salvaré en el menor tiempo posible. Si pudiera salvarla sin libertar á los esclavos, lo haría desde luego; pero como esto no es posible, destruiré la esclavitud para salvar á la Unión.»

Al ver Lincoln que Greeley seguía atacándole en los periódicos por sus procedimientos en el asunto de la esclavitud, reunió á su gobierno el 22 de septiembre de 1862 después de la batalla de Antietam, y les

anunció su intención de presentar la proclama de la emancipación, diciéndoles:

«Les he reunido á ustedes para leerles lo que he escrito. No les voy á pedir sus pareceres sobre el asunto principal, porque estoy decidido á poner en práctica lo que he ideado; y esto lo digo sin la intención de molestar á ninguno de ustedes, pues yo solo debo cargar con la responsabilidad de lo que creo que debo hacer.»

El día 1.° de diciembre de 1862 presentó Lincoln en el Congreso la proclama proponiendo una enmienda constitucional para indemnizar á los Estados que aceptaran la abolición antes de 1900; otra garantizando la libertad de todos los esclavos libertados por asuntos de la guerra, y una tercera autorizando al Congreso para que preparase un plan de colonización para ellos. Su idea era el mandarlos á Africa ó á las Indias orientales, ó bien á la América central, y habló de un plan que tenía formado sobre la colonización extensiva, que no se pudo poner en práctica. El general Butler decía que pocos días antes del asesinato del presidente le mandó llamar y le dijo:

«General Butler, el asunto de los negros me tiene muy preocupado. Tenemos más de cien mil negros á los que les hemos dado instrucción militar y les hemos adiestrado en el manejo de las armas. En cuanto se restablezca la paz, me temo que toda esta gente de color se establecerá en los Estados del Sur, donde los negros están en mayoría, y tendremos un conflicto

continuo entre los blancos y ellos, porque éstos se organizarán en guerrillas y nos van á dar muchos disgustos. El gobierno tiene que pensar con tiempo lo que conviene hacer con todos estos negros. ¿No sería posible mandarlos á Liberia ó al Sur de América y organizarlos en comunidades para que se procuren ellos mismos el modo de vivir?»

El general Butler le contestó entonces:

«Señor presidente, tenemos ropas suficientes para vestirlos á todos; tenemos también armas, picos, palas y azadones en cantidad suficiente, así como carros y mulas. La guerra nos ha demostrado que para cavar y remover grandes cantidades de tierra no hay cosa mejor que un ejército organizado. No hay más que fijarse en las muchísimas millas de trincheras que han construído nuestros soldados. Como se habla ya del canal de Panamá, acaso conviniera mandarlos todos allí. El clima es muy á propósito para ellos, y á los Estados Unidos les resultaría esto más ventajoso que otra clase de braceros. Si á usted le parece bien, yo me pondré al frente de la expedición. Nos llevaríamos armas, y le aseguro á usted que no hay que temer nada respecto á la intervención de cualquier nación. Al mismo tiempo que se iba abriendo el canal cultivaríamos la tierra para procurarnos lo necesario para vivir, y de aquí no saldría más que lo que allí no se pudiera conseguir.»

Lincoln reflexionó un momento, y le dijo después:

«Eso hay que meditarlo mucho, general Butler, hay

que meditarlo mucho. Sin embargo, vea usted á Seward y él le dirá las complicaciones extranjeras que nos podría acarrear ese plan.»

Pero Butler no pudo hablar del asunto con Seward, porque aquella misma tarde había quedado muy mal herido á causa de una caída del coche por haberse desbocado los caballos.

La noche del 31 de diciembre de 1862 la pasó Lincoln casi entera corrigiendo la proclama de la emancipación.

Había reunido á sus secretarios con el fin de notificarles las enmiendas que había hecho, y para decirles que era un acto de justicia autorizado por la Constitución por las necesidades de la guerra, é invocaba la consideración y juicio de la humanidad y el favor del Todopoderoso.

A un amigo le escribía más tarde sobre esta determinación, y le decía:

«Soy antiesclavista por naturaleza. Si la esclavitud no es una injusticia, nada hay injusto en el mundo. Al aceptar la presidencia juré hacer cuanto pudiera por mantener y defender la Constitución de los Estados Unidos. No podía aceptarla sin el juramento, ni era mi intención jurar para conseguir el poder y romper el juramento para usar del poder. Comprendía además que en la administración civil ordinaria este juramento me prohibía prácticamente el tolerar mi primer juicio abstracto sobre la cuestión moral de la esclavitud. Había declarado esto públicamente varias

veces y de muchas maneras. Puedo asegurar que hasta este día no hice ningún acto oficial en mera deferencia á mi juicio abstracto y sentimientos sobre la esclavitud. Comprendí, sin embargo, que mi juramento de mantener lo mejor posible la Constitución me imponía el deber de preservar por todos los medios indispensables ese gobierno y esa nación, de los cuales la Constitución era la ley orgánica. ¿Era posible perder la nación y sin embargo preservar la Constitución? Según la ley general se debe proteger la vida lo mismo que un miembro del cuerpo, y sin embargo sucede con frecuencia que es preciso amputar un miembro para salvar la vida, pero nunca se entrega la vida para salvar un miembro. Comprendí que las medidas que por otra parte eran inconstitucionales podían llegar á ser legales siendo necesarias para el mantenimiento de la Constitución, por medio de la preservación de la nación. Justa ó injustamente tomé la determinación y lo confieso ahora. Comprendí que por más que hiciera no me sería posible mantener la Constitución incólume, porque si había de salvar la esclavitud tenía que permitir que el gobierno, el país y hasta la misma Constitución nos fuéramos todos á pique. Cuando al principio de la guerra intentó el general Frémont la emancipación militar, me opuse á ella porque por entonces no la creí necesaria. Después el general Cameron ideó el armar á los negros, y también me opuse porque no hacía falta. En mayo y julio de 1862 propuse á los Estados fronterizos del Sur lo de la re-

compensa para la emancipación de los negros, que no aceptaron, y entoncees comprendí que para salvar á la Unión, y con ella á la Constitución, tenía que tomar forzosamente la resolución que por fin adopté.»

Lincoln no llegó á ver las consecuencias del edicto. La resolución preliminar para la enmienda constitucional se consiguió después de larga discusión en el Congreso, porque había mucha oposición, y si no hubiera sido por la mucha habilidad y gran tacto de Lincoln no se hubiera adoptado nunca.

CAPITULO XIV

FRASES Y DICHOS DE LINCOLN

Creemos conveniente reunir aquí en este capítulo las frases y dichos que se le oyeron decir á Lincoln desde que era muchacho, porque realmente son interesantes.

¡Que Dios bendiga á mi madre! ¡Todo lo que soy y lo que confío ser se lo debo á ella! – Se quedó sin madre, como ya dejamos dicho en otro lugar, cuando tenía ocho años; pero se acordaba muy bien que ella fué la que le enseñó á leer en la Biblia, y por esto reconocía que todo lo que era se lo debía á ella.

Por respeto á los huevos, que no al sombrero. – Lincoln iba de muchacho desastrosamente vestido; su ropa era tan fea y ruda como su cara. Un día se presentó en su aldea un titiritero y jugador de manos, que pretendía hacer una tortilla, con unos huevos que llevaba, en el sombrero de cualquier individuo del público, prometiendo que el sombrero quedaría intacto. Lincoln llevaba un sombrero sumamente basto y más duro que una piedra, y saliendo del corro le dijo al titiritero, «que por respeto á los huevos no le daba el suyo.»

Allí perdería usted su latín. — Hablando una vez con un señor muy instruído de lo rudas y supersticiosas que eran las gentes del país donde él nació y pasó los primeros años de su vida, decía que si se hubiera presentado alguno y hubiera dicho que sabía latín le hubieran tomado por brujo.

¡Si das, da de firme! — Esto lo dijo cuando vió por primera vez en Nueva Orleáns cómo trataban á los pobres negros; y decía á sus compañeros que si alguna vez le tocaba á él dar en favor de los esclavos, que daría de firme.

El largo y el corto. — Cuando Lincoln era dependiente de comercio, venía á su tienda, en la que además de comestibles despachaban cerveza y otras bebidas, un capitán que se llamaba Larkins, bajito y gordo y muy fanfarrón. Lincoln era en cambio alto y seco y no le gustaban las adulaciones y fanfarronadas. Decía un día el capitán que tenía el mejor caballo que había en toda la comarca, porque aquel día precisamente había recorrido tres millas en nueve minutos, y no había dado un solo resoplido largo. Lincoln le dijo entonces: «Oiga usted, Larkins, ¿por qué no nos dice ustud los resoplidos cortos que ha dado?»

El baile de una vieja es corto y suave. — Esto lo dijo en un discurso hablando de su política, que decía que era corta y suave, como baile de vieja.

Si me eligen quedaré agradecido, y si no me eligen, tan amigos como antes. — «Todos sabéis — decía en un discurso — que soy el humilde Abraham Lincoln: si me

eligen, quedaré agradecido, y si no me eligen, tan amigos como antes.»

Más vale tener razón alguna vez, que no tenerla nunca. — Lo dijo contestando en un discurso á uno de sus opositores.

Los hechos hablan más fuerte que las palabras. — Mientras pronunciaba un discurso en un pueblo se liaron á trompazos algunos oyentes; y al ver que nadie le atendía, dijo esto.

Procuremos que el mundo sea un poco mejor de lo que es por haber vivido en él. — Al romper con su novia se entristeció tanto, que todos creían que se iba á volver loco; se olvidó de la política y de sus propios asuntos. Cuando volvió á la vida activa de antes, le dijo á un amigo: «Desearía vivir hasta que tuviera la seguridad que el mundo era un poco mejor de lo que es por haber vivido en él.»

Ningún gorrión se ha quedado olvidado. — Yendo un día de camino con otros compañeros que practicaban el Derecho como él, notó que se cayeron del nido dos gorriones que aún no podían volar. Se separó de sus amigos que se quedaron mirando á ver lo que hacía, y Lincoln con mucho cuidado volvió á poner los gorriones en el nido. Al volver á reunirse á ellos, le dijo uno:

— ¿Pero por qué se molesta usted y nos hace esperar por una tontería como esa?

— Porque sentía un deseo irresistible de hacerlo, amigo — contestó Lincoln.

¡Arréglense ustedes! – Siendo abogado le preguntó un señor que cuánto le llevaría por proceder contra uno. «Diez dólares – le contestó Lincoln; – pero si se arreglan ustedes, que es lo que les conviene, no le llevaré nada,» y le estuvo dando buenos consejos durante media hora sin llevarle un céntimo.

Abogado de conciencia. – En otra ocasión le decía á un cliente suyo que sentía no poder encargarse de su asunto, porque temía que mientras estuviera hablando con el jurado iba á estar pensando: «Lincoln, tú eres un embustero;» y que á fuerza de pensar en esto, terminaría por decirlo en alta voz.

Tardo en aprender y tardo en olvidar. – Un amigo suyo de Springfield alababa un día delante de él su gran inteligencia y facilidad para aprender, y Lincoln le dijo entonces: «No, dispense usted; yo soy tardo en aprender y tardo en olvidar. Mi imaginación es como un pedazo de acero, que cuesta trabajo arañar en él, pero después cuesta aún más trabajo borrar lo arañado.»

Una cosecha de lucha pequeña para un campo tan grande. – Siendo abogado tuvo que encargarse por mandato del juez de la defensa por una causa instruída por apropiación de unos terrenos. Lincoln estudió al demandante más que el asunto, y vió desde luego que se trataba de un descarado que quería perjudicar á su vecino porque tenía más facilidad de palabra que este último.

– Bien, amigo mío – dijo Lincoln después de oirle

hablar. — ¿Cuál es la extensión de terreno que motiva la disputa?

— Unos seis acres — contestó el hombre con descaro.

— Pues entonces no me negará usted que es «una cosecha de lucha pequeña para un campo tan grande.»

Al oir esto, todos se echaron á reir y el demandante se dió por vencido.

La revolución debe hacerse por medio de la urna de las elecciones. — Aunque Lincoln era partidario acérrimo de la abolición, le repugnaba la guerra; y contestando en un discurso á las amenazas de los esclavistas dijo: «¡Que haya paz, señores!; la revolución debe hacerse por medio de la urna de las elecciones.»

Sobre las mujeres en la guerra de Secesión. — Hablando un día con sus generales sobre la parte moral que habían tomado las mujeres en la guerra, les decía: «Yo no he estudiado mucho el arte de los cumplidos para las mujeres; pero lo que sí puedo decir es que si todo lo que han dicho los oradores y poetas desde la creación del mundo en alabanza de la mujer se aplicara á las mujeres americanas por su conducta durante la guerra, aún no se les haría bastante justicia. ¡Que Dios bendiga á las mujeres americanas!»

Hagamos alguna señal que no se borre. — Siendo político, tenía que pronunciar discursos con mucha frecuencia para rebatir los argumentos de los partidarios de la esclavitud.

«Podré desaparecer de la escena y todos me olvidarán pronto — decía una vez á Douglas; — pero las se-

ñales que hagamos en favor de la libertad civil no se borrarán nunca, ni aun después de mi muerte.

La esclavitud es una maldición para el hombre blanco. — «Hablaremos y combatiremos la esclavitud mientras nos quede un soplo de vida; hasta que todos los habitantes de este dilatado país comprendan que la esclavitud fué en todo tiempo y en todos los países un estigma, una maldición para el hombre blanco.»

Levantemos á los hombres, no los humillemos nunca. — «Yo entiendo que el espíritu de nuestras instituciones tiende siempre á levantar á los hombres, por lo que debemos procurar no humillarlos nunca.»

Estemos siempre del lado de la justicia. — «Pongámonos siempre del lado de toda persona que defienda lo justo, y apartémonos de ella cuando veamos que defiende una injusticia.»

Como usted ha empleado el zurriago, justo es que yo lo emplee también. — Siendo dependiente de comercio le llamó la atención un día á uno que estaba medio borracho porque injuriaba á las mujeres delante de unas señoras que estaban comprando en su almacén. Al ver que no hacía caso y seguía echando pestes de las mujeres, lo sacó á la calle y le dijo: «Ahora me toca á mí; como usted ha empleado el zurriago con las mujeres, justo es que yo lo emplee también con usted,» y con unas correas que sacó lo puso verde, hasta que el difamador pidió perdón.

¿Cuántas patas tendrá el carnero? — Siendo presidente se presentó una comisión de gente del Norte

para expresarle su disgusto por no haber presentado aún el *bill* de la abolición. Lincoln les estuvo escuchando con calma, y les dijo cuando terminó de hablar el que llevaba la palabra:

– Si en estos momentos presento la proclama tal como ustedes dicen, daría el mismo resultado que si el papa expidiera una bula contra algún cometa. Y para demostrárselo á ustedes hagan el favor de contestarme á lo que les voy á preguntar: ¿Cuántas patas tendría el carnero si á la cola le llaman ustedes pata?

– Cinco – contestaron todos á un tiempo.

– Se equivocan ustedes, porque el llamar pata á la cola no quiere decir que lo sea.

El porvenir de América. – «Entre la inmensa población de América hay muchos que verán el resultado de la lucha que sostenemos hoy; no luchamos por lo presente, luchamos por lo que vendrá, por el porvenir de América.»

La voz no guarda proporción con el cuerpo. — En una causa que defendía siendo abogado, el defensor de la parte contraria era un hombre muy bajito, pero muy locuaz, y Lincoln cuando acabó el otro de hablar se dirigió al jurado diciendo: «Señores del jurado; ya han oído ustedes cómo se expresa el señor letrado, nadie tiene razón más que él, se estaría hablando desde aquí á mañana si pudiera, pero sin decir nada de fundamento. Esto me recuerda una cosa que vi de muchacho siendo barquero. Había uno que tenía un bote de vapor que atronaba constantemente los aires con

los silbidos para llamar á la gente, porque el silbato que llevaba era mayor que la caldera »

No morimos más que una vez. – Una señora amiga suya le dijo una vez lo que la madrastra de Lincoln le había dicho al despedirse de ella cuando se marchó á Wáshington para ocupar la presidencia, esto es, que no viviría mucho, porque lo matarían; y Lincoln le contestó sonriéndose: «Deje usted, señora; no morimos más que una vez.»

¡Amemos á nuestros enemigos! – En una excursión que hizo con su familia por los pueblos inmediatos á Wáshington, le dijo su señora al pasar por uno de éstos:

– Este pueblo está lleno de enemigos nuestros.

– No vuelvas á decir eso – le contestó Lincoln; – ¡amemos á nuestros enemigos!

En otra ocasión, visitando un hospital militar, le dijo el director del establecimiento:

– Todos esos heridos son rebeldes.

Lincoln le dijo entonces por lo bajo:

– Querrá usted decir que son confederados.

El Prometeo moderno. – Hablando con los amigos, siendo presidente, de lo que le mortificaban los que venían constantemente á la Casa Blanca en busca de empleos, les decía: «Cada uno de los que vienen me parece que me arranca alguna parte de mi vitalidad. Tengo la desgracia que de cada veinte que llegan, me hago diecinueve enemigos »

Juzguemos á los demás como desearíamos que nos

juzgaran á nosotros. — Cuando cayó prisionero Jeff Davis, pedía el pueblo que lo ahorcaran de la rama de un árbol, y entonces Lincoln pronunció estas palabras de la Biblia.

América es el tesoro del mundo. — Decid de mi parte á los mineros que su prosperidad es la prosperidad de la nación; y que podremos probar que somos realmente el tesoro del mundo.

Díganme ustedes la marca de ese whiskey y les mandaré alguno á todos mis generales. — Hablaban unos políticos en la Casa Blanca un día de la energía del general Grant, que era incansable, y según ellos debía de ser por los buenos tragos que se tomaba de whiskey, y al oirlo Lincoln se apresuró á decirles: «Díganme ustedes la marca del whiskey que bebe el general Grant, para mandar inmediatamente un barril á cada uno de los generales.»

No quiero sangre en mis camisas. — De las varias anécdotas que se cuentan de Lincoln para demostrar sus grandes sentimientos humanitarios, está la de un soldado jovencito que por haberse quedado dormido estando de centinela le iban á fusilar; pero el presidente firmó el indulto y dijo al que se lo presentó: «No es extraño que un pobre muchacho campesino que estaría acostumbrado á acostarse en su granja al ponerse el sol, se haya quedado dormido á media noche estando de centinela. No permitiré que lo fusilen por una cosa como esa, porque teniendo mis camisas manchadas de sangre es imposible que yo pueda dormir tranquilo.»

El pobre soldado murió después en una batalla, y le encontraron en el pecho una fotografía de Lincoln en cuya margen había escrito de su puño y letra: «¡Que Dios bendiga y proteja al presidente Lincoln!»

El trabajo y el capital. – En un discurso que pronunció en 1861, siendo ya presidente, dijo lo siguiente: «Suplico á ustedes que se fijen un poco en este asunto del trabajo y del capital. El trabajo es la estructura del gobierno. Se dice que sin el capital no podría existir el trabajo; que nadie trabaja sin que alguien adelante el capital de una forma ó de otra, y que por medio de él se induce á la gente á trabajar. El trabajo es anterior al capital é independiente de éste. El capital no es más que el fruto del trabajo, y no hubiera existido nunca si no le hubiera precedido este último. El trabajo es superior al capital, y merece, por lo tanto, mucha más consideración.»

Un poco más luz y menos ruido. – Al estallar la guerra los periódicos de Nueva York no se cansaban de aconsejar al presidente sobre el plan de campaña que se debía seguir. El corresponsal de uno de estos periódicos se presentó en la Casa Blanca y le dijo á Lincoln que le traía un nuevo plan de campaña. Lo estuvo escuchando con paciencia, y cuando acabó de hablar le dijo:

– Ustedes, los periodistas de Nueva York, me han hecho recordar una cosa que oí referir hace ya tiempo. Era un señor que viajaba á caballo por Kansas, cuando apenas había caminos y muy pocos colonos, por lo

que se extravió. Para mayor desdicha suya se desató una tormenta terrible, y había anochecido antes de llegar al punto donde iba. Los truenos le espantaron mucho, pero los relámpagos iluminaban el campo y podía ver por donde iba. De pronto oyó un trueno tan espantoso, que se apeó en seguida del caballo y se arrodilló asustado exclamando: «¡Señor!, ya que para ti será lo mismo, haz que haya un poco más de luz y menos ruido.»

Contestación evasiva. — En una ocasión se presentó en la Casa Blanca una comisión de habitantes de Kentucky, propietarios de esclavos, para decirle que ellos estaban dispuestos á permanecer fieles á la Unión, pero que no querían perder los esclavos. El que llevaba la voz cantante era un hombre tan alto como Lincoln, y pronunció un gran discurso muy floreado y lleno de metáforas. Lincoln le estuvo escuchando con continuas aprobaciones de cabeza, y cuando terminó le dijo: «Me parece que tiene usted las piernas casi tan largas como las mías.»

El baluarte de la libertad. — En un discurso decía: «¿Pero qué es lo que constituye el baluarte de nuestra libertad? No lo constituyen las ceñudas almenas de nuestras fortalezas, ni la bravura del mar en nuestras costas, ni el ejército, ni la armada. En nada de esto podemos confiar para combatir la tiranía. La confianza la debemos tener en el amor á la libertad que Dios nos ha infundido.»

Volver á la fuente. — «Compatriotas, si habéis apren-

dido las doctrinas que se relacionan con las luchas de los grandes linderos de la declaración de la Independencia; si habéis escuchado las sugestiones que se deducen de su grandeza y la mutilación de la hermosa simetría de sus proporciones; si habéis estado inclinados á creer que todos los hombres no han sido criados iguales en esos inalienables derechos enumerados en nuestra carta de libertad, permitidme que os conduzca hacia atrás. Volvamos á la fuente cuyas aguas manan junto á la sangre de la revolución. Lo podéis hacer todos conmigo si prestáis atención á estos sagrados principios. Os suplico que desechéis todo pensamiento mezquino é insignificante para el éxito de cualquier hombre. Todo esto no es nada; yo no soy nada; el juez Douglas no es nada. Pero no destruyáis el emblema inmortal de la humanidad: la declaración de la Independencia.»

Familiarizaos con las cadenas y preferiréis llevarlas. — «Nuestra confianza (contra la tiranía) es el amor á la libertad que Dios ha depositado en nosotros. Nuestra defensa es el espíritu que aprecia la libertad como herencia de todos los hombres, en todos los países, en todas partes. Destruíd este espíritu y habréis plantado las semillas del despotismo en vuestras mismas puertas. Si os familiarizáis con las cadenas de la esclavitud, acostumbraréis á vuestros miembros á llevarlas. Si os acostumbráis á menospreciar los derechos de los demás, perderéis el genio de vuestra propia independencia, y llegaréis á ser súbditos del primer tirano astuto que se levante entre vosotros.»

No hay mayor ambición que la de la verdadera estima. — «Dicen que cada hombre tiene sus ambiciones peculiares. Sea como fuere, yo de mí sé decir que la mía es el que todo el mundo me estime.»

Deja que se rían, mientras que la cosa marche bien. — Ya decimos en otro lugar de este libro que siendo dependiente de comercio hizo un viaje por el río con otro muchacho de su edad, en un lanchón cargado de mercancías. Para no trabajar tanto con los remos, improvisó Lincoln una vela que le dió buen resultado; pero todos los barqueros que pasaban se reían al ver la vela tan fea, y entonces fué cuando le dijo á su compañero: «Deja que se rían, mientras que la cosa marche bien »

Nueva táctica militar. — Cuando lo nombraron en 1832 capitán de voluntarios, se encontró con que no sabía una palabra de táctica, y al tener que mandar una maniobra para pasar por un punto muy estrecho, no sabiendo qué mandar les dijo muy serio á sus soldados: «Esta compañía queda en libertad durante dos minutos, hasta que hayamos pasado al otro lado.»

La resistencia de Lincoln. — Al ser nombrado presidente iban llegando á la Casa Blanca miles y miles de personas de todas partes de la Unión para felicitarle según costumbre y darle la mano. Aguantaba de pie horas enteras sin demostrar cansancio, y con la misma efusión estrechaba la mano del primero que la del último que llegaba. Admirados los ministros de esto, le preguntaron cómo era que no se cansaba, y

Lincoln les dijo que como de pequeño se había dedicado á los trabajos duros del campo y del leñador, habían adquirido sus miembros aquella gran resistencia.

Arrancar un cardo y plantar una flor. – Como los amigos veían que no se cansaba de firmar indultos y de hacer todo el bien que podía, hubieron de decirle algo sobre esto, y Lincoln les contestó que su propósito era arrancar todos los cardos bordes que encontrara en su camino y plantar flores en su lugar, siempre que comprendiera que las flores podrían prosperar aunque él no llegara á verlas crecer.

Que se escabullan sin que los veamos. – Cuando se entregó el general confederado Lee en abril de 1865, le dijeron sus ministros y el general Grant qué iban á hacer de tanto prisionero, si convendría tenerlos presos ó dejarlos escapar. Lincoln les dijo entonces que aquello le recordaba una anécdota que había oído contar de un cura irlandés que pertenecía á una sociedad de templanza. Caminaba el cura por un camino un día de verano muy caluroso, y sintiendo mucha sed entró en un ventorrillo y pidió una limonada; pero antes de bebérsela le dijo al que se la había servido que echara unas gotas de whiskey sin que él lo viera.

Así es, señores, que lo mejor es que se escabullan sin que los veamos.

APÉNDICE

LAS IDEAS FILOSÓFICAS Y RELIGIOSAS DE LINCOLN

Abraham Lincoln había nacido en aquel tiempo en que los colonos de su país no tenían que encerrar nada que les perteneciera, porque sabían que los vecinos no les habían de quitar la cosa más insignificante de sus granjas.

Sus padres le habían enseñado de muchacho lo despreciable que era la persona que se apoderaba de lo que no era suyo, y el riesgo que corría su vida, porque si no huía del país, la comunidad se tomaba la justicia por su mano.

Lincoln se hizo hombre y no olvidó nunca los buenos consejos de su madre, ni la conducta que observaban las buenas gentes de aquellas llanuras donde nació y creció. Pero aunque creció en el mismo círculo que los demás campesinos vecinos suyos, era mayor su inteligencia, y tenía mucha más penetración que ellos y muchas más aspiraciones; y por eso se puso intelectualmente por encima de todos. Estos principios de moral que había aprendido de niño y visto en su familia y vecinos, prevalecieron en él toda

la vida, y siendo ya abogado no defendía ni quería encargarse de ningún asunto que no tuviese la persuasión de que era una cosa justa; y si se equivocaba y veía después en el juicio que había estado defendiendo una cosa injusta, dejaba al momento el asunto y devolvía el anticipo que le había dado su cliente.

Ya dijimos al principio de este libro que siendo dependiente de comercio recorrió á pie tres millas para devolver á una mujer seis peniques que le había cobrado de más inadvertidamente.

En otra ocasión se equivocó en el peso y dió cuatro onzas de te por media libra, pero antes de irse á la cama fué á entregar la diferencia, porque no hubiera podido dormir tranquilo.

Pero en esto no era más conspicuo que los demás habitantes de aquellas cercanías.

Era el tipo y representante de una comunidad que respetaba y exigía la honradez, y eran implacables con los que delinquían en asuntos de moral.

Acostumbrados como estaban toda su vida á hacer frente al peligro y á luchar contra las misteriosas fuerzas de la naturaleza, su valor personal y moral eran cualidades que no podían faltar á ningún hombre que pretendiera ser jefe de alguna comunidad ó tener alguna influencia sobre los demás. El embustero, el cobarde, el estafador y falso no podía vivir entre aquellas gentes sencillas de costumbres patriarcales.

El conjunto de máximas morales que había aprendido de muchacho y practicado siendo ya hombre las

llevó á la legislatura, y se cuentan varias anécdotas de él de haber rehusado el encargarse de asuntos que no le parecían muy limpios.

En una ocasión se empeñaban los compañeros de profesión que se tenía que encargar de un asunto, afirmándole que á la conclusión vería como no era lo que él se imaginaba, y Lincoln terminó la cuestión diciéndoles:

«Pueden ustedes quemarme vivo y esparcir después al viento mis cenizas; pueden ustedes sumir mi alma en las tinieblas eternas para siempre; pero no conseguirán ustedes que apoye una medida que la considero injusta, aunque al hacerlo ejecutara lo que yo creo que es justo.»

Siendo aún muchacho adquirió en Indiana gran reputación entre los de su edad por su bondad, nobleza y buenos sentimientos.

Lo llamaban siempre para que dirimiera en las cuestiones que tenían los jóvenes, y su gran fuerza física y mucha inteligencia le daban gran autoridad en toda esta clase de asuntos. Una noche de invierno muy crudo tropezó en el camino que conducía á su aldea con un borracho que estaba ya medio muerto; se lo cargó á cuestas y lo llevó á la posada más próxima, y no se quiso separar de su lado hasta que el otro volvió en sí.

Las gentes de Indiana é Illinois que le conocieron de muchacho, no se cansaban nunca de hablar del joven Lincoln, por los buenos recuerdos que dejó en-

tre ellos. Como no podía repartir dinero entre los más pobres, repartía trabajo; y cuando veía á una viuda cargada con algún saco pesado ó haz de leña, se lo quitaba y lo llevaba él á su casa; y si tropezaba con algún anciano que partía leña y no podía manejar bien el hacha, se la tomaba de las manos y le hacía su trabajo en un santiamén, porque tenía mucha fuerza y estaba acostumbrado á esta clase de trabajos duros desde muy pequeñito.

Cuando vivía en la posada de Nueva Salem y veía que faltaba cama para algún pasajero, le ofrecía la suya y pasaba la noche por algún rincón de la cocina. No faltaba nunca á echar una mano cuando algún colono cambiaba de sitio; ayudaba á cargar las carretas, y descuidaba sus propios asuntos por favorecer á los demás; y por su genio abierto y buen carácter hacía todo esto sin que pudiera ofenderse nadie, y nunca era tan feliz como cuando veía que hacía bien al prójimo.

Abraham era un hombre de gran penetración para distinguir lo justo de lo injusto, y aunque no era ortodoxo, tenía una idea profunda del sentimiento religioso. Por escrúpulos de conciencia no se había inclinado por ninguna iglesia determinada. Su misma razón le prohibía aceptar algunas de las doctrinas de las iglesias Baptista y Cristiana á que pertenecían sus padres, ni á la denominada Presbiteriana á que asistía su mujer. Pero á pesar de esto, era buen cristiano y asistía regularmente á la adoración. A poco de ca-

sarse alquiló un banco en la iglesia Presbiteriana de Springfield, y no faltaba ningún domingo con su mujer y después con sus hijos.

En Wáshington iba también todos los días de fiesta á la iglesia Presbiteriana de Nueva York Avenue.

Pero en asuntos religiosos no intervenía nunca Lincoln, porque decía que de lo que no se veía muy claro no se debía hablar nunca; y su conciencia le impedía el hacer declaraciones sobre estos asuntos que consideraba muy complicados y difíciles.

Lincoln leía casi todos los días algunas páginas de la Biblia, y conocía el texto de este gran libro mejor que muchos clérigos, y lo consideraba como el modelo más perfecto de literatura y el mejor código de moral. En todo lo que escribía y en los discursos que pronunciaba se notaba en seguida que estaba muy familiarizado con las páginas del gran libro.

En 1864 escribió á su antiguo amigo Joshua Speed lo siguiente:

«Paso muchas horas leyendo la Biblia. Si tú hicieras lo mismo y te penetraras bien de su moral, vivirías feliz y morirías como bueno.»

A los teólogos no los quería muy bien, porque decía que tomaban el nombre de Dios en boca para defender sus propias doctrinas, lo que consideraba como una blasfemia, y acostumbraba á decir que cuanto más teología sabía un hombre más se apartaba del verdadero espíritu de Cristo. Un día le dijo á un amigo:

«Juan, todo depende de cómo se presenta la pro-

posición. Cuando Daniel Webster lo hizo, no llegó más que á la mitad del argumento. Tomemos por ejemplo el asunto de la predestinación. Si se presenta de un modo, no se saca mucho en claro; y si se presenta de otro, ya parece que es una cosa algo más razonable.»

Abraham Lincoln tenía en estos asuntos de religión su idea clara y fija, pero rechazaba algunos dogmas importantes que las varias denominaciones de evangelistas consideraban como cosas esenciales para la salvación, y decía á los amigos:

«Toda iglesia que erija en su altar el símbolo del Salvador y la ley del Evangelio, debemos amar en él con toda nuestra alma y todo nuestro corazón al Señor y á nuestro Dios, y á esa iglesia me uniré yo siempre con alma y vida.»

En 1834, siendo dependiente de comercio en Nueva Salem, leyó *Age of Reason*, de Tomás Paine, y *Ruines*, de Volney, y la lectura de estos libros hicieron una impresión tan grande en él, que extractó lo principal de ellos con la idea, según parece, de leerlos en una sociedad literaria que se había organizado en aquellas inmediaciones. Su amigo Samuel Hill, que tenía nociones anticuadas sobre el ateísmo, vió el manuscrito y lo quemó.

Lincoln se incomodó mucho, pero después decía que su amigo Hill le había hecho un gran favor.

Este incidente se ha sacado muchas veces á relucir para probar que Lincoln era agnóstico, así como

por otros incidentes de su vida se ha querido demostrar que era espiritualista, y otros han asegurado que era francmasón; pero lo cierto es que no era ni lo uno ni lo otro.

Hablaba bien de la francmasonería, y hasta la recomendaba, pero nunca entró en ella; su espíritu investigador le llevaba á analizar ciertos fenómenos espiritualistas, y sus ensayos de Nueva Salem no fueron ni más ni menos que la presentación de las opiniones de dos famosos incrédulos, pero sin que influyeran en él personalmente.

Lincoln era muy supersticioso, como lo fueron también otros grandes hombres, entre ellos Napoleón, Wéllington y Bismarck; y esto lo demostró en varias épocas de su vida: ya había referido sus ensueños á sus compañeros de gobierno en diferentes ocasiones, y un día les contó lo que le pasó en Springfield á raíz de su nombramiento:

«El día de mi nombramiento en Chicago me ocurrió una cosa muy particular; y aunque hace ya cuatro años, la he vuelto á ver esta noche tal como la vi aquel día. Llegué á mi casa algo cansado por la emoción y felicitaciones de los amigos y conocidos, y entré en el cuarto de lectura de mi mujer. Me dejé caer en un sofá frente á un espejo que había colgado en la pared, y al reclinarme se fijaron mis ojos en el espejo, y vi dos imagenes mías exactamente iguales, con la sola diferencia de que la una estaba algo más pálida que la otra. Me levanté y me volví á dejar caer, y las

dos figuras seguían en el espejo. Estuve algo intranquilo durante un rato; pero después entraron en la habitación algunos amigos, y se me marchó aquello de la imaginación.

»Al día siguiente al salir á la calle me volví á acordar del espejo, y al momento sentí una sensación muy desagradable.

»Era la primera vez que me ocurría un caso como éste, y no sabía á qué atribuirlo. Me decidí por volver á casa para tomar en el sofá la misma posición del día anterior, con la idea de deducir, si se volvía á repetir, que era el resultado natural de algún principio de refracción de óptica que yo no conocía bien. Hice el ensayo y el resultado fué el mismo, y entonces me tranquilicé, porque lo atribuía á esto. Pero hace poco tiempo que traté de repetir aquí el experimento, para lo cual coloqué un espejo y un sofá en la misma posición que los tenía en mi casa de Springfield, y no me ha dado resultado.»

No dijo á sus amigos el significado que él y su señora dieron por entonces á este fenómeno, pero se sabe que la señora Lincoln lo consideraba como señal de que lo volverían á nombrar presidente cuando terminara el tiempo reglamentario.

El presidente invitó una vez á un famoso medio para que desplegara en la Casa Blanca delante de algunos miembros de gabinete sus alegadas fuerzas sobrenaturales. La primera media hora la pasó el medio en demostraciones de física, y luego se oyeron

unos golpecitos á los pies del presidente, y el medio dijo entonces que era un indio que deseaba hablar con él.

—Veamos lo que desea su majestad el indio—contestó el presidente;—porque hace poco recibí una delegación de nuestros hermanos los pieles rojas, que por cierto ha sido la única delegación de negros, blancos ó azules que no me dió consejos respecto á la dirección de la guerra.

Pidió el medio papel y lápiz, que colocó sobre una mesa, cubriéndolos con un pañuelo.

Se oyeron unos golpes en seguida, apareció el papel con gran sorpresa de todos, que decía:

«El apresuramiento es un despilfarro, pero la tardanza causa vejación. Da vitalidad por medio de la energía. Emplea todos los medios para someter. Las proclamas son inútiles. Ataca de frente y sin miedo al enemigo; y deja á los traidores en casa al cuidado de los hombres leales. Menos preparación, menos paradas y menos discursos políticos, y mucha más acción.—*Enrique Knox.*»

—Esa no es conversación de indio—dijo el presidente.—¿Quién es Enrique Knox?

El medio habló entonces con voz muy extraña, y contestó que era el primer secretario de la Guerra.

—Ah, sí; el general Knox—dijo el presidente.—Stanton, ese despacho es para usted; es de su predecesor. Me gustaría poder decir al general Knox que cuándo terminará la rebelión.

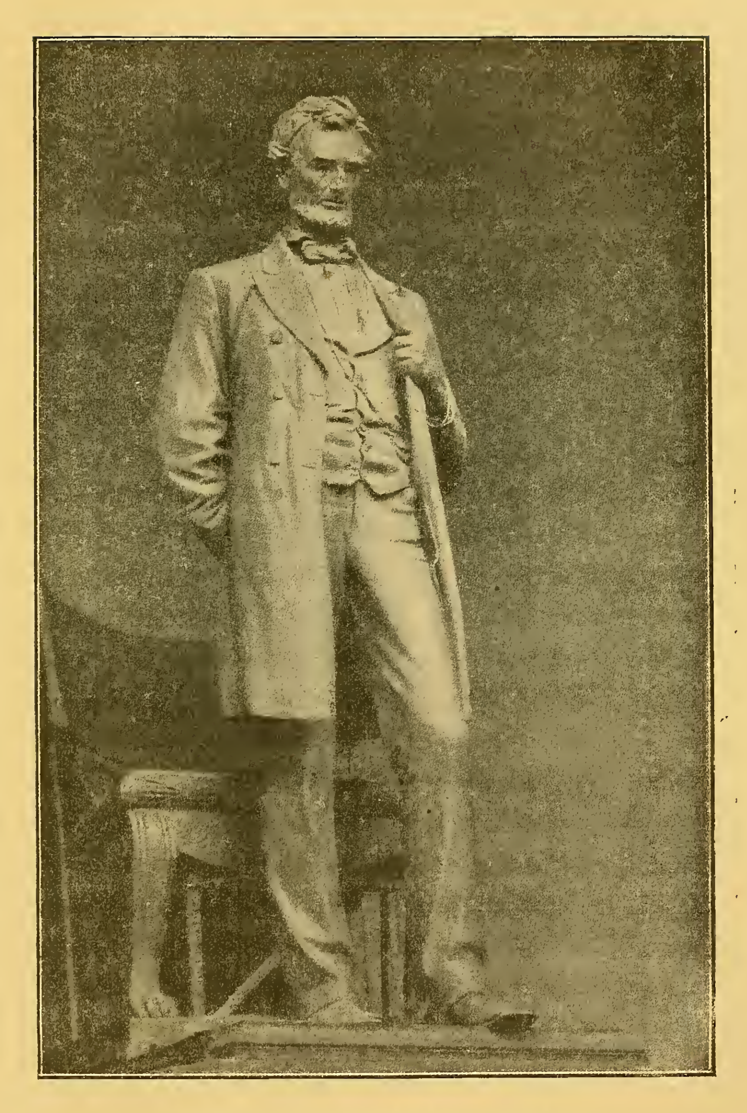
La contestación no fué categórica, y el medio llamó entonces á Napoleón, que dió su parecer; Lafayette dió también el suyo, diferente del anterior, y Franklin difería de los dos.

—¡Ah! — exclamó el presidente. — Las opiniones difieren entre los santos lo mismo que entre los pecadores. Hablan lo mismo que los de mi gabinete. Me gustaría saber lo que dice el juez Douglas acerca de esta guerra — dijo el presidente.

El medio se levantó poco después de su silla, con la mano izquierda en la espalda y la derecha en el pecho, y habló imitando exactamente la voz de Douglas. Decía que el presidente no debía atender á ninguno de los consejeros que andaban dudando sobre la política que se debía seguir, y que si se conseguía la victoria por medio de una acción enérgica, todo marcharía bien después.

— Lo creo — dijo el presidente, — ya lo diga un espíritu ó un ser humano.

Lincoln había heredado de sus padres aquel tinte suyo de superstición y su inclinación á la melancolía, y esto se extendía á todas las personas sensibles que habían pasado los primeros años de su vida en las misteriosas soledades de la parte Oeste de la América del Norte. Esto mismo se manifiesta en las personas que viven cerca de las grandes selvas, en las llanuras y países montañosos, y que pasan días y días en esas grandes soledades sin otra compañía que la de sus mismos pensamientos. La mente de Lincoln era ex-



ESTATUA DE ABRAHAM LINCOLN,

obra de Saint-Gaudens, erigida en el parque Lincoln de Chicago

traordinariamente sensitiva para las impresiones; su naturaleza era simpática, su imaginación muy viva y su observación penetrante y comprensiva. A pesar de su candor, era muy reservado para los asuntos que sólo le concernían á él, y la lucha por la existencia en los primeros años de su vida, la muerte de su madre y las condiciones físicas en que había nacido y crecido influían en el desarrollo de la tendencia mórbida que se había manifestado en él en varias ocasiones.

Su temperamento poético se había desarrollado en los primeros años de su vida, manifestándose después en el tiempo que habitó en la Casa Blanca.

Los poemas melancólicos le gustaban tanto como los humorísticos. Se sabía de memoria gran número de himnos y de versos de sus poetas favoritos, que recitaba á sus hijos y amigos con una pronunciación hermosa por lo clara y la entonación más adecuada para cada asunto.

Lincoln era muy sobrio, casi abstemio, y lo primero que escribió para el teatro fué una comedia que se relacionaba con la abstinencia. Después escribió un elogio sobre la declaración de la Independencia. Pertenecía á una sociedad de Springfield titulada «Los hijos de la templanza», y pronunciaba discursos con mucha frecuencia sobre la moderación. En una ocasión que destaparon unas botellas de vinos delante de él, le ofrecieron un vaso y dijo:

«Hace treinta años que soy abstemio, y ya soy viejo para cambiar.»

Y en uno de sus discursos dijo que los hombres más razonables del mundo estaban contextes en que la intemperancia era una de las mayores calamidades que afligían á la humanidad.

Uno de los periodistas que fueron á Sprinfield al día siguiente de su nombramiento en Chicago, dice que después de hablar un momento con Lincoln les dijo éste:

—Pasen ustedes, señores, pasen á la otra habitación, que mi señora se alegrará de ver á ustedes. Después de su larga caminata traerán sed; en mi biblioteca encontrarán un botijo con agua.

A los periodistas les hizo poca gracia lo del botijo con agua, y principiaron á hablar entre ellos para organizar un poco de fiesta con el permiso de Lincoln y de su señora, y comprar algunas botellas de licores y de champagne; pero al enterarse Lincoln les dijo:

—Les agradezco, señores, su buena intención. No tengo ninguna clase de licores en casa, ni tengo la costumbre de obsequiar á mis amigos de ese modo. No puedo permitir que hagan por mí lo que yo no hago nunca. Agua fresca es lo único que les puedo ofrecer.

Y en efecto, los que le conocían bien por haberle tratado muchos años con bastante intimidad, afirmaban que no le vieron nunca beber un vaso de whisky ni fumar un cigarro.

Está fuera de toda clase de duda que Lincoln creía en una providencia especial.

Esta convicción aparece con frecuencia en sus dis-

cursos y cartas particulares. En la correspondencia que sostuvo con Joshua Speed en una época de verdadera prueba para él, dice Lincoln que Dios manda los sufrimientos con algún fin determinado. Cuando Speed le escribió á raíz de su casamiento diciéndole que era feliz, le contestó Lincoln:

«Siempre fuí muy supersticioso, y creo que Dios me convirtió en instrumento para que te unieras á Fanny; de esta unión no me cabe duda que Él la tenía ya predispuesta.»

Y en uno de sus discursos decía:

«Sé que Dios está siempre del lado de lo justo; pero le pido constantemente en mis oraciones que esta nación y yo estemos siempre á su lado.»

Al enterarse de que su padre estaba muy enfermo y que sería fácil que no saliera de aquella enfermedad, le escribió á su cuñado Juan Johnston diciéndole que sentía muchísimo no poder ir en aquellos momentos para ver á su padre, porque también había enfermos en su casa, y añadía:

«Confío en que el padre saldrá de esa enfermedad; pero en todo caso, dile que no se canse de llamar á Dios y que tenga confianza en el grande y misericordioso Hacedor de todas las cosas, que no se aparte nunca de su camino, que Él no desampara nunca al que no lo olvida. Dile además que nuestra vista en las circunstancias actuales sería más triste que alegre; pero que si está de Dios que ha de marcharse ahora, que se alegrará mucho al ver á otras personas que se

marcharon antes que él, y que más tarde nos reuniremos todos los demás.»

En un discurso que pronunció en Nueva Jersey dijo:

«Deseo ardientemente que esta Unión, la Constitución y las libertades del pueblo se perpetúen de acuerdo con la idea general que originó la lucha; y me consideraré como el hombre más feliz del mundo si yo pudiera servir de humilde instrumento en las manos del Todopoderoso para terminarla.»

De una aldea del Estado de Nueva York vino á Wáshington un clérigo para hacerse cargo del cadáver de un capitán muy valeroso que murió en la batalla de Bull Run. El diputado por su distrito lo presentó en la Casa Blanca, y Lincoln le preguntó muy complaciente en qué podía servirle, pero el pastor le contestó:

– No he venido, señor presidente, á pedirle á usted ningún favor. Vengo sólo para decir á usted que el pueblo leal del Norte le apoya á usted y continuará apoyándole. Le damos á usted todo lo que tenemos, las vidas de nuestros hijos, nuestra confianza y nuestras oraciones. Tenga usted presente, señor presidente, que ningún padre ni madre piadosos dejan de pedir á Dios en sus oraciones que le conceda á usted fortaleza y sabiduría.

Los ojos de Lincoln se llenaron de lágrimas, y le dijo después al clérigo:

– Sin esas oraciones no habría podido resistir, y

hace tiempo que hubiera fracasado en mi empresa. Diga usted á todos los padres y madres que conozca, que sigan rezando y yo seguiré peleando, porque sé que Dios está de nuestra parte.

Cuando el clérigo se levantó de su asiento para marcharse, le cogió de la mano Lincoln y le dijo:

– Supongo que podré considerar esto como una especie de visita pastoral.

– Desde luego – contestó el clérigo.

– Allá en mi país, cuando recibíamos alguna visita pastoral, teníamos por costumbre suplicar al pastor que dirigiera el rezo y rezábamos todos juntos, y ahora desearía que hiciéramos usted y yo lo mismo; pidamos los dos que Dios me conceda fortaleza y sabiduría.

Como se habían quedado solos en la sala, se arrodillaron y estuvieron rezando un rato, y al terminar dijo Lincoln:

– Me encuentro mucho mejor que antes.

Un día entró en su despacho una señora muy anciana para darle las gracias entre lágrimas y sollozos por baber indultado á un hijo suyo que había cometido una falta muy grave en el ejército y lo tenía que fusilar, y al despedirse le dijo:

– Adiós, Sr. Lincoln; no creo que nos volvamos á ver hasta que nos encontremos en el cielo.

Le impresionaron tanto estas palabras de la anciana, que le cogió la mano derecha entre las dos suyas y le dijo:

— Temo que con todos estos disgustos y contratiempos, no voy á ir nunca á ese lugar tranquilo de que usted me habla; pero si voy, tengo la seguridad que encontraré á usted. Lo mejor que podía usted desear para mí era eso, que vaya allá. Adios, señora.

Entre las personas que trataron á Lincoln con más intimidad se encuentra Juan G. Nicolay, que decía respecto de sus creencias religiosas que hablaba con bastante libertad y no ocultaba nunca sus creencias ó dudas en ningún dogma ó doctrina; pero que no provocaba nunca controversias religiosas. Hacía, sí, algunas observaciones sobre algunos sermones que había oído, sobre los libros que había leído, y al oirle hablar se comprendía al momento que creía en un Ser Supremo de poder omnipotente y vigilancia omniscia sobre todo el genero humano, y que á este gran Ser se podía llegar por medio de la oración. Lincoln rezaba mucho, y además de rezar mucho suplicaba á la gente que rezase por él, lo que no hubiera hecho seguramente si no hubiera creído que la oración era provechosa. Y esto no lo hacía para producir buena impresión y cierto efecto entre las gentes, porque no era hipócrita, y reverenciaba de tal modo las cosas sagradas, que no se hubiera permitido por nada del mundo el burlarse de ellas.

A los miembros de su gabinete les dijo una vez que en sus oraciones había prometido á su Hacedor que proclamaría la emancipación, y al poco tiempo la publicó. Pero á pesar de todo esto, no creía en algunos

dogmas de la iglesia ortodoxa, y en varias ocasiones habló á sus amigos de estos asuntos, extendiéndose algo en el de la expiación; pero en cambio creía mucho en la Biblia y tenía mucha fe en ella, mas no creía que todo su contenido fuera inspirado. La consideraba como el mejor libro de moral y de ética, y decía que no había nada en literatura que se le pudiera comparar; pero al mismo tiempo añadía que Dios tenía mucho que hacer para atender á otras cosas más importantes, y no podía entretenerse en inspirar algunos pasajes insignificantes del gran libro.

En milagros no creía ni poco ni mucho. Creía en las inexorables leyes de la naturaleza, y acostumbraba á decir que la sabiduría, la grandeza y gloria del Altísimo se demostraban con orden y método, y no violando las leyes de la naturaleza.

Es algo difícil poder clasificar las creencias religiosas de Lincoln entre las varias sectas, porque creía en muchos artículos y credos de las iglesias ortodoxas, y rechazaba otros muchos que no los consideraba razonables.

Alababa mucho la sencillez de los Evangelios, y decía que el Sermón de la Montaña contenía la esencia de toda ley y justicia, y que la oración del Señor era la composición más sublime del lenguaje humano. Leía la Biblia todos los días, pero no sentía ninguna clase de simpatías por la teología.

Se dice que siendo aún un muchacho rústico é ignorante, escribió un ensayo que se le podía llamar

ateístico; pero aquello no fué nada más que el producto de la lectura de dos libros sobre el ateísmo que cayeron en sus manos y que un amigo suyo quemó después.

Al comité de la Conferencia general de la iglesia episcopal metodista de 1864 le dijo:

«No es una falta en los demás si la iglesia metodista manda más soldados á la guerra, más enfermeras á los hospitales y más oraciones al cielo que cualquiera otra. ¡Que Dios bendiga á la iglesia metodista!; que bendiga á todas las iglesias; y bendecido sea Dios que en esta gran lucha nos da las iglesias.»

A los cuáqueros de Iowa que le mandaron un memorial por mediación del senador Harlan, les escribió:

«Me anima y complace el saber que en los esfuerzos que he hecho y sigo haciendo para restablecer la paz en el país, me sostienen y ayudan las gentes piadosas con las oraciones que dirigen á Dios. Nadie está tan convencido como yo de que sin Su favor toda nuestra sabiduría sería una verdadera necedad, y que sin Su apoyo todos nuestros esfuerzos resultarían inútiles.»

Y á la señora del eminente predicador Gurney le escribió contestando á una carta que recibió de ella:

«Estoy sumamente agradecido á usted y á las cristianas y buenas gentes que piden á Dios en sus oraciones que me dé fortaleza y acierto en el manejo de los complicados asuntos del país. Los propósitos del Todopoderoso son perfectos, y deben prevalecer aunque nosotros, extraviados mortales, no los percibamos

bien de antemano. Confiábamos que terminaría pronto esta guerra terrible que sostenemos; pero Dios, que sabe más que nosotros, lo ha dispuesto de otro modo. Debemos reconocer Su sabiduría y nuestro gran error. Mientras tanto, sigamos trabajando con fe, hasta llegar al fin que nos ordena.»

Sus biógrafos dicen que Lincoln era un hombre de grandes y profundos sentimientos religiosos, como lo prueba por la mucha estima en que tenía las oraciones de las buenas gentes.

La responsabilidad enorme de su cargo en medio del horroroso conflicto de la guerra, el aprieto en que se vería para resolver los difíciles problemas que se presentaban á cada momento y que no le dejaban una hora tranquila, contribuían á producir en un temperamento como el suyo, serio por naturaleza y predispuesto á las miras de la vida y de la conducta, un sentido de acatamiento reverente sobre la dirección de un poder superior.

Desde la mañana que al salir de Springfield dirigió al pueblo aquellas conmovedoras palabras suplicándoles que pidieran á Dios en sus oraciones que le iluminara y le diera fortaleza para poder salir airoso en su empresa, hasta el último momento de su vida, no dejó de recomendar á todo el que venía á verle que no se olvidaran de pedir al Todopoderoso que le diera saber y acierto en el manejo del gobierno del país.

A los generales les mandó la siguiente orden relacionada con la santificación de las fiestas:

«El presidente, comandante en jefe del ejército y armada, desea que todos los jefes, oficiales y tropa observen como buenos cristianos la fiesta del domingo, y que en este día no se haga más trabajo que el estrictamente indispensable por las exigencias de la campaña.»

No faltaba quien lo criticaba por su blandura, y verdaderamente sus mayores faltas eran el compadecerse de todo el mundo. En una ocasión decía á los amigos que le rodeaban:

«Tengo el vicio de no decir nunca que «no»; yo lo considero como un vicio. Y debo dar gracias á Dios que no me hizo mujer; verdad es que si de mujer hubiera sido tan fea como soy ahora, nadie se hubiera acercado á mí.»

De resultas de una herida que recibió el general Sickles en la batalla de Gettysburgo, le tuvieron que amputar una pierna, para lo cual lo llevaron á Wáshington. Lincoln fué á verle al hospital, y estuvo al lado de su cama más de una hora, expresándole su sentimiento por lo que le había pasado y dándole al mismo tiempo las gracias por haberse mantenido firme en el combate. Sickles le preguntó si había sentido mucha ansiedad por el resultado de aquella batalla, y Lincoln le contestó que sus compañeros de gobierno estuvieron muy intranquilos, pero que él no sintió ansiedad ninguna. El general Sickles le preguntó entonces el porqué, y Lincoln dudó al principio, pero después le dijo:

«Se lo explicaré á usted. Cuando todo el mundo andaba asustado porque veía el peligro de las operaciones de usted, pues nadie sabía lo que iba á pasar, entré en mi cuarto un día y cerré la puerta por dentro; me arrodillé y estuve pidiéndole á Dios largo rato que le concediera á usted la victoria de Gettysburgo, porque yo había hecho ya todo lo que humanamente se podía hacer para que tuviera usted todas las fuerzas necesarias; y tanto le supliqué, que al levantarme del suelo tenía confianza, porque sabía que oiría mis súplicas, y desde aquel momento ya no sentí ninguna clase de temor por Gettysburgo.»

FIN

ÍNDICE

Páginas






University of
Connecticut
Libraries


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL
-BARCELONA-